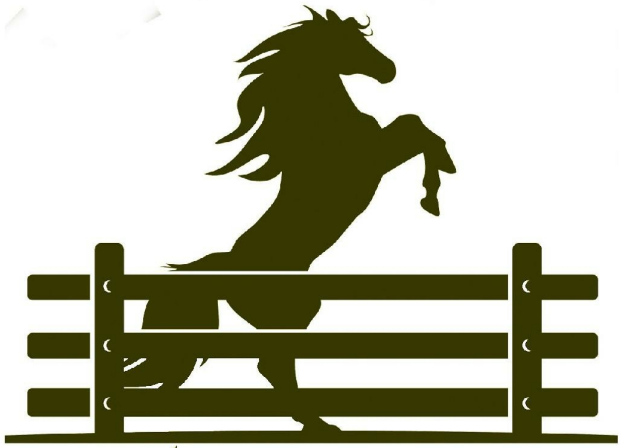

LOS McENTRIE 2
El destino de CAILLEN
JANA WESTWOOD

El destino de Caillen

Los McEntrie 2

© Jana Westwood. Octubre 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.



El Destino de CAILLEN

JANA WESTWOOD

LOS McENTRIE II

Prólogo

Rathmore. Irlanda. Septiembre de 1813.
Carta de la señorita Augusta O'Sullivan a la señorita Rowena Sinclair.

Mi querida Rowena,

Mi padre acaba de darnos la gran noticia: ¡Volvemos a casa! Sí, sí, no será una visita navideña como te dije en mi última carta, volveremos para quedarnos. En cuanto vi a mi padre supe que tenía el rostro de las resoluciones, ya sabes, esa expresión que pone siempre que ha estado rumiando sobre algo mucho tiempo y que te recordaba a una que ponía tu abuela. Llegó anoche y apenas habló en la cena, eso puso a mi madre muy nerviosa y a mi abuelo un poco taciturno. Esta mañana nos ha reunido a todos en el salón antes del desayuno y nos ha dado la noticia. Yo ni siquiera he ido al comedor después, he venido corriendo a mi habitación para escribirte y me suenan las tripas porque tengo hambre. Anoche la señora Clulow preparó una cena muy ligera y me fui a la cama bastante insatisfecha. A esa mujer no hay quien la entienda, o te ceba o te mata de hambre.

¡Oh, Rowena! Estoy tan contenta que no atino a escribir una carta como Dios manda, espero que disculpes mis inconexos pensamientos, pero ahora mismo solo puedo sonreír y moverme inquieta en la silla pensando en que voy a volver a casa.

Mi abuelo se ha quedado un poco serio, pero no ha puesto la mínima objeción a los designios de mi padre. Mamá, por su parte, ha intentado disimular su alegría, pero yo se lo he notado y estoy segura de que los demás también. Mi padre se ha cansado de estar solo y tiene claro que mi abuelo no va a morirse, por más que se empeñara en anunciarlo.

No sé lo que tardaremos en organizarlo todo para nuestra partida, pero lo que es seguro es que pasaremos las navidades juntas, ¿no es maravilloso? El abuelo se viene con nosotros y habrá que cerrar la casa, supongo. Aunque están los criados… No sé lo que decidirá mamá, pero no es asunto mío. Yo solo tengo que ocuparme de mis cosas, que no son muchas, ya sabes que soy bastante frugal en cuanto a objetos y lo único que siempre llevo conmigo son mis herramientas de dibujo y algunos libros.

Hablando de dibujos, he trabajado muchísimo. Cuando lo veas estarás orgullosa de mí. Tengo una bonita colección de paisajes irlandeses. Te confieso que me he enamorado de esta tierra, es magnífica, exuberante y hermosa. Se parece a nuestra querida Escocia, pero tiene su personal idiosincrasia que la hace también única, no sé cómo explicarlo. Tú seguro que sabrías, si hay algo en lo que me superas con creces, además de en belleza, es en tu dominio del lenguaje.

Espero que estés bien y que hayas resuelto los asuntos de tu abuela que te tenían tan preocupada. ¿De verdad tu madre quiere que vendas su casa? ¿La casa en la que nació tu padre? Supongo que algo tendrá que decir el señor Sinclair. Además, la casa ahora es tuya, solo tú puedes decidir. Entiendo que te preocupen los caballos, en la casa de tus padres no podrías realojarlos, está claro. Pero me parece excesivo que estés pensando en casarte solo para poder convertirlo en tu hogar definitivo. Seguro que hay algo mejor que puedas hacer. Hace falta tempo para dar con un buen candidato. Me di cuenta de lo desesperada que estabas cuando mencionaste a Caleb Anderson. ¡Lo detestamos! Te confieso que también me reí mucho con tu carta, hay que ver lo cómica que puedes llegar a ser con tus letras, hacía tiempo que no lloraba de la risa. ¿De verdad le apartaste la silla a tu hermana? No puedo dejar de reír al recordar tu descripción de su cara de sorpresa mientras permanecía sentada en el suelo. Como contribución a tus hilarantes noticias puedo decir que mi abuelo es una magnífica herramienta para ahuyentar a candidatos innecesarios. Tendrías que ver cómo me libró de Noah Hodgkinson en cuanto le dije que no me gustaba nada. El pobre no ha vuelto a acercarse por aquí.

Ojalá mi hermano Andrew fuese un poco mayor, estoy segura de que eso solucionarían gran parte de nuestros problemas. Ya sé que le llevas ocho años, pero creo que reducir vuestra diferencia a la mitad sería suficiente y no lo digo porque crea que eres infantil sino porque él es muy maduro. ¿Sabes que quiere ser arquitecto? Supongo que el hecho de haber vivido una buena temporada sin influencia femenina ha surtido efecto. Imita a nuestro padre en todo. Sea como sea, será un buen partido cuando tenga la edad suficiente, pero a mí me habría encantado tenerte como hermana. ¿No podrías dejar de cumplir años por un tiempo?

¡Vuelvo a casa! Permíteme que lo exclame de vez en cuando para mostrar mi alegría. Me he sentido muy triste desde que me marché. Ver lo bien que os llevabais Enid y tú me hizo temer lo peor: que me olvidaras y dejaras de considerarme tu mejor amiga. Adoro a Enid, es maravillosa y encantadora, ¿cómo no quererla? Por fin puedo sonreír al pensar que ahora seremos las tres y ya no tendré que temer nada de vosotras. Aunque es cierto que ella es una mujer casada y embarazada y eso, lo queramos o no, marca una diferencia con nosotras dos que, imagino, hará que tú y yo sigamos estando más unidas. ¿No crees?

Esta tarde escribiré a Kenneth para contarle la buena nueva. No taches su nombre cuando llegues a esta línea, odio que hagas eso. Ya, ya sé que me has dicho un millón de veces que no lo escriba si no quiero que lo taches, pero es que es inevitable y debes acostumbrarte a ello. Ahora que voy a regresar lo verás más a menudo porque, te guste o no, es mi amigo y lo quiero. Lo que pasó con tu hermana… Será mejor que esto lo hablemos cara a cara. Si es que me dejas, porque hay que ver cómo te pones con este tema.

Mi madre me llama, así que debo dejar de escribir ya, además tengo mucha hambre. La repaso para asegurarme de que no olvido nada importante. ¡Oh, Dios Santo! ¿Qué son todos

estos dibujitos y ligaduras? No creo que puedas entender mis palabras entre tanta filigrana. Mi alegría se ha manifestado como siempre por medio de trazos ondulantes y rizados, espero que tus ojos sean capaces de ignorarlos y fijarse solo en las letras.

Nos vemos pronto.

Afectuosamente tuya,

Augusta.

Capítulo 1



1 de diciembre de 1813. Lanerburgh. Escocia

Caillen McEntrie tenía muy buena memoria. Este era un hecho fehaciente que corroboraría cualquiera que lo conociese. Recordaba cosas que habrían pasado desapercibidas para cualquiera: El repiqueteo del agua en la pared de una cueva oscura y aterradora. La oscuridad que trajo la tormenta el día que en que Alana murió, el cielo radiante el día en que Daphne bajó del carruaje y le hizo un gesto con la mano al verlo asomado a la ventana. El olor de la hierba mojada sobre su tumba… Todo tipo de cosas. Aunque no era eso lo único que era capaz de memorizar con una precisión matemática. Podía decirte cuántas veces se repetía una palabra en un texto o la página exacta en la que encontrar el precepto de una ley.

Además de memoria, Caillen tenía una máxima: no meterse nunca en problemas ajenos. Siempre y cuando en esos problemas no estuviese involucrado un MacDonald, en ese caso, dependería de si se le podía perjudicar de algún modo.

—Este maldito desgraciado, está en nuestras tierras —decía Carlton mirándolo con inquina.

—De eso nada. —Caillen señaló un árbol en concreto mirándolo con expresión burlona—. Tierras McEntrie.

—Lo he pillado ahí atrás —refutó el MacDonald para determinar en qué tierras estaba el mendigo—. Intentaba escaparse y por eso hemos llegado hasta…

Caillen volvió a señalarle el árbol como límite de su terreno.

—Estas son nuestras tierras y el que no eres bienvenido eres tú, Carlton.

—Es un mendigo ¿a ti qué más te da?

Caillen miró al viejo un instante y después volvió a posar sus ojos en Carlton.

—¿A ti te interesa?

—Claro que me interesa, no estaríamos discutiendo si no fue…

—Entonces me importa —lo cortó sonriendo perverso.

El mendigo los observaba como si estuviese disfrutando de un improvisado espectáculo de titiriteros y en realidad aquello no fuera con él. Era bastante viejo, a juzgar por los surcos de su rostro y el blanco cabello, llevaba un sombrero tan raído como su casaca, que una vez debió pertenecer a un uniforme, aunque nadie pensaría que fuese originariamente suya. Su equipaje consistía en dos bolsas colgadas al hombro y algunos utensilios engarzados al cinto.

—¿Le ha causado algún problema a los MacDonald? —preguntó Caillen torciendo una sonrisa—. Si es así, sepa que tiene comida y techo asegurados para esta noche.

—No tengo intención de causarle problemas a nadie, señor. Tengo la costumbre de no meterme en los asuntos de los demás. No entiendo por qué este caballero lleva persiguiéndome desde Moorleigh.

—Vaya —Caillen frunció el ceño sorprendido—, parece que conoce usted la zona.

—Permítanme que me presente, mi nombre es Mungo Fairweather, para servirlos.

—¿Servirnos? ¿De qué ibas a servirnos tú? —dijo Carlton con desprecio.

El viejo se rio mostrando unos dientes amarillos y rotos.

—Tiene razón, señor, hace mucho que ya no sirvo de nada, pero tampoco soy un maleante que va por ahí buscando problemas. Tenga por seguro que mis ojos ya no ven como antes, mis oídos no son finos y procuro hablar poco.

Caillen se cruzó de brazos mirándolo desde su altura, estaba claro que allí pasaba algo que

ninguno de los dos implicados quería contar. ¿Qué narices habría visto el mendigo para que Carlton no quisiera soltarlo?

—¿Tiene dónde dormir esta noche?

—No se preocupe por mí. Si quiere ayudarme dígame dónde está su casa y pasaré por allí a pedir un mendrugo de pan y un poco de tocino en su nombre. Después seguiré mi viaje a ninguna parte. Anoche me dieron una botella de vino y un bizcocho de lo más esponjoso. Una señorita de lo más amable, esa Augusta O'Sullivan. El viejo que la acompañaba, en cambio, era un poco gruñón. Aunque no tanto como usted —dijo mirando a Carlton—. ¿No serán ustedes parientes?

—¿Yo un O'Sullivan? ¡Dios me libre? Y no se haga el tonto, sabe que soy un MacDonald, ha dormido en nuestras tierras.

—Yo no sabía que esa cueva era de su propiedad, creía que pertenecía a la madre naturaleza.

Caillen empezaba a cansarse del asunto, tenía mucho trabajo y no podía perder el tiempo con las tonterías de Carlton MacDonald.

—Venga conmigo y me encargaré de llenarle esa alforja un poco más.

—Oh, todavía me queda un poco de pan y no como demasiado —dijo sonriendo de nuevo—. Pero siempre viene bien guardar para más tarde.

—De eso nada —dijo Carlton agarrándolo del brazo—. No vas a llevártelo hasta que yo aclare algunas cosas con él.

Caillen lo miró entre sorprendido y confuso.

—¿Todavía sigues aquí? Sé que eres demasiado estúpido para entender lo que te conviene, pero tengo un modo infalible de que captes el mensaje.

—No discutan por mi causa, señores —dijo el mendigo soltándose suavemente del agarre de Carlton—. Siento haber dormido en sus tierras sin su consentimiento y, aunque me he disculpado

con usted cuando me ha sacado a rastras de esa cueva, no tengo apuro en volver a hacerlo cuantas veces requiera. Señor, no tiene de qué preocuparse, jamás me meto en asuntos ajenos, no habría llegado a viejo si lo hiciese. Solo quiero seguir mi camino en paz y le aseguro que no volveré a poner un pie en sus tierras. Aunque parece que ni usted tiene muy claro dónde terminan —dijo esto último en un tono demasiado bajo y a Carlton le costó escucharlo.

Caillen, en cambio, tenía el oído muy fino y lo oyó perfectamente, soltó una carcajada con la peor de las intenciones.

—Vamos, buen hombre, esta noche dormirá bajo techo —dijo cogiéndolo de los hombros para apartarlo de Carlton.

—Lo denunciaré, y a ti también por protegerlo —masculló el otro con evidente rabia.

Caillen soltó al mendigo y se giró para enfrentarlo.

—¿Me estás amenazando? Yo que tú me iría antes de que acabes con mi paciencia.

El otro no se amilanó, al contrario, dio un paso hacia él con evidente intención de retarlo.

—Vamos —lo animó.

Caillen negó con la cabeza sin dar crédito.

—Menuda tunda le ha dado —dijo el mendigo cuando el castillo de los McEntrie ya podía verse—. Parece que la enemistad entre sus familias no está olvidada.

—Así que nos conoce —respondió el otro y a continuación hizo algunas muecas para relajar los músculos de la cara. Carlton tampoco era manco.

—Me fui hace tanto tiempo que no siento la menor pertenencia a este lugar y me temo que a él le pasa lo mismo conmigo, pero lo cierto es que nací y crecí en esta zona.

Caillen lo miró un instante al ver que no continuaba, pero nunca había sido hombre de

cotilleos. Si quería contarle su historia no se taparía los oídos, pero si no…

—¿De verdad me va a dejar dormir con sus magníficos caballos? Estoy seguro de que los tratan como a reyes, no me imagino un lugar mejor para pasar la noche.

—Es usted un mendigo muy raro, ¿lo sabe?

—¡Oh, sí, ya lo creo que lo sé! He sido soldado, poeta ambulante, cristalero, posadero y un montón de cosas más. Esta ocupación de mendigo en la que ahora me hallo es fruto de mi edad, que ya no me permite tantas andanzas ni aventuras.

—¿Llama «ocupación» a mendigar? —sonrió Caillen.

—Ahora que soy viejo lo único que valoro es mi libertad, si pierdo eso… —Chasqueó la lengua varias veces al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿En qué consiste esa libertad de la que habla?

—Voy donde quiero y hago lo que me place. Nadie es mi dueño. Nadie me gobierna ni me domina. Solo yo decido el paso que doy y en qué dirección.

Las palabras del anciano hicieron mella en él y por primera vez desde que se habían encontrado, una chispa de curiosidad prendió en su mente.

—Aún le quedan unos cuantos años para llegar a entender lo que le digo —siguió el anciano —. Las cadenas que le imponen por tener la vida que tiene son invisibles y no aprietan todavía, no de manera que pueda sentirlas. Pero esas cadenas pueden estrangular a un hombre, sacarle los ojos de sus cuencas y arrancarle el corazón. El día que sienta que se ahoga, ese día se acordará del viejo Mungo.

Caminaron el resto del camino en silencio, el viejo creyendo que había hablado demasiado y Caillen perdido en sus pensamientos. ¿No había sentido la presión de esas cadenas alguna vez? Pertenecer a una familia como la suya lo había cargado de obligaciones y deberes que en algunos

momentos pesaron demasiado. ¿A eso se refería?

Cuando llegaron al castillo lo acompañó hasta la cocina y le pidió a Gavin que le llenase la alforja de comida. El cocinero frunció el ceño malhumorado.

—¿Ahora alimentamos a los mendigos? No nos lo quitaremos de encima y lo tendremos en nuestra puerta todos los días pidiendo más. Le pondré las sobras y pan duro que para él serán un manjar —dijo empezando a preparar un surtido de lo más suculento sobre la mesa que a Mungo no le parecieron sobras en absoluto—. A juzgar por su aspecto no necesita comer mucho. Debe picotear la comida como un pajarito.

—Soy austero, sí. No es cómodo estar gordo si quieres caminar largos trechos.

Gavin añadió entonces algunos dulces a su exposición.

—Todo eso no le cabe en el zurrón, Gavin —dijo Caillen, que sabía que no había que hacer caso a las palabras del cocinero porque casi nunca se ajustaban a sus actos.

—Pues habrá que darle otro, ¿no le parece, señor?

—Si tengo que trasladar toda esa comida no daré un paso —afirmó el mendigo y acercándose a la mesa con su bolsa comenzó a llenarla de algunas viandas, las más ligeras y consistentes. Carne, tocino y pan. De los dulces se dio el gusto de aceptar un par de tortas y se llevó una directamente a la boca—. ¡Madre mía, qué delicia!

Gavin sonrió satisfecho por tan efusiva muestra de aprobación.

—Pues si prueba las que hago de grosellas se chupará esos dedos tan sucios que tiene. Debería lavárselos, por cierto.

Caillen asintió para indicar que estaba de acuerdo.

—Puede asearse y cambiarse de ropa —ofreció—. No creo que sienta esas cadenas de las que me ha hablado por quedarse un par de días y comer comida caliente en un plato. Tómeselo

como un descanso antes de continuar su camino.

El mendigo se encogió de hombros.

—Acepto que me laven la ropa, si le parece bien. Y me bañaré, que sé que huelo a zorro muerto, pero dormiré en las cuadras, como acordamos, y me iré mañana temprano. Ah, y nada de comer en una mesa.

Caillen sonrió al tiempo que asentía.

—Es usted libre —dijo con sorna—. ¿Tiene otra muda en esa alforja o acepta…?

—Tengo otra muda —se apresuró a responder—, pero creo que desprende el mismo tufillo a…

—¡Dios! Aquí huele a muerto —dijo Tom entrando en la cocina.

—Encárgate de prepararle un baño a este hombre y que le laven la ropa —ordenó Gavin mirando a su ayudante.

—¿Lavarla? Sería mejor quemarla.

Caillen caminó hacia la puerta para salir, pero se detuvo y se giró a mirar al anciano.

—Cuando decida marcharse, hágamelo saber.

—Mañana mismo —le recordó.

Caillen se encogió de hombros y salió de allí.

—Acabo de enterarme de que Augusta ha vuelto —dijo al entrar en las caballerizas.

Kenneth detuvo la mano con la que cepillaba a Glenfyne y lo miró sorprendido.

—¿Ya?

—Creía que tú sabrías cuándo regresaba. —Se dirigió a una de las cuadras vacías.

—Dijo «en Navidad». Aún no es Navidad, ¿verdad? —Su rostro mostraba a las claras que no

confiaba demasiado en su criterio.

—No, Kenneth, estamos a primeros de diciembre —dijo Lachlan burlón—. Deberías dormir en tu cama alguna noche, se te está secando el cerebro.

—Me pareció oírte llegar sobre las cinco —intervino Brodie—. ¿Quién ha sido la afortunada esta vez?

—Dejadme en paz. —Dio por terminada la tarea y llevó al caballo a su cuadra. Al pasar por delante de la que Caillen limpiaba se detuvo—. ¿Qué haces?

—Carlton estaba vapuleando a un mendigo y le he dicho que podía dormir aquí esta noche.

Kenneth frunció el ceño.

—¿Qué?

Caillen detuvo la horca de cuatro dientes con la que movía la paja y miró a su hermano con expresión de cansancio.

—Me has oído perfectamente.

—¿Un mendigo?

Los otros McEntrie asomaron la cabeza.

—¿De qué hablas?

Caillen les relató el encuentro con Carlton y el viejo Mungo.

—¿Lo has metido en nuestra cocina? —Brodie levantó una ceja—. ¿Por qué no le has dado la plata directamente?

—Es un mendigo, no un ladrón.

Sus hermanos esperaron en silencio a que recuperase la cordura y finalmente Caillen sonrió.

—No sé por qué lo he hecho, la verdad.

—Porque era Carlton —dijeron varios a la vez, como si aquel nombre fuese suficiente para

activar un resorte McEntrie.

—No seáis imbéciles —dijo Dougal empujando a los otros para entrar en la cuadra—. Que sea mendigo no significa que sea un ladrón. He conocido hombres que no tenían nada y que jamás robarían ni un botón y a otros que poseían grandes fortunas y no dudarían en sacarte el hígado para comérselo crudo.

—Ya estamos —Kenneth movió la cabeza con incredulidad—. Va a ponerse a hablar de su barco y de esos pi…

—Shssssss —lo hizo callar Ewan con cara de susto.

—Me voy a ver a Augusta —dijo Kenneth encogiéndose de hombros.

—¿Su abuelo ha muerto? —preguntó Lachlan.

—Hayden O'Sullivan es más fuerte que todos nosotros juntos. Empiezo a pensar que solo quería tener a su nieta cerca y por eso se inventó esa historia de su enfermedad.

Dougal lo miró sin desfruncir el ceño.

—¿Crees que estaba fingiendo?

—No me cabe la menor duda —afirmó Kenneth—. Pero al parecer su hijo también se ha dado cuenta. Augusta me dijo en su carta que su abuelo vivirá aquí con ellos.

—Esté enfermo o no, un cambio de aires le vendrá bien —dijo Caillen.

—Pobre hombre —dijo Dougal y al ver las caras de sus hermanos aclaró—: Me refiero al padre de Augusta. Se ha pasado meses separado de su esposa. Yo no podría.

Los otros se rieron con gestos de burla. Todos menos Lachlan que intentó escabullirse.

—Tú me entiendes, ¿verdad, Lachlan? —lo llamó Dougal saliendo de la cuadra—. Estos tarugos no tienen ni idea de lo que es el amor, pero tú sí lo sabes.

Le rodeó los hombros con su poderoso brazo y lo llevó de nuevo hasta donde estaban los

otros conteniendo la risa.

—Cuando te roban el corazón no hay manera de librarse. ¡Ni un mes podría estar yo sin mi Elizabeth! ¿Qué digo un mes? ¡Ni un día!

Brodie fingió que vomitaba y Ewan trató de huir, pero Kenneth lo agarró de la camisa y tiró de él hasta devolverlo al sitio en el que estaba. Si él tenía que quedarse, los demás también.

—Deja de hablar así —musitó Lachlan para que solo Dougal lo oyera.

Su hermano mayor lo soltó con el ceño fruncido.

—¿Así como?

—Así… como un… un…

—Loco —dijo Brodie.

—Enfermo —añadió Ewan.

—Estúpido —dijo Kenneth torciendo la sonrisa.

—¡Enamorado! Así estoy —rugió Dougal—. Enamorado hasta las trancas, y algún día vosotros también lo…

—No lo digas —Kenneth levantó la mano mostrando la palma abierta—. Ni se te ocurra.

—Podíais ayudarme a limpiar, en lugar de estar ahí diciendo tonterías —dijo Caillen desde dentro de la cuadra.

—Todos tendréis que casaros algún día y será mejor para vosotros si lo hacéis enamorados. ¿Verdad, Lachlan? —insistió Dougal.

—A mí no me metas —musitó el otro.

—¿Que no te meta? —Su hermano mayor lo miró sorprendido—. ¿Es que acaso no amas a Enid?

—¡Claro que sí! Pero no hace falta decírselo a estos, ¿es que no ves que se burlan de

nosotros? La que tiene que saberlo lo sabe bien, te lo aseguro, se lo demuestro cada día. —Había hablado demasiado y se maldijo por ello, ahora Dougal tenía esa sonrisa estúpida y no iba a…

—Estos ni se imaginan lo que son las mieles del amor. Me gusta ver que cumples todas las noches.

Lachlan vio por el rabillo del ojo que Caillen se había unido a los demás. Los cuatro los miraban expectantes y ahora sí parecían interesados en el tema.

—¿Todas las noches? —preguntó Brodie.

Lachlan puso los ojos en blanco y Dougal le hizo un gesto para que respondiera. Si no decía nada no iban a parar de atosigarlo. Él solito se había metido en ese lío.

—Todas.

—¡Venga ya! —exclamó Brodie.

—Nunca has sido un fanfarrón —apuntó Kenneth—, así que tendremos que creerte.

—En ocasiones más de una vez —dijo orgulloso y enfadado a partes iguales.

El mayor de los McEntrie soltó una carcajada al tiempo que le propinaba una sonora palmada en la espalda.

—¡Bravo! Me siento orgulloso de ti. ¡Un McEntrie de pura cepa!

—Baja la voz, no hace falta que se entere todo el mundo —dijo molesto.

—¿Todos los días es mucho? —Ewan aún no había tenido su bautismo en temas de mujeres —. A mí no me lo parece.

Los demás lo miraron y luego se miraron entre ellos.

—Este necesita ayuda —dijo Brodie.

—Tenemos que llevarlo a conocer a Lisa —dijo Kenneth.

—Lisa es demasiado mayor para él —dijo Caillen negando con la cabeza—. A Brodie lo

asustó un poco.

—¿Qué dices? —reaccionó Kenneth—. Lisa es la más dulce de todas.

—¿De qué estáis hablando? —Ewan frunció el ceño visiblemente molesto—. No pienso acostarme con ninguna puta.

Sus hermanos lo miraron sorprendidos.

—¿Y con quién vas a hacerlo la primera vez? —preguntó Kenneth.

—Cuando llegue el momento, lo decidiré.

—¿Cuándo llegue el momento? —Brodie tenía el ceño fruncido—. Me sorprende que no haya llegado aún. ¿Hay algo que quieras contarnos sobre tus gustos, hermanito?

Ewan lo miraba sin comprender.

—No seas imbécil. —Caillen le dio una colleja a Brodie mirándolo con severidad.

—No sería el primero que nos sorprende con eso, ¿verdad? —respondió el otro frotándose la cabeza.

—Bastante la cagaste con Chisholm, no deberías sentirte orgulloso de ello —le advirtió Kenneth—. Y Ewan es tu hermano, no lo olvides.

—¿De qué estáis hablando? —El pequeño movió la cabeza apartándose de ellos—. Sois idiotas. Que no quiera acostarme con una puta no significa que no me gusten las mujeres.

Los demás suspiraron aliviados, aunque algunos trataron de disimularlo.

—Es la manera más sencilla —siguió Kenneth—, pero no estás obligado a empezar así si no quieres. Yo no lo hice.

—Ni yo —añadió Caillen.

—¿Entonces fui el único? —Brodie los miró a todos sorprendido—. Me dijisteis…

Kenneth lo cogió por los hombros y le alborotó el pelo.

—Te dijimos lo que te teníamos que decir. ¿Es que no te gustó?

El otro sonrió.

—Lisa es muy dulce —repitió sus palabras.

—Pues ya está.

—¿Es que no te apetece, Ewan? —preguntó Brodie cuando Kenneth lo soltó.

—Cuando me apetece, pues… —Le mostró su mano elocuentemente.

—¡Eso no es lo mismo, idiota!

—Él aún no lo sabe —dijo Caillen sin burla y luego le puso una mano en el hombro—. Haz lo que te dé la gana.

—¿Con quién fue, Caillen? —Brodie se acercó a ellos con curiosidad.

—A ti te lo voy a decir.

—¿Por qué no? Tengo curiosidad.

—¿Por qué has dicho «más de una vez»? —Dougal había apartado un poco a Lachlan de los demás y lo miraba inquisitivo—. Querías decir dos, ¿verdad? Dos veces en una noche es lo máximo que…

Lachlan ignoró la pregunta y se dirigió a la cuadra de Ruairí para prepararlo. Dougal abrió los ojos como platos.

—¿Más de dos veces? —musitó para sí, mientras iba tras él—. ¿Tres? Si dices que más sabré que mientes. Cuatro es imposible. Imposible del todo.

Capítulo 2



—¿Un mendigo? —Craig miraba a su hijo con expresión interrogadora—. ¿Por qué has traído a un mendigo a nuestra casa?

—Para ser exactos lo he llevado a las caballerizas.

—Después de pasar por la cocina, me han dicho —apuntó su padre.

—Vale, es cierto, lo he traído a nuestra casa, ¿temes que se lleve uno de los viejos jarrones del vestíbulo? Ni siquiera te gustan.

Craig arrugó el ceño sin dejar de mirarlo.

—Se supone que tú eres el más racional de mis hijos.

—Ah, ¿sí? ¿Eso se supone?

—¿Estás utilizando el sarcasmo conmigo? —preguntó severo.

Caillen contuvo la respuesta detrás de sus apretados labios y su padre suspiró.

—¿Has ido a ver a tu madre? —Craig no dejó que apartara la mirada—. Siempre vas el día de su cumpleaños y se te pone este ánimo agrio conmigo.

—Sí.

—Al menos no lo niegas —musitó para sí y luego suspiró con un fuerte bufido—. ¿Qué narices te pasa por la cabeza cuando vas allí?

—Podrías haberla enterrado en nuestras tierras.

—El cementerio de la iglesia era el sitio adecuado. Además, es donde ella quería ser enterrada.

Caillen apartó la mirada, pero sus palabras llegaron hasta su padre como flechas certeras.

—Parece una broma macabra ver las tres lápidas juntas.

Craig apretó los puños para contener su enfado y sin decir nada se dirigió al lugar en el que guardaba el *drambuie* y sacó dos copas del armario para llenarlas.

—Toma —dijo ofreciéndole una—. Brindemos por tu madre. A ella le gustaría.

Caillen tomó la copa con reverencia, la levantó como su padre y los dos bebieron.

—¿Dougal te ha acompañado?

—No.

—¿Se lo has pedido, al menos?

Su hijo negó con la cabeza antes de responder.

—He ido solo durante años y lo prefiero.

—Así puedes despotricar de mí a gusto.

Caillen sonrió con ojos fríos.

—Para eso no me hace falta ir tan lejos.

—El año que viene iré contigo —dijo su padre con firmeza.

Caillen bebió un sorbo sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué no dices lo que piensas? Ya eres un hombre, puedes hablar sin tapujos. ¿O es que crees que no podré soportarlo?

—Cada año haces lo mismo —dijo y apuró el contenido de su copa para dejarla después en la mesita de donde su padre la había cogido.

—Porque cada año vuelves igual y me hierve la sangre cuando te veo.

—Deberías estar acostumbrado.

—Pues no me acostumbro, hijo. ¡Era mi esposa y la amaba! Tú ni siquiera la recuerdas.

Caillen se giró despacio y lo atravesó con su mirada de reproche.

—Pero recuerdo a Alana.

Su tono helado lo caló hondo. Aquello era lo único que podía reprocharle.

—Tenía que casarme con ella, hijo —dijo derrotado.

—Hiciste lo que consideraste mejor.

—Yo no quería, pero se lo prometí a tu madre.

—Conozco la historia.

—¡Maldita sea! —Craig se puso de pie y dejó su copa también—. Tú y tu hermano Kenneth sois los únicos que no lo entendéis.

Caillen no movió un músculo, de nuevo aquella escena que se repetía año tras año en un bucle infinito. La culpa. El perdón. El rencor. Y vuelta a empezar.

—De él no me sorprende, nunca quise a su madre y eso tiene que dolerle, pero ¿tú? ¡A Constance la amé profunda y sinceramente!

—Y aun así la engañaste.

La mirada de desprecio de su hijo le heló la sangre.

—Fui un canalla, es cierto, me acosté con Alana cuando tu madre era dueña y señora de mi corazón. ¿Crees que no me arrepentí un millón de veces de ello? Me sentía perdido, estaba confuso…

—¿Tenemos que hacer esto todos los años? Tú lo has dicho, soy un hombre, no necesito tus excusas, padre.

—¿Quieres oírmelo decir? De acuerdo, Alana estaba loca. Te maltrató y te dejó abandonado en aquella cueva para que murieras. ¡Jamás la habría traído a esta casa de haber sabido lo que haría!

—Te casaste con ella porque madre te lo pidió en su lecho de muerte. Hiciste lo que debías, no te lo reprocho. Hubiera deseado que nunca la engañaras, que no dejaras a esa mujer embarazada, pero no se puede cambiar el pasado, ¿verdad?

—Lo siento, hijo —dijo Craig sincero—, siento lo que te hizo pasar.

Caillen volvió a mostrar la sonrisa cínica que le dedicaba siempre que mencionaba aquella época.

—Te repito que no soy ningún niño, no necesito que me pidas perdón. Lo único que quiero es que me dejes odiarla en paz.

Su padre lo miró con fijeza.

—No puedes culpar a Kenneth por ello, al final ocurrirá algo que os enemistará de verdad y para siempre. Era su madre y él la quería.

Caillen asintió, claro que lo sabía, lo había visto con sus propios ojos. Siempre tenía una caricia para Kenneth, una palabra amable y dulce. Usaba a su propio hijo para torturarlo a él, ni siquiera creía que lo amase de verdad.

—Cuando descubrí lo que sucedía la aparté de ti —dijo Craig mirándolo con fijeza—. Hasta aquel día yo no supe…

—La trajiste aquí y la dejaste a su suerte. No la amabas y, por lo que dicen, no te molestabas en disimularlo. ¿Qué creías que le haría a tus hijos? Bueno, a mí, porque Dougal era intocable, siempre estaba contigo, ¿verdad?

—No podía soportarla… —Craig se llevó una mano a la cabeza y apartó el pelo hacia atrás con rabia—. ¡Oh, Dios! Si supieras cómo me sentía cada vez que la tenía delante. Amaba a tu madre con toda mi alma y un maldito accidente me la arrebató de la noche a la mañana. Murió en mis brazos haciéndome prometer que arreglaría lo que había estropeado. Kenneth no tenía la

culpa de nada, solo yo la tenía, por eso acepté esa condena. Porque aquellos años fueron una maldita condena. Alana no solo era cruel contigo, también lo fue conmigo. Disfrutaba haciéndome daño, diciéndome lo mucho que debió sufrir Constance al saber que ella… —Movió la cabeza sin encontrar las palabras—. Temí que acabaría matándola si no me apartaba todo lo que pudiera.

—Y aun así engendraste otro hijo.

—¿Quieres que te cuente lo que sucedía en la intimidad de mi alcoba?

—¡Por Dios, no! —se burló Caillen—. No deberíamos hablar de esto, padre, no es bueno para ninguno de los dos y no lleva a ninguna parte.

Craig asintió con el rostro inexpresivo.

—Tienes razón. Supongo que tengo que aceptar que no vas a perdonarme nunca.

—Solo este día, padre —dijo Caillen y su padre detectó un deje de súplica en su voz que lo conmovió profundamente—. Mañana todo volverá a ser como siempre y te querré de nuevo, pero hoy deja que mi odio campe a sus anchas, es el único modo en el que puedo dominarlo.

Craig asintió y lo vio salir de su despacho sin decir nada más. Caillen vio la figura que desaparecía tras la esquina del pasillo y frunció el ceño. ¿Kenneth había estado escuchando detrás de la puerta? Corrió tras él y lo alcanzó en el vestíbulo antes de que saliera.

—¿Estabas espiándonos? —le espetó.

Kenneth se detuvo en seco y se giró lentamente.

—Se os oía perfectamente —dijo sin más—. No he pegado la oreja a la puerta, si es lo que piensas.

—Era una conversación privada.

Kenneth se encogió de hombros mirándolo con indiferencia.

—Te da igual, ¿verdad? —dijo Caillen con desprecio—. Lo privado no va contigo.

—Hablabais de mi madre —dijo acercándose con paso tranquilo—. ¿Eso es privado?

—Lo es, porque no tiene nada que ver contigo. Está claro que tu Alana, no era mi Alana.

—¿Cómo iba a serlo? Todos la trataron con desprecio. Si de verdad estaba loca, ¿de quién fue la culpa?

—Sabes que en eso estamos de acuerdo.

—¿De acuerdo? —Kenneth se rio en su cara—. ¿Tú y yo de acuerdo? ¡Eso es imposible!

—Padre fue el culpable de todo —afirmó Caillen entre dientes—. Culpable de engañar a mi madre y de engendraros a ti y a Lachlan sin amar a vuestra madre.

Kenneth apretó los labios y los puños, la furia que contenía su corazón era tan grande que si la dejase salir arrasaría con todo a su paso.

—¿De verdad crees que no la amaba? —dijo con mirada perversa—. Si eso te hace sentir mejor, allá tú. Lo cierto es que estaba casado con tu madre cuando se acostó con la mía. Y no fue un arrebato de una noche, la visitó durante días.

—No la amaba y lo sabes tan bien como yo —dijo el otro con frialdad—. Algo tuvo que ver eso en su locura, es cierto, pero aun así ella hizo lo que hizo porque estaba en su naturaleza.

—Si la hubierais querido…

—¿Quererla? Siendo tan pequeño no debería recordarla siquiera, esa parte de la infancia suele estar cubierta de bruma, si es plácida y tranquila. Pero yo sí recuerdo cosas, ¿sabes? ¡Muchas cosas!

Kenneth respiraba agitado y el dolor pasaba por su mirada empujado por el odio y la rabia. Caillen cerró la boca consciente de que era mejor callar. A pesar de lo mal que se llevaban, a pesar de la inquina que parecían tenerse, era su hermano y eso no podía obviarlo.

—Yo también tengo recuerdos —masculló Kenneth agarrándolo de la pechera—. Estaba allí, ¿lo has olvidado?

Caillen se libró de su mano de un empujón.

—No, no lo he olvidado —dijo con mirada fija—. Tú eras el niño al que abrazaba mientras me golpeaba con una vara.

Dando por terminada la conversación, se dio la vuelta para dirigirse a su despacho

Capítulo 3



Al día siguiente Kenneth miraba a Augusta con la cabeza ladeada y una sonrisa pícara bailando en sus labios. Su amiga tenía las manos en la cintura y observaba el columpio, que alguien había descolgado del árbol en el que había permanecido durante los últimos dieciséis años.

—El fin de una era —suspiró con pesar.

—Una era muy corta —dijo el McEntrie acercándose hasta situarse a su lado.

—Mi padre colgó este columpio cuando yo cumplí cinco años y me ha sostenido en los peores momentos de mi vida, elevándome hacia las nubes.

—Solo hay que cambiarle la cuerda.

Se colocó frente a él y lo miró incrédula.

—¿De verdad no lo entiendes? Esa cuerda forma parte de mi historia. —La señaló con el dedo—. Ella ha compartido mis más profundos secretos.

—¿Secretos Augusta O'Sullivan? No tienes.

—¿De verdad crees que soy tan simple como para no tener secretos?

—¿Es una pregunta trampa? Eres un libro abierto para mí.

—Eres imposible —dijo ella dándose por vencida.

—Y tú muy melodramática. Es solo un columpio, ha cumplido su función y ahora debe descansar —se burló.

Augusta dejó escapar un sentido suspiro y permanecieron en silencio unos minutos de duelo.

—Voy a tener que casarme —dijo lamentándose.

—Augusta, por Dios, que solo es un columpio.

—Ahora que mi abuelo ha decidido no morirse, mi madre a vuelto a poner toda su atención en mí —siguió, ignorando su comentario—. ¿Por qué tengo que ser la mayor?

—¿Tiene a alguien en mente?

—Hay varios candidatos. —Giró la cabeza para mirarlo—. A uno de ellos lo conoces bien.

Kenneth frunció el ceño con cara de susto. No era posible que su madre pensara en él para…

—Liam Fraser.

—¿Liam? —Apenas pudo disimular su alivio—. ¡No puede ser! ¿Tu madre cree que Liam es un buen partido? —Se echó a reír a carcajadas—. Está claro que tengo que hablar con la señora O'Sullivan, no conoce a ese botarate como yo, estoy seguro de que…

—Ni se te ocurra decirle nada. —Lo agarró por la pechera con mirada amenazadora—. A Liam puedo controlarlo. Solo falta que ponga sus ojos en alguien peor. Como tú, por ejemplo.

—¿Yo? —dijo con cara de susto otra vez.

—Tampoco hace falta que salgas corriendo —dijo fingiéndose ofendida. Le encantaba torturarlo—. Tampoco soy tan espantosa.

Kenneth sonrió con ternura.

—¿Ahora es cuando digo lo guapa y encantadora que eres?

—Estúpido sinvergüenza —dijo arrugando la nariz con una mueca burlona.

—Al menos no hay ningún MacDonald disponible en este momento —siguió él sin borrar su sonrisa.

—¡Dios me libre! —dijo persignándose como si hubiera mentado al diablo.

—Deberías haberte casado con Lachlan. —La miró con afecto—. Siempre fuiste mi apuesta para él.

—Lachlan es un hombre increíble, pero… no.

—¿No? —se rio.

Augusta negó con la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Porque es mi hermano? ¿No me querrías como cuñado?

—Me gustarías mucho como cuñado —dijo ambigua y Kenneth no pudo evitar fruncir el ceño con expresión confusa.

—Siempre has dicho que Lachlan era el más guapo de los McEntrie.

—Y lo sigo pensando.

—¿Entonces?

—No era para mí.

—¿Y por qué no era para ti?

—Porque no.

—No me digas que crees en esas monsergas respecto al destino y el amor. Eres una mujer inteligente, no destruyas mi buena opinión sobre ti.

Ella frunció el ceño mirándolo con curiosidad.

—Eres un cínico, Kenneth. ¿Cómo puedes hablar así? ¿Acaso no has visto cómo se aman Dougal y Elizabeth? ¿O al propio Lachlan con Enid?

—Veremos cuánto dura la ilusión —musitó descreído.

—¡Kenneth!

—¿Qué? Mi experiencia me dice que no durará.

—¿Tu experiencia? Nunca te has enamorado.

—Ahí lo tienes.

—Es por tu padre —dijo seca y enseguida se arrepintió.

La mandíbula del escocés se marcó visible en su rostro y desvió la mirada para que no pudiese escarbar en ella.

—No todas las parejas son… como tus padres.

La mirada de su amigo la hizo enmudecer, pero no apartó la vista de sus ojos.

—Siento que pienses así —siguió ella—, pero yo solo me casaré por amor y si el hombre al que amo no me ve siquiera, pues no me casaré.

—¿El hombre al que amas? —la miró con más intensidad—. ¿En quién estás pensando?

—En nadie. Hablo por hablar —dijo volviendo a mirar hacia el árbol que había sustentado el columpio.

—¿Un irlandés? Has pasado mucho tiempo en Irlanda… ¿Es eso? ¿Te has dejado engatusar por un irlandés estúpido que no ve lo que tiene delante de las narices? De verdad que me estás decepcionando, Augusta, te tenía por una mujer inteligente.

—Lo que pasa es que tú tienes encerrado el corazón bajo siete llaves. No sabes lo mucho que me voy a reír el día que…

—¡Ni lo digas!

Augusta amplió su sonrisa.

—Vaya, vaya, el osado y valiente Kenneth McEntrie tiene miedo de enamorarse —dijo con las manos en la cintura.

—Eres capaz de lanzarme un conjuro.

—¿Me estás llamando bruja?

El otro no respondió, consciente de que Augusta no se amilanaría.

—Casémonos —dijo de pronto.

—¿Qué? —rio ella a carcajadas—. ¿Estás loco? ¿Yo casada contigo? Te amargaría la vida.

—¿Por qué?

—Soy demasiado… aburrida.

—¿Aburrida? Esa es una buena condición.

—Eres un cínico.

Él se rio también.

—Me conoces demasiado.

—Te conozco mejor que tú mismo.

Su amigo frunció el ceño y se preguntó por qué no se había enamorado de ella, si es que de verdad existía eso que llamaban «amor». Era una mujer maravillosa, bella por fuera y por dentro y la quería… como a una hermana.

Augusta se agarró a su brazo y apoyó la cabeza en él volviendo a mirar hacia el columpio.

—Yo volveré a colgarlo —dijo él—. Trenzaré esa cuerda con otra nueva para que sea más resistente y no acabes en el suelo con un hueso roto.

—¿Me estás llamando gorda? —preguntó ella sin moverse.

Permanecieron así unos minutos en silencio.

—Tu madre no te obligará a casarte con nadie —dijo Kenneth cuando se dirigieron a la casa.

—Al final se le acabará la paciencia, como a todas las madres. Y no quiero ser una carga para mis hermanos el día de mañana. No seré la solterona a la que hay que mantener.

—Puedes vivir con los McEntrie —dijo él sin borrar su sonrisa—. Nuestro castillo es muy grande, encontraremos un lugar para ti. Yo te mantendré gustoso, no comes mucho.

—Gracias —dijo irónica—, me tranquiliza saber que no viviré de la caridad de mis hermanos, sino de la vuestra.

—No es caridad. Podrías ayudar con los caballos, hay mucho trabajo en la… ¡Au!

—exclamó agarrándose el brazo tras recibir un muy poco femenino puñetazo.

—Ni te habrás enterado con esos músculos que tienes —se burló.

—No sé por qué te dan miedo los caballos.

—¿Porque son enormes y pueden patearte la cabeza hasta matarte?

—Me siento un fracasado por no haber sido capaz de hacerte superar eso.

—Nadie puede —afirmó ella rotunda—. Pero no sufras, se puede vivir perfectamente sin relacionarse con caballos, aunque no lo creas.

—Me casaré contigo para evitar que te conviertas en una solterona —dijo él para provocarla —. Ningún hombre en su sano juicio te aceptará sabiendo que no montas.

—¿Sacrificarías nuestra amistad con tanta facilidad? Que yo sepa, soy la única amiga que tienes.

Kenneth entornó los ojos para mirarla con atención.

—¿Dejarás de ser mi amiga si me caso contigo?

Augusta sonrió ladina.

—No te querría de esposo ni aunque fueses el único hombre sobre la tierra.

—Realmente esto es muy raro —dijo él sonriendo también.

—¿El qué?

—Que tú y yo seamos tan buenos amigos.

Augusta asintió.

—Ya sabes lo que pienso sobre ello.

—No empieces con la tontería de que nos conocemos de nuestras vidas pasadas.

—Pero entonces yo era un hombre fuerte y tú una mujer remilgada y sosa —dijo Augusta—. Lo vi en mi sueño y ya sabes que tengo una magnífica clarividencia.

—Una magnífica estupidez, quieres decir.

Augusta trataba de ocultar la risa que empujaba sus labios hacia arriba, sabía lo poco que le gustaba a Kenneth que dijeses esas cosas por eso a ella le encantaba decirlas.

—Ya lo dijo Lavoisier: Siempre hemos estado aquí y siempre estaremos —enunció divertida.

—Lavoisier hablaba de la materia. ¿De qué conoces tú a Lavoisier, por cierto? —preguntó sorprendido mientras le sostenía la puerta que daba al salón para que entrara delante de él.

—¿Ya estáis discutiendo? —Violet levantó la cabeza de su lectura y los miró con fingida severidad.

—Su hija no deja de decir tonterías.

—No son tonterías —afirmó Augusta con mirada arrogante—. Es ciencia.

Kenneth movió la cabeza.

—¿Podría venir Augusta a cenar a casa el sábado por la noche? —preguntó cambiando de tema.

—Esperan invitados y teme aburrirse. —Augusta se sentó en el escabel a los pies de su madre y la miró sonriente.

—Enid y Elizabeth deben estar muy emocionadas —dijo su madre sonriendo—. Por supuesto que puedes ir, si así lo deseas. Te irá bien alejarte un poco de todos nos…

—¿Adónde vas? —Hayden O'Sullivan entró en el salón con paso ligero y se fue directo hacia Kenneth—. No se te ocurra pedir la mano de mi nieta, McEntrie.

—Tranquilo, abuelo, Kenneth ya ha dejado claro que dejará que me convierta en una solterona sin mover un dedo —mintió.

—Al contrario, estoy dispuesto a casarme, pero también podría presentarte a algún buen candidato, si tu madre me da su permiso.

—No bromeéis con este tema —advirtió Violet—. Nunca se sabe quién puede estar escuchando y es algo muy serio.

—No le hagas caso, mamá, ya sabes cómo es. —Y mirándolo a él dijo «idiota» sin emitir sonido alguno.

—Le veo muy bien, señor O'Sullivan —dijo Kenneth ignorándola.

—Estoy estupendamente. La muerte no puede conmigo por más que lo intente. —Se golpeó el pecho como haría un gorila y le dio un ataque de tos.

—¡Abuelo! —Augusta se acercó a él rápidamente—. No hagas eso.

El hombre se rio a carcajadas al tiempo que movía la cabeza.

—Nunca me sale bien. —Siguió tosiendo y riendo unos segundos más antes de recuperar la calma.

—Quédate a almorzar con nosotros —dijo Violet—. Así nos pondrás al día de todo lo sucedido en nuestra ausencia.

—¡Sí, quédate! —pidió Augusta—. Te enseñaré todos los libros que he traído. Y podemos dar un paseo antes del almuerzo, me gustaría ir a la ermita de San Columba.

—¿A caballo? —preguntó él con ironía.

—Tiene una yegua coja, ¿lo sabías? Es hija de Ròs, la yegua purasangre que le vendisteis a mi hijo para ella. Pues a esa ni se acerca, pero en cambio quiere montar a su hija que nació coja —dijo el abuelo haciendo gestos de burla con la cara.

—¿No la sacrificaste? —Miró a su amiga con el ceño fruncido.

—Pobrecita —dijo Augusta apartando la mirada.

—¿Pobrecita? ¡Si está coja no deberías montarla!

—Y no la monto, solo lo digo para que la dejen en paz —afirmó su amiga, que seguía sin

mirarlo.

—Eres un caso sin remedio, Augusta O'Sullivan. Hablarle así un McEntrie… —Movió la cabeza reprendiéndola con la mirada.

Ella sonrió abiertamente.

—Caminar es un ejercicio muy sano.

Kenneth movió la cabeza y finalmente suspiró.

—Lo prefiero, desde luego, cualquier cosa antes que verte montar a una yegua coja. —Se volvió hacia su madre—. Lo siento, señora, pero hoy no puedo quedarme, tengo una venta esta tarde y debo preparar algunas cosas.

—¡Oh, qué pena! —se lamentó Violet con pesar.

—Ahora que han vuelto tendré muchas oportunidades de comer en su casa, si me invitan —dijo con una seductora sonrisa.

—Ya sabes que esta es tu casa, muchacho.

—Deberías dejar de mimarlo así —dijo Augusta entornando los ojos para mirarlo con inquina—. Se cree muy importante.

—Iremos a la ermita el sábado —dijo él sin borrar su sonrisa.

—¿Antes de la cena?

—Ven con tiempo —asintió él.

—A San Columba hay que ir por la mañana —respondió ella con expresión altiva.

—Entonces tendrá que ser otro día —dijo él sin inmutarse, por la mañana no puedo.

—Si no vas a quedarte a almorzar, ven y siéntate un ratito aquí —dijo Violet tocando el asiento a su lado—. Cuéntame todas las novedades de los McEntrie. ¿Cómo están Elizabeth y Enid?

Kenneth obedeció ante la inquisitiva mirada de Augusta que de ningún modo iba a dejar de aprovechar cualquier oportunidad para burlarse de él o provocarlo. Su amiga cogió un escabel y lo acercó hasta el sofá para sentarse frente a ellos. Apoyó las manos en su vestido dispuesta y Kenneth sonrió. Nunca rechazaba una contienda, por muy peligroso que fuese el rival.

Capítulo 4



Caillen regresaba al castillo después de una mañana de trabajo con Meallan, un potro con demasiada fuerza y poca paciencia. Faltaba solo una hora para el almuerzo y quería revisar algunos documentos de Nathaniel. El cielo estaba despejado por lo que el frío a esa hora era bastante intenso y él iba en mangas de camisa, aceleró el paso para mantener sus músculos calientes y desde lejos vio el carruaje que se detenía frente a la entrada del castillo. Entornó los ojos para enfocar mejor y trató de adivinar de quién era la figura masculina que había descendido en primer lugar para después ofrecer su mano a una grácil dama. En ese momento Elizabeth bajó las escaleras y las dos se fundieron en un cariñoso abrazo. Ya no tuvo dudas de que se trataba de los muy esperados visitantes de Inglaterra, Emma y Edward Wilmot, acompañados de los padres de Enid, los duques de Greenwood.

—¡Mamá! —Enid se abrazó a la duquesa que no podía contener las lágrimas—. ¡Qué ganas tenía de veros!

Caillen dudó un instante si regresar a las caballerizas a buscar a Lachlan y a Dougal, pero Edward ya había puesto sus ojos en él y esperaba con expresión curiosa.

—¡Caillen! —lo llamó Elizabeth y a continuación hizo las presentaciones pertinentes—. Estos son Emma, mi sobrina, y Edward, su esposo. Y estos son los padres de Enid. Sus excelencias, los duques de Greenwood.

El escocés los saludó uno a uno y después trató de excusarse para ir en busca de sus hermanos.

—Tranquilo —dijo Enid interrumpiéndolo—, ya voy yo. Ven, papá, te enseñaré las caballerizas, verás que caballos tan magníficos tene…

—Pero, hija —intervino su madre riendo—, acabamos de llegar, ¿cómo vais a ir a ver los caballos?

—No tardaremos nada, mamá. —Se agarró al brazo de su padre, pero este le dio unas palmaditas en la mano y negó con la cabeza.

—Ya habrá tiempo de eso, hija, lo único que queremos tu madre y yo en este momento es disfrutar de tu compañía y conocer a tu nueva familia.

—Está bien —cedió con desgana y volviéndose a uno de los lacayos, que había salido de la casa para ayudar con el equipaje, le indicó que fuese a buscar a su esposo a las caballerizas.

En el vestíbulo los recibió Craig con una gran sonrisa y los guio a todos hasta el salón de mañana en el que ardía un buen fuego que aliviaría el frío que traían del viaje.

—¿Su Gracia tomará una copa de *drambuie*? —preguntó Craig antes de servírselo.

—¿Podría sentarme frente al fuego? —pidió la duquesa sin esperar a que su marido respondiese—. Tengo los dedos de los pies entumecidos.

—Por supuesto, excelencia —dijo Elizabeth dispuesta a mover la butaca.

Sophie Greenwood la miró con severidad.

—¿Desde cuándo las Wharton utilizan esos formulismos con nosotros? Aquí nada de Excelencia ni Su Gracia. ¡Somos familia, por Dios!

Elizabeth sonrió con cariño e inclinó la cabeza en señal de aceptación. Caillen se apresuró a relevarla en la tarea de colocar la butaca, apartándola con una cariñosa sonrisa.

—Siéntate, Elizabeth —pidió—. Y tú también, Enid.

Edward y él acercaron el sofá y dos butacas a la chimenea para que las damas se sentaran

cómodamente. Sophie observó a Caillen satisfecha. Si su hermano se parecía a él debía ser un buen hombre. Estaba deseando conocerlo, una madre nunca está tranquila del todo. Y más en su caso que la unión de su hija con ese McEntrie llegó impulsada por tantos contratiempos. Apenas se había sentado cuando la puerta se abrió y Lachlan entró sofocado por la carrera. Se acercó a los recién llegados con rostro azorado y sin ocultar su preocupación.

—No sabía que… Creía que llegaban…

Extendió la mano hacia el duque, pero la retiró rápidamente y se la limpió en la chaqueta.

—Disculpe su excelencia… —Se inclinó reverente—. Estaba trabajando, debería asearme primero.

Enid se acercó a él y se agarró a su brazo.

—Papá, mamá, os presento a mi esposo, Lachlan McEntrie.

El duque cogió su mano para estrecharla.

—No me asustan unas manos sucias, muchacho —dijo con una enorme sonrisa.

Lachlan inclinó la cabeza de nuevo con respeto y luego saludó a la duquesa con una marcada reverencia.

—Siento haberlos privado de asistir a la boda de su hija. Lamento…

—No tienes que lamentar nada —lo interrumpió su suegro—, Enid nos contó lo sucedido en una extensa carta. Te estamos muy agradecidos por cómo llevaste el asunto a buen término.

—Ya hablaremos de todo eso con calma mi hija y yo —puntualizó la duquesa, de pie junto a la butaca, llamando su atención.

Lachlan se acercó a ella con evidente temor, sin dejarse engañar por la brillante sonrisa de sus labios. Había imaginado ese momento de formas y maneras tan diversas que cualquier cosa que sucediese no lo sorprendería.

—¿Quieres a mi hija, Lachlan McEntrie? —preguntó la duquesa provocando un profundo silencio en el salón.

—Con todo mi ser, Su Gracia.

Sophie lo miró a los ojos durante unos segundos y Lachlan le sostuvo la mirada sin protegerse. Tenía ante sí a la Enid del futuro. La duquesa no solo tenía sus rasgos, también su expresión vivaracha y curiosa era igual a la de su hija. No sabía cuánto de ella le habría cedido a su otra hija, Marianne, aunque, teniendo en cuenta que eran gemelas, no era difícil adivinar que el parecido sería tan asombroso como el que compartía con Enid.

La duquesa extendió la mano y Lachlan se la llevó a los labios. Cuando se disponía a soltarla Sophie no se lo permitió y apretó con más firmeza de la esperada.

—No diré que apruebo el modo en el que han sucedido las cosas, lloré mucho al recibir la carta de mi hija, como supongo que habría hecho cualquier madre al saber todo lo sucedido. Puedes estar seguro de que he necesitado de estos meses para que mi ánimo se calmase y estar aquí, frente a vosotros, manteniendo la compostura.

Lachlan tenía la vista clavada en el suelo y sentía la mano como si la tuviera metida en el fuego que crepitaba en la chimenea. Sophie lo soltó sin dejar de mirarlo con expresión severa. Enid no pudo contenerse más y se colocó junto a él con una silenciosa súplica en los ojos para su madre. La duquesa sonrió al fin.

—Enhorabuena, hijos —dijo y Lachlan pudo volver a respirar—. Tenéis mi bendición y os deseo que seáis muy felices. Como has llegado tarde, espero que no se convierta en una costumbre, por cierto, no has escuchado que mientras estemos en vuestra casa solo somos los padres de tu esposa, nada de utilizar formulismos con nosotros, como mucho puedes llamarnos padre y madre, aunque yo preferiría Sophie, si puedo elegir.

—¡Mamá! —Enid se abrazó a ella llorando y la duquesa le acarició el pelo con ternura.

—Mi niña. —Le cogió la cara entre las manos y la miró—. No me puedo creer que mis dos hijas vayan a ser madres.

—¡Oh, mamá! Estoy aterrada —susurró Enid.

—Ven sentémonos al lado del fuego y cuéntame con todo detalle cómo va ese embarazo.

Lachlan las vio acomodarse muy cerca la una de la otra ante la atenta y sonriente mirada de Elizabeth y Emma y se sintió orgulloso y emocionado.

—No se puede negar que son hermanos de Dougal —decía Sophie cuando estuvieron sentados a la mesa dispuestos a dar cuenta de un opíparo almuerzo—. Aunque cada uno tiene sus peculiaridades: Dos pelirrojos, dos morenos y dos castaños… ¡Menudo colorido!

—Ha tenido usted una buena tropa. —El duque miró a Craig sonriente y con una chispa de admiración masculina.

—No me quejo, aunque tampoco me habría importado tener por aquí correteando a alguna muchachita traviesa que alegrase mis días tristes.

—Quizá pronto las tengas, padre —apuntó Dougal sonriente.

Craig miró a Elizabeth y a Enid con afecto y la duquesa sintió que una cálida y reconfortante sensación invadía su pecho. Cualquier madre se sentiría afortunada al ver a su hija tan bien instalada en su nuevo hogar. Estaba claro que allí todos la querían y el brillo de felicidad en sus ojos era el mejor regalo que nadie podría ofrecerle.

—Debe haber sido muy duro separaros de Robert —dijo Elizabeth con tristeza—. Para mí lo es que no haya venido, creía que podría malcriarlo mientras estuvieseis aquí.

—Es un viaje demasiado largo —dijo Emma—. Y sus abuelos paternos están encantados de ejercer de cuidadores en nuestra ausencia.

—¿Cómo están Katherine y los niños?

—Maravillosamente bien. Katherine es una magnifica madre, cualquiera diría que nació para eso.

—Recibí carta de Caroline, dice que la pequeña Scarlett ha empezado a hablar, ¿es eso posible tan pronto?

Emma miró a los presentes y sonrió a su tía.

—Ya hablaremos de todo eso más tarde, vamos a estar aquí hasta que acabe el año, tendremos tiempo de ponernos al día de todos los asuntos familiares. No deberíamos monopolizar la conversación con nuestras historias.

—Tengo muchas ganas de ver vuestros caballos —confesó Edward mirando a Caillen—. He tenido el gusto de ver a algunos en carrera y reconozco que eran ejemplares admirables. ¿Cuántos tenéis?

—Ciento ochenta y cuatro —respondió el interpelado.

—Pero no todos son purasangre —intervino Kenneth—. También criamos Clydesdale y Galloway...

—Creía que solo os dedicabais a la cría de purasangre para carreras.

—No —dijo Caillen—, en esta zona hacen falta caballos de tiro y de trabajo, procuramos tener siempre ejemplares para abastecer esa demanda.

—Supongo que cada uno tiene una tarea específica —dijo el duque con interés.

—En general todos hacen de todo —explicó Craig—. Pero es cierto que la idiosincrasia personal acaba por manifestarse. Lachlan es el que mejor ojo tiene, enseguida sabe de qué pie cojea un caballo, permítame la metáfora, y el mejor modo de sacarle partido. Dougal es mi mano derecha, nunca hago nada sin consultarle. Tiene tan buen ojo para los caballos como para las

personas. Kenneth es experto en carreras y un entrenador extraordinario, la velocidad es lo suyo. Brodie… —Frunció el ceño algo confuso.

—Yo no tengo ninguna especialidad —dijo el mencionado encogiéndose de hombros.

—Brodie es bueno organizando las camadas —dijo Lachlan sonriendo—. Sabe qué caballos no deben estar juntos y cuáles se amoldarán fácilmente. Además, tiene un sexto sentido para anticiparse a los problemas entre ellos.

—Gracias, hermano, he aprendido de todos vosotros —dijo Brodie.

—Excepto de mí —apuntó Ewan sonriendo también—. Nunca quieres ayudarme.

—No me gusta ver sufrir a los caballos. Ewan es el veterinario —aclaró para quien no lo supiera.

—¡A mí tampoco me gusta! —le espetó su hermano—. De ahí que quiera curarlos.

—Tengo un conocido que estudió en el colegio de veterinarios de Londres —dijo Edward—. ¿No te gustaría estudiar allí?

Ewan miró a su padre con expresión irónica y Craig suspiró.

—Llevo años pidiéndole a mi padre que me deje ir, pero…

—El próximo año —lo cortó Craig.

—Siempre dice «el próximo año» —aclaró mirando a Edward.

—Esta vez es de verdad —intervino Dougal.

El pequeño abrió los ojos como platos y miró a su padre esperando confirmación.

—Iba a ser mi regalo de Navidad, pero me habéis estropeado la sorpresa.

Ewan tenía una sonrisa tan enorme que le ocupaba media cara.

—¿De verdad, padre? ¿No cambiarás de opinión?

—No, no cambiaré de opinión. Hace semanas que te inscribí en ese colegio del que no has

dejado de hablar desde que eras un muchacho.

—Tengo que prepararme —dijo Ewan soltando el tenedor—. Repasaré mis libros y…

—Ahora come —lo cortó su padre—. Tienes meses para repasar lo que quieras.

Ewan dejó escapar el aire con fuerza sin poder borrar su sonrisa.

—Has dicho que conoces a alguien que ha estudiado allí. —Miraba a Edward sin poder contener su alegría.

—Pues sí. Se llama Bracy Clark y…

—¿Conoces a Bracy Clark?

—No mucho. Tenemos un amigo común, apenas hemos hablado un par de veces, pero podría presentártelo, sin duda.

—¡Me encantaría! He leído todo lo que se ha publicado sobre él.

—¿Quién es ese Clark? —preguntó Brodie.

—¿No es el de las herraduras? —intervino Kenneth.

—Sí, ese —afirmó Ewan—. Deberías leer más, Brodie.

—¿Más? Tu hermano es un gran lector, Ewan —dijo Enid.

—No me refería a novelas.

—Lo dices como si leer novelas fuese algo malo.

—No es malo, pero tampoco es que enseñen mucho —dijo Ewan con evidente poco aprecio por ellas.

—¿Que no enseñan? —Su cuñada lo miró con el ceño muy fruncido.

—¡Pero si a ti no te gusta leer! —exclamó Emma riendo.

—En eso tienes razón —afirmó la otra riendo también.

—Veo que no has perdido la costumbre de contradecir —dijo la duquesa con una sonrisa.

—Mamá…

—¿Qué? ¿No quieres que tu nueva familia sepa lo mucho que te gustaba pinchar a tus hermanos?

Enid se sonrojó ligeramente.

—Eres la única capaz de hacer perder la paciencia a Marianne —siguió la duquesa—. Esa muchacha se ha ganado el cielo soportando tus pullas.

—Edward es un gran jinete —dijo Enid desviando la conversación sin disimulo—. Mejor que Alexander y William, y los dos montan realmente bien. ¡Vas a disfrutar mucho cuando pruebes a Gaoth! Y yo estoy deseando verlo.

—No pretendo que me dejen montar a sus mejores caballos…

—Enid tiene razón —lo cortó Dougal—. Eres un gran jinete y sería todo un espectáculo verte competir contra Kenneth.

—Estaré encantado de correr contra ti —dijo el McEntrie aceptando el reto—. Y puedes quedarte con Gaoth, yo correré con cualquier otro.

Edward se irguió imperceptiblemente conteniendo su sonrisa.

Caillen miró a sus hermanos de soslayo y después fijó la vista en su padre con disimulo. Nadie lo había mencionado y él tampoco tenía claro si tenía alguna fortaleza, algo que lo distinguiese de los demás…

—¿Y usted, Caillen?

Levantó la mirada del plato y posó sus ojos en Emma que lo miraba expectante.

—¿Cuál es su cometido con los caballos? —siguió ella—. Sé que es el abogado de la familia, pero me gustaría saber de qué tarea se ocupa con los caballos.

Todos lo miraban esperando que contestara, pero al ver que no decía nada fue Dougal el que

respondió.

—Caillen es el administrador. Se encarga de los suministros y de la gestión, además de llevar los asuntos legales —dijo.

—También se ocupa de poner precio a los caballos —añadió Lachlan—, nunca compramos sin que él dé el visto bueno.

—Y, después de mí, es el más elegante sobre el caballo —dijo Brodie.

—¿Después de ti? —se burló Kenneth.

—Todo el mundo sabe que tengo un porte regio, ninguno de vosotros puede competir conmigo en eso.

—Serás… —Ewan le dio un codazo—. No estamos solos.

Brodie sonrió a los invitados que lo miraban con atención.

—Es mejor que nos conozcan cuanto antes, ¿no? —Miró a la duquesa—. La madre de Enid me ha dicho que los tratase como a miembros de la familia y eso es lo que hago.

—Muy bien dicho, muchacho —dijo el duque con una sonrisa.

—Kenneth. —Enid miró a su cuñado—. ¿Has invitado a Augusta a cenar el sábado como te pedí?

—Sí y ha dicho que vendrá.

—¿Cómo está Hayden? —preguntó Craig interesado.

—Mejor que tú, padre —respondió el otro con sorna.

—Ese hombre es un roble —explicó el anfitrión mirando a los duques—. No hay enfermedad que pueda con él.

—Pues qué suerte tiene —afirmó Benjamin Greenwood cortando un pedacito de carne de su plato—. Este guiso está delicioso.

—Tenemos un gran cocinero —dijo Elizabeth—. Es muy peculiar, pero tiene muy buena mano para la cocina.

—Podrías haber traído a Augusta contigo —se lamentó Enid—. Tengo muchas ganas de verla. No entiendo por qué no ha venido ya.

—Solo llevan dos días aquí —explicó Kenneth.

—Dos días son más que suficientes. Su casa está a una hora caminando.

—¿Caminando? —Brodie la miró sorprendido—. Es verdad que Augusta nunca ha tenido caballo. ¿Alguien sabe por qué?

—Ahora tiene uno —dijo Kenneth con mirada burlona—. Una yegua coja.

—¿Qué? —Brodie no daba crédito.

—Es coja de nacimiento —explicó Enid—. No dejó que la sacrificaran, pero no la quiere para montarla.

—¿Y para qué la quiere? —preguntó su marido.

Enid se encogió de hombros y miró a Kenneth por si él sabía la respuesta.

—Su intención es darle una buena vida —respondió su amigo.

—¿Cómo va a darle una buena vida sin cometido? —Dougal movió la cabeza—. Esa muchacha no piensa con claridad.

Kenneth miró a su hermano mayor con severidad.

—Augusta es muy inteligente.

—No hablo de su intelecto, hablo de su raciocinio. ¿Cómo va a darle una buena vida a una yegua coja? No servirá para nada. ¿La va a tener metida en una cuadra sin más? ¿Verdad que tengo razón, Caillen?

El susodicho no quería meterse en la conversación, pero la pregunta era demasiado directa.

—Debería montarla si quiere que tenga una buena vida.

—Está coja, por si no lo has oído —dijo Kenneth de mala manera.

—Sí lo he oído —dijo el otro sin dar explicaciones.

Enid intuyó el peligro de una discusión y no quería que sus padres se llevasen una mala opinión el primer día que comían juntos.

—Lachlan, pregúntale a Emma si ha leído a Lord Byron. —Miró a la mencionada con una sonrisa deslumbrante—. A mi esposo le gusta mucho leer, no como a mí, estoy segura de que tendréis mucho de lo que hablar mientras estéis aquí.

La conversación se desarrolló entonces por otros derroteros, pero la imagen de la yegua coja de Augusta no dejó de atormentar a Caillen durante todo el almuerzo.

Capítulo 5



—¡Qué sorpresa más agradable! —dijo Violet caminando hacia Caillen. Lo agarró del brazo para guiarlo hasta el saloncito de mañana situado en el lado más cálido de la casa—. Me alegra mucho verte. ¿Cómo has estado?

Violet sentía un especial cariño por Caillen porque se parecía mucho a Constance. Y no era solo una cuestión de físico, que compartía también con Dougal, era su personalidad y esa sonrisa traviesa que tanto se la recordaba.

—¿Quieres tomar algo? Puedo hacer que te preparen lo que sea. Quizá queden algunos de esos pastelitos que tanto te gustan, hice que Evelyn los preparase por si venías, pero a Hayden le gustan tanto como a ti y no sé si habrá dejado alguno…

—No quiero nada, gracias —dijo él sentándose en la butaca que ella le indicó—. He venido enseguida porque por la nota de su esposo parecía urgente. Kenneth nos contó ayer que el señor O'Sullivan está totalmente recuperado.

Violet sonrió feliz al tiempo que asentía.

—Así es, ya no nos marcharemos más. Papá —dijo refiriéndose a su suegro al que consideraba como un padre—, ha aceptado vivir con nosotros en Escocia hasta… Bueno, el tiempo que Dios quiera, que espero sea mucho. Se alegrará de verte, por cierto, ya sabes lo mucho que te aprecia. Bueno, la cuestión es que ha decidido vender sus propiedades en Irlanda y necesita tu ayuda y consejo.

Caillen asintió con expresión profesional.

—Entiendo.

—Habrá que redactar documentos legales y cosas de esas de las que siempre habláis los hombres —dijo Violet haciendo gestos con la mano como si aventara papeles—. Thomas y él se pasaron toda la cena de anoche hablando de eso, ¡qué aburrimiento! Mi marido no está ahora en casa, ha ido a visitar a nuestros granjeros, ya le conoces, le gusta hacerse el campechano.

Caillen sonrió afable.

—Es campechano —corrigió.

—Tienes razón. La cuestión es que ha dejado todos los documentos para que te los lleves y los revises con calma.

Caillen asintió.

—Así lo haré.

—Bien, pero ahora cuéntame cómo has estado desde la última vez que nos vimos. ¿Qué es eso de que has acogido a un mendigo en tu casa?

—Las noticias vuelan, al parecer. En realidad, solo durmió una noche en una de nuestras cuadras. Se marchó al día siguiente, muy temprano.

—Para vosotros las cuadras son más importantes que el castillo —apuntó Violet que conocía los valores de los McEntrie.

—Al menos tan importantes.

—Qué compasivo has sido —dijo admirada.

—En realidad, creo que lo hice más para fastidiar a Carlton que para ayudarlo a él.

—No sabes lo que te pareces a tu madre, tanto en el físico como en ese carácter ácido que finges para que no se vea lo tierno que eres.

Caillen sintió una instintiva ternura. Violet O’Sullivan era la única que hablaba de su madre

con total normalidad y eso le llenaba el corazón, aunque jamás lo demostrase.

—Constance también tenía un enorme corazón, pero al igual que tú, fingía lo contrario con ese endemoniado carácter que tenía y su indomable personalidad. Tu madre tampoco habría dejado a ese hombre dormir al raso, aunque ella habría conseguido meterlo en una confortable cama, no te quepa duda.

Caillen amplió su sonrisa.

—¿Te he contado aquella vez que se enfrentó a Bhattair MacDonald por zarandear a Rosslyn delante de ella en casa de los condes de Sutherland? —Él asintió y Violet se rio consciente de que había pocas cosas que no le hubiese contado ya—. Fue glorioso ver a ese energúmeno humillado en mitad de un salón lleno de gente y a tu madre, con las manos en jarras, dejándolo sin palabras.

Se echó a reír a carcajadas y Caillen se vio contagiado de su alegría.

—Era una mujer extraordinaria —repitió Violet—. Tu padre fue un hombre muy afortunado por tenerla a su lado.

La mirada del escocés se enturbió y giró la cara para evitar que ella viese algo que era solo suyo. Violet dejó de reírse y pensó unos segundos antes de volver a hablar.

—La quiso muchísimo, Caillen. Y ella fue muy feliz con él.

Esperó a que dijera algo, pero estaba claro que no iba a hacerlo, nunca decía nada al respecto, aunque ella era plenamente consciente de lo mucho que le afectaba el tema.

—No sabía que teníamos visita. —Augusta entró en el salón con un jarrón de flores y lo colocó sobre una mesita antes de acercarse a saludarlo—. Hola Caillen.

—Hola, Augusta —dijo él poniéndose de pie.

—No quería interrumpir —dijo al percibir cierta tensión.

—Estábamos hablando de un mendigo al que ha acogido Caillen —explicó Violet obviando el otro tema—. Lo ha dejado dormir en una cuadra. ¿Tiene nombre, por cierto?

—Dijo llamarse Mungo Fairweather y parece que vivió por la zona hace años.

—Fairweather, Fairweather… —repitió Violet pensativa—. Tu madre tenía un caballo que se llamaba así, pero creo que nunca conocí a nadie con ese apellido. ¿Te quedarás a almorzar con nosotros?

—No puedo, debo regresar enseguida para revisar los documentos de los que hemos hablado.

—Trabajo, trabajo… Los McEntrie trabajáis demasiado. ¿Dónde se ha visto que unos jóvenes con tantos posibles se pasen el día limpiando cuadras y cepillando caballos?

Caillen sonrió de nuevo.

— Ya sabe que tenemos invitados en casa. Ahora mismo ninguno de nosotros tiene permiso para ausentarse. Elizabeth y Enid no me lo perdonarían.

—Mamá, no lo atosigues —dijo Augusta.

—Ay, hija, Caillen me conoce bien, sabe que habla el cariño que le tengo.

—Usted puede atosigarme tanto como guste —dijo el escocés.

Violet soltó una risita divertida y se puso de pie.

—Augusta, hazle compañía mientras yo voy a ver si tu abuelo dejó alguna de esas delicias que tanto le gustan. Mira que dije que eran para Caillen…

Siguió hablando una vez cruzó la puerta y su voz se fue alejando con ella.

—Es cierto que lo dijo —afirmó Augusta—. Deberías decirle que no te gustan tanto esos pastelitos como ella cree.

—No pienso decir nada que pueda molestarla.

Durante unos segundos permanecieron callados. Augusta se ponía nerviosa siempre que

estaba con él a solas, se sentía torpe y no se le ocurría nada que decir. Y él… él solía ignorarla la mayor parte del tiempo.

—¿Has venido a caballo? —preguntó.

Caillen la miró confuso y levantó levemente una ceja.

—¿Es una pregunta trampa?

—Tienes razón, los McEntrie siempre venís a caballo. Para el caso podríais no tener piernas —musitó para sí.

—Tengo muy poco tiempo para perder —dijo escueto.

—No creo que caminar sea una pérdida de tiempo. Algún día se descubrirá que es un ejercicio de lo más saludable.

—Creo que eso ya se ha descubierto.

—Me refiero…

—Te refieres a que no te gusta montar.

Ella levantó una ceja como si no viera a cuento de qué venía eso.

—Cierto —afirmó.

—Es sorprendente que Kenneth no haya solucionado eso.

—¿Solucionarlo? —Ella frunció el ceño—. No hay nada que solucionar. No a todo el mundo tiene que gustarle montar.

Él se encogió de hombros. No era asunto suyo. Otro largo silencio.

—Y ese mendigo… —Se esforzó en no retorcerse las manos—. ¿Dónde lo has conocido?

Caillen la miró con aquella mirada tan suya, una mezcla de cinismo y perspicacia que la hacía sentir tan incómoda.

—Molestó a Carlton.

—Ah, ya veo. Los enemigos de mi enemigo son mis amigos —citó.

—Siempre te han gustado ese tipo de frases hechas —dijo él y ella se encogió de hombros.

Otro silencio. Caillen no sentía la menor incomodidad por permanecer en silencio y tampoco le importaba mucho que ella estuviese retorciéndose las manos nerviosa.

—Tengo entendido que no has conseguido contactar con la heredera de Nathaniel Forrester.

—No.

Augusta tardó unos segundos en volver a hablar.

—Qué pena que no pudiera conocer a su tío abuelo, ¿verdad?

Caillen asintió con la cabeza.

—Mi familia le tenía un gran aprecio —añadió Augusta—. Era un hombre muy agradable.

Él volvió a asentir.

—Supongo que tampoco podría venir. Sería peligroso navegar estando nuestros países en guerra.

—Muy peligroso.

Ella frunció el ceño, pensativa.

—Tendría que ser una mujer muy valiente.

—Desde luego, mucho más que para subirse a una yegua coja —dijo mirándola con fijeza.

Augusta frunció el ceño.

—Yo no…

—Ya.

—¿Ya? —Lo miraba sin comprender—. ¿Qué has querido decir con ese «ya»? No tengo ninguna intención de montarla, sé que le haría daño y es lo último que quiero.

—¿A qué viene ese miedo a los caballos? —preguntó él sin inmutarse—. Que yo sepa, nunca

te has caído.

—No es miedo.

Él inclinó la cabeza y entornó los ojos esperando. Augusta se movió incómoda en la butaca.

—Es respeto.

—Que es como llaman al miedo los que no quieren ser tachados de cobardes.

—Ciertamente no me considero una persona valiente, pe…

—Desde luego que no —la cortó.

Augusta se llevó una mano al recogido, le molestaba una horquilla, pero no podía quitársela a riesgo de hacer un estropicio en el peinado que le había hecho Isabella esa mañana. Además, temía ceder a la tentación de clavársela en un ojo.

—Es mi yegua y a nadie más que a mí le incumbe lo que haga con ella. En este país existe el derecho a la propiedad particular, ¿sabes?

—Por supuesto —dijo él sin borrar aquella expresión de burla de sus ojos.

Augusta miró hacia la puerta ansiando verla abrirse, pero al parecer su madre había encontrado algo con lo que entretenerse. Se puso de pie mirándolo inquieta, buscaba algo que decir y se preguntó por qué no había esperado a tenerlo antes de levantarse tan bruscamente.

—Mi padre ha hecho quitar el columpio en mi ausencia —dijo señalando hacia la ventana—. Llevaba ahí desde que tengo memoria, pero ahora el roble está desnudo y solo.

Caillen se levantó ante su insistencia en señalar la ventana.

—¿Por qué lo ha quitado?

—La excusa es una cuerda raída, pero en el fondo sé que es una advertencia.

—¿De qué?

—De que me hago mayor y debo dejarme de columpios.

—Pues tiene razón.

¡Claro! ¿Cómo no? Augusta dejó escapar un lánguido suspiro.

—Rowena tiene uno y somos de la misma edad. Puede columpiarse cuanto le plazca y no tiene que pensar en casarse. De hecho, no creo que tenga la menor intención de hacerlo.

—Rowena tiene el dinero de su abuela —dijo él sin el menor tacto.

—Cierto —musitó Augusta sin apartar la mirada del roble desnudo.

Caillen sonrió ligeramente.

—Supongo que será por no tener hermanas, pero siempre había pensado que a las jóvenes os gustaba todo eso.

—¿Todo eso? —Lo miró interrogadora.

—La presentación en sociedad, el cortejo…

—Mi presentación fue hace tres años, Caillen.

—¿De verdad? ¿Tres años? —preguntó sorprendido—. ¿Entonces no tienes diecisiete años?

Ella no pudo evitar sonreír ante su falta total de empatía. Estaba claro que le importaba bien poco ese tema, pero por alguna extraña razón no podía enfadarse con él. Conocía a Caillen mucho mejor de lo que él la conocía a ella. Lo había observado desde la invisibilidad a la que la había relegado desde niña y ese era el mejor escudo para ver sin ser visto.

—Aquí estoy —dijo Violet entrando con una bandeja—. Aún quedaban bastantes.

Se giraron para mirar la montaña de pastelitos perfectamente colocados.

—¿No te has pasado un poco, mamá? —Sonrió su hija divertida.

—No hacía falta que los trajese… todos —musitó Caillen asustado.

—Oh, no, hay más; puedes llevarte unos cuantos a casa, si quieres. Y no pretendo que te comas todos estos de una vez —se rio Violet—. ¡Menuda cara de susto tienes!

El escocés sintió una cálida sensación en el pecho, esa que sentía siempre que estaba en la misma habitación que Violet O'Sullivan. Es algo difícil de explicar, un sentimiento poderoso que emana de las mujeres que han sido madres y que solo puede percibir conscientemente alguien que siente enormemente la falta de una.

Cuando terminó de comer los suficientes pastelitos como para que Violet se sintiese mínimamente satisfecha, Caillen se despidió para marcharse.

—Acompáñalo, niña —la azuzó su madre.

—Sí, acompáñame, así me mostrarás a esa yegua —dijo Caillen y después se despidió de Violet.

Augusta lo siguió hasta las caballerizas sorprendiéndolo por su buen paso. A pesar de que las piernas del escocés eran mucho más largas, ella no se quedó atrás en ningún momento. Al final iba a ser cierto que caminar era un ejercicio excelente.

—¿Dónde está? —preguntó el escocés mirando a su alrededor—. ¿Es esa?

—¿Quién? —fingió no entenderlo.

—Tu yegua.

—¡Ah! Te refieres a Coiseachd…

—Coise… ¿En serio la has llamado Coiseachd? ¿Por qué no «coja» directamente?

—No veo qué tiene de malo.

—¿Crees que por ponerle ese nombre se producirá alguna clase de conjuro que haga que solo camine? ¿Vas a decirme cuál es o no?

Augusta lo llevó hasta la yegua de pelaje blanco con una mancha gris en la frente y calcetines del mismo color. Se giró hacia Augusta con el ceño fruncido.

—¿Es hija de Ròs?

Ella asintió satisfecha.

—La has reconocido por la estrella de la frente, ¿verdad? Es igual que la de su madre.

—¿Rechazaste a Ròs cuando te la regaló tu padre, una yegua purasangre soberbia, pero has acogido a su hija coja?

Augusta volvió a asentir, pero ya sin sonrisa.

—Coiseachd me necesita, Ròs, no. Mi hermano se la quedó encantado y la monta a diario, si eso te hace sentir mejor.

Caillen movía la cabeza con disgusto.

—Tu padre la compró para ti.

—Lo sé.

—Fue muy violenta tu reacción. Nos hiciste sentir muy incómodos a todos. Creíamos que te pondrías muy contenta y…

—Todos sabíais que no me gustaban los caballos, papá sobre todo.

—Esta yegua está coja, Augusta, no puedes montarla. Las dos os haréis daño.

—No tengo intención de hacer semejante cosa, ya te lo he dicho.

—¿Para que la tienes entonces? No tiene sentido que viva en estas condiciones.

Ella abrió los ojos asombrada.

—¿Estás hablando de sacrificarla?

—Está coja, no puede hacer nada. Si al menos la montaras, tendría una utilidad.

—Acabas de decir que no puedo montarla. Tus órdenes son muy confusas, Caillen.

—Tal como está ahora, no, pero si la entrenan… —Se puso las manos en la cintura descansando el peso de su cuerpo sobre una pierna y moviendo de nuevo la cabeza—. No sé por qué nadie iba a querer hacer eso, yo desde luego no.

—Por supuesto, ¿cómo va Caillen McEntrie a preocuparse por una yegua coja cuando tiene montones de caballos perfectos de los que encargarse?

Él no respondió y salió de la cuadra para volver hasta su caballo. Cuanto antes se marchase de allí, mejor para todos. Acabaría comprometiéndose a algo de lo que tendría que arrepentirse.

—Por favor —pidió ella a su espalda bajando el tono—. ¿Podrías entrenarla?

Caillen apretó los labios enfadado consigo mismo por detenerse. Y por darle la idea. Y por no haberse ido en cuanto comió la última empalagosa pasta que fue capaz de tragarse.

—¿Por qué no se lo pides a Kenneth? Él es tu amigo, no yo.

Aguantó la bofetada porque era cierto. Él no era ni había sido nunca amigo suyo, apenas sabía que existía más que cuando estaban en la misma habitación, y a veces ni siquiera entonces.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó él sacándola de sus pensamientos.

—Nada, una tontería. Por favor, Caillen, ayúdala. Solo quiero que tenga una buena vida.

Caillen volvió a mirar hacia la cuadra y suspiró.

—Tendríamos que hacerle una silla especial.

—No la necesita porque no voy a…

Caillen se dio la vuelta para volver con Donn y lo sacó de las caballerizas caminando a su lado. Augusta lo seguía, manteniendo las distancias con el caballo, y lo vio subir al animal con un movimiento firme y seguro. Donn era un caballo de aspecto poderoso, oscuro como el chocolate y muy veloz. Cómo envidiaba esa soltura que tenían los McEntrie para relacionarse con caballos tan grandes y tan… aterradores.

—Caillen… —Temía que se fuera sin decir nada más.

El escocés la miró desde lo alto y sin expresión.

—Tráemela, pero solo si de verdad quieres salvarla.

—Quiero —afirmó rotunda.

—Entonces tendrás que montarla. Si no va a servir para nada, es mejor que la sacrifiques. Un caballo no es un mueble que puedas dejar arrinconado, siente y padece. No se me ocurre nada más cruel que tener a una yegua como esa encerrada en un cubículo el resto de su vida.

—No está encerrada, yo la saco a pasear.

—No me hagas perder el tiempo, Augusta, si no vas a montarla no la traigas —dijo tajante y se alejó de allí dejándola con el corazón en un puño.

—Caillen debe de ser el hombre más tonto sobre la tierra —dijo Rowena dejándose caer en la butaca.

—Pareces agotada.

—He venido a galope tendido —afirmó Rowena—. Tu nota así lo requería.

—Mujer, era una forma de hablar. No quería que me ignorases.

—En serio, Augusta, ¿por qué no se lo dices?

—¿Decírselo? ¿A quién? ¿El qué?

—¡A Caillen! —exclamó dando una palmada con las manos en los reposabrazos—. Habla con él y exponle tus sentimientos. Es la mejor manera de solucionar esto de una vez.

—Querrás decir que es la mejor manera de que no vuelva a dirigirme la palabra. O la mejor manera de que yo no pueda volver a poner un pie en *Slioscreige*.

Slioscreige era el nombre que Constance le puso al castillo de los McEntrie cuando se casó con Craig y se trasladó a vivir allí. La familia O’Sullivan era la única que seguía llamándolo de ese modo.

—Eres una exagerada.

—¿Exagerada? Para Caillen soy menos interesante que el papel de la pared y no creo que sepa siquiera que lo hay.

—Seguro que si le dices que lo amas te prestará atención.

—¡Rowena! —Miró hacia la puerta asustada. Si su madre oía hablar de amor se pondría a preparar la boda—. Eres una mala amiga.

—¿Por qué lo dices? —Rowena fingió ofenderse, aunque las dos sabían que eso era casi imposible de conseguir.

—No deberías empujarme a hacer un ridículo tan espantoso, se supone que eres mi mejor amiga.

—¿Ridículo por qué?

—¿Has visto cómo *no* me mira? ¿Como *no* me sonríe? Ocupo el mismo espacio de visión en su cabeza que una silla. Bueno, menos, porque la silla sirve para sentarse y yo no sirvo para nada. No soy lo bastante guapa ni lo bastante divertida. Soy más bien… invisible.

Rowena fruncía el ceño.

—A veces me maravilla tu capacidad para menospreciarte.

—Soy realista.

—Eres estúpida, eso eres —dijo la otra visiblemente enfadada.

—Gracias, eso me ayudará a no menospreciarme

—Si mirarte en el espejo no te ayuda, nada puede hacerlo.

La otra no dijo nada para no hundirse más en la miseria.

—¿Por qué siempre tienes que decir estas cosas? —Rowena se levantó de la butaca y se sentó a su lado en el sofá—. Eres preciosa y muy divertida, Caillen tendría suerte de tenerte. Lo

que pasa es que no se ha dado cuenta aún, pero si tú…

—¡Rowena, por favor! —la cortó—. ¿Cuántas veces me ha sacado a bailar?

—A Caillen no le gusta bailar.

—Sobre todo conmigo.

—Ni contigo ni con nadie, siempre encuentra el modo de mantenerse alejado de esas cosas. Como mucho participa en alguna cuadrilla, pero ¿un vals? No, si puede evitarlo.

—Ojalá se case pronto, así podré quitármelo de la cabeza de una vez —musitó la otra ignorándola.

—Eres la mejor amiga del demonio —añadió Rowena—. Te lo he dicho muchas veces, esa amistad es muy perjudicial para ti en todos los sentidos.

Augusta la miró con severidad.

—Kenneth no tiene nada que ver en esto.

—Caillen es de esos hombres que ocultan sus sentimientos, pero eso no significa que no los tenga. Quizá esté enamorado de ti y tú no lo sabrás nunca.

Augusta soltó una carcajada muy poco femenina.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Te vas a quedar de brazos cruzados hasta que aparezca una más decidida que tú?

—Ojalá.

Su amiga se recostó en el respaldo sin dar crédito.

—Eres imposible.

—Y tú una cabezota —dijo Augusta recostándose también.

Las dos se quedaron mirando hacia la pared un buen rato sin decir nada.

—Tengo mucha suerte de que a mí no me haya pasado —dijo Rowena pensativa—. No me

gustaría nada estar en tu lugar.

—No es tan malo —reconoció la otra con una sonrisa—. Llevo enamorada de él desde los quince años y es cierto que muchas veces me ha hecho llorar sin saberlo, pero también hace que me explote el corazón de alegría.

Rowena negó con la cabeza muy despacio.

—Suena horrible —musitó y después giró la cabeza para mirar a su amiga—. ¿Qué podría pasar, Augusta? Piénsalo un momento.

—Sé exactamente lo que pasaría. Me miraría con expresión de suficiencia y me diría: eres como una hermana para mí, jamás he pensado en ti de ese modo —dijo tratando de imitar la voz del escocés.

Rowena sonrió al tiempo que se incorporaba inclinándose hacia ella.

—¿Y no es mejor eso que languidecer a su lado? Si te rechaza será como sacarte el aguijón de una abeja. Dolerá, pero después ya no tendrás que pensar más en él.

—¿Y cómo se lo digo? Estoy enamorada de ti, Caillen McEntrie, ¿podrías por favor quererme?

—Sí, claro, y te arrodillas para suplicarle.

—Una señorita no se arrodilla.

—Ni dice tonterías. —Rowena se levantó y comenzó a pasear frente al sofá—. Puedes decirle que quieres pasar tiempo con él. Se ha ofrecido a entrenar a Coiseachd, ahí tienes tu excusa. Le dices que quieres estar mientras lo entrena y lo entenderá.

—No lo entenderá.

Rowena frunció el ceño, no, no lo entendería.

—Entonces debes ser un poco más directa, que sepa que lo haces para estar con él.

Su amiga dejó escapar un largo y sonoro suspiro. Rowena detuvo su paseo y la miró muy seria.

—Mira, Augusta, eres una mujer maravillosa, pero si Caillen McEntrie no se ha fijado en ti es única y exclusivamente culpa tuya. Te encoges siempre que está presente y no dejas que te conozca de verdad.

—No puedo evitarlo —dijo con timidez—, me intimida.

—Mmm.

—Rowena, no.

La otra la miró con expresión desconcertada.

—No ¿qué?

—Tienes esa expresión.

—¿Qué expresión? —insistió la otra fingiendo ignorancia.

—Rowena…

—¿Qué?

—Ni se te ocurra intervenir… —Dejó escapar el aire de golpe—. No debería hablar contigo de estas cosas.

—No digas tonterías, somos amigas, nos lo contamos todo. —Volvió a sentarse a su lado.

—Si le dices algo no voy a perdonarte.

—No le diré nada, tranquila —la cortó su amiga impaciente—. Mira que eres tonta. Estamos hablando de tu felicidad y eres capaz de dejarla escapar por cobardía.

Augusta la miró dolida y Rowena frunció el ceño.

—¿Qué he dicho?

—Todos pensáis que soy una cobarde.

—Te comportas como si lo fueras.

—¿Porque me dan miedo los caballos? —preguntó airada.

—Te dan miedo muchas cosas, Augusta. La avispas, los ratones, quedarte huérfana, los sitios oscuros, las cuevas, los caballos, Caillen McEntrie…

—Caillen no me da miedo.

—Ya lo creo que sí.

Augusta elevó la barbilla con altivez.

—Soy perfectamente capaz de superar mis miedos. He montado a caballo y paseo asiduamente por el jardín donde hay muchas avispas. En cuanto a los ratones… —Le dio un escalofrío que fue imposible de ocultar.

—Demuéstralo —dijo la otra levantando una ceja—. Dile a Caillen lo que sientes y si después de eso alguien se atreve a decir que eres cobarde, lo abofetearé sin contemplaciones.

—Puedo hacerlo —dijo sin mucha convicción.

—Desde luego. ¿Es que no ves que será mucho más bochornoso si lo descubre de otro modo? No entiendo cómo no se ha dado cuenta ya, porque hay que ver cómo se te nota —se burló Rowena.

—¡Oh, para! —gimió Augusta—. ¡Cállate!

—¿Por qué te sonrojas? —Rowena se rio—. Querer a alguien no debería ser motivo de sonrojo. Yo te quiero mucho y mira. —Se señaló las mejillas.

—Eres muy tonta Rowena Sinclair —dijo a punto de echarse a reír.

—Espero que si alguna vez me hallo en tu situación me… —Levantó una mano como si espantara una mosca—. ¿Qué estoy diciendo? Yo jamás estaré en tu situación.

—Pero si lo estuvieras, se lo dirías.

—Desde luego.

—Ojalá pueda verlo —deseó Augusta—, pienso burlarme de ti hasta quedarme sin argumentos.

—Eres demasiado dramática, harías bien en tomarte la vida a risa.

Augusta entornó los ojos afilando su atención. Si había alguien para quien la vida no había sido para reírse, esa era Rowena y ella lo sabía mejor que nadie. Su madre nunca la había querido y no es que se hubiese molestado en disimularlo. Hasta los diez años vivió una vida muy solitaria en una casa en la que todas las atenciones, el cariño y los halagos eran para Aileen. Cuando su abuela pidió hacerse cargo de ella pensaron que su vida cambiaría, pero la mujer no era nada cariñosa y la educó en el convencimiento de que los sentimientos no eran más que pamplinas. Augusta sintió una cálida sensación en el pecho. La quería muchísimo.

—Yo no soy dramática —dijo tratando de disimular su turbación—, lo que pasa es que tú eres un témpano de hielo.

—¿Que no eres…? ¿Quién llora porque le quiten un columpio a los veintiún años?

Augusta desvió la mirada con expresión culpable.

—Tú tienes un columpio y lo usas.

—Pero no lloraría si lo descolgasen.

—No, probablemente cogerías una escalera y volverías a ponerlo.

—¿Y por qué no haces tú eso? —La miró desafiante—. ¿Por qué tienes que esperar a que te lo hagan todo? ¿Es que acaso no tienes brazos y piernas?

Augusta se echó a reír a carcajadas y acabó contagiándola.

—Por esto nos llevamos tan bien —dijo sin parar de reír—. Tú tienes toda la valentía que a mí me falta.

—Eso es cierto —se burló Rowena poniéndose de pie—. Vamos, me apetece dar un paseo.

—Hace mucho frío.

—¿Y qué más da el frío? —Echó a correr tirando de ella.

Capítulo 6



Llevaban tres días alojados en el castillo de los McEntrie y Edward ya era uno más en el grupo.

—Vamos, Edward, has ganado dos partidas seguidas, no te quejes —dijo Dougal lanzando las cartas contra la mesa.

—¿Quién se queja? —Se rio el otro—. Solo digo que has tenido mejores cartas la mayor parte del tiempo. Si no, te habría ganado antes.

El escocés se levantó para servirse un whisky. Levantó la botella con mirada interrogadora y Edward asintió.

—Son como niños —dijo Elizabeth moviendo la cabeza.

—Desde luego —corroboró Sophie—. Los hombres nunca dejan de serlo. Tú lo sabrás bien, rodeada de tantos.

Elizabeth sonrió.

—No se diferencian mucho de nosotras —dijo levantando la vista de su bordado para mirar a Emma—. Muchas veces me hacen recordar a cuando estábamos todas juntas. Se provocan, se pelean, pero en el fondo se quieren muchísimo.

Ewan estaba lo bastante cerca para oírla y sonrió con cariño. Elizabeth le devolvió la sonrisa.

—En lo de provocar, Elinor y Harriet no tenían rival —dijo Emma.

—¡Cómo las echo de menos a las tres! —exclamó Enid apesadumbrada—. Pensar que Marianne y yo vamos a ser madres y estamos tan lejos la una de la otra, me pone muy triste.

—Harriet y Elinor se acuerdan mucho de ti —dijo Emma mirándola—. No sabes cuánto.

—Me escriben a menudo. A veces me han escrito varias cartas antes de que llegara la primera. Sobre todo Elinor, está entusiasmada con las fábricas.

—Es asombroso lo bien que se maneja —siguió Emma—. Henry dice que han aumentado las ventas desde que es ella la que se encarga de todo.

—¿Y cómo le va a Marianne su embarazo? —preguntó Elizabeth a la duquesa.

—Oh, está muy contenta. Iremos a verlos en cuanto Benjamin arregle unos asuntos en Londres. Queremos estar en Calcuta cuando nazca el bebé.

Enid frunció los labios con tristeza y su madre le cogió la mano mirándola como se mira a una niña que se ha comido media tarta y se apena por no poder terminársela.

—Marianne está sola.

—Tiene a Harvey y ha hecho muy buenas amigas, mamá, no está sola. Pero entiendo lo que dices y me parece bien que vayáis para estar con ella. Es solo…

—Lo sé, mi niña, es tu primer embarazo y estás asustada.

—Mucho.

La duquesa suspiró.

—Ojalá pudiera partirme en dos.

—No se preocupe —dijo Elizabeth—, cuando llegue el bebé de Enid yo ya habré parido y estaré con ella. Además, tiene a Rowena y a Augusta, que no la dejan ni un momento.

—Y a ese bendito —añadió su madre refiriéndose a Lachlan.

Enid sonrió, realmente era muy afortunada.

—Marianne te necesita más que yo, es cierto. Ojalá que todo le vaya muy bien. Pienso mucho en ella.

—Volverán a Londres algún día, no es algo permanente —aclaró su madre y Enid se

preguntó si no era más un deseo que una certeza.

—¿Y tú, Emma? —preguntó Enid con picardía—. ¿Para cuándo un hermanito para Robert?

Emma miró a su marido que en ese momento discutía acaloradamente con Kenneth.

—Has salido antes de tiempo —afirmaba el escocés.

—Eso no es cierto —negó Edward—. Además, esa ventaja, de haberla habido, sería nimia para el trecho que te he sacado.

—En eso tiene razón Edward —dijo Dougal tomando partido.

—Sabéis que la inercia y la velocidad explosiva es proporcional a…

—Vamos Kenneth —intervino Brodie—, ganas siempre, por una vez que pierdas no te va a pasar nada.

—Cuando eso pase, lo aceptaré —dijo el otro burlón—, pero lo de hoy ha sido un fraude en toda regla.

—Tranquilo, Edward. —Caillen le puso una mano en el hombro—. Kenneth no sabe perder.

—Eso es cierto —admitió su hermano—. Es por la falta de práctica.

Todos se rieron a carcajadas y Emma sintió que se le derretía el corazón al ver a su marido como uno más.

—Pronto… —musitó respondiendo a la pregunta de Enid, pero ya nadie se acordaba.

Edward se salió antes de acabar, como hacía desde que decidieron que de momento no querían más hijos, y descargó su simiente sobre el colchón. Durante unos segundos ninguno fue capaz de emitir más que una agitada respiración. Emma se colocó de lado apoyando la cabeza sobre su mano.

—A veces me avergüenzo de mí misma —dijo riendo.

Su esposo la miró ceñudo.

—¿Avergonzarte?

—Soy madre, ¿no debería ser más recatada?

Él sonrió divertido.

—Espero que no cambie nunca, señora Wilmot.

—La culpa es tuya —dijo mirándolo con los ojos entornados—, me perviertes con tu buen hacer.

Edward puso una mano en su nalga y la atrajo hasta pegarla a su cuerpo.

—Dame un minuto y volveré a pervertirte.

Ella se rio y lo apartó decidida. Después se levantó para ponerse el camisón, como si eso pudiera protegerla. Caminó hasta el tocador y comenzó a cepillarse el cabello ante la atenta mirada de su esposo que se había recostado en la almohada con el brazo debajo de la cabeza.

—Me encanta ver cómo te peinas —dijo con voz relajada.

Emma se giró y le regaló una sonrisa complacida.

—Ponte algo, marido —pidió—. No puedo hablar tranquila sabiéndote ahí desnudo.

Edward mostró una expresión divertida y se levantó para ponerse la camisa de dormir.

—¿Así mejor? —preguntó de nuevo en la cama.

Emma lo miró un momento, con el cabello despeinado, el musculoso pecho que dejaba ver la abertura de la prenda, la pierna doblada mostrando más de lo que debería… Le dio la espalda consciente de que él hacía lo que podía.

—A Elizabeth parece irle muy bien —dijo Edward fingiendo ser ajeno a sus pensamientos—. Estarás contenta.

Emma asintió y le sonrió al espejo.

—Imaginé muchas veces que se casaba y era feliz, pero ser testigo de ello ha sido maravilloso. —Negó con la cabeza y se giró apesadumbrada—. Odio que estemos tan lejos la una de la otra. Me gustaría estar a su lado cuando nazca el bebé.

—Lo sé, pero en esa fecha no podemos venir. Creo que lo entendió, no parece disgustada por ello.

—No me refiero solo a eso. Es muy duro para mí saber que nuestras vidas van a avanzar por caminos distintos. Creí que siempre la tendría a mi lado.

—A tu lado y sola o lejos y con Dougal… —Edward inclinó la cabeza elocuentemente.

—Yo también prefiero la segunda opción, pero eso no quita que la eche de menos.

—Me tienes a mí —dijo él extendiendo los brazos.

Emma dejó el cepillo y se subió a la cama para acurrucarse en ellos. Edward acarició su espalda respirando suavemente. Tener a Emma cerca le provocaba siempre esa sensación de pertenencia que tanto bien le hacía.

—Tú tienes a tus hermanas y Elizabeth tiene a Enid y a los McEntrie, ninguna de las dos está sola.

—Lo sé —afirmó—. La quieren mucho, ¿verdad?

—Mucho —afirmó su esposo.

—Son muy peculiares esos hermanos. Supongo que no haber tenido madre la mayor parte de sus vidas… —Se dio cuenta de lo que había dicho demasiado tarde. Levantó la cabeza para mirarlo y él le sonrió para que supiera que no le molestaba.

—Me habría gustado tener un hermano con el que compartir mi infancia —reconoció—. No digamos cinco hermanos, eso ya me parece un sueño. No solo por las cosas buenas, el

compañerismo, la afinidad y compartir los pequeños momentos de la vida. También por los malos, no creas. Las peleas, las rivalidades… Estoy seguro de que eso ha fortalecido sus personalidades. Todos son excelentes hombres y tienen sólidos principios. Aunque también hay que reconocérselo a Craig, ha sido un padre extraordinario. No como el mío —dijo esto último para sí.

—No hables mal de mi suegro —lo regañó divertida.

—Hizo lo que pudo, el pobre hombre no tenía ni idea de cómo ser padre —aceptó Edward.

—Y ahora se esfuerza mucho. Ya ves cómo trata a Robert.

Su marido asintió.

—Ese niño hace lo que quiere con él.

Emma se rio al pensar en ello y Edward la apretó feliz contra su cuerpo.

—Estás disfrutado mucho estos días —dijo ella con una gran sonrisa—, compitiendo con los McEntrie y pasando tiempo con esos purasangre.

—Sus caballos son magníficos y saben bien cómo entrenarlos, he aprendido mucho de ellos. Lo cierto es que me lo he pasado muy bien, realmente.

Su esposa apoyó las manos en su pecho y la barbilla en las manos para poder mirarlo.

—¿Por qué os gusta tanto competir a los hombres? Incluso las partidas de cartas por la noche se convierten en una batalla.

Edward se echó a reír.

—Tampoco es para tanto.

—¿Qué no? Dougal y tú sois los peores.

—¿Qué dices?

Emma movió la cabeza con severidad, pero lo cierto es que la había emocionado verlo entre

los McEntrie como uno más. Todavía se le partía el corazón al imaginarlo solo en Haddon Castle, con un padre autoritario y frío y sin el cariño de su madre.

—Tendremos cinco hijos —dijo de pronto.

Él la miró entornando los ojos.

—¿Cinco? Dijiste que querías tiempo para…

—Ya no lo quiero —dijo rotunda—. Yo tuve cinco hermanas y a Elizabeth y pensar que pudiese haber estado sola como…

—Como yo.

Ella afirmó.

—Te resarciré, amor mío. Me tendrás a mí y a tus cinco hijos revoltosos que no te dejarán tranquilo. Te arrepentirás de haber deseado una casa llena de gente.

Él sonrió feliz y la apretó contra su pecho.

—Contigo no me arrepentiré nunca de nada, amor mío —dijo él cubriéndola con su cuerpo.

Capítulo 7



Caillen se detuvo frente al camino que llevaba a la entrada de la mansión Forrester y un pellizco de tristeza retorció su estómago. Guio al caballo hacia las cuadras y saludó a Héctor que acudía para encargarse de su montura.

—Buenas tardes, señor McEntrie, ¿qué lo trae por aquí a estas horas?

—Recibí un mensaje de la señorita Cadman citándome —dijo con una sonrisa afable—. ¿Cuándo llegaron?

—Ayer mismo, señor. No se sorprenda por nada de lo que haga esa señorita, recuerde que es americana.

Caillen levantó una ceja ante tan ambiguo comentario.

—Ya sabe lo que dicen de ellos. Es muy amable y… cercana. Y eso que no es ninguna niña, no se crea.

A Caillen pensó que aquello no había sonado como un cumplido, estaba claro que a Héctor no le había causado buena impresión.

—¿Y su abuela?

—Esa es arisca y antipática. Una gran dama.

Caillen se despidió con una sonrisa y se alejó en dirección a la entrada. El mayordomo no disimuló su alegría al verlo. En la casa de Nathaniel todavía pesaba mucho su ausencia y ver a alguien a quién él consideraba más que un amigo lo traía un poco de vuelta.

—¿Cómo ha estado, señor McEntrie? —preguntó ayudándolo a quitarse el abrigo.

—Muy bien, Robert, como siempre, ya sabe. ¿Y usted? ¿Qué tal esos huesos?

—Dando guerra, también como siempre, señor. La señorita lo espera en el salón de mañana. A la señora Forrester, su abuela, no le gusta el saloncito de tarde y ha hecho que lo cerrásemos. A partir de ahora la chimenea estará encendida mañana y tarde en el salón de mañana. Ya ve, menudo lío, pero tendremos que acostumbrarnos. —Le señaló el camino para que lo siguiera.

—Sería más fácil si le cambiasen el nombre —dijo con ánimo de ayudar—. Podrían llamarlo salón de día.

El mayordomo frunció el ceño con desagrado.

—Ese salón lleva siendo el de mañana toda la vida, me resultaría muy difícil olvidarlo.

Caillen se abstuvo de hacer comentario alguno para no molestarlo. Aunque a él le gustaba bastante el saloncito de tarde, era mucho más cálido y confortable que el de mañana, podía intuir por qué a Siobhan Forrester no le gustaba y sospechaba que tenía que ver con el enorme retrato del padre de Nathaniel que descansaba sobre la chimenea.

—El señor McEntrie —anunció Robert, y antes de que Julia llegase hasta él para recibirlo, el mayordomo salió del salón y cerró tras él.

—Bienvenido —dijo Julia con una enorme sonrisa—. Tenía muchas ganas de conocerlo.

Caillen se había quedado petrificad0 y a su espalda le costó mucho inclinarse porque sus ojos no podían dejar de mirarla. El aire se quedó atascado en su pecho y las palabras… No había palabras para definirla con justicia. No era que fuese hermosa, que lo era. Su cabello rojo caía a ambos lados de su pecho con unos rizos asombrosos. Lo llevaba semi recogido, dejando que aquellos tirabuzones adornasen su esbelto cuello. Pero eran sus ojos, de una franqueza inusitada, lo que capturó el estómago del escocés y lo estrujó como si una mano hubiese podido alcanzarlo dentro de su escondite.

Julia sonrió consciente de la turbación que había provocado y le ofreció su mano para que la estrechara, cosa que Caillen hizo al instante.

—¿Nos sentamos? —dijo ella señalando en dirección a la chimenea.

Caillen asintió y Julia amplió su sonrisa.

—Me sorprendió enterarme de su llegada —dijo él cuando estuvieron sentados.

—El viaje fue un poco más agitado de lo que comenté en la nota que le mandé para pedirle que viniera, pero ya lo temíamos. Estamos en guerra, después de todo. Aunque espero que no me considere su enemiga —dijo esto último con voz aterciopelada—. Cuando mi abuela y yo decidimos emprender el viaje no sabíamos que el señor Forrester había fallecido.

—Le envíe una carta que aún debe estar en tránsito —sonrió él con ironía—. La guerra lo ha hecho todo mucho más difícil.

Julia asintió sonriendo también.

—Ha sido toda una odisea llegar hasta aquí. Debo confesarle que no me parecía una buena idea, pero mi abuela estaba decidida y no hubo manera de hacerla cambiar de opinión. Está convencida de que no estará con nosotros mucho más tiempo y no quería quedarse con las ganas de volver a pisar la tierra que la despreció.

—Espero que no sufrieran ningún ataque durante el trayecto.

—Por suerte, no —lo tranquilizó—. Aunque escuchamos algunos cañonazos en la distancia que pusieron nervioso al capitán.

—Habrán pasado mucho miedo.

Julia hizo un mohín con la boca al tiempo que negaba con la cabeza.

—Lo cierto es que me enseñaron de niña que al miedo hay que mantenerlo lo bastante cerca para que nos proteja, pero nunca tanto como para que nos paralice.

—Imagino que eso se lo enseñó su abuela. —Sonrió—. Está claro que ella tampoco le teme a nada.

Julia sonrió asintiendo.

—Lo verá todo cambiado. Mi abuela lleva desde que llegamos haciendo que lo muevan todo de sitio. Estoy segura de que los criados tienen mucho de lo que hablar gracias a eso. Usted los conocerá bien, ¿cree que debo preocuparme porque echen veneno en su comida?

Caillen sonrió abiertamente.

—Estoy seguro de que no. Robert es un magnífico mayordomo, aceptará sus peticiones con agrado y no permitirá que nadie actúe de otro modo. Aquí todo el mundo apreciaba mucho a su tío abuelo, estoy seguro de que después de unos días se alegrarán de tenerlas aquí.

Julia lo miró atentamente durante unos segundos antes de dejar escapar el aire en un suspiro.

—Señor McEntrie, mi abuela odia todo lo que tenga que ver con los Forrester y estoy segura de que usted, mejor que yo, sabe los motivos. Los criados de esta casa han sentido ya la ira y el desprecio de Siobhan Forrester por sus anteriores habitantes y no creo que les guste lo más mínimo que estemos aquí. Lo cierto es que mi abuela no ha querido contarme los detalles de la historia previos a su partida y esperaba que usted pudiera hacerme un pormenorizado relato.

—No sé si debo…

—¡Por supuesto que debe! Ahora es usted mi abogado y me debe total fidelidad. —Parpadeó sutilmente y sus largas y rizadas pestañas lo abanicaron desde la distancia—. Vamos, no se contenga, Caillen, ¿me permite que lo llame Caillen? Usted llámeme Julia, por favor.

Él asintió levemente.

—Su abuela era la prometida de Nathaniel cuando su abuelo y ella se escaparon para casarse.

—Ya veo —afirmó ella con la cabeza—. Parece que se le olvidó mencionarme ese pequeño

detalle.

—Garrick Forrester se negó a bendecir esa unión, así que su hijo mayor optó por casarse en Gretna Green. Nathaniel, como imaginará, tenía el corazón roto, pero se mantuvo al margen. No creo que su abuela pueda culparlo de nada.

—Pues lo culpa, desde luego. Según ella, mi abuelo le pidió ayuda y él le dio la espalda poniéndose del lado de su padre. Mi abuela siempre dice que era un ave carroñera que no desaprovechó la oportunidad de quedarse con todo, cuando su hermano cayó en desgracia. Claro que yo no sabía que habían estado prometidos.

—Nathaniel dejó que todo sucediera, es cierto. Lo sé porque era algo que le pesaba mucho. Pero si puede ponerse en su lugar…

—¡Oh, no! De ningún modo —se rio ella—. Jamás me pondría en su lugar, mi abuela no me lo perdonaría. Además, no me gustan nada los dramas y menos si son románticos. Supongo que ya se habrá dado cuenta de que soy lo que aquí llaman una solterona. Allí de dónde vengo, en cambio, se me considera una mujer práctica que se rige por una máxima: mi felicidad es lo primero. Así que no me pida que comprenda a ese anciano al que ni siquiera conocí, a pesar de que le agradezco que se acordara de mí en su testamento, por supuesto. En cuanto a mi bisabuelo, supongo que es el hombre cuyo retrato preside el salón que mi abuela ha hecho cerrar a cal y canto.

Caillen asintió como respuesta.

—Lo imaginaba —siguió ella—. De lo ocurrido antes, no sabía los detalles, pero lo que sí sé es lo que pasó cuando tuvieron que marcharse de aquí. Ese Garrick no se limitó a echarlos a ellos dos, también arrastró con su ira a toda la familia de mi abuela. Perdió a su madre en el viaje y a una hermana poco después. Como comprenderá su odio hacia el viejo Forrester no ha hecho más

que crecer durante todos estos años.

Julia se puso de pie, se dirigió al mueble con las bebidas y sirvió dos copas de vino sin preguntarle. Le ofreció una y volvió a sentarse con la espalda muy erguida y aquella mirada color ámbar que lo tenía hipnotizado.

—Supongo que ya lo imaginará, pero ahora que todo esto es mío, tengo la intención de venderlo. En Brookside tenemos un aserradero y nos irá bien el dinero para ampliarlo. Mi padre murió cuando yo era niña y mi madre no volvió a casarse. Mi abuelo también murió y yo no me he casado, así que ya ve, somos tres mujeres llevando un negocio de hombres. Supongo que le resultará muy chocante.

—Por lo poco que he visto y oído, empiezo a pensar que son perfectamente capaces de manejarse sin problemas.

—Su misión será encargarse de que se produzca la venta de todo lo antes posible y solucionar los problemas que puedan causarnos las malas relaciones entre nuestros países. ¿Cree que podrá hacerlo? ¿Podrá ayudarme a cobrar mi herencia, señor McEntrie?

Caillen asintió despacio.

—El señor Forrester así me lo pidió y cumpliré sus deseos.

—Supongo que tendrá contactos dentro de la armada o donde sea que se decidan estas cosas. Pienso pagarle generosamente, por supuesto, usted indique su tarifa y yo la abonaré en cuanto reciba el dinero.

—No tiene que pagarme nada, ya le he dicho que fue una petición de Nathaniel.

—Supongo que usted también aparece en su testamento —dijo ella sin rodeos.

—Así es —reconoció el escocés.

—Sé que su familia cría caballos, ¿cómo es que se encarga de asuntos legales? —Sonrió

antes de llevarse la copa a los labios y beber un pequeño trago de vino—. Cuénteme algo de usted. También me han dicho que no está casado.

Caillen percibía en su mirada algo personal e íntimo. Entornó los ojos para bucear en los suyos y tuvo la certeza de que sentía la misma atracción que él. No era la primera vez que una mujer respondía a su masculinidad, pero en este caso le resultó especialmente placentero.

—Está usted muy callado. ¿No le gusta hablar de sí mismo?

—No soy mi tema de conversación preferido, desde luego.

—¿Y cómo voy a conocerlo si no me habla de su vida? ¿Hay otra persona a la que pueda preguntarle? —Sonrió burlona—. ¿Pretende que vaya por ahí indagando sobre sus secretos?

—La decepcionarían.

—No lo creo, de hecho, intuyo que tiene usted mucho que enseñarme. —La mirada fue más que elocuente y la temperatura del salón se elevó unos cuantos grados.

—¿Qué quiere saber? —preguntó él con voz profunda—. Si me lo dice me será más fácil satisfacer su curiosidad.

—¿Cómo es que era amigo de mi tío abuelo? Fue muy descortés por su parte no hacerme saber en sus cartas que era usted joven. ¿Cuántos años tiene? Espero que no tenga la desfachatez de ser menor que yo.

—Nathaniel era amigo de la familia. —Sonrió sin darle la información que le pedía, consciente de que no le gustaría la respuesta.

—¿Por qué se hizo abogado? ¿No le gusta el negocio familiar?

Caillen se estaba divirtiendo, no era normal que una dama a la que se acababa de conocer hablase con tal desparpajo, preguntando lo que quería saber sin subterfugios ni disimulos.

—Adoro los caballos y jamás me apartaría de ellos, pero la empresa familiar requería de

ayuda legal y mi padre pensó que era mejor que uno de nosotros se preparase para ello.

—¿Y por qué lo eligió a usted?

—Quizá pueda preguntárselo a él cuando se conozcan. Me han pedido que las invite a cenar el sábado.

Julia se llevó la copa a los labios y bebió sin dejar de mirarlo para después atrapar con la lengua una gota que se había quedado en su labio. Caillen sintió de lleno la provocación y se movió en el sofá buscando una posición más cómoda.

—¿Le molesta que sea tan directa? —preguntó ella con malicia—. Sé que los escoceses son muy anticuados. Mi abuelo siempre decía que yo aquí no podría vivir, que las mujeres me evitarían y los hombres… Bueno, prefiero no repetirlo. Mi abuelo era un poco brusco conmigo, pero así me hizo más fuerte, que, según mi abuela, era lo que pretendía.

—No me molesta en absoluto.

—Me alegra oírlo. Me gustaría que fuésemos amigos.

—Considérelo un hecho —dijo él entornando los ojos ligeramente—. ¿Puedo yo preguntarle algo? ¿O eso no está considerado aceptable en el lugar del que viene?

—Puede preguntarme todo lo que quiera y yo me reservaré el derecho a contestarle lo que me plazca —respondió burlona.

—¿Por qué no se ha casado? Es evidente que no hay ningún impedimento para ello.

—¿Me está usted halagando, señor McEntrie?

—No creo que necesite que yo la halague, señorita Cadman, es usted muy consciente de sus virtudes.

—Cierto —aseguró sin apartar la mirada—. Conozco cada una de mis virtudes a la perfección. En cuanto a mis defectos, carezco de ellos, así que ahórrese el trabajo de buscarlos.

—Entonces, ¿por qué no se ha casado? Tengo curiosidad.

Ella se recostó en el respaldo sin dejar de mirarlo con intensidad.

—No ha habido ningún hombre que me haya hecho querer atarme a él. Soy un espíritu libre y no me gusta que me gobiernen. ¿Por qué querría nadie comer tarta todos los días pudiendo disfrutar de tan variados manjares?

Aquello lo dejó perplejo. Una cosa era que percibiese en ella ese espíritu libre del que hablaba y otra muy distinta que hablase de ello con semejante desparpajo.

—¿Lo he escandalizado, Caillen?

—Un poco sí.

Ella sonrió abiertamente.

—Me alegro de ello. Resulta excitante ver a un hombre como usted turbado. —Suspiró pensativa antes de seguir hablando—. Verá, he crecido en un ambiente muy masculino; mi madre y mi abuela no eran mujeres al uso tampoco. Desde niña me dejaron a mi aire y eso marcó mi carácter. No soy una perdida, si es lo que le ha parecido por mi manera de hablar, pero tampoco soy una mojigata puritana que necesita cazar un hombre a toda costa. No necesito un marido, tengo dinero y posición y eso me da libertad para vivir como me plazca. Si me casara perdería la libertad y pasaría a estar supeditada a los deseos de mi marido. Jamás permitiré que un hombre me diga lo que puedo o no puedo hacer. Si le incomoda mi sinceridad, dígamelo y me comportaré con usted como se esperaría de una dama, pero si lo que quiere es conocerme de verdad, entonces… —Hizo un gesto señalándose con las dos manos—. Esta soy yo, señor McEntrie. Sé lo que quiero y no dudo en cogerlo si se pone a mi alcance.

Él asintió lentamente y ella sonrió satisfecha.

—Ahora le toca a usted, ¿por qué no se ha casado?

—Tampoco he sentido esa necesidad.

Ella levantó una ceja sin apartar la mirada.

—Viniendo de un escocés, me resulta sorprendente, son famosos por ser muy apasionados y tradicionales. Espero que no tenga usted problemas para satisfacer sus otras… necesidades.

Él sonrió también antes de responder.

—No tiene nada de lo que preocuparse.

—Me alegra saberlo —dijo y se puso en pie haciendo que él se levantara también.

—¿Se queda a cenar con nosotras? Me encantaría ver cómo se maneja con mi abuela.

—Me quedaré encantado.

La americana se acercó un poco más y Caillen sintió el aroma que desprendía su piel como una caricia.

—¿Por qué cree que mi tío me dejó a mí su herencia y no a mi madre? Dígame la verdad.

—Estaba convencido de que los rencores familiares la habrían salpicado mucho menos a usted y que así haría un mejor uso de sus posesiones.

—Supongo que se sentiría muy decepcionado si supiera que voy a cumplir a rajatabla los deseos de mi abuela.

Caillen se encogió de hombros.

—También pensó en ello y sus palabras exactas fueron: «no estaré aquí para verlo».

Capítulo 8



Siobhan Forrester era una anciana enjuta y alta, con un cabello completamente blanco, que llevaba primorosamente recogido, con una elegancia aprendida y una mirada intensa y fría. Caillen la saludó afable y recibió su indiferencia como respuesta, mientras Julia observaba la escena conteniendo una sonrisa divertida.

—No se deje asustar, Caillen, manténgase firme.

Siobhan miró a su nieta con severidad.

—¿Caillen? ¿Por qué lo llamas por su nombre? Acabas de conocerlo.

—Deja que se siente para que podamos empezar a cenar, abuela. Ya lo has intimidado bastante.

—¿Se siente usted intimidado, señor McEntrie? —preguntó la anciana indicándole la silla.

—Un poco —reconoció él sin tapujos.

—Bien.

El mayordomo sirvió la sopa y empezaron a comer. Siobhan se sentaba a la cabecera de la mesa en el lugar que antes ocupara Nathaniel, con su nieta a su derecha y Caillen a su izquierda.

—Debe resultarle incómodo verme aquí sentada —dijo la anciana.

—Un poco extraño, pero no incómodo.

La mujer sonrió con expresión cínica.

—El viejo Garrick Forrester, en cambio, debe estar retorciéndose de rabia en el infierno —se burló—. ¡Aquí estoy, viejo desgraciado, ven a buscarme si te atreves!

Caillen detuvo la mano que llevaba la cuchara a su boca y la miró sorprendido.

—Abuela, no volverá a visitarnos si piensa que estás loca.

—¿Loca? Lo que estoy es feliz —sonrió sincera—. Señor McEntrie, ¿sabe lo que ese maldito arrogante insensible nos hizo a mí y a mi familia? ¿Sabe que trató de destruir a su propio hijo solo porque no quiso doblegarse a sus deseos y repudiarme?

Las dos mujeres lo miraban con interés.

—Estoy seguro de que Nathaniel no…

—Menudo cobarde estaba hecho —lo cortó—. ¿Se pensaba que porque le dejase la herencia a mi nieta iba a perdonarlo? Ni en mil años lo conseguiría. ¿Casarme con él? Ese habría sido el mayor error de mi vida, un error que habría pagado cada día como una condena. Casarme con un hombre que no tenía espíritu, que era un cobarde incapaz de plantar cara a su padre. Un cobarde que dejó a su hermano en la estacada…

—Me he enterado de que eras su prometida, abuela —intervino Julia con una pícara sonrisa.

—¿Y eso le daba derecho a poseerme contra mi voluntad? ¿Es que acaso no podía cambiar de opinión? Le dije que no lo amaba, que mi corazón era de Sean, pero él no quiso aceptarlo.

—Él sí la amaba —apuntó Caillen.

—¿Que me amaba? ¡Eso no era amor! Si me hubiese amado no habría consentido que su padre me destrozara la vida, que me humillara como lo hizo tratándome poco menos que como a una ramera. Garrick Forrester dijo e hizo cosas espantosas, destrozó la vida de mi padre, que siempre le había servido bien. ¡Hizo que le dieran una paliza! Era tan cobarde como su hijo pequeño.

La mujer apartó el plato de sopa y cogió la copa de agua para beber y tragarse el nudo que se le había hecho en la garganta.

—No, muchacho, no, eso que sentía Nathaniel no era amor, te lo digo yo que sé lo que es que un hombre te ame. Mi marido lo sacrificó todo por mí. ¡Todo! Renunció a su herencia, a su familia y a su tierra y se marchó conmigo a un país inhóspito y desconocido. Eso sí es amor. Eso es un hombre valiente y fuerte donde los haya.

Su nieta la miró con gesto burlón y la mujer levantó una ceja irónica.

—¿Qué?

—Me resulta gracioso oírte hablar así del abuelo, siempre estabais peleando.

—Porque los dos teníamos mucho carácter, pero yo amaba a Sean con toda mi alma y él a mí aún más. Ojalá algún día conozcas un amor así.

Julia sonrió sin contestar y Siobhan negó con la cabeza con disgusto.

—Eres demasiado autosuficiente y no sabes lo que es necesitar a alguien. ¿Te crees que las cosas fueron así de fáciles para nosotros? Tuvimos que luchar y trabajar mucho para que tú estés donde estás ahora. Ese aserradero ha costado sudor y sangre a tu familia, pero también mucho amor.

—Lo sé, abuela. Pero hablas como si no hubieseis tenido ayuda, había otros escoceses que os acogieron y que son nuestros amigos.

—Cierto —afirmó la mujer colocándose la servilleta—, buena gente que también tuvo que marcharse de esta tierra.

Caillen sintió su mirada acusadora y a punto estuvo de preguntar con sorna si lo hacía responsable de ello, pero se detuvo a tiempo. Empezaba a darse cuenta de que no saldría bien parado de un enfrentamiento con Siobhan Forrester. La anciana entrecerró los ojos y lo observó unos segundos en silencio. Nadie dijo nada hasta que terminó su escrutinio. Él aguantó impertérrito y su nieta reprimió la sonrisa todo lo que le fue posible.

—Mmmm… —dijo Siobhan y tomó de nuevo el tenedor y el cuchillo en sus manos para seguir comiendo.

Julia miró a Caillen y le hizo un gesto de aprobación.

—Creo que ha pasado usted la prueba, Caillen. A mi abuela le gusta.

—No tanto como ella a mí —dijo galante.

Siobhan no disimuló su satisfacción, mostrando su mejor sonrisa.

—Tan zalamero como su padre —dijo la anciana—. Recuerdo muy bien a Craig McEntrie. Era un niño muy simpático y hablador. Mi hermana pequeña, Mary, que murió poco después de que llegáramos a América, le tenía mucho cariño.

—Lamento que perdiera a su madre y a su hermana —dijo sincero—. Yo perdí a mi madre cuando era un niño.

—Se parece usted al muchacho que andaba siempre entre caballos, sus ojos y ese aspecto fornido son de Craig McEntrie sin duda, pero ese pelo rojo debe ser de su madre. ¿Quién era ella?

—De soltera se llamaba Constance Drummond.

—Drummond… —La anciana se quedó unos momentos pensativa—. No me suena nada.

—No era de Lanerburgh —dijo él.

—Espero que al menos fuesen felices mientras vivió.

Caillen asintió y rellenó las copas vacías.

—Tengo seis hermanos de tres madres distintas —siguió explicando—. Después de morir mi madre a causa de una aciaga caída del caballo, mi padre se casó con Alana Done y …

—¿Alana Done? ¿La hija de…? ¿Cómo se llamaba el comerciante de aperos? —se preguntó a sí misma con expresión reflexiva—. Cedric, eso es. Cedric Done. Su mujer era una presumida

repelente que miraba a todo el mundo por encima del hombro. ¡Como si ella tuviera algo de lo que enorgullecerse!

Caillen asintió y la mujer soltó un *ja* de lo más elocuente antes de continuar hablando.

—Alana debía ser un bebé cuando yo me marché, no la recuerdo siquiera, pero a su madre… Bree, se llamaba, que mujer tan odiosa, espero que su hija no se pareciera a ella.

Caillen apartó la mirada fijando la atención en su plato.

—Menudo matrimonio hizo casándose con un McEntrie. Los Done se aprovecharían bien de la situación. Él era un pusilánime, no tenía sangre en las venas y se dejaba manejar por esa arpía como un títere. Ni en sus mejores sueños imaginó Bree que llegaría tan alto, estoy segura. Es cierto que era realmente hermosa… Era mayor que yo, pero deslucía a cualquier mujer que se le acercase por joven que fuese. ¿Todavía vive?

—No. Los dos murieron hace años.

—Bien hecho, los padres no deben sobrevivir a sus hijos.

—¡Abuela!

—Me vas a gastar el nombre, hija. Deja de comportarte como una señoritinga, Caillen ya ha visto como eres y no le desagrada, ¿verdad, Caillen?

—Me sorprende, pero no me desagrada.

—¿Lo ves? —preguntó a su nieta con una sonrisa burlona.

—No debería alentarla —dijo Julia mirando a su invitado—. Será terrible si lo hace.

—Ni que fuera un monstruo —se quejó Siobhan—. Lo que soy es vieja y las viejas tenemos la suerte de que a nadie le importamos, lo que nos permite decir y hacer lo que nos da la gana.

—A mí me importas, abuela, y mucho.

—Paparruchas —dijo la anciana y de nuevo posó sus ojos en Caillen—. ¿Cómo murió

Alana? ¿Tu padre se hartó de ella y la lanzó desde los acantilados?

—¡Abu…! —Julia cerró la boca al ver la mirada de Siobhan y suspiró dándose por vencida.

—Murió al dar a luz a Lachlan, su segundo hijo —explicó Caillen.

—¡Oh! Bueno, al menos tuvo tiempo de tener dos. Y, cuéntame, ¿qué pasó después? Hay que ver la mala suerte que tenía tu padre con las mujeres.

—Su tercera esposa se llamaba Daphne Lindsay y era inglesa.

—Entonces no conocí a su familia. ¿Y qué le ocurrió? ¿Algún escocés de las Tierras Altas quiso cobrar su deuda con los ingleses rebanándole el cuello?

—¡Abuela, por Dios! —Julia tuvo dificultades para contener la risa—. Te estás pasando de la raya.

—Daphne se cortó con una *Sgian-achlais* vieja y oxidada y la herida se le infectó —explicó Caillen tranquilo—. No le gustaban los médicos y no quiso que ninguno la visitara hasta que fue tarde. Según el médico que vino cuando ya estaba muy grave, que estuviese acatarrada lo había complicado todo. También tuvo dos hijos.

—Menuda irresponsable —dijo Siobhan sin ningún tacto—. Si tenía hijos debería haberse cuidado más.

—Ojalá lo hubiera hecho —se lamentó él en tono bajo.

—Veo que la apreciabas.

Caillen asintió con la cabeza.

—Fue una madre maravillosa para todos.

—Pues me alegra que el tiempo que la tuvisteis valiese la pena, aunque sigo pensando que fue una irresponsable.

—Mi abuela es muy dura con los padres que mueren dejando a sus hijos. Sin importar que no

pudieran evitarlo.

—¡Siempre puede evitarse! Tu padre era un irresponsable. ¿A quién se le ocurre ponerse debajo de aquel roble cuando lo estaban talando? ¿Es que era un novato, acaso? Llevaba muchos años en ese trabajo como para no saber dónde colocarse. Menudo insensato.

—¿Lo ve? —sonrió mirando a Caillen—. Según ella mi padre murió por gusto.

—Por idiota.

—En cambio el abuelo… —La retó con la mirada.

—¡Tu abuelo crío a su hija y a su nieta! Cuando murió ya no era necesario.

Julia se rio a carcajadas y su abuela la fulminó con la mirada antes de volver al ataque. Caillen observaba la discusión con cierta admiración. No estaba acostumbrado a ver una relación como aquella entre dos mujeres, su experiencia familiar al respecto era escasa y se limitaba únicamente a los últimos meses, desde que Enid y Elizabeth habían empezado a formar parte de los McEntrie y, desde luego, no tenía nada que ver con lo que estaba viendo en ese momento. Un auténtico choque de titanes cuyas lenguas no tenían reparos a la hora de verbalizar todo lo que pensaban sin el menor reparo.

—Abuela, será mejor que paremos, Caillen nos mira como si fuésemos una atracción de feria.

—¿Es eso cierto? —La anciana lo miró interrogadora—. ¿Le parecemos dos bichos raros?

—Ha sido muy interesante —reconoció sin timidez.

—¿Se burla? —preguntó Siobhan apartando el plato.

—De ningún modo. Todo lo contrario, resulta edificante estar en un ambiente tan desprovisto de artificio. Nunca había escuchado una conversación, como la que acabo de presenciar, entre dos mujeres.

—Igual de zalamero que tu padre —repitió la anciana—. Mi nieta y yo tenemos caracteres muy fuertes y no nos gustan las florituras ni los convencionalismos. Todas esas tonterías no hacen más que confundir a la gente y complicarlo todo. Así eduqué a mi hija y me enorgullezco de ello. Las mujeres vivimos en un mundo demasiado duro como para comportarnos como dulces florecillas. Lamento si te incomoda, muchacho.

—No me incomoda en absoluto.

—Es un hombre con amplitud de miras —dijo Julia y su mirada aceleró los latidos del corazón del escocés—. Estoy deseando conocer a los demás McEntrie, si son tan interesantes como usted va a ser difícil elegir al mejor.

—¿Elegir? —Su abuela la miró con el ceño fruncido—. No vamos a quedarnos por aquí, así que no se te ocurra poner tus ojos en ninguno de ellos.

Julia levantó una ceja con expresión cínica.

—Abuela, haré lo que tú quieras con la herencia de Nathaniel, pero en cuanto a lo demás, te agradecería que no te metas en mis asuntos. No soy ninguna jovencita inocente a la que debas aleccionar, soy perfectamente capaz de gobernar mi vida. —Cogió su copa y bebió un sorbo posando su mirada en Caillen—. Cómo pase mi tiempo mientras estemos aquí, es cosa mía.

Siobhan se encogió de hombros.

—Iremos a cenar el sábado, Caillen —dijo Julia respondiendo a la invitación que les había transmitido al comienzo de la cena—. Y, si le parece bien, nos quedaremos a dormir en su castillo, no me gusta viajar de noche. ¿Tienen fantasmas?

—Alguno hay —sonrió Caillen.

—Estoy segura de que estando usted cerca ninguno se atreverá a acercarse a mi cama.

El escocés se atragantó y al ir a coger su copa vio que estaba vacía. Julia se la rellenó sin

borrar su sonrisa.

—¿Lo he asustado, señor McEntrie? No lo estoy invitando a mi alcoba, si es lo que ha pensado.

—Ten cuidado, muchacho —dijo Siobhan—, mi nieta es una mantis religiosa. No te conviene acercarte demasiado. Está claro que me moriré sin verla casada. Mira a los hombres como a iguales y eso no hay ninguno que lo aguante mucho tiempo.

—Abuela, tú eres inmortal —dijo Julia con sorna.

—¡Qué más quisiera yo! No tardaré mucho en irme, por eso quise hacer este viaje contigo, no voy a tener otra oportunidad de escupir en la tumba de Garrick Forrester. Ni la quiero, por cierto, nada más poner un pie en esta tierra me entraron ganas de volver al barco, ¡y eso que odio el mar!

Cuando llegó el momento de marcharse Julia lo acompañó hasta su caballo.

—¿De verdad lo ha pasado bien? —preguntó colocándole la solapa de la chaqueta—. Ahora estamos solos y puede ser totalmente sincero.

Estaba muy cerca de él y Caillen sintió un hormigueo en la punta de los dedos. Era una mujer apasionada, podía verlo en sus ojos y también veía como su boca se ofrecía jugosa. Pero no estaría bien que él…

Julia le cogió el rostro con las manos y lo miró un instante antes de besarlo. Él no soltó las riendas, pero rodeó su cintura con la otra mano para atraerla hacia su cuerpo. Sabía besar, no había duda de que tenía experiencia en el tema. Cuando se separó de él sus ojos sonreían con picardía.

—Sí era una invitación —susurró acercándose a su oído.

Caillen subió a su caballo y la miró desde lo alto con intensidad. Ella amplió su sonrisa satisfecha por lo que consideraba un logro.

—Tenemos mucho de lo que hablar —dijo ella con ese tono seductor que empleaba cuando estaban solos—. Quizá nos quedemos unos días en su casa, si a su familia no le importa.

—Será un placer tenerla —dijo él.

—No le quepa duda —afirmó rotunda.

Se apartó para dejarlo maniobrar abrazándose para darse calor.

—Mientras estén aquí intenten no llamar mucho la atención —dijo Caillen—. En general la gente de esta zona no está muy preocupada por la guerra, pero es mejor prevenir para evitar posibles altercados. Buenas noches, Julia.

—Buenas noches, Caillen.

El caballo se alejó de allí al galope y ella entró rápidamente en la casa.

—¿Qué pretendes? —Siobhan la esperaba en mitad del vestíbulo con expresión severa.

—Abuela, no pretendo nada —dijo caminando hacia el salón sintiendo la sombra de su abuela pegada a ella.

Siobhan cerró la puerta tras ella y luego la agarró del brazo para obligarla a mirarla.

—No vas a ponerme en evidencia delante de esta gente.

—¿Por qué te importan tanto?

—No me importan.

—Cualquiera lo diría al escucharte.

Se dirigió al mueble bar y preparó una copa de oporto para su abuela y una de drambuie para ella. Siobhan se sentó en una butaca a esperarla.

—Nunca has sido una remilgada —dijo Julia sentándose frente a ella—. Tú me enseñaste

todo lo que sé respecto a los hombres y a cómo hacer que coman de tu mano.

—Pero no es necesario que exportes tus conocimientos a este lugar. Céntrate en recibir la herencia. Necesitamos su ayuda para poder sacar el dinero de Escocia y llevárnoslo a casa. Estamos en guerra, Julia, todo se podría ir al traste fácilmente.

Su nieta subió los pies al asiento y estiró el brazo a lo largo del respaldo con expresión relajada antes de dar un largo trago a su bebida.

—Me gusta.

—¡Vaya novedad!

Julia sonrió divertida.

—Soy una mujer apasionada.

—Y vas a ser una mujer muy rica.

Su nieta asintió.

—No estaba segura de que la herencia fuese suficiente para saldar todas nuestras deudas, pero ahora que estamos aquí creo que va a sobrar mucho dinero después de eso.

—Ya te lo dije, los Forrester eran muy ricos. —Siobhan sonrió con expresión satisfecha—. Ojalá tu abuelo estuviera aquí. Habría sido inmensamente feliz. Julia, no lo estropees, por favor te lo pido.

—No voy a estropearlo.

—La gente aquí no son como nuestros vecinos, no tratan bien a las mujeres como nosotras.

—¿Como nosotras?

—Sí, hija, sí, como nosotras, ¿o te crees que había muchas a mi edad que hubiesen tenido dos amantes, y hermanos, además? Las había, claro, pero no se casaban con ellas. Tu abuela recibió dos propuestas de matrimonio.

—Dime la verdad —pidió mirándola con fijeza—. ¿Elegiste al abuelo porque lo amabas o porque era el heredero?

—¿Como me preguntas eso? ¡Sabes lo mucho que lo quería!

Julia entornó los ojos sin dejar de mirarla con suma atención.

—Te haré la pregunta de otro modo, si Nathaniel hubiese sido el heredero, ¿te habrías acercado a su hermano?

La anciana lo pensó un instante, aunque tenía clara la respuesta, lo había pensado muchas veces.

—No.

—Eso creía.

—Es cierto que me acerqué a Sean porque no amaba a Nathaniel y porque era el heredero de la fortuna de su padre, pero, contra todo pronóstico, me enamoré de verdad. Yo lo sacrifiqué todo por él, no tienes nada que reprocharme.

—Lo sé. Pero te acostaste con los dos.

Siobhan levantó la barbilla orgullosa.

—Eso no te incumbe.

Su nieta sonrió con picardía.

—No te hagas la puritana, abuela, que somos iguales.

La anciana sonrió.

—Es cierto, te pareces más a mí que mi propia hija.

—¿Alguna vez engañaste al abuelo? Eso nunca me lo has dicho.

—Jamás. Te he dicho que me enamoré de él de verdad.

—Espero no enamorarme nunca —musitó antes de beber de su copa.

—Ten cuidado entonces con ese McEntrie.

—Tranquila, lo que quiero de él no es amor.

—Tú ten cuidado, no quisiera que acabaras viviendo en este lugar. Te consumirías de amargura entre gente tan rancia y retrógrada.

Julia acercó de nuevo su copa a los labios y bebió con expresión reflexiva. Su abuela la infravaloraba, no iba a enamorarse, pero si eso ocurriera no tendría por qué quedarse. Sonrió. Se sabía capaz de volver loco a un hombre y de conseguir que hiciera cualquier cosa por ella. En realidad, era Caillen McEntrie el que debería cuidarse de ella y no al revés. Bebió otro sorbo y cerró los ojos apoyando la cabeza en el respaldo. La vida le sonreía.

Capítulo 9



—El domingo por la mañana llevarás el Clydesdale a la granja de los Mackay —dijo Caillen levantando la mirada de los documentos que revisaba para mirar a Brodie.

—¿El domingo? El sábado me acostaré tarde y tendré que madrugar mucho si quiero ir y venir en el mismo día —se quejó—. Pittendrich está muy lejos.

—Si no te entretienes charlando, tienes tiempo de sobra.

El otro apoyó el trasero en el escritorio y lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Tienes drambuie aquí?

—Es casi la hora de cenar —respondió, al tiempo que señalaba el mueble en el que lo guardaba.

—¿Te sirvo una a ti?

Caillen negó con la cabeza.

—¿Qué tal es? —preguntó Brodie volviendo a poner el trasero en la mesa.

—¿Quién? —preguntó el otro fingiendo no saber a quién se refería.

—La nieta de Nathaniel, no te hagas el tonto.

—No es su nieta.

—Venga, Caillen, no des tantas vueltas.

Su hermano se recostó en la silla y lo miró reflexivo.

—Interesante —dijo sin más.

—¿Interesante?

—Eso he dicho. La conocerás el sábado. Y a su abuela, probablemente se queden un par de días.

—¿Un par de días? ¡Vaya, vaya! ¿Eso es que le has causado buena impresión?

—Tengo varias ofertas que revisar y me llevará tiempo, lárgate.

—Uy, uy, uy....

Caillen levantó una ceja.

—¿Estás tratando de decirme algo?

—Está claro que te ha dejado impactado.

—Exageras.

Brodie entornó los ojos.

—¿Es guapa?

—Mucho.

—¿Lo ves?

—¿Qué veo? —preguntó volviendo a poner la atención en los documentos—. Deberías largarte.

—Cada vez tengo más curiosidad.

—Es un poco mayor para ti.

—¿Mayor? —preguntó ceñudo—. ¿Cómo de mayor?

Caillen lo pensó un momento.

—Poco más que yo.

—¡Oh!

—¿Oh? —Se burló su hermano—. Ni que fuese un anciano.

—No, pero… No me gustan las mujeres mayores.

—Tampoco es que tengas demasiada experiencia. —Se burló de nuevo.

—Tengo la suficiente.

Caillen levantó una ceja, pero se abstuvo de decir nada.

—¿No está casada? —siguió Brodie, incansable.

—No.

Brodie lo observó mientras escribía algo en uno de aquellos documentos. Estaba claro que no le apetecía hablar, pero él tenía una copa de drambuie en la mano y no pensaba irse hasta terminársela.

—¿Cómo no está casada si es tan guapa e interesante?

Caillen levantó la mirada ceñudo.

—¿No vas a dejarme trabajar?

Brodie le mostró la copa como respuesta y el otro suspiró dejando la pluma.

—¿Por qué no se lo preguntas cuando la veas?

—¿Quieres que le pregunte por qué no se ha casado? —se burló el otro—. No creo que las mujeres americanas se diferencien tanto de las escocesas como para que acepten que se les pregunte algo así.

—Está lo aceptará.

—Pues sí que es interesante.

Caillen lo miró sin decir nada, pero cuando vio la sonrisa perversa de su hermano se rindió.

—¿De qué te ríes?

—Te gusta —afirmó Brodie.

—¿Y eso te hace gracia?

—Mucha. No te gustaba nadie desde Iona Douglas y hace dos años que su familia vive en

Londres.

—¿Llevas el control de mis asuntos?

—Es fácil —se burló Brodie—. No tienes «asuntos».

—No deberías provocarme, no saldrías bien parado. A ti no se te ha conocido ninguna hasta la fecha y ya no eres un muchacho.

—Mientras tú y Kenneth estéis solteros no tengo de qué preocuparme. Además, lo mío será más difícil, pienso casarme con una inglesa.

Caillen sonrió perverso.

—Se te escapó Enid.

—Vosotros estáis delante, Lachlan también. Solo me preocuparía si Ewan se casara antes que yo.

—No sabía que te importase tanto el orden.

—Me da tranquilidad. Y perspectiva. —Sonrió y luego se llevó la copa a los labios— ¿Entonces lo reconoces?

—¿El qué? —preguntó con cansancio.

—Que Julia Cadman te interesa.

—Si lo que quieres saber es si me gusta, sí, es la clase de mujer que me gusta.

—¿Te refieres a que es vieja? —Se rio.

—Eres imbécil. No es vieja.

—«Un poco» puede ser «demasiado» para una mujer.

—Lo que me gusta de ella es que tienen las cosas claras y no es una florecilla a la que hay que proteger. Es valiente y decidida, además de extraordinariamente atractiva.

—Cierto, Iona podía dar hasta miedo con el carácter que tenía. Padre decía que le recordaba

a Constance.

Caillen no dijo nada y mantuvo una expresión impertérrita. Brodie se acabó la bebida, dejó la copa sobre el escritorio y se dirigió a la puerta.

—Parece que los McEntrie van a celebrar una boda tras otra —dijo provocador y, sin esperar respuesta, salió de su despacho.

Caillen sintió un escalofrío, ¿quién había hablado de casarse? Juntó las manos con los codos apoyados en los reposabrazos y lo pensó un momento con más atención. Le gustaba Julia Cadman, aunque solo se habían visto un día. ¿Podría casarse con una mujer como ella? Perfectamente. Estaba claro que la vida sería bastante fácil a su lado. No parecía de las que exigían comprensión y amor, sus necesidades parecían más físicas y esas podría satisfacerlas sin esfuerzo. Se levantó y se asomó a la ventana, el cielo estaba plagado de estrellas y sentía el ánimo tranquilo. Le gustaba su vida, siempre estaba ocupado y eso era lo único que necesitaba. No le gustaba darle vuelta a las cosas, era más de hacer que de pensar. En eso, también era como su madre. Al menos eso le había contado Violet O'Sullivan. Al pensar en ella le vino a la mente Augusta y su yegua coja. Que fuese la hija de Ròs le dolió. Esa yegua era un ejemplar magnifico y merecía haber tenido un potrillo tan soberbio como ella. Temía que una mala atención durante el parto fuese la causa y eso lo enervaba. Le ocurría siempre que sabía que uno de sus caballos había sufrido un percance. Los criaban y entrenaban con enorme entrega por parte de todos y que luego sus dueños no estuviesen a la altura, lo sublevaba. Apreciaba a Thomas O'Sullivan, era un buen hombre, pero no entendía nada de caballos.

—Tampoco de hijas —dijo en voz alta y torció una sonrisa.

Augusta había sido criada como una princesa, protegida, vigilada y cuidada hasta el extremo. ¿A quién podía extrañarle el resultado? Era apocada, cobarde y sumisa. Por eso era amiga de

Kenneth, se negaba a ver las maldades que hacía su hermano y lo trataba según la imagen romántica que se había hecho de él. Movió la cabeza sin borrar su malévola sonrisa, quizá incluso soñaba con «salvarlo». Si pensaba que casándose podía hacer de él un hombre decente, se llevaría una terrible sorpresa.

Se encogió de hombros, por suerte Augusta O'Sullivan no era asunto suyo.

—Veremos qué pasa cuando Julia y Kenneth se conozcan —dijo pensativo—. Quizá sea él quien visite su alcoba y no yo.

Julia no quería ataduras ni compromiso, tan solo ser feliz, ¿no era eso lo que había dicho? Para eso le serviría cualquiera de los McEntrie y él aceptaría su decisión fuese cual fuese. Se llevó una mano a la nuca y la masajeó, para rebajar la tensión que se le acumulaba cuando pasaba mucho tiempo sentado frente a su escritorio.

Tengo que cortarme el pelo, pensó volviendo a sentarse. ¿Qué pensaría Nathaniel de ella? Seguro que no se la imaginaba así, aunque Siobhan… Unos pensamientos poco edificantes surgieron de aquella pregunta, provocando otra más directa: ¿Qué clase de mujer era en realidad Siobhan? ¿Alguien que trazó concienzudamente un oscuro plan que exigía que sedujera a Nathaniel para llegar al primogénito de los Forrester? ¿O su amor por Sean fue algo inesperado y del todo espontáneo? No parecía la clase de mujer que deja nada al azar. Por aquel entonces debía ser sumamente atractiva y con una personalidad arrolladora. Como su nieta. ¿Una mujer decidida a conseguir lo que se propusiese a cualquier precio? Recordó el modo en el que Nathaniel le habló de ella, no se lo dijo directamente, pero Caillen comprendió que entre ellos hubo mucho más que caricias. Frunció el ceño y se recostó en el respaldo. Nathaniel sí estaba seguro de que lo había usado como puerta de servicio y que cuando tuvo acceso al heredero no se lo pensó siquiera. Pero también creía que se enamoró de Sean de verdad.

—¿Seré yo una puerta de servicio? —dijo en voz alta con una sonrisa sarcástica. Y volvió al trabajo.

Capítulo 10



Augusta avanzaba por el sendero que llevaba a las caballerizas de los McEntrie y sus pasos crujían sobre la nieve haciéndose eco de los de Coiseachd. Cuando llegó encontró a Ewan revisando a uno de los Clydesdale y lo saludó con una de sus enormes sonrisas. Estaba muy nerviosa, pero también decidida, no iba a amilanarse, aunque con gusto daría media vuelta y huiría como la cobarde que…

—Buenos días, Augusta ¿La traes para que la examine? —preguntó el muchacho con gesto preocupado—. ¿Es tu famosa yegua?

—Sí, es coja de nacimiento —aclaró al ver que se disponía a examinarla.

—¿La montas?

Augusta negó con la cabeza.

—No quiero hacerle daño, pero Caillen dice que puede entrenarla y hacerle una silla adecuada para que pueda hacerlo. ¿Tú crees que es posible que la monte sin que sufra?

Ewan lo pensó un momento antes de responder.

—Dependerá de muchos factores, pero si Caillen te ha dicho que puede hacerlo, es que puede.

—¿No está aquí? —preguntó mirando a su alrededor—. He venido directamente sin pasar por el castillo.

—Ha salido a montar con Ciaran. Nos turnamos todas las mañanas para que no pierda el hábito, ahora que Enid no puede hacerlo. No queremos que vuelva a antiguas costumbres. Le

daba miedo que lo montaran, ¿sabes?

Ciaran y yo nos llevaríamos bien.

—Busca una cuadra para la tuya —dijo Ewan señalando a la yegua—. Las del fondo están vacías.

—Se llama Coiseachd, ya sé que es un nombre estúpido, pero creo que le va muy bien.

—Mi caballo se llama Ruadh por su pelaje rojo —respondió él con sorna—. Así que no creo que usar el verbo «caminar» para ella, sea estúpido.

—Tampoco te devanaste mucho los sesos para buscarle un nombre al tuyo.

—Solemos ponerles nombres muy tontos a los caballos, sí. El de Kenneth, Gaoth.

—Viento —dijo ella asintiendo—. Y el de Caillen, Donn, que significa castaño.

—Como ves Coiseachd no está tan mal.

Ewan volvió con el Clydesdale y Augusta llevó a su yegua hasta una de las cuadras vacías.

—¿Te gusta este sitio? Ya has visto que tienen muchos caballos —susurró acariciándola—. Vas a estar muy bien acompañada y te van a cuidar como a una reina. A lo mejor algún día puedo montarte sin causarte dolor. —Y bajando el tono añadió—: y sin morirme de miedo.

—Nada de galopar —dijo Caillen acariciando el lomo de Ciaran—, ya has corrido bastante por hoy.

Era un caballo pequeño, pero muy fuerte, y disfrutaba corriendo por lo que había que retenerlo para que no se agotara demasiado rápido. Su corazón debió de sufrir mucho a manos del maldito Duncan MacDonald, pero poco a poco y con los cuidados de Enid había recuperado parte de su natural fortaleza. Enfiló el camino hacia las caballerizas y vio a Augusta con Ewan.

—¿No ha traído a su yegua? —musitó para sí.

Ewan subió al Clydesdale, se despidió de ella y le hizo un gesto con la mano a su hermano al cruzarse con él.

—Buenos días, Augusta —dijo saludándola antes de desmontar.

—Buenos días, Caillen.

Una vez en tierra la miró interrogador.

—¿No has traído a Coiseachd?

La joven asintió.

—Está en una de las cuadras del fondo.

—Tenías prisa por librarte de ella.

—¡No! Iba a… —Conocía bien aquella expresión—. Te estás burlando de mí.

—Empezaré mañana, hoy tengo cosas que hacer —dijo sin responder—. Además, no estaba seguro de si la traerías, así que no me organicé para ello.

Augusta sintió el aliento de Rowena en su oreja apremiándola.

—Quería decirte… algo.

Caillen empezó a quitarse los guantes mirándola con fijeza.

—¿Más peticiones?

Las mejillas de Augusta se sonrojaron abrumadoramente.

—Yo… he pensado… Quizá podría… ¿Qué te parecería sí…? Me gustaría…

Caillen tenía el ceño cada vez más fruncido.

—Estoy teniendo problemas para entenderte —dijo sin compasión—. Más de lo que es habitual, quiero decir.

No, tranquilo, no me ayudes, que ya me tiro yo sola a los pies de los caballos.

—Me gustaría venir todos los días —dijo al fin.

El escocés movió la cabeza como si hubiese dicho una tontería.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Puedes venir cuando te plazca.

—Venir aquí.

—¿Aquí? ¿A las caballerizas? —Estaba empezando a perder la paciencia.

—Contigo.

Ahora su rostro se transformó en una mueca extraña que la habría hecho reír a carcajadas, si no fuese porque Augusta estaba tensa como las cuerdas de un violín y reírse no era una opción en ese momento.

—Quiero que me dejes estar… contigo… mientras… tú… la entrenas.

El bufido del escocés fue tan potente que movió el pelo de Augusta.

—¿Y qué vas a hacer aquí mientras yo la entreno? Aparte de estorbar, claro.

—Nadie podrá acusarte de ser amable conmigo —dijo ella empezando a irritarse.

—Serás necesaria cuando tengamos la silla y puedas montarla, pero para eso falta tiempo, todavía hay que fabricarla. No creo que me sea de mucha ayuda que estés por aquí mientras trabajo. Tendrías que estarte callada. Y quieta. ¿Para qué narices vas a querer estar aquí como un mueble?

Mira qué bien, seré como tú me ves siempre. Rowena, estás loca y *yo también por pensar siquiera en…*

—¿Estás tratando de decirme algo?

La escudriñó de un modo que provocó que el corazón de Augusta se acelerara vertiginosamente.

No eres una cobarde, aunque todos lo crean, no lo eres.

—Quiero estar contigo, Caillen. No me importa lo que hagas.

El escocés estuvo a punto de soltar una carcajada, pero antes de hacerlo la parte inteligente y cuerda de su cerebro lo detuvo a tiempo. Augusta casi podía ver el tiempo arrastrándose entre ellos, lento y viscoso.

—¿Estar… conmigo?

Perplejo no era suficiente para describir lo que expresaba el rostro del escocés. Augusta soltó el aire de golpe con un gran suspiro y cerró los ojos un instante antes de volver a mirarlo.

—Olvida todo lo que he dicho, por favor. Y yo iré a morirme a algún lugar apartado donde nadie pueda encontrarme jamás —dijo dándose la vuelta lo más rápido que pudo.

—Espera. —La sujetó del brazo obligándola a detenerse—. No huyas.

¿En serio no iba a dejar que se marchara? ¿Quién quiere ser valiente cuando puede vivir tranquila y cómoda en su cobardía? ¿La estaba girando? Sí, esos ojos que la miraban fijamente le resultaban familiares.

—Ya has empezado, ahora acábalo —dijo él con firmeza.

—¿Quieres verme morir de vergüenza?

Caillen la soltó y se encogió de hombros.

—Tú lo has querido así, no me eches la culpa.

—Eres horrible.

—¿Crees que por el mero hecho de querer algo eso sucede? ¿Que porque lo digas en voz alta va a producirse el milagro? Pues siento ser yo el que te abra los ojos, pero que tú quieras estar conmigo no significa que yo quiera lo mismo. Imagino que habías barajado esa posibilidad antes de venir hasta aquí con esa peregrina idea en la cabeza.

—Si te soy sincera, y está claro que ya no tengo nada que perder por serlo, esa era la única posibilidad que había barajado, pero no pensé que fueses tan cruel.

—¿Soy cruel?

—Podrías haberme rechazado de un modo agradable, haber dicho que me ves como a una hermana.

—Yo no te veo como a una hermana, no tengo ni la menor idea de lo que es tener una.

—Pero podrías haberlo dicho.

—¿Me estás pidiendo que te mienta?

—Algunas veces hay que hacerlo.

—¿Y esta es una de esas veces?

Augusta asintió. Curiosamente se había librado de la vergüenza y el sofoco y ahora estaba más bien irritada.

—Si no soy claro y directo —añadió él como el que menciona un hecho sin importancia—, seguirías haciéndote falsas ilusiones con algo que no va a suceder.

—¿Quieres abofetearme también? —preguntó ella con mirada feroz.

—Jamás he pegado a una mujer, ¿por qué dices esa tontería?

—No sé, como pareces disfrutar haciéndome daño.

—¿Te hago daño? No me da esa impresión, más bien pareces a punto de sacarme los ojos.

Ella lo miró con inquina y apretó los puños. Realmente quería arrancárselos.

—Será mejor que me vaya antes de que diga algo de lo que tenga que arrepentirme.

Él sonrió divertido.

—Puedes insultarme, si quieres, no te lo tendré en cuenta.

—Oh, gracias, qué considerado.

—¿Se te ha pasado? —preguntó burlón.

—¿El qué? —masculló ella.

—Lo que sea que creyeras que sentías por mí.

De repente todo su enfado se evaporó como por ensalmo. ¿Estaba haciendo todo eso a propósito?

—Augusta, no estás enamorada —dijo volviendo a hablar con delicadeza—. Solo estás confundida.

¿Eso es una puerta de escape? *Hazte la tonta. ¡Hazte la tonta!*

—Kenneth no debe enterarse —dijo muy seria—. Seguro que se enfadaría contigo y no sería justo.

Él la miró ceñudo y a punto estuvo de hablar, pero ella se le adelantó.

—Fingiremos que esto no ha pasado, al menos yo lo intentaré y espero que no me pongas en evidencia delante de tus hermanos, aunque si lo haces aceptaré las consecuencias de mis actos, porque eso es lo que hace una persona adulta y eso es lo que soy: adulta.

—Pensaba que no ibas a parar a respirar —dijo él.

—Maldita Rowena —murmuró para sí antes de volver a mirarlo con una forzada sonrisa—. Cuando pueda hablar con ella sin estrangularla le diré lo que puede hacer con sus consejos. Te agradeceré que esta noche en la cena no me hables, no me mires siquiera. No es por ti es porque quiero mantener una postura digna frente a tu familia y no titubear y ponerme colorada cada vez que alguien me hable. Por favor.

Él asintió sin responder y ella hizo un gesto de agradecimiento.

—¿Te ocuparás de Coiseachd igualmente?

—Por supuesto.

—Gracias.

—No hay por qué darlas.

Augusta suspiró y se dio la vuelta rogando porque no volviese a detenerla. Y Caillen no lo hizo, la observó alejarse con pasos tan rápidos que temió que tropezaría con sus propios pies. ¿Qué narices acababa de pasar? Frunció el ceño con un repentino malhumor. Aquello iba a traerle problemas, estaba seguro. Augusta O'Sullivan acababa de confesarle… ¿qué? Básicamente había dicho que quería estar con él. Nada más. A él le gustaba estar con Donn y no estaba enamorado de su caballo. «Quiero estar contigo». Aquella frase iba a perseguirlo el resto del día. Menuda tontería. ¿Cómo iba a estar…? Soltó una carcajada que no mostraba la menor jocosidad. ¡Augusta! La hija de Violet. Si su madre se enteraba estaría muerto para ella. ¿Cómo iba a perdonarle que rechazara a su hija? Maldita sea, a quién debería haber puesto en aquel aprieto era a Kenneth, para algo eran amigos. Frunció el ceño y las arrugas se dibujaron profundas en su frente. ¿Se había pasado? ¿Cruel? No creía haber sido cruel, un poco canalla, sí, pero ¿cruel? Se llevó las manos a la cabeza y Ciaran relinchó llamando su atención. Miró al caballo con expresión sorprendida, se había olvidado de él por completo.

—¿Tú lo has oído? ¡Maldita sea!

El caballo cabeceó hacia las cuadras.

—Vale, quieres comida y agua, lo entiendo —dijo quitándole la silla de encima para llevarla a su sitio.

Soltó el aire que se le había quedado atascado en alguna parte entre sus pulmones y la garganta y miró hacia el sendero con las manos en la cintura. Sonrió burlándose de sí mismo.

—Ha dicho que lo olvide y eso voy a hacer. Es una tontería. Seguro que mañana viene y me dice que se equivocó, que no… ¡Rowena! Ha dicho que esto ha sido cosa de Rowena y si lo sabe ella lo sabrá Enid. ¡Dios Santo, Enid!

—¿Qué pasa con Enid? —La voz de Lachlan sonó a su espalda y le provocó un respingo.

Cuando se giró hacia su hermano éste lo miraba interrogador.

—¿Qué mascullabas sobre Enid? —insistió.

—No era nada.

—Has dicho algo de Rowena y luego has mencionado a Enid. Suéltalo.

—Son cosas que no te incumben —dijo volviendo junto a Ciaran para llevarlo a su cuadra.

Lachlan lo observó con ojos inquisitivos y después de unos segundos lo siguió.

—¿Tan serio es que no quieres contármelo?

Caillen detectó preocupación en su voz y se maldijo mentalmente por ser tan estúpido. Enid estaba embarazada, Lachlan le temía a tantas cosas que no dejaba que la tocase ni el aire. No se iba a quedar tranquilo porque él desviase el tema. Bufó antes de enfrentarlo.

—No tiene nada que ver con Enid, solo he dicho que, si Rowena sabe algo, Enid también lo sabrá.

—¿Algo como qué?

—Eso es precisamente lo que no quiero decirte.

Lachlan frunció el ceño.

—¿Por qué? He visto a Augusta que se dirigía a casa, ¿ha venido a decirte algo de Enid? ¡Caillen!

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad?

Lachlan negó con la cabeza mirándolo expectante.

—El problema no es Enid, es Augusta…

—¿Qué pasa con Augusta? —Brodie entraba en ese momento con Ruairí y los miró con curiosidad—. Menudas caras.

Caillen suspiró impotente.

—No pasa nada con… ¿Es que uno no puede no querer hablar de algo? —explotó.

Brodie frunció el ceño y siguió hasta la cuadra del potro para dejarlo. Luego regresó hasta sus hermanos y se situó junto a Lachlan formando un muro ante la puerta.

—De aquí no sales sin decirnos de qué va esto —advirtió Lachlan.

Caillen puso los ojos en blanco y aceptó su derrota.

—Juradme por lo más sagrado que no diréis nada.

Los otros dos se miraron estupefactos y después asintieron con firmeza.

—Asegúrate de que no entra nadie —pidió a Brodie y este se colocó de manera que viese a cualquiera que se acercase.

—Augusta me ha confesado… que tiene sentimientos.

—¿Sentimientos? —Brodie fruncía el ceño con evidente confusión—. ¿Qué clase de sentimien…? ¡Ah, claro, sentimientos!

—¿Y cuál es la novedad? —preguntó Lachlan.

Cuando sus hermanos lo miraron interrogadores él levantó una ceja con sonrisa burlona.

—Augusta está enamorada de ti desde hace años.

—¡¿Qué?! —exclamaron los otros dos al unísono.

—¿En serio no lo sabíais? Creía que era evidente. Debe ser que soy más perspicaz que vosotros. ¿Kenneth no lo sabe? Hubo un tiempo en el que pensé que sus enfados contigo eran por eso.

—Estoy seguro de que Kenneth no lo sabe —afirmó Brodie rotundo—. Muy seguro.

Lachlan se encogió de hombros.

—Y Dougal tampoco lo sabe, sería incapaz de callarse algo así —dijo Caillen.

Lachlan mostró una expresión reflexiva y finalmente asintió.

—Vale, tampoco creo que lo sepa.

—Y Ewan no… —empezó Brodie.

—¡Está bien! —estalló Lachlan interrumpiéndolo—. Solo yo me había percatado. Sois todos unos tarugos insensibles.

Caillen respiró aliviado, bastante estúpido se sentía ya.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Brodie—. ¿Te lo ha confesado? ¿Y qué le has dicho? ¿Te gusta?

—¡Para! Ni siquiera había pensado en ella como en una mujer.

Los otros dos lo miraron divertidos.

—¿Y qué pensabas que era? ¿Un jarrón? —Lachlan se aguantó la risa.

—Augusta es agradable —opinó Brodie.

—Y guapa —añadió Lachlan.

—¿Y qué tiene que ver que sea guapa o agradable? No me interesa —dijo Caillen malhumorado—. ¡Es la amiga de Kenneth, por Dios, tendría que estar loco!

—Kenneth no está interesado en ella de ese modo, si es lo que te preocupa, de eso no hay la menor duda —sentenció Lachlan.

—De hecho, no creo que Kenneth esté nunca interesado en ninguna mujer de ese modo —añadió Brodie torciendo una sonrisa.

Caillen le hizo un gesto para que se asegurase de que no había entrado nadie en las caballerizas y Brodie negó con la cabeza después de comprobarlo.

—¿Tanto miedo tienes a que se sepa? —preguntó con sorna.

—Pues siento alimentar tus temores —dijo Lachlan—, pero si lo sabe Rowena, lo sabrá Enid y si lo sabe Enid, lo sabrá…

—Elizabeth —sentenció Brodie—. Y ya sabéis lo unidos que están esos dos, Dougal no tardará en enterarse.

—Eso es lo que me temía —masculló Caillen en tono muy bajo.

—¿Temes que los O'Sullivan se enfaden contigo cuando se enteren de que has despreciado a su hija? —Brodie lo miraba interrogador.

—Eres único para calmar los ánimos —dijo su hermano con mirada asesina.

—¿Cómo te lo ha dicho? —Brodie no iba a compadecerse, estaba claro.

Lachlan le dio un empujón mirándolo con severidad.

—No seas zoquete —le espetó.

—Me ha pedido que finjamos que no ha ocurrido, pero ahora que lo sabéis va a ser difícil que no se dé cuenta.

—¡Y esta noche conocerá a Julia Cadman! —se burló Brodie.

Lachlan lo miró ceñudo.

—¿Qué pasa con Julia Cadman?

Brodie se echó a reír a carcajadas al ver que Caillen ponía los ojos en blanco.

Capítulo 11



Se paseaba entre los arbustos, arriba y abajo sin rumbo fijo. ¿En qué momento se le ocurrió que era buena idea confesarle sus sentimientos? ¿Y no podía haber elegido otro día para semejante desastre? Ahora no podía marcharse a casa y encerrarse en su cuarto hasta que acabase el invierno. La habían invitado a cenar. ¡Iba a tener que pasar todo el día en el castillo de los McEntrie! ¿Y si fingía estar enferma? No, entonces no la dejarían marcharse, ¡llamarían al médico! Se llevó una mano a la frente, realmente se sentía enferma. Enferma de vergüenza.

—Maldita Rowena.

Nunca había maldecido tanto a nadie en su vida. Si la tuviera delante la estrangularía. ¿Cómo pudo convencerla de hacer tamaña estupidez? Caillen jamás se había fijado en ella, para él no habría ninguna diferencia en el mundo si ella no existiera. Se detuvo en seco y cerró los ojos un instante para recomponerse. ¿A quién quería engañar? Allí no había nadie más que ella y sabía perfectamente cuál era la verdad. Si se lo había dicho era porque quería que él hiciese exactamente lo que había hecho. Ella sabía mejor que nadie cuáles eran los sentimientos de Caillen, pero había alimentado su fantasía haciéndola crecer hasta convertirla en algo peligroso para su futuro. Ya no era una niña y todos esperaban algo de ella. No podía retrasarlo infinitamente agarrándose a algo que sabía que era imposible. Cogió una brizna de hierba y regresó al sendero para dirigirse al castillo. Se obligó a sentirse orgullosa por lo que había hecho, aunque le doliese el corazón mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—¡Augusta! —exclamó Enid cuando entró en el salón—. ¡Ya estás aquí!

—Sí, llegué hace un rato. He llevado a mi yegua a las caballerizas para que Caillen…

—Ven —la interrumpió Enid cogiéndola del brazo.

La arrastró hasta donde estaban Sophie, Emma y Elizabeth, he hizo las presentaciones.

—Me alegra mucho conocerla al fin, excelencia —respondió Augusta haciendo una reverencia frente a la duquesa—. Mi madre me ha pedido que le transmita su deseo de recibirlos en nuestra casa antes de que se marchen. Y a usted y su esposo también, por supuesto, señora Wilmot.

—Muchas gracias —dijo Emma devolviéndole la sonrisa—. Pero llámame Emma, por favor.

—La madre de Augusta era la mejor amiga de Constance, la primera esposa de mi suegro —explicó Elizabeth—. Los O'Sullivan son como de la familia.

Augusta sonrió agradecida por la gentileza.

—Nos hemos hecho muy buenas amigas —dijo Enid—. Y ahora que ya no va a marcharse más, estoy muy feliz.

—Mi madre, mi hermano Hayden y yo hemos estado viviendo más de un año en Irlanda con mi abuelo —aclaró Augusta al ver la expresión confusa del rostro de la duquesa—. Yo también estoy muy contenta de haber vuelto para quedarme.

—¿Os importa que me la lleve un rato? Quiero enseñarle el cuarto de juegos que Elizabeth y yo hemos estado preparando para los bebés.

—Por supuesto que no nos importa —dijo su madre riendo—. Id, nosotras nos quedaremos charlando de la familia y de Londres.

Las dos jóvenes salieron del salón y una vez fuera Enid la cogió de la mano y la llevó corriendo escaleras arriba hasta el cuarto de juegos. Una vez dentro cerró las dos puertas y se

volvió a mirarla expectante.

—¿Se lo has dicho? —preguntó.

Augusta abrió la boca y los ojos con enorme sorpresa, pero no fue capaz de articular palabra.

—¿Qué?

Enid tiró de ella y la llevó hasta un sofá.

—Rowena vino a verme ayer y me contó lo que habías estado hablando. Por eso has venido tan temprano, ¿no? Habíamos quedado que vendrías esta tarde y nos arreglaríamos juntas.

Augusta suspiró, estaba claro que no iba a librarse del rubor de sus mejillas fácilmente. Quizá eso fuese lo mejor, cuanto antes pasase el bochorno, antes podría olvidarse de ello.

—Bien, intentaré ser clara y concisa, pero te pido por favor que no alarguemos esto demasiado. Sí, le he mostrado a Caillen mis sentimientos y él me ha rechazado, de manera que ya puedo olvidarme de ello para siempre y continuar con mi vida.

Enid se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación muy poco femenina. Tardó unos segundos en recuperarse para poder decir algo.

—¿Te ha rechazado? ¿Quieres decir que ha sido cruel?

—No he dicho eso.

—Pues es lo que yo he oído.

—Pues no es lo que he dicho —insistió—. Tajante. Claro. Contundente. Pero no…

—¡Ha sido cruel!

Augusta volvió a suspirar.

—Enid, por favor.

—Nunca me lo habría esperado de Caillen, siempre es tan correcto y ecuánime…

—Y luego dice Rowena que yo dramatizo —musitó Augusta para no escucharla.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No voy a hacer nada.

—¿Te vas a rendir? No puedes. Caillen no sabe lo que le conviene. Además, no hay ninguna otra que le interese. Lo cierto es que tienes el camino completamente libre.

—No hay ningún camino, Enid. ¿Has oído lo de «contundente»?

—Claro que lo hay, mientras no haya otra… —Se puso de pie y comenzó a pasear por la sala, pensativa.

—Ten cuidado con los juguetes —dijo Augusta con preocupación—, no vayas a tropezar.

—Lo has pillado por sorpresa, es eso, no se lo esperaba. Se ha asustado —afirmó ignorando su advertencia, pero esquivando los objetos con maestría—. Esta noche te sentarás a su lado en la cena. Debe acostumbrarse a tenerte cerca. Seguramente nunca había pensado en ti de ese modo, ahora lo hará. Es imposible que ignore lo que le has dicho, no es esa clase de hombre.

Augusta se abstuvo de preguntar a qué clase de hombre se refería. Su amiga se detuvo y la miró seria.

—No te asustes, pero es muy probable que a la hora de la cena los demás ya lo sepan. Están muy unidos y se lo cuentan todo.

Augusta empalideció y sus manos se crisparon en su regazo. Enid se apresuró a sentarse a su lado.

—No tiene importancia, los McEntrie te aprecian de verdad, no harán nada que te incomode.

—Esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba —musitó Augusta—. Contaba con tener que soportar el bochorno frente a él, pero ahora veo que voy a tener que lidiar con el de todos. ¿Cómo no pensé en ello? ¡Maldita Rowena!

—Lo malo es que, si todos lo saben, Kenneth…

La palidez en el rostro de su amiga se acrecentó un poco más. Si Enid seguía tranquilizándola de ese modo acabaría por sufrir un ataque.

—No estoy ayudando, ¿verdad?

—Nada en absoluto.

—Perdóname, estoy muy nerviosa —confesó Enid—. Y disgustada. Me hizo mucha ilusión saber que tú… ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No tendría que habérselo dicho a nadie —musitó la otra para sí.

Enid comprendió que debía pensar un poco más antes de hablar.

—¿Lo has pasado muy mal? —preguntó.

—Nada comparado con lo que tendré que pasar en las próximas horas. ¿No podría irme a casa, Enid? ¡Por favor!

—Vamos, Augusta, tienes que ser valiente. Míralo por el lado bueno, has elegido el mejor día para decírselo. Esta noche vienen las americanas y todo el mundo estará distraído con ellas.

Su amiga la miró con una expresión que demostraba a las claras que no le veía lo bueno por ninguna parte. Más personas ante las que avergonzarse.

—Esto se pasará, todo el mundo lo habrá olvidado en pocos días.

—Kenneth se estará burlando de mí el resto de su vida.

—Ojalá —musitó Enid.

—¿Ojalá?

—No creo que sea eso lo que pase —dijo preocupada—. Sabes lo mal que se lleva con Caillen, cualquier excusa les vale para discutir. ¿Crees que le gustara saber que ha despreciado el afecto de su amiga?

—No me ha despreciado. Solo ha puesto de manifiesto cuáles son sus sentimientos con

respecto a mí. Bueno, su falta de sentimientos en realidad. —Miró a Enid un instante y gimió—. ¡No soy ni capaz de explicarlo sin decir estupideces!

—En poco tiempo se te habrá olvidado, ya lo verás.

Creo que me va a costar un poquito más. Sesenta años, si vivo tanto.

—Rowena se va a disgustar mucho —dijo Enid—. Por suerte esta noche no va a venir.

—¿Que no va a venir? ¿Por qué?

—Al parecer su madre había invitado a los Anderson y no le permite ausentarse.

—¿Caleb Anderson?

—Y sus padres —afirmó Enid.

—¡Rowena no lo soporta! Su madre es incombustible —dijo negando con la cabeza.

—De eso no hay duda.

—Me alegro de que vaya a pasarlo mal —dijo la otra entornando los ojos con inquina—, así pagará por lo que ha hecho. Una noche aburrida en compañía del insoportable Caleb Anderson, es lo menos que se merece.

—¡Augusta!

La otra suspiró desanimada.

—Quiero irme a casa —gimió.

Enid la miraba compungida.

—No sabes cuánto me gustaría poder hacer algo —dijo y sus ojos se humedecieron—. Me puse tan contenta cuando Rowena me lo contó. Ya nos veía a las dos viviendo aquí y criando juntas a nuestros hijos.

Augusta la miró sorprendida al ver que lloraba. Y se asustó. Solo faltaba que el disgusto le provocase algún problema al bebé. Se obligó a sonreír y la cogió de las manos

—En realidad tienes razón, mejor que pase toda la vergüenza junta. —Amplió su sonrisa, aunque sus ojos no colaboraban mucho—. Así luego podré esconderme en una cueva para hibernar.

—¿Hibernar? ¿Como los murciélagos?

—Qué asco, podrías haber dicho otro animal. Además de que es horrible tendría que pasarme todo el invierno colgada cabeza abajo.

—No estarías muy cómoda —dijo limpiándose las lágrimas mientras sus labios mostraban una tibia sonrisa.

—¿Y cómo se me aguantaría el vestido? —siguió bromeando Augusta—. Sería muy escandaloso.

—Te taparía la cabeza y no podrías ver nada —dijo Enid riendo.

—¿Cómo voy a ver si estaré durmiendo? ¿Tú duermes con los ojos abiertos, acaso?

Las dos se rieron a carcajadas, aliviando la tensión.

—Madre mía, Enid, qué ridículo que he hecho —dijo Augusta limpiándose las lágrimas que le había provocado la risa.

—¿Ridículo? Eso es porque no estuviste allí cuando traté de explicarle a Aileen por qué Lachlan y yo estábamos abrazados en aquella habitación. Eso sí fue ridículo.

Las dos amigas siguieron recordando momentos vergonzantes que aliviaran el bochorno de Augusta. Y las dos se sorprendieron al ver que tenían bastantes que recordar.

Después de comer, Caillen solía trabajar en su despacho un par de horas, pero aquel día no conseguía concentrarse. Demasiadas ideas pululando en su cabeza cual mariposas alborotadas.

Se acercó a la ventana y la abrió para ver si el frío le despejaba la mente. El cielo amenazaba tormenta y hacía bastante aire por lo que, al abrirse la puerta, unos cuantos papeles de su escritorio volaron y acabaron en el suelo.

—¿Qué…?

—Lo siento —dijo Augusta corriendo a recogerlos.

Caillen cerró la ventana rápidamente y se giró a mirarla sorprendido, pero ella seguía recogiendo el estropicio que había formado.

—¿Ahora se entra sin llamar?

—Perdón —se disculpó de nuevo y colocó los últimos documentos sobre el escritorio—. Estaba tan concentrada en lo que iba a decir que se me olvidó todo lo demás.

Al ver su turbación, Caillen le hizo un gesto para quitarle importancia.

—Todas se han acostado a dormir una siesta para estar frescas esta noche y yo lo he intentado también, pero no puedo dormir cuando sé que tengo que hacer algo. Imaginé que estarías aquí, porque siempre te metes en este despacho después de almorzar, y pensé que si venía podría decirte lo que quiero decirte sin que nadie más lo escuche. —Se giró hacia la puerta que se había quedado abierta y corrió a cerrarla.

—No deberías… —No terminó la frase.

Estaba seguro de que ella conocía perfectamente la norma, que establecía que una señorita no podía estar en una habitación con un caballero que no fuese de su familia, con la puerta cerrada.

—No tardaré, solo necesito un momento —aclaró ella siguiendo el hilo de sus pensamientos —. Puedes sentarte, yo me quedaré aquí.

Caillen levantó una ceja y ocupó su butaca. Enseguida comenzó a organizar los papeles de manera correcta y ella esperó hasta que pudo prestarle atención.

—Se lo has contado a tus hermanos —empezó—. No es una pregunta, ha sido evidente durante el almuerzo. Al menos Lachlan y Brodie lo saben.

—No era mi intención —la interrumpió—. Lachlan y Brodie me oyeron hablando solo.

Augusta no se sorprendió, lo había visto hablando solo más de una vez. Esa era una costumbre bastante extendida entre los hermanos McEntrie cosa que ella no entendía muy bien, en aquella familia había mucha gente con la que hablar. Movió la cabeza para volver al origen de su visita allí.

—He pensado que voy a hablar con Kenneth y le contaré lo que he hecho. Si me espero a que se entere de otro modo es posible que… Bueno, que se enfade contigo. No hay ningún motivo para enfadarse —aclaró enseguida—, pero tampoco es que lo necesite. Me refiero a un motivo, los dos sabemos que se enfada con facilidad si es por algo en lo que tú estés involucrado. Que no es culpa tuya que lo estés, porque te he involucrado yo sin que tú hicieras nada para… —Se dio cuenta de que estaba divagando por la expresión en el rostro del escocés—. Lo que quiero decir es que se lo explicaré yo para que entienda cómo han sido exactamente las cosas.

Esperó una respuesta por su parte, pero Caillen permaneció impertérrito.

—¿No vas a decir nada?

—No creo que tengas que informarme de con quién vas a hablar.

—Caillen… —lo miró suplicante—. ¿Podrías dejar de hacer esto?

Él frunció el ceño y desvió ligeramente la mirada.

—No sé a qué…

—Me estás tratando mal a propósito —dijo ella—. Nunca me has tratado mal. Me has ignorado, eso sí, pero no has sido desagradable y frío conmigo.

El escocés dejó escapar un suspiro y asintió.

—Está bien, habla con Kenneth, no servirá de nada, pero ya lidiaré con eso.

—Lo siento —dijo sincera.

—No te disculpes —pidió él—. No has hecho nada malo.

—Debería haber hecho caso a mi instinto y no a Rowena.

—¿Tu instinto? —se burló él.

Augusta asintió seria.

—Era plenamente consciente de que no compartías mis sentimientos. No soy ninguna estúpida.

—Estás confundida —dijo él levantándose de la butaca para acercarse—. Nos conocemos desde hace mucho, me aprecias, claro que sí, pero no es esa clase de sentimiento.

—Preferiría no volver a hablar de esto contigo, si no te importa. Es un poco humillante. He pensado incluso en pasarme el invierno encerrada en una cueva cabeza abajo… —Se dio cuenta de que había hablado de más demasiado tarde, cuando Caillen ya la miraba como si hubiese perdido la cabeza—. ¿Lo ves? No hablaremos de esto más. Nunca. Jamás de los jamases.

Él sonrió por su vehemencia y asintió para tranquilizarla.

—Eres parte de esta familia. Tu madre…

—No hace falta que lo digas, sé lo mucho que ella significa para ti. Compartís un cariño muy especial y no voy a estropear esa relación, te lo prometo.

—Se va a enfadar mucho conmigo.

—No —dijo ella con voz dulce—. Nunca se enfadaría contigo. Conmigo sí. Me va a obligar a aceptar todas las invitaciones que me hagan de ahora hasta que me case.

—Qué terrible destino te espera.

Ella lo miró en silencio unos segundos y él no apartó la mirada por primera vez desde la

fatídica conversación.

—¿Entrenarás a Coiseachd igualmente?

—Ya sabes que sí.

Ella asintió satisfecha.

—Así que ha sido Rowena la culpable de todo este embrollo —dijo él.

—No me lo recuerdes, voy a matarla en cuanto la vea. Es tan confiada y está tan segura de sí misma que es capaz de convencerte de cualquier cosa. ¡Hizo que la señora Baxter comprase un piano, después de que le confesara que la música la irrita!

—Mucha gente tiene un piano como objeto de decoración.

—Cierto, no ha sido un buen ejemplo. ¿Pan al que no tiene dientes?

—Ese está mejor —afirmó Caillen arrugando la frente.

—Ojalá pudiésemos fingir que no ha ocurrido —deseó ella.

—Esa posibilidad se esfumó en cuanto lo supieron Lachlan y Brodie, y de eso puedes culparme a mí.

—Ni siquiera de eso, porque Rowena se lo dijo a Enid, así que daría igual que no te hubieran oído, se lo contará a su marido porque no se ocultan nada. Pero, aquí entre nosotros, deberías dejar esa costumbre.

—¿Cuál? ¿La de hablar solo? —Negó con la cabeza—. Me temo que está muy arraigada.

—¡Todos lo hacéis! Deberíais pensar que no siempre los demás quieren oír vuestros pensamientos.

Caillen frunció el ceño con evidente preocupación.

—¿No siempre?

Ella sonrió maliciosa.

—Algunas veces es divertido.

Caillen apretó los labios y negó con la cabeza, pero ella lo ignoró acercándose a la ventana.

—Ha empezado a llover. Espero que pare antes de que vuestras invitadas tengan que salir. Por suerte Forrester House no está lejos.

—La tormenta no durará mucho.

—La sabiduría McEntrie —se burló ella—. Siempre saben cuándo va a llover y cuánto tardará en parar. En casa nadie tiene ese don, mi padre se empeña en ponerse en evidencia una y otra vez a pesar de que sabe que nunca acierta.

Caillen sonrió, había sido testigo de ello en más de una ocasión.

—El señor O'Sullivan se pasa el día encerrado en la fábrica, es normal que el clima no sea su fuerte.

—Con el bloqueo ha perdido muchos clientes —dijo ella con preocupación—. Entre eso y la ausencia de mi madre, no ha sido un buen año para él.

—Tu padre fabrica el mejor whisky de toda Escocia y me atrevería a decir que del mundo. Los americanos son los más perjudicados con el bloqueo por no poder disponer de él.

—Se pasa el día despotricando de la guerra. A vosotros, por suerte, no os a afectado, ¿verdad?

—No.

Caillen volvió a abrir la ventana y el frío los envolvió rápidamente.

—Me gusta mucho la lluvia —dijo.

Ella asintió.

—Y Kenneth la odia —musitó.

Caillen no dijo nada y ella lo miró con fijeza.

—Es lo mismo, ¿verdad? Odiáis y amáis el uno contra el otro.

Él la miró sorprendido. Nunca lo había pensado.

—Es por Alana —dijo y Caillen volvió a sorprenderse al no sentir la furia que lo invadía siempre que alguien la mencionaba en su presencia.

—Éramos muy pequeños cuando ella murió, no creo que se acuerde —dijo sincero.

—Se acuerda de algunas cosas. De que a su madre le daban miedo las tormentas. De que llovía a cántaros cuando la enterraron. —Se giró a mirarlo a los ojos—. Y de que te dejó solo en una cueva toda una noche.

El corazón de Caillen se aceleró rápidamente y su respiración se detuvo.

—¿Tú sabes… eso? —dijo con voz entrecortada.

Ella asintió y siguió comportándose con total normalidad.

—Mi madre dice que era una mujer enferma que no sabía lo que hacía. Por eso fue ella misma la que avisó a tu padre, en el fondo quería que te encontraran.

—Quería que me encontraran muerto —dijo con dureza—. No te engañes, Augusta, no lo hizo para salvarme. Si, como ella creía, esa noche hubiésemos tenido marea viva, habría muerto irremediablemente.

—Es posible que lo creyera y es posible que se lo dijera por lo que tú has dicho, pero también podría ser que se arrepintiera. Nunca lo sabremos porque ella ya no está, pero a vosotros dos os habría ido mejor si todos hubieran pensado que eso fue lo que pasó.

A Caillen le sorprendía que se atreviese a hablar de aquello sin miedo, nadie mencionaba el tema nunca, era como si todos creyesen que era un tema prohibido, a pesar de que él nunca lo hubiese dicho. O quizá sí lo había dicho, aunque no fuese con palabras.

—¿Estás diciendo que crees que nos habría ido mejor si nos hubieran engañado? Recuerdo

muy bien quién me llevó hasta allí y me dejó completamente a oscuras en una húmeda cueva de Moorleigh, Augusta. Nadie hubiese podido borrar ese recuerdo por muchas mentiras que me contase.

—Eras un niño muy pequeño. Los dos lo erais. No tendríais que haber crecido con tanto odio. ¿De qué sirve el odio? —Le preguntó mirándolo de frente—. ¿Qué tiene de bueno que hayáis sentido tanto dolor?

—¿Por qué hablas en plural? —dijo molesto—. Yo estaba solo en aquella cueva. Mi hermano estaba en una habitación, cálida y confortable.

—¿De verdad crees que todo eso no dañó a Kenneth también?

Caillen torció el gesto.

—Por supuesto, ¿cómo no ibas a compadecerte de tu perfecto amigo?

—¿Perfecto? —sonrió burlona—. Kenneth está muy lejos de ser perfecto. ¿Qué valor tendría querer a alguien que es perfecto? Tu hermano, al igual que tú, vivió bajo el influjo de esa trastornada mujer y, aunque no recibiera el mismo trato que tú, te aseguro que ella lo convirtió en la persona que es.

Caillen sintió un estremecimiento, pero no movió un músculo para que ella no se percatase. Se miraron en silencio durante unos segundos, hasta que Augusta decidió que era mejor marcharse.

Se detuvo en la puerta antes de salir y se volvió un momento tras despedirse.

—Me alegra que volvamos a ser amigos —dijo.

Él asintió, conteniendo el impulso de recordarle que nunca lo habían sido.

Capítulo 12



Iba a ser una cena casi en familia, con la única excepción de Augusta O'Sullivan, Julia y su abuela, pero Elizabeth se paseaba por el comedor revisando cada detalle en la mesa y ajustando con precisión la colocación de los cubiertos como si de ello dependiese toda la velada. Emma la cogió de la mano y tiró de ella para sacarla de allí mientras su tía protestaba riendo.

—¿Adónde me llevas? Tengo cosas que…

—Vamos a charlar un rato —dijo Emma casi a la carrera—. Llevas todo el día dando vueltas por este castillo como un ratón buscando su queso. ¡Estoy agotada solo de verte!

Entró tras ella en el saloncito, cerró la puerta, se apoyó en ella y suspiró. Su tía la miraba con los ojos muy abiertos y una expresión entre divertida y asustada.

—Nos tomaremos un jerez —dijo y caminó hacia el mueble de las bebidas.

—No suelo beber y menos a estas horas —dijo Elizabeth, pero cogió la copa cuando se la ofreció.

—Hoy es un día especial —dijo sonriendo.

—¿Especial? ¿Lo dices por mis nervios? Ya sabes cómo me preocupo por todo.

—Lo sé —afirmó Emma y posó la mano en su brazo con ternura—, pero ahora estoy contigo para calmarte.

—¡Oh, Emma, no sabes cuánto me alegro de ello! Estos días están siendo maravillosos para mí.

—Ven, sentémonos. La duquesa y su marido han salido a dar un paseo hasta los acantilados,

Enid está con Augusta y Edward ha ido a montar con Dougal. Nadie nos molestará.

—No más de dos horas, que tenemos que arreglarnos.

Emma la cogió de la mano.

—Desde que llegué apenas hemos tenido tiempo para hablar las dos a solas. Solo la primera noche.

Su tía bebió un sorbo de su copa sin dejar de mirarla. Esa noche se la pasaron hablando sin parar y se durmieron agotadas cuando el sol ya despuntaba. Fue maravilloso.

—Tenía tanto que contarte… —dijo Elizabeth con un deje de timidez.

Emma sonrió abiertamente. Desde luego que lo hizo y vaya si lo disfrutó. Imaginar a Elizabeth en situaciones tan poco recatadas era algo para lo que no se había preparado, pero que le produjo una gran felicidad.

—Dougal está muy enamorado de ti, doy fe —dijo rotunda—. Me resulta tan tierno ver cómo te mira y cómo se preocupa por ti.

Elizabeth no pudo contener una risita tonta.

—Me siento como una niña cuando estoy con él.

—Pero hay algo de lo que apenas hablamos aquella noche y me gustaría que… —dijo Emma.

—William —sonrió su tía—. No tienes que preocuparte. Ahora sé que nunca estuve realmente enamorada de él. Era un sueño, porque ellos tres eran amigos. Katherine con Alexander, tú con Edward y yo con William, habría sido maravilloso. William es bueno, divertido y un hombre muy interesante. Pero no es Dougal.

—Aún no me puedo creer que no me diera cuenta de que Dougal McEntrie era perfecto para ti —dijo Emma—. Sois como la noche y el día y sin embargo os compenetráis maravillosamente.

Lo ojos de Elizabeth brillaron de emoción y Emma sonrió feliz.

—Estás muy enamorada —dijo su sobrina.

—Lo amo con toda mi alma.

—Y con todo tu cuerpo, según me contaste.

—¡Qué vergüenza, por Dios! —Miró hacia la puerta con preocupación y las mejillas arreboladas—. Aún no me creo que hablásemos de todas esas cosas.

Su sobrina se echó a reír a carcajadas.

—Lo único malo es que ahora eres escocesa —se burló.

—Y para ellos sigo siendo inglesa. —Elizabeth se rio también.

—¿Qué opinas de que William y Bethany se casen?

—Deseo de corazón que sean felices juntos. ¿Y qué dice Harriet? En su carta me pareció que estaba contenta.

Su sobrina asintió.

—Es un matrimonio de conveniencia, pero se llevan extraordinariamente bien.

Elizabeth sonrió satisfecha.

—Bethany es una persona excelente y William también.

—Pero él no deja de alimentar el recuerdo de esa mujer de Joseon. Alexander se pone enfermo cada vez que se menciona el tema delante de él.

—Bethany es una mujer fuerte —afirmó Elizabeth con expresión reflexiva—. Aguantó a su padre durante años y manejó un montón de secretos sin que nadie se percatase. Si hay alguien que pueda con esto, es ella.

—A Harriet le preocupa Joseph —dijo Emma—. Primero Dougal, luego Harvey y ahora su hermana, dice que lo han dejado solo en los negocios y con los amigos de su padre pidiendo su

cabeza.

—Dougal también está preocupado, sabe las complicaciones que está teniendo. Estoy segura de que, si no estuviese embarazada, se iría a Londres para ver cómo ayudarle.

—Tu esposo fue su mano derecha durante años, es normal que se preocupe. ¿No podría hacer algo desde aquí? ¿No hay nadie de sus viejos «compañeros» —dijo haciendo alusión a los piratas —, que pudiera ocupar su puesto al lado de Joseph?

—No deja de darle vueltas, algo se le ocurrirá.

Emma bebió un sorbo de su copa y luego sonrió.

—Pero dejemos de hablar de los demás. Ahora quiero disfrutar de que estoy contigo. Te echo mucho de menos, muchísimo.

Elizabeth la miró con cariño y asintió.

—Pues tú tienes a las demás, pero yo estoy muy lejos de todas vosotras. Cuando nazca el bebé no voy a saber qué hacer sin vuestra ayuda. Estoy muy asustada, Emma. Finjo delante de Enid para no contagiarla, pero lo cierto es que estoy aterrada.

—Es lo normal. La primera vez no sabes lo que va a ocurrir, por más que lo hayas visto en otras. Pero te doy mi palabra de que, en cuanto lo tengas en tus brazos, sabrás todo lo que necesitas saber. Y no estás sola, además de a Enid, tienes a los McEntrie, que está claro que te adoran.

Elizabeth dejó su copita sin terminar sobre una mesa auxiliar.

—No quiero preocupar a Dougal, pero temo que le pase algo a la criatura, no ser capaz, hacer algo que...

—¡Es normal! —la corto su sobrina—. Esos miedos los hemos sentido todas.

—No, no lo es, tú no estabas asustada y Katherine tampoco.

—¿Qué no…? —Emma soltó una carcajada—. ¿Cómo puedes decir eso? Las dos estábamos aterradas y tú estabas allí para verlo.

—Pues no lo recuerdo.

—Mentirosa, claro que lo recuerdas. Katherine temiendo que su hijo naciese ciego. Y Caroline, Harriet… ¡Yo misma! Me abracé a ti llorando porque ya no podía echarme atrás y aquella criatura tenía que salir de mi cuerpo. ¿Te acuerdas? ¿Que tú me consolabas y me tranquilizabas?

Elizabeth lo recordaba bien.

—Pero yo soy mayor…

—¿Mayor? Pero ¿qué dices? —Se rio de nuevo—. ¡Tenemos casi la misma edad! De hecho, tengo intención de quedarme embarazada inmediatamente y no pararé hasta tener cinco hijos.

—¿Cinco hijos? —Su tía la miró asombrada—. Creía que no querías más hijos.

—Pues ya ves, tú tienes la culpa.

—¿Yo?

Emma asintió y sus ojos se humedecieron.

—Ver a Edward con tus McEntrie ha sido muy revelador. Está tan feliz…

Ahora fue Elizabeth la que la cogió de la mano para reconfortarla mientras hablaba. Emma usó la otra para limpiarse las lágrimas que habían empezado a caer.

—No tiene recuerdos felices, es como si todo lo que vivió con su padre hubiese anegado su infancia por completo. Quiero darle muchos hijos, que tenga ahora lo que no tuvo entonces. Borrar la soledad y la tristeza por completo de sus pensamientos. No entiendo cómo he podido pensar siquiera en dejar a mi hijo solo, como estuvo su padre.

—No estaría solo. Robert ha nacido en un hogar lleno de amor y felicidad. Además, tendría a

sus primos.

—Quiero que lo tenga todo —afirmó Emma—. Y yo voy a dárselo. Mi hijo no se sentirá nunca solo como se sintió su padre. Y haré que la vida de Edward sea tan plena y feliz que todo aquello quedará sepultado por una montaña de buenos recuerdos.

—¿Y todo eso lo has decidido por los McEntrie?

Emma asintió y se limpió la humedad de su rostro al tiempo que sonreía.

—Es maravilloso verlos juntos.

—Pero si son como niños.

Emma volvió a asentir.

—Lo son.

Elizabeth pensó en ello.

—Se quieren muchísimo —dijo emocionada—. Están ahí siempre para los demás. Se pelean y tienen mucha rivalidad los unos con los otros, pero en cuanto uno los necesita, allá que van todos sin pensárselo.

—Como las Wharton —dijo Emma riendo.

Elizabeth rio también.

—Escúchame, Elizabeth —dijo su sobrina poniéndose seria—. Todas las mujeres del mundo se preocupan cuando están embarazadas. Y luego, cuando tu hijo nazca, no creas que el terror desaparecerá del todo. Al principio me despertaba en plena noche y tenía que asegurarme de que Robert respiraba para poder volver a dormirme. No podemos saber lo que nos deparará el futuro, solo podemos vivir el presente. Pero no dejes que nada de eso te estropee el momento tan maravilloso que estás viviendo. Nunca más será la primera vez. Nunca volverás a sentirte tan increíblemente sorprendida por lo que sientes y piensas, por lo que le sucede a tu cuerpo con

cada nuevo día. Y cuando nazca, cada instante con él será también el primero y… —Respiró hondo y se abanicó con la mano—. Me emociono al recordarlo.

Elizabeth empezó a llorar a moco tendido.

—Me estoy volviendo una llorona.

Se miraron compungidas con las lágrimas cayendo a borbotones.

—Menuda cara vamos a tener esta noche —dijo Elizabeth—. A mí se me queda la nariz roja.

—Pues anda que a mí que se me hinchan los ojos.

Se echaron a reír a carcajadas conscientes de que ya no había remedio.

Estaban todos en el salón esperando la llegada de los invitados. Faltaba una hora para la cena y ya estaba todo preparado y convenientemente revisado. Las damas situadas cerca de la chimenea disfrutando del calor del fuego y los caballeros al otro lado del salón. Craig estaba explicándoles al duque y a Edward como era el proceso de elaboración del drambuie, mientras sus hijos, algo más apartados, hablaban en tono bajo y contenido de asuntos mucho menos festivos.

—Mañana por la mañana vendrá el alguacil para llevársela —decía Dougal en ese momento.

—¿Y cómo se ha enterado Drew? —preguntó Brodie refiriéndose al mozo de cuadras, que era el que le había contado la historia.

—Drew se entera de todo lo que pasa en casa de los MacDonald —dijo Ewan—, está liado con Ida, la pinche de cocina.

—Pobre Cecilia —dijo Brodie con pesar—, en menudo lío se ha metido.

—La han metido, querrás decir —apuntó Caillen—. Está claro que la acusación es falsa. Lleva años trabajando para los McDonald, no es tan tonta como para robarles. Y menos una daga que todo el mundo sabe lo valiosa que es.

—¿Y cómo estás tan seguro? —Dougal lo miraba interrogador—. Mira lo que nos pasó con las hermanas Brown. Elizabeth y Enid confiaban plenamente en ellas y las traicionaron.

—Esto es diferente —negó Caillen—. El padre de Cecilia trabajó para nosotros toda su vida, era un buen hombre, honrado a carta cabal, su hija no haría algo así.

—No tiene sentido —corroboró Kenneth.

—Sería difícil de vender tal cual está —apuntó Brodie—. Pero podría separar las piedras preciosas y venderlas.

—Igualmente necesitaría alguien que se las comprara —insistió Caillen—. Todo el mundo por aquí sabe que esa daga pertenece a los MacDonald y cómo se las gastan. Sigo pensando que aquí hay algo que no sabemos.

—Yo también creo que es mentira —intervino Kenneth—. Cecilia es irresponsable, pero no tonta. Estoy con Caillen, sin que sirva de precedente.

—Entonces está claro que es una trampa —dijo Dougal—. ¿Es posible que Carlton intentara algo con ella? Si Cecilia se negó, quizá quiera vengarse.

—Lo creo capaz de eso y de mucho más —asintió Kenneth.

—¿Drew no te dio los detalles? —preguntó Lachlan mirando a Dougal.

—No sabía más.

—Deberíamos dejar el tema —dijo Caillen—, las damas nos miran y acabarán por preguntarnos.

—No quiero que Enid se preocupe —dijo Lachlan frunciendo el ceño.

—Ni yo que se entere Elizabeth —añadió Dougal.

—Entonces es mejor que hablemos de otra cosa —sentenció Caillen.

Agradecía que las novedades hubieran distraído la atención de Kenneth sobre lo sucedido con Augusta, pero no pudo respirar tranquilo mucho rato porque cuando los demás se dispersaron por el salón, él se quedó a su lado y en su expresión vio que tenía ganas de gresca.

—¿De verdad vas a entrenar a la yegua de Augusta? —preguntó sin mirarlo.

—Eso le he dicho, sí —respondió el otro.

—¿Por qué?

Caillen levantó una ceja al posar sus ojos en él.

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué?

—Ella me lo ha pedido.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a ella.

Kenneth lo miró entonces y sus ojos tenían aquella mezcla de peligro y diversión que siempre anticipaba una pelea.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Creo que también te lo dijo a ti, pero no reaccionaste como esperaba.

—Está coja, no hay nada que entrenar.

—No estoy de acuerdo —dijo Caillen colocándose para que supiera que no evitaba el enfrentamiento.

—¿Tienes algún interés en ella? —masculló Kenneth y se hizo un espeso silencio entre los hermanos.

—Sabes que no.

—¿Eres demasiado bueno para Augusta?

Caillen apenas movió un músculo, pero su mirada se empequeñeció hasta hacerse casi hiriente.

—En absoluto —respondió sincero.

—Porque en este caso es justo lo contrario.

—Deberías decírselo a ella. —Caillen bebió de su copa sin desviar la mirada.

—Te lo digo a ti.

—No hacía falta, sé perfectamente lo que piensas de mí.

—No está enamorada de ti —afirmó Kenneth rotundo.

—Estoy de acuerdo.

—Si te atreves a utilizar su confusión para…

No terminó la frase, ni siquiera él podía pensar eso de Caillen.

—Apártate de ella —ordenó en su lugar.

—¿Más? —se burló refiriéndose a que estaba en la otra punta de la sala.

—Augusta es como una hermana para mí y lo sabes.

—Me alegra ver que no piensas en ella de otro modo.

Los ojos de Kenneth se oscurecieron y su gesto se volvió amenazador.

—Te lo advierto, si le haces el menor daño, te juro que…

—Espero que no estéis hablando de mí —lo interrumpió Augusta con cierta ansiedad.

Kenneth la miró furibundo.

—Mejor que no te metas —aconsejó.

—Así que hablabais de mí —apretó los labios.

Su amigo se inclinó para poder bajar aún más el tono.

—¿Cómo se te ocurre…? ¿En serio? ¿Caillen? Tengo más hermanos, ¿por qué tenías que elegirlo a él?

Ella lo miró sin temor.

—No sabía que tuviese que consultarlo contigo.

—Es Caillen, maldita sea —masculló.

Augusta miró a su alrededor y luego de nuevo a él.

—Te pido que dejes de ponerme en evidencia, para eso ya me basto solita. Sabes cuál ha sido el resultado, así que olvidémonos de este asunto.

—El muy… ¡Te ha rechazado! —volvió a morder las palabras.

—Está en su derecho y tú no tienes nada que ver en ello, así que deja de violentarme.

Kenneth seguía furioso, pero no quería ponerla en una situación aún más incómoda, así que se alejó de ellos y fue a servirse otra copa.

—Lo siento —se disculpó ella antes de beber un sorbo de oporto.

Caillen no dijo nada y permaneció un momento en silencio para darle tiempo a relajarse.

—¿De qué hablabais todos antes? —preguntó ella de pronto—. Parecía algo serio.

—Cotilleos —dijo escueto.

Augusta lo miró sonriendo.

—¿No vas a contármelo?

Después de pensarlo un momento y verse envuelto en un tira y afloja que no llevaría a ninguna parte, decidió hacerle un resumen de la cuestión.

—Esa muchacha no ha podido hacerlo —afirmó rotunda—. Sería estúpida y no tendría ningún sentido. Carlton MacDonald es despreciable y seguro que se lo ha inventado todo. Lo que

no entiendo es por qué.

—Es imposible entender cómo funciona la mente de ese desgraciado. Mejor no intentarlo.

—Pobre Cecilia —musitó ella con preocupación.

—Si la detienen lo pasará mal —afirmó Caillen.

—¿Aunque sea inocente?

—Es la palabra de un MacDonald contra la suya. Me temo que tendría pocas posibilidades. Por no decir ninguna.

—Pero eso es muy injusto —dijo ella apesadumbrada—. ¿Tú no podrías ayudarla?

Caillen negó con la cabeza.

—Nadie podría. —La miró comprensivo—. No le cuentes nada a Enid, Lachlan no quiere que se preocupe.

Augusta perdió las ganas de hablar y permanecieron en silencio hasta que volvió con su amiga.

—¿Qué pasa con Augusta? —preguntó Dougal acercándose a él.

—Debería subirme a una mesa y responder a todas las preguntas de una vez, así ahorraría tiempo y saliva.

—Parecía que Kenneth quería matarte.

—Qué novedad.

—En realidad se dejaría matar por ti y lo sabes.

—Si tú lo dices.

—Augusta ya no es una niña —siguió Dougal cuya evolución de pensamiento escapaba al entendimiento de su hermano.

—Me he dado cuenta.

—¿No te interesa?

Caillen estuvo a punto de maldecir en voz alta y buscó a Brodie y a Lachlan con la mirada. Chismosos desgraciados.

—No me interesa de ese modo —dijo al ver que su hermano seguía esperando una respuesta.

Dougal entornó los ojos.

—¿De qué modo te interesa?

Caillen frunció el ceño.

—Era una manera de hablar.

—A mí me ha parecido una respuesta muy concreta.

—Pues no lo era —dijo irritado.

—De acuerdo —aceptó Dougal y bebió un sorbo de su copa.

—Solo está confundida —dijo Caillen después de un incómodo silencio.

—¿Estás seguro de que no te interesa?

—Bastante seguro, sí —dijo el otro irónico.

Dougal sonrió malévolo.

—Cuando era un bebé decías que eras su preferido porque era al que más fuerte agarraba con su manita —se burló.

—Tenía siete años, decía muchas tonterías.

—Si le haces daño, Kenneth te…

—Dougal. —Lo miró muy serio—. Cuando quiera saber tu opinión sobre mis asuntos, te la pediré.

El mayor de los McEntrie endureció su expresión sin apartar la mirada.

—Cualquier asunto de esta familia es asunto mío y si quiero meterme, lo haré, ya deberías

saberlo. No uses ese tono conmigo, todavía puedo molerte a palos.

—¿Qué quieres que haga? ¡Maldita sea! Dímelo y lo haré. ¿Quieres que no vuelva a hablar con Augusta? ¿Le devuelvo la yegua y dejo que la siga paseando como a un perro? ¿Qué hago para que Kenneth se quede tranquilo y no me busque las cosquillas? ¿Me caso con ella, aunque no la quiera?

El salón se había quedado en silencio e instintivamente todos los ojos se habían dirigido hacia la joven sentada junto a Enid, que retorcía el lazo de su vestido sin apartar la mirada de los dos hombres. Se levantó dispuesta a abandonar el salón inmediatamente, pero la puerta se abrió antes de que ella la alcanzara.

—La señora Siobhan Forrester y su nieta, Julia Cadman —anunció el mayordomo.

Capítulo 13



—Vuestro padre era un niño cuando me marché, pero ya apuntaba maneras —decía la anciana, que se había sentado a su lado izquierdo en la mesa—. Era muy diestro con los caballos y no les tenía el menor miedo.

Caillen estaba sentado frente a Augusta y la observaba consciente de que ella no había levantado la vista del plato desde que empezó la cena. Se sentía mortificado por haberla puesto en evidencia delante de todos.

—Mi abuela no ha dejado de hablar del pasado desde que nos hemos sentado a la mesa —musitó Julia sentada a su derecha para que solo él lo oyera—. ¿Cree que debería decirle algo?

—Por supuesto que no, déjela hablar todo lo que quiera.

Siguieron escuchando hasta que Julia volvió a hablarle.

—Tenía usted razón, sus hermanos son tan guapos e interesantes como usted. Lamento mucho que dos hayan tenido la poca delicadeza de casarse antes de conocerme. —Sonrió divertida y Caillen le devolvió la sonrisa—. Y, dígame, Caillen, ¿cree que alguna de las damas que nos acompaña en este comedor se avendría a ser mi amiga?

—Cualquiera de ellas lo sería encantada.

—Que falso es usted —se burló ella—. Estoy segura de que ninguna de ellas me mira con buenos ojos.

—Nathaniel era muy querido en esta casa, deles tiempo a olvidar por qué están aquí.

Ella lo miró y sus rizadas pestañas se movieron coquetas y se giró para dirigirse a Siobhan.

—Abuela, ¿por qué no dejas que hable alguien más? Señorita O'Sullivan, tengo entendido que ha estado usted viviendo en Irlanda.

Augusta no se lo esperaba y tardó un momento en responder.

—Así es —dijo escueta.

—¿Y me recomienda la visita?

—Quítatelo de la cabeza —dijo su abuela—, cuando nos vayamos de Escocia será para volver a casa. Ya no estoy para tantos trotes.

—Como ve, estoy supeditada a los deseos de mi abuela, y le aseguro que es una auténtica tirana. Usted viajó con sus padres, supongo. Estoy segura de que son mucho más tolerantes.

—Viajé con mi madre y con mi hermano pequeño. Mi abuelo estaba enfermo y nos quedamos con él para cuidarlo.

—Oh, espero que haya regresado porque ya está bien.

—Así es —dijo Augusta—. Vivirá en Escocia con nosotros a partir de ahora.

—Me alegro mucho. ¿Viven cerca de Forrest House? Dígame que sí, por favor, necesito recibir visitas urgentemente.

—Estamos a medio camino entre los McEntrie y la propiedad de Natha... —Se detuvo—. Quería decir, su propiedad.

—No se preocupe. Entonces aceptará venir a visitarnos, ¿verdad? Me encantaría que almorzase con nosotras algún día. —Julia cogió la copa de vino y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla—. Me gusta mucho ese colgante que lleva, ¿es un rubí?

Augusta asintió.

—Es precioso. Me fascinan los rubíes, aunque mi piedra preferida es la amatista. Es bueno que todos sepan qué piedras le gustan a una mujer, así no dudarán a la hora de hacerle un regalo.

Se giró a mirar a Caillen y parpadeó coqueta, pero el escocés no hizo el menor comentario y siguió comiendo tranquilamente. Augusta, en cambio, se sentía cada vez más incómoda, a pesar de que creía que eso era imposible. Volvió a prestar atención a su plato con desagrado, al parecer la comida no pretendía evaporarse por arte de magia.

—Se te ha caído la servilleta —musitó Enid a su izquierda, para que solo ella lo oyera.

—Oh. —Se agachó a cogerla y volvió a colocarla sobre su falda rogando porque nadie más se hubiese fijado.

¡Céntrate, Augusta!

Ah, ahí estaba esa vocecilla, fría y cauta, que le devolvía la cordura.

Reacciona, estúpida, estás en un comedor lleno de gente, no en tu cuarto sola. Es increíblemente hermosa. Hermosa de un modo apabullante… ¿Apabullante? ¿Quién usaría esa expresión para describir la belleza?

—¿De qué te ríes? —preguntó Kenneth sentado a su derecha.

Lo miró confusa y rápidamente negó con la cabeza.

—No es nada. Pensaba, ya me conoces.

Sí, desde luego que la conocía y por eso sabía de sobra lo que le pasaba. Augusta era para él como un sendero bien delimitado por el que su caballo podía galopar a ciegas sin temor a sufrir ningún percance. Y Caillen se había convertido en un enorme pedrusco en mitad del camino. Miró a su hermano con frialdad y luego a Julia que, sentada a su lado, se reía de algo que él acababa de decir.

—¿Qué opinas de vuestra invitada? —susurró solo para Augusta.

—Es una mujer difícil de catalogar —respondió ella en el mismo tono—. Supongo que la edad hace que se comporte con más sarcasmo del que una esperaría en una reunión como esta.

Kenneth la miró con expresión confusa y Augusta sonrió perversa.

—Me preguntabas por la señora Forrester, ¿no? —cuchicheó.

Su amigo entornó los ojos sonriendo con malicia.

—Por supuesto.

—Eso pensaba.

Kenneth observó como Augusta jugaba con un guisante haciéndolo pasar por encima de una rodaja de zanahoria.

—¿Te diviertes? —preguntó burlón—. Si quieres puedo pedir que te traigan unas patatas y las haces rodar por el mantel a lo largo de la mesa.

—No sería la primera vez —Sonrió ella sin humor.

En ese momento el duque le hizo una pregunta directa a Kenneth, y Augusta volvió a tener a los guisantes como único entretenimiento. Después de un tiempo indeterminado, hasta ella se aburrió de su juego. Dejó el tenedor en la mesa para tratar de prestar atención a lo que decía la señorita Cadman, que seguía acaparando la atención de todos.

—… es una casa muy confortable, demasiado grande para lo que nosotras estamos acostumbradas, pero aun así no carece de interés.

—Es un mausoleo —apuntó Siobhan con aspereza—. Huele a muerto.

—¡Abuela! —la regañó Julia—. ¿Qué van a pensar de ti los duques?

A Augusta le sonó rarísimo que no los llamase «Excelencia» o «Su Gracia». *¿También le han dicho que es como de la familia?*, se preguntó con desagrado. *¿Acaba de llegar y ya les ha apeado el tratamiento?*

—No creo que a los McEntrie haya que tratarlos con tanta delicadeza —dijo Siobhan en ese momento como si hubiese oído sus pensamientos—. Espero que me disculpen si los he

incomodado, excelencias.

—No se preocupe por nosotros —respondió Sophie, no muy convencida.

—No vamos a quedarnos con nada de Garrick Forrester —siguió Siobhan—. Bueno, a excepción de su dinero, claro.

Craig había borrado su sonrisa y miraba a la anciana con expresión taciturna.

—Nathaniel era un buen amigo de esta familia.

—Ya —afirmó la anciana colocándose la servilleta con pausadas maneras. Cuando levantó la mirada había en ella una dureza inusitada—. Yo, en cambio, lo recuerdo con gran rencor.

—Abuela, por favor —pidió su nieta con firmeza—. Somos sus invitadas y me prometiste que te comportarías.

—¿Habéis visto cómo me regaña? —Sonrió orgullosa ignorando la tensión que había provocado—. No se puede negar que es nieta mía. No se parece en nada a su madre. Jocelyn es toda dulzura, igualita que su padre, que en Gloria esté.

Durante unos momentos el silencio se paseó por la mesa sin que nadie moviese un músculo. Siobhan suspiró y se recostó contra el respaldo de la silla en otro de sus gestos poco protocolarios.

—Me siento como si hubiese hecho un viaje larguísimo a un lugar que creía desaparecido. Todo sigue igual a este lado del mar, ¿verdad? Los mismos prejuicios, las mismas costumbres forzadas…

—¿Qué esperabas? —preguntó Craig.

—No lo sé. Lo que sí sé es que vais a tener que bajar vuestras expectativas conmigo. Soy vieja y me queda poco tiempo en este mundo. No me importa lo que los demás piensen de mí. No quiero nada de nadie, así que me limito a hacer y decir lo que me viene en gana. Si no podéis

soportar un poco de sinceridad, no me invitéis más a vuestro magnifico y lúgubre castillo. ¿Cómo podéis vivir así? Mi casa en Brookside es amplia y luminosa. ¿Es que no os gusta ver el sol?

—Esto es Escocia, Siobhan —dijo Craig con una irónica sonrisa—. El sol no es una prioridad para nosotros.

—Cierto. —Miró a todos los presentes con expresión curiosa—. ¿Ya no va a hablar nadie? ¿Tanto miedo doy?

—Tengo entendido que su familia posee un aserradero —dijo el duque iniciando un nuevo tema para tratar de reconducir la conversación.

—Sí, un aserradero que llevan tres mujeres solas —dijo—. Los hombres no nos duran mucho a las Forrester. Quizá por eso Julia no se ha casado, porque no ha encontrado a un buen semental, fuerte para engendrar muchos hijos y, a poder ser, que no muera joven. —Sonrió burlona fijando la vista en Craig—. Tú tampoco has tenido mucha suerte en eso, ¿verdad?

—No —afirmó él.

—¿Por qué te paraste en la tercera?

Craig se encogió de hombros sin responder.

—Me sorprende que un hombre como tú esté solo.

—No estoy solo. —Señaló a los que estaban sentados a la mesa—. Como puedes ver.

La anciana asintió pensativa.

—Te envidio por este montón de hijos —reconoció en voz alta—. No sabes cuánto.

—¿Cómo llevan tres mujeres solas un aserradero? —intervino Elizabeth—. No debe de ser sencillo dado que el trabajo lo realizan hombres.

—Con mano dura y sin sentimentalismos —dijo Siobhan mirándola de frente—. Pero

supongo que ya se han hecho una idea de la clase de mujeres que somos. No creo que muchas se hubiesen atrevido a venir hasta aquí en mitad de esta estúpida guerra.

—Eso es muy cierto —dijo Elizabeth—. Habrán pasado mucho miedo.

—La verdad es que pasé más miedo cuando me marché de aquí —afirmó la anciana rotunda —. Muchísimo más miedo, a decir verdad. Pero dejemos de hablar de temas desagradables y cuéntame tú cómo conquistaste a este rudo y simpático montañés.

El resto de las conversaciones de la cena siguieron saltando de un tema a otro, intentando sortear aquellos que podían abocar a una discusión o darle a la anciana la excusa perfecta para despotricar sobre los Forrester.

Terminada la cena, pasaron al salón para tomar el postre y una copita de licor, los que así lo desearan.

—También toca el piano y, además, lo hace maravillosamente —musitó Augusta con la vista clavada en Julia—. Empiezo a pensar que no hay nada que no sepa hacer.

Enid miró a su amiga con el ceño fruncido.

—¿No nos gusta la señorita Cadman?

—¿Qué? —La miró sorprendida—. ¡Oh, sí! Es encantadora.

—¿Seguro? Estoy dispuesta a odiarla si tú me lo pides.

—¿Odiarla? ¡No! ¿Por qué ibas a odiarla? Ya te he dicho que es encantadora. Y bellísima, ¿has visto su piel? Es como la seda. —Suspiró sin apartar la mirada de la americana que en ese momento se encontraba acompañada de Brodie y Ewan, uno a cada lado, peleándose por pasarle la página de la partitura que tocaba.

Enid se mordió el labio irritada.

—Tú también eres hermosa y tu piel es…

—Mi piel es de lo más vulgar —la cortó tajante.

Se habían sentado en el sofá más alejado del salón y podían hablar con relativa tranquilidad sin miedo a ser escuchadas, siempre que utilizaran un tono lo bastante bajo.

—¿Estás bien? —preguntó Enid con evidente preocupación por lo sucedido antes de la cena.

—Perfectamente.

Enid lamentó para sí que Rowena no hubiese asistido, Augusta y ella eran amigas desde siempre y era la única capaz de traspasar la dura coraza con la que se había envuelto. Durante los siguientes minutos las dos jóvenes permanecieron en silencio disfrutando de la música y soportando las risas que se producían alrededor de Julia. Los demás estaban charlando sobre las diferencias entre el nuevo y el viejo mundo y Enid se preguntó si no sería mejor unirse a ese grupo que estar allí apartadas y en silencio.

—¡Muevan esos muebles! —exclamó Julia riendo.

—Cómo no —musitó Augusta con desgana—, ahora habrá que bailar.

Ewan y Brodie apartaron los sillones y las mesitas para crear una improvisada pista de baile y Julia le pidió a Elizabeth que ocupara su lugar al piano.

—Señorita O'Sullivan, señora McEntrie, ¿no quieren unirse al grupo? No pueden dejar que sea la única dama —pidió acercándose a ellas.

—Yo también bailaré —dijo Emma sorprendiendo a Elizabeth.

Augusta se rindió y miró a su amiga suplicante, no quería que la dejase sola.

—¿Estás segura de que en tu estado es buena idea? —preguntó Lachlan cuando vio que su esposa se disponía a bailar.

—Mamá, ¿me irá bien bailar? —preguntó dispuesta a obedecer.

—Por supuesto —dijo la duquesa y después miró a su yerno con expresión compasiva—. No

les va a pasar nada, deja de sufrir.

El escocés miró a Elizabeth para corroborar esa opinión y su cuñada asintió sonriente. Se colocaron los bailarines y Augusta evitó mirar a Kenneth cuando se situó frente a ella.

—Te lo estás pasando en grande —dijo tomándola de la mano.

—Está siendo una velada muy agradable —respondió muy seria.

—No sabes mentir —se burló él.

Ella lo miró con sarcasmo.

—Es que tú eres un especialista en eso.

—¿Y este ataque fortuito? —preguntó riendo.

—Donde las dan, las toman.

—Yo no te he atacado.

Volvió a dedicarle la misma mirada y el otro se rindió.

—Quería disculparme.

—¿Disculparte?

—Lo de Caillen ha sido por mi culpa.

Augusta se alejó de él arrastrada por la danza cuyo trazado hacía inevitable cambiar de pareja y se maldijo por no haber calculado quien sería su siguiente…

—Quería disculparme —dijo Caillen.

Augusta tuvo que hacer enormes esfuerzos para no resoplar y arruinar su imagen de señorita delicada.

—Vaya, deben haberle puesto algo a la bebida —musitó.

—¿Cómo dices?

—No me hagas caso.

—De acuerdo, pero que conste que lo has pedido tú —dijo burlón.

Sintió deseos de estrangularlo, pero en lugar de eso buscó a Julia con la mirada.

—Parece que la señorita Cadman se lo está pasando bien.

Caillen siguió su mirada y la vio riendo ante las ocurrencias de Brodie.

—Mi hermano tiene una vena cómica muy desarrollada.

—Cierto, aunque creo que se está esforzando más de lo normal.

—¿Detecto cierto retintín en tu voz?

—¿Disculpa?

—Es la novedad, no se lo tengas en cuenta.

—Olvida lo que he dicho, por favor, no pensé que podrías malinterpretarlo.

—Últimamente abogas mucho porque se olvide lo que dices, quizá deberías pensar antes de hablar.

Ella apretó los labios siguiendo su consejo y la pieza la llevó de nuevo hasta Kenneth.

—Parece que Caillen se ha propuesto molestarte hoy.

—¿Por qué lo dices? —preguntó luchando por disimular su estado de ánimo.

Su amigo la miró con tal elocuencia que no hicieron falta palabras.

—¿Vendrás a ver a Coiseachd? —preguntó mirándola fijamente—. Estaréis separadas unos días.

—No estamos tan unidas, estoy segura de que no me echará de menos.

—Hiciste que cruzara el mar de Irlanda.

Ella frunció el ceño sin comprender.

—Para una yegua coja esa es una gran distancia —se burló—, y seguro que hizo vuestro viaje mucho más lento. No finjas que no te importa.

Ella sonrió fingiendo admiración.

—Cada día eres más perspicaz. Pero no la hice venir nadando, no soy tan egoísta.

Kenneth no pudo responder a eso porque el baile volvió a separarlos.

—¿Te parecería mal que visitase a Coiseachd? Por supuesto lo haré cuando no tengas que entrenarla. Si me dices un horario en el que no…

—Puedes venir cuando quieras, Augusta. De hecho, será bueno para ella que lo hagas.

Dieron unos pasos en silencio.

—Quizá esa yegua sea la cura para tu miedo a los caballos —dijo él—. El miedo nos protege, pero no puedes dejar que te domine.

—Ya lo creo que puedes —afirmó ella con cinismo—. Y todo es mucho menos problemático si le haces caso.

Caillen torció la sonrisa.

—¿Se supone que lo de hoy ha sido eso? ¿Superar un miedo? No sabía que fuese tan intimidante.

—Tal y como han ido las cosas, aterrador, diría yo.

Se alejó de nuevo de él y Caillen llegó hasta Julia con el ceño fruncido.

—Menuda cara trae. ¿Qué le ha dicho la señorita O’Sullivan? Tengo curiosidad.

—Que soy aterrador.

Julia abrió la boca con sorpresa y miró a Augusta divertida.

—¿De verdad? ¿Y por qué le ha dicho semejante cosa?

—No sé, pregúntele a ella.

—Pienso hacerlo, desde luego. Al parecer tiene miedo a muchas cosas, he oído que también le dan miedo los caballos.

—Yo no le doy miedo.

—¿No es eso lo que significa «aterrador» en Escocia?

—Es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas —dijo él ignorando el comentario.

—No he podido evitarlo, tengo un oído muy fino. Aunque imagino que, en estas circunstancias, una dama del viejo mundo fingiría para cumplir con las normas del decoro —lo provocó.

—Nosotros lo llamamos «educación».

—Y usted opina, como muchos de sus compatriotas, que los americanos carecemos de ella.

—Ni se me ocurriría decir semejante cosa.

—Le advierto que es casi imposible ofenderme, así que no se esfuerce en disimular lo que piensa —dijo burlona—. Me gustaría hacerme amiga de la señorita O'Sullivan. ¿Cree que tengo alguna posibilidad?

—Por supuesto.

—Pero no lo aprueba.

—¿Por qué dice eso? —preguntó sorprendido.

—Por su ceño fruncido. ¿Teme que pueda contarme secretos sobre usted?

—Todos mis secretos están a su disposición, señorita Cadman.

Se alejaron el uno del otro y Caillen coincidió de nuevo con Augusta.

—¿Aterrador? —volvió a donde lo habían dejado.

—¿Cómo? —fingió haberlo olvidado.

Caillen sonrió divertido.

—La señorita Cadman quiere ser tu amiga.

Augusta no disimuló su sorpresa.

—¿Mi amiga? ¿Por qué?

—Intentaré transmitirle tu entusiasmo.

Ella entornó los ojos, ¿se estaba burlando de ella?

—Le contaré todos tus secretos.

—Qué empeño tenéis las mujeres con los secretos —dijo con voz cansada—. Tienes mi permiso para contarle lo que quieras.

—Puedo hacer que te arrepientas de haber dicho eso —dijo enigmática.

Caillen levantó una ceja mirándola con más atención.

—¿Qué pensaría si supiese que un aguerrido escocés como tú llora si le hacen cosquillas en los pies, por ejemplo?

—Eso no es cierto —dijo muy serio.

—Cuando quieras hacemos la prueba. —Su expresión era malévola.

—Todo el mundo tiene cosquillas en la planta del pie. Y no es agradable.

—Eres el único al que he visto llorar por eso.

—¿Cuándo? —preguntó ceñudo.

—En San Bernardino. Te volviste completamente loco.

—Era un crío —masculló.

—Sé muchas más cosas —dijo perversa—. Ya ves que no iba de farol.

Se alejó satisfecha y Caillen tuvo que dejar atrás su maltrecho orgullo.

—No podría hacer la mitad de lo que hago si no montara —decía Julia después del baile

rodeada de todos los presentes—. No entiendo cómo usted prefiere ir a pie a todas partes. ¿Y si ocurre algo grave que requiera de mayor velocidad? ¿No ha pensado en ello? Debería superar sus miedos, señorita O'Sullivan. Para los McEntrie esto debe ser casi una ofensa, teniendo en cuenta que viven de los caballos…

Augusta bebió un traguito de su copa preguntándose en qué momento se había convertido en el tema de la conversación. Todo el mundo opinando sobre ella. La señorita Cadman habló largo y tendido de lo peligroso que es tener a un amigo cobarde y lo inútil que resulta su ayuda en caso de una emergencia. Y ante eso, los McEntrie salieron en su defensa con excusas de lo más tontas. Que si sabía dibujar muy bien, que si era muy amable y comprensiva… La señorita Cadman se había reído de ella con razón. ¿Y qué hacía ella? Beber vino y mirar para otro lado, después de sonreír como una tonta cada vez que Julia la interpelaba, y pensar estupideces.

¿Quién tiene los dientes tan perfectos? Yo me rompí la punta de un colmillo al golpearme con una columna y Caillen se astilló otro al caerse del caballo. Además, ¿cómo pueden ser tan iguales? Siguen una simetría perfecta compl…

—¿Está de acuerdo conmigo señorita O'Sullivan?

Todos la miraban esperando su respuesta a la pregunta directa de Julia, pero esta vez Augusta no la había escuchado y se puso roja como un tomate.

—Yo… —sonrió nerviosa—. No…

—Augusta ha tenido varias propuestas —dijo Kenneth acudiendo en su ayuda una vez más —. Ha sido la enfermedad de su abuelo la que hizo que pospusiera ese tema hasta ahora.

—¡Vaya! Señorita O'Sullivan, tiene usted aquí a una legión de caballeros andantes dispuestos a protegerla de cualquier peligro —dijo Julia en tono jocoso.

—¿Tienes envidia? —le espetó su abuela dejando a Augusta perpleja—, porque eso es lo que

deben estar pensando nuestros amigos ante semejante acoso.

—¿Envidia? ¡Por supuesto que la tengo! —exclamó riendo—. Muchísima. La señorita O'Sullivan me parece de lo más encantadora y todos los McEntrie parecen tenerla en mucha estima. No estoy acostumbrada a que ninguna mujer me supere en nada. Si no somos amigas tendré que odiarla sin remedio.

—¿Jugamos a las cartas? —preguntó la anciana ignorando su verborrea—. Soy vieja y duermo poco, así que necesito entretenerme.

—Claro, ahí tenemos la mesa para jugar —dijo Craig guiándola.

—¿Quién se apunta? —preguntó Siobhan—. ¿Duques?

Los padres de Enid asintieron y Elizabeth se unió al grupo.

—¿Te sientas conmigo? —pidió Enid a Augusta—. Me duelen mucho los pies.

—¿Por qué sigues poniéndote esos zapatos? —preguntó su amiga.

—Tienes razón —dijo haciendo círculos con un tobillo.

—Yo pensaba irme a la cama ya, estoy muy cansada.

—¿De verdad? —dijo la otra aliviada—. ¡No sabes la alegría que me das!

Las dos se despidieron del resto y salieron del salón cogidas del brazo.

—Mañana desayunamos juntas y si quieres podemos ir a dar un paseo hasta San Columba, que sé lo mucho que te gusta esa ermita.

—Tú no deberías dar un paseo tan largo.

—No empieces, bastante tengo con Lachlan.

—Enid…

Las dos se volvieron y vieron a Lachlan caminar hacia ellas. El rostro de su esposa se iluminó.

—Gracias, Augusta, yo la acompaño.

—No hace falta —dijo Enid con poco entusiasmo.

El escocés la cogió de la cintura y se dirigieron juntos hacia las escaleras.

—Buenas noches, Augusta —dijo su amiga.

—Buenas noches, que descanséis.

Capítulo 14



Augusta se sentó en la cama y miró a su alrededor pensando en qué podía hacer. Llevaba más de una hora despierta y aún faltaban un par de horas para que amaneciese. No podía irse en plena noche, pero tampoco soportaba estar en aquella cama ni un minuto más. Sus tripas rugieron hambrientas.

—Es lo que pasa cuando te dedicas a jugar con la comida en lugar de comértela —dijo regañando a su estómago como si él tuviese la culpa.

Quizá quedase un pedazo de la tarta de calabaza que había hecho Gavin. Sus tripas volvieron a rugir y se levantó decidida. Podía vestirse y bajar a la cocina. A nadie le importaría que comiese un poco de tarta antes de irse.

Asomó la cabeza para mirar el pasillo y afinó el oído tratando de detectar cualquier sonido, pero no oyó nada. Con las botas en la mano para que no se escucharan sus pisadas salió del cuarto y avanzó por el pasillo caminando muy suavemente. Se detuvo delante de la habitación de Enid y deslizó la nota que había escrito para su amiga por debajo de la puerta. Después siguió su camino hasta las escaleras y las bajó lentamente hasta llegar abajo. Una vez allí se sentó en el penúltimo escalón y se puso las botas para dirigirse a la cocina. La imagen de la tarta seguía nítida en su cabeza y sus glándulas salivales no dejaban de trabajar preparándose para… Se detuvo. ¿Alguien estaba llorando? Frunció el ceño, estaba segura de haber escuchado… Miró hacia las puertas de la biblioteca. Venía de allí, pero… ¡Ahí estaba otra vez! Parecía una voz femenina y debía de necesitar ayuda. Se apresuró a ir hacia allí y cuando tenía la mano en el

pomo escuchó de nuevo la voz femenina, pero esta vez no parecía disgustada.

—¡Sí, sí, así! ¡Por favor no pares!

Era la voz de Julia Cadman. Y estaba claro que no quería que parase lo que fuera que le estaban haciendo. ¿Entonces no eran lamentos lo que había oído? Se mordió el labio. No, desde luego que no eran…

—¡Eres un hombre maravilloso! Esa lengua… ¡Por Dios!

Augusta soltó el pomo inmediatamente y dio un paso atrás al tiempo que se tapaba la boca para que no saliera ni una palabra de ella. No estaba sola y al parecer lo que fuera que le estaba haciendo ese hombre maravilloso con la lengua le gustaba muchísimo. De repente empalideció y su corazón se aceleró vertiginosamente. Era Caillen. ¿Quién si no? Ella se le había insinuado de múltiples formas durante toda la noche y estaba claro que el escocés se sentía atraído por ella. ¿Cómo no iba a estarlo? ¡Era bellísima! Puso una mano en su pecho como si con ello pudiese calmar el acelerado ritmo de sus latidos y respiró hondo varias veces caminando hacia atrás. De pronto comerse un pedazo de tarta se había convertido en una urgencia. Necesitaba algo dulce inmediatamente. Muy dulce. Se apresuró a ir a la cocina, cuanto más lejos estuviese de la biblioteca mejor. Habría sido terriblemente incómodo que alguno de los dos hubiese salido de allí y la hubiese encontrado parada frente a la puerta con las mejillas rojas y mirada perpleja.

—Tarta… —musitó mientras se dirigía a la alacena, donde sabía que estaría la tarta que había sobrado.

Ya en la mesa se sirvió un buen pedazo y se chupó el dedo que se había manchado al cortarla. Después fue hasta el fuego, que permanecía encendido día y noche y puso agua a hervir. El calor la reconfortó.

—Prepararé café. Café y tarta, no hay mal que eso no cure —Sonrió.

Vertía el oscuro líquido en su taza cuando escuchó la profunda voz de Caillen a su espalda, el café saltó del cazo y a punto estuvo de caerle encima.

—¿Estás bien? —preguntó el escocés quitándoselo de la mano—. ¿Te has quemado?

—Claro que no —dijo volviendo a coger el cazo—. No soy ninguna tonta, solo me has sorprendido… un poco.

—¿Un poco? Casi te bañas en café hirviendo.

—No está hirviendo, solo está… muy caliente.

Caillen sonrió burlón y Augusta desvió la mirada de la abertura de su camisa que dejaba al descubierto sus magníficos pectorales.

—¿Tienes por costumbre visitar la cocina?

—He venido muchas veces—dijo con expresión altiva—. Gavin me hacía unas *Shortbread* deliciosas. Les ponía caramelo derretido por encima y me preparaba un tazón de… ¿De qué te ríes?

—Son las cinco de la mañana, no creo que pensaras que Gavin iba a prepararte nada. —Señaló el plato sobre la mesa—. ¿Has venido a comer tarta?

—Está deliciosa. Y estoy muerta de hambre —dijo avergonzada cuando sus tripas se unieron a la conversación.

—Si hubieras cenado algo no lo estarías. ¿Queda algo de café en el cazo o tendré que lamer el que has vertido en la mesa?

Ella buscó un trapo para limpiar el estropicio mientras él se servía el café, que aún daba para una taza, y cogía un trozo de tarta.

—Pues yo he cenado y también tengo hambre.

¿Demasiado ejercicio quizá, señor McEntrie?

Y entonces Caillen hizo algo que la dejó completamente anonadada. Pinchó un pedazo de la tarta del otro plato y se lo metió a ella en la boca.

—Sé comer sola, gracias —dijo soltando el trapo con el que había estado limpiando la mesa.

—Tenías las manos ocupadas y, a juzgar por tus tripas, estás hambrienta —respondió él volviendo a poner toda su atención en la tarta.

Lo miró de reojo, tenía el pelo un poco alborotado y solo llevaba la camisa y los pantalones. Probablemente no esperaba encontrarse con nadie allí. ¿Había dejado a Julia sola en la biblioteca después de…? Vio la tarta que viajaba hasta su boca y la lengua que salía ligeramente para recibirla. Sintió que el rubor se extendía como la marea subiendo desde los pies y llegando hasta las raíces de sus cabellos.

—Te has puesto roja —dijo él y a continuación le metió otro pedazo de tarta en la boca.

Después volvió a clavarlo en la tarta y Augusta se dio cuenta de que estaba usando el mismo tenedor para comer él. Lo vio pincharlo en la tarta, llevarse el pedazo a la boca y arrastrarlo después entre sus labios cerrados dejándolo limpio y brillante. Inconscientemente se pasó la lengua por los suyos como si pudiera sentirlo. Un tenedor, dos bocas. Y una de esas bocas había estado hacía solo un momento en alguna parte de…

—¡Qué asco! —exclamó con un escalofrío.

—¿Qué? —La miró ceñudo y después miró la tarta—. ¿Le pasa algo a tu tarta? La mía está deliciosa.

—Nnnnada —titubeó forzando una sonrisa al tiempo que empujaba el plato—. Puedes llevarte la tuya y tomártela… donde quieras. No hace falta que te quedes.

Pensaba coger otro pedazo y otro tenedor y para eso él tenía que irse.

—¿Te molesto?

—No es eso. Bueno, no pensaba tener compañía. Creía que todos estaríais durmiendo.

—Yo no duermo mucho.

Augusta vio el tenedor que iba hacia su boca y se echó hacia atrás instintivamente.

—No me des más de comer.

Caillen entornó los ojos y se metió el tenedor en la boca. Después sonrió.

—Te da asco.

Ella no contestó y entonces él se levantó a por otro plato y otro tenedor y se los puso delante.

—Sírvete, no te preocupes, no voy a ofenderme.

Volvió a sentarse y sonrió divertido. No solía tener compañía a esas horas. Normalmente se preparaba café, cogía algo de comer y volvía a su despacho para seguir trabajando. Sintió cierta calidez al entrar en la cocina y encontrarla allí.

Augusta se había puesto otra porción y daba cuenta de ella a gran velocidad, quería que sus tripas volviesen al mutismo al que la tenían acostumbrada.

—¿Pensabas huir en plena noche? —preguntó él.

—Iba a esperar un poco.

—Ya veo. ¿Tan mal te tratamos?

—No es eso, es que tengo cosas que hacer —mintió bajando la mirada al plato.

—Enid se disgustará cuando baje a desayunar y vea que te has ido.

—He deslizado una nota por debajo de su puerta.

—Ah, bueno, entonces seguro que no le importa.

Ella lo miró mordiéndose el labio.

—Eres único para hacer que me sienta mal.

—¿Yo hago que te sientas mal?

De tantas formas que te sorprenderías. Mirándome como lo haces ahora mismo, por ejemplo.

—Ayer fue un día raro, ¿no?

Ella asintió sin responder y se llevó un trocito de tarta a la boca con los dedos, chupándolos después.

—No te gustó ser el tema de conversación. —Caillen miraba fijamente aquellos dedos que sus labios acariciaban.

Sí, eso fue lo que no me gustó. Que tú me rechazaras y dijeras a voz en grito que no me quieres, eso no tuvo la menor importancia.

—Deberías haberlo dicho.

—¿El qué? —Había perdido el hilo de la conversación.

—Que no querías que hablásemos de ti. Deberías ser más clara.

—Más clara —dijo centrándose en la tarta.

—Sí, deberías decir lo que piensas y actuar, cuando algo no te gusta, para cambiarlo. Ser más directa y no limitarte a dejar que las cosas sucedan como los demás quieren.

—Es muy fácil decir eso siendo tú.

—¿Siendo yo? —La miró burlón—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Eres un hombre.

—¿Y?

—Los hombres crecéis alimentando ese impulso. Os animan a ser decididos y a luchar por lo que queréis. Las mujeres no lo tenemos tan fácil.

—¿Crees que lo tenemos fácil? Se nota que no sabes de lo que hablas.

—Ya estás volviendo a tratarme como a una niña.

—Es que eres una niña —dijo poniéndose serio—. Solo una niña pensaría que ser hombre es fácil.

—No he dicho que sea fácil, he dicho que es más fácil que para nosotras. Vosotros tenéis opciones.

—Ah, ¿sí? ¿Qué opciones tuve yo? ¿O cualquiera de mis hermanos? Vamos, dime qué opciones tuvimos. ¿Crees que podíamos decidir lo que queríamos hacer con nuestras vidas?

—Dougal se marchó y estuvo varios años en… Donde sea que estuvo.

—¿Y crees que eso fue fácil para él? ¿Qué se fue porque quiso? No sabes nada, Augusta.

—No, es cierto, soy una completa estúpida, será mejor que dejemos de hablar.

—¿Ya está? —La miraba decepcionado.

—Está claro que no quieres entenderme.

—Pues oblígame a entenderte.

Ella frunció el ceño desconcertada. Tardó unos segundos en ordenar sus pensamientos.

—No creo que vosotros lo tengáis fácil, lo que quiero decir es que por muy difícil que lo tengáis estáis varios escalones por encima de nosotras. Otros deciden por ti, pero tú decidirás por las mujeres que tendrás a tu cargo. Tu esposa, tus hijas… Ellas estarán supeditadas a tus designios.

—Y yo estaré supeditado a los designios de otros.

—No es lo mismo y lo sabes.

—No, no es lo mismo, tienes razón y entiendo lo que quieres decir —dijo y sonrió al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Augusta—. ¿Ves? Hay que pelear, rendirse no debería ser nunca tu opción.

Ella sonrió abiertamente.

—Escucharte decir que tengo razón en algo es más agradable de lo que esperaba. Muy agradable, realmente.

—Muchas veces te he dado la razón. —Caillen cogió la taza de café y se la llevó a los labios —. Pero nunca te la daré cuando no la tengas.

Augusta envolvió la suya con las manos para sentir el calor que desprendía y comenzó a hacerla girar pensativa.

—Me han educado para ser paciente, comprensiva, sumisa… Nadie debería exigirme que sea valiente y decidida.

—Pues yo pienso hacerlo —dijo él mirándola a los ojos.

—No es justo.

—Puedes decir que no es cómodo. Ni agradable. Pero no digas que no es justo. Lo injusto es condenarte a ser una sombra de la persona que en realidad eres. Cuando eras una niña eras atrevida y valiente. Nunca decías que no por miedo, te pegabas a nosotros como una lapa y tenía que vigilarte para que no te pusieras en peligro.

—Era una niña.

—Esa niña está ahí dentro, en alguna parte.

—Es lo que pasa cuando nos hacemos mayores: maduramos.

Él sonrió abiertamente.

—Estás muy bien aleccionada para hacer lo que los demás quieren de ti —afirmó.

Augusta se quedó unos segundos pensativa.

—¿Por qué tienes tanto miedo a los caballos? —preguntó Caillen acabando con el último pedazo de tarta de su plato.

Ella desvió la mirada.

—Augusta… —dijo con una mezcla de curiosidad y preocupación en la voz.

—Vi a Mòrag.

La frente del escocés se arrugó visiblemente.

—¿Viste el accidente del padre de Cecilia?

Ella asintió.

—El caballo lo tiró sin más. Se detuvo en el camino, no lo hizo bruscamente. Y el animal levantó sus patas delanteras y lo tiró. Mòrag cayó sobre una piedra y se rompió la espalda. No podía moverse y gritaba aterrado. Temí que el caballo lo pisara y corrí a espantarlo.

—Y después fuiste a buscar ayuda —recordó él—. No sabía que habías presenciado el accidente. El caballo debió ver una serpiente y se asustó.

—Mòrag lloraba como un niño —dijo pensativa—. Nunca había visto llorar así a un hombre. Todo sucedió en un segundo. Un momento antes estaba perfectamente y, de pronto, su vida se acabó.

—Tuvo mala suerte.

—Una mala suerte que lo tuvo en una cama postrado dos años hasta que lo mató Tenía la edad de mi padre. —Negó con la cabeza—. No quiero pasar por algo así.

—¿Y qué me dices de la señora Munro? Se golpeó la cabeza al ir a dar de comer a sus gallinas.

—Eso es distinto.

—¿Y Daphne? Se hizo una herida con una vieja daga.

Ella lo miró con tristeza, sabía lo mucho que la querían.

—¿Sabes qué tenían esas tres personas en común? —preguntó el escocés—. Que estaban vivas. Todos podemos rompernos la espalda o darnos un mal golpe, Augusta, pero es que eso es

estar vivo. No podemos protegernos de todo y de todos porque entonces, ¿qué nos queda? El miedo a la muerte puede convertirte en una muerta en vida.

—¡No tengo miedo a la muerte, Caillen! —dijo mirándolo con fijeza—. Temo el sufrimiento. El mío y el de los que me aman.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Encerrarte en un lugar seguro y languidecer toda tu vida?

—No puedo protegerme de todo y no lo pretendo, pero sí puedo protegerme de los caballos no montando en ellos. ¿Por qué tengo que hacerlo si no quiero?

—No voy a obligarte a ello.

—¡Porque no puedes! Si tuvieras ese poder lo ejercerías —dijo rotunda—. Y a eso es a lo que me refería al principio.

—Tu padre no te ha obligado nunca a montar.

—Porque mi padre no es de esa clase de hombres.

Él la miró con fijeza.

—Y crees que yo sí.

Ella asintió.

—Y aun así estás enamorada de mí.

Augusta sintió fuego en las mejillas.

—¿Va a ser así a partir de ahora? ¿Utilizarás lo que dije contra mí?

—No debería haberlo mencionado, discúlpame.

Augusta se levantó, debería emprender el camino si quería llegar a casa antes del desayuno. Recogió los platos y su taza y dejó la que Caillen sostenía en su mano.

—¿De verdad te vas a ir sin esperar a que se despierte todo el mundo? —preguntó él.

—Sí.

—Te acompaño —dijo poniéndose de pie.

—Voy caminando.

—Lo sé.

—Es una tontería, luego tendrás que regresar solo.

—Nos llevaremos a Donn —dijo sonriendo—. Le vendrá bien madrugar, ese caballo vive como un rey.

—Preferiría ir sola.

—No siempre podemos tener lo que queremos. Voy a ponerme algo más abrigado. Espérame en el vestíbulo.

Había sido agradable hablar con él de ese modo, hasta que le recordó lo vulnerable y expuesta que estaba ante él después de su confesión. Sentía el corazón agitado y la mente inquieta. Ahora ya no era dueña de sí misma cuando estaba con él. Era como si tuviera alguna clase de poder sobre ella, uno que ella misma le había dado voluntariamente. Pensó en irse sin más, vería que no estaba y la dejaría en paz. Movió la cabeza, sabía que no era eso lo que pasaría.

—Ya podemos irnos —dijo Caillen acercándose para ponerle unas manoplas y envolverla en su tartán—. Esto te abrigará. Hace bastante frío.

Se puso los guantes y abrió la puerta haciéndole un gesto para que saliera delante. Ella se apretó la manta contra el cuerpo y salió.

Capítulo 15



Augusta sintió crujir la nieve bajo sus botas y una enorme sonrisa iluminó su rostro. Respiró profundamente llenándose los pulmones del cortante frío y se frotó las manos satisfecha. Le gustaba esa sensación estimulante y exigente que no la dejaba olvidarse de dónde estaba, y el modo en que su cuerpo se rebelaba luchando por dominarla. Amplió más su sonrisa y lanzó un sonoro suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó Caillen volviéndose a mirarla.

—Muy bien —respondió ella con una gran sonrisa.

El cielo estaba despejado y la luna brillaba lo suficiente para que pudiesen ver dónde pisaban. El manto blanco que lo cubría todo ayudaba a reflejar la luz con un brillo mágico, como si hubiesen esparcido polvo de cristal en el suelo. Sonrió con esa felicidad infantil que dan los recuerdos que se enlazan con las estaciones. Los juegos en la nieve, las risas de sus hermanos pequeños, la Navidad en ciernes…

—Me encanta el olor a tierra helada —dijo él interrumpiendo sus pensamientos.

—Lo sé —dijo ella—. A mí también, por eso esta es mi época preferida del año.

Caillen se percató entonces del rubor natural que el frío daba a sus mejillas, de su sonrisa franca y curiosa, de su mirada que brillaba a la luz de la luna. Frunció el ceño algo confuso y apartó la mirada para fijarse en el camino. Llevaba las riendas de Donn bien sujetas y el caballo caminaba a su lado indiferente a sus pensamientos. Tenían por delante una buena caminata, pero llegarían a tiempo para desayunar con los O’Sullivan.

—Puedes quedarte a desayunar en casa —dijo ella envolviéndose mejor en el tartán—. Mi madre estará encantada de tenerte allí.

Él asintió, pero no dijo nada, estaba ocupado preguntándose si acaso podía leerle el pensamiento.

—Andrew quiere ser arquitecto —dijo Augusta después de un trecho en silencio.

Caillen la miró sorprendido.

—¿No piensa seguir los pasos de tu padre?

Ella negó con la cabeza.

—Su sueño es diseñar y construir edificios magníficos —amplió su sonrisa—. Solo tiene trece años, pero es muy meticuloso y concienzudo. Si se esmera lo suficiente puede conseguir lo que se proponga.

—¿Y Hayden? —preguntó refiriéndose al pequeño de la familia.

—Él no habla de estas cosas. Solo piensa en jugar y divertirse. En Irlanda nos dio muchos problemas porque siempre estaba haciendo travesuras. Mamá es muy blanda con él y a mí me tocaba regañarle. —Lo miró divertida—. Me llama Augusta Erinaceus.

Caillen soltó una carcajada.

—¿Te llama erizo?

—Dice que siempre estoy pinchando, pero que mis púas no son venenosas.

—¡McEntrie! ¡Señor McEntrie!

Los dos se detuvieron al escuchar los gritos.

—¿Cecilia? —Caillen reconoció a la doncella de los MacDonald.

—Señorita Augusta —dijo sorprendida, pero enseguida recordó por qué estaba allí y se volvió hacia Caillen con desesperación—. Tiene que ayudarme, va a matarme.

—¿Quién va a matarte? —preguntó el escocés mirando detrás de ella sin alterarse.

—Tengo que esconderme antes de que se despierten. Me van a llevar presa si no me ayuda, por favor. Por la memoria de mi padre. Yo no he hecho lo que dice, le juro que todo es mentira —gimió entre lágrimas.

—¿En qué quedamos? ¿Te van a matar o a meterte presa? —preguntó Caillen burlón.

—Me encerraron en el sótano.

—¿Y te has escapado? No te encerraron muy bien.

Augusta lo fulminó con la mirada y después cambió de expresión para dirigirse a la joven.

—Tranquilízate y cuéntanoslo todo.

—Me encerraron diciendo que por la mañana vendrá el alguacil a buscarme para llevarme presa, pero no confío en él. ¡Dijo que me mataría!

—¿Quién? —preguntó Augusta.

—Carlton MacDonald.

—¿Cómo has escapado? —preguntó Caillen poniéndose serio.

—Alguien me ayudó.

—¿Alguien?

—No quiero delatarla, eso le causaría problemas muy serios. —Se limpió las lágrimas que no dejaban de brotar.

Caillen se fue guardando la información: Carlton la había amenazado de muerte y una mujer la ayudó a escapar.

—Si no le has robado debes decírselo al alguacil, él investigará y…

—El alguacil no me creerá —interrumpió a Augusta—. Ese hombre tiene mucho poder y harán lo que él quiera. ¡Me encerrarán y me condenarán a cincuenta latigazos! Si no es que el

señor MacDonald me mata antes. ¡Soy muy joven para morir!

Se tapó la cara con las manos y lloró con desesperación. Augusta la rodeó con su brazo para consolarla.

—No temas nada, Cecilia, claro que te ayudaremos.

Ahora fue Caillen el que la fulminó con la mirada y negó rotundo.

—No podemos dejarla a su suerte —masculló en tono bajo como si Cecilia no pudiera escucharla—. Los dos sabemos cómo es Carlton.

—¿Por qué te acusa de robarle? —preguntó Caillen sin compadecerse.

Cecilia bajó las manos y sacó un pañuelo de su manga para sonarse la nariz.

—No debería contarles nada —dijo mirándolos asustada—. Es muy peligroso.

Caillen la miró con severidad.

—Entonces no cuentes con mi ayuda.

—¡Caillen! —exclamó Augusta.

—No nos meteremos en algo sin saber de qué se trata —dijo rotundo—. Vuélvete por donde has venido y déjanos seguir nuestro camino, Cecilia. Faltan un par de horas para que amanezca, en cuanto eso pase irán a buscarte y descubrirán que no estás. Si quieres escapar, se te acaba el tiempo.

La joven se retorcía las manos nerviosa sin saber qué camino tomar. Augusta se dio cuenta de que tenía muchísimo miedo y empezaba a pensar que estaba realmente en peligro. Después de pensarlo un instante le agarró los brazos y la obligó a mirarla a los ojos.

—Escúchame, Cecilia, te ayudaremos, pero Caillen tiene razón, debes confiar en nosotros para que nosotros podamos confiar en ti.

—Si se entera de que lo he contado, matará a mi familia —gimió—. Y a ustedes dos

también, no saben de lo que es capaz.

Los ojos de Caillen se empequeñecieron.

—¿Viste algo que no debías ver? —preguntó.

Cecilia lo miró encogida y asintió muy despacio.

—Está bien, se lo contaré, pero recuerde que yo no quería meterlo en esto.

El otro levantó una ceja con expresión cínica.

—Me has llamado a gritos, si hay alguien más por los alrededores y te ha oído, sabrán que acudiste a mí.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la muchacha llevándose las manos a la boca.

—Tranquila, ¿quién va a haber aquí a estas horas? —dijo Augusta fingiendo una seguridad que no sentía—. Deja de asustarla, ¿es que no ves lo aterrada que está?

Caillen miraba hacia los árboles con expresión seria y Augusta siguió su mirada con temor, pero allí solo había oscuridad y silencio.

Cecilia cerró los ojos un momento tratando de recuperar la calma y detener el temblor de sus manos, no era dada a los aspavientos y pocas veces perdía los nervios, pero tampoco se había visto nunca en una situación tan peligrosa.

—La señora Blanche me pidió que entrase en el despacho de su marido y buscase en su escritorio un documento que ella se había dejado y que él no debía encontrar. Me dijo que lo reconocería porque en él se hablaba de un tal Winston McKenzie. Yo pensé que sería mejor que lo cogiese ella misma, a su marido no le gusta que entremos en su despacho cuando él no está, pero no me atreví a decírselo y seguí los consejos de mi padre, que decía que si no quieres meterte en problemas debes hacer lo que te mandan sin poner objeciones. Entré en el despacho y vi que había unos documentos sobre la mesa y busqué en ellos el nombre de ese McKenzie, pero

no aparecía por ninguna parte. Había nombres, pero no ese.

—¿Qué nombre viste?

—El del alguacil —dijo ella temblando—, y otros. Y al lado de los nombres estaban escritas unas cantidades en libras.

—Sobornos, por eso no va a matarte.

—No, por eso no, pero es que también había un inventario de productos traídos desde América —musitó—. Tabaco, licor, pieles, medicinas…

—¿Contrabando? —Augusta miraba a Caillen interrogador, pero él tenía los ojos clavados en Cecilia con un rostro pétreo y sin expresión.

—¡No debería haber seguido leyendo, ahora lo sé! —sollozó la doncella—, pero siempre he sido muy curiosa y… creí que saber… quizá me serviría para algo.

—Has dicho que había una lista de sobornados, ¿recuerdas más nombres aparte del alguacil? —preguntó el escocés.

Cecilia asintió mientras sorbía por la nariz.

—Brogan MacLeod, Ivar Ferguson, Macaulay Murray, Leith McFarlane…

Caillen apretó los dientes y su mandíbula se mostró con dureza. Cecilia estaba en lo cierto al temer por su vida, esas personas no eran meros alguaciles, había dos jueces y un representante escocés en la Cámara de los Lores. Al otro no lo conocía.

—¿Sabes dónde lo guardan? —preguntó apremiante—. ¿Dónde esconden los productos de contrabando? ¿Viste algún mapa?

Cecilia negó con la cabeza.

—No, no vi nada de eso, solo lo que le he dicho.

Caillen se llevó una mano a la nuca y dio un paso atrás pensativo.

—Es grave, ¿verdad? —gimió Cecilia—. Lo sabía, no me habría acusado de robar la *sgian-dubh* de su tatarabuelo si no lo fuese.

Augusta se mordió el labio al pensar en la valiosa joya. La empuñadura era de madera de ébano y tenía incrustados dos rubíes en la parte superior, un diamante en el centro y dos esmeraldas en la base, todas ellas colocadas de manera que no interfiriesen en su uso. Podría haberse utilizado como daga, ya que la hoja era de calidad, pero era una joya, más que un arma. Miró a Caillen ansiosa, preguntándose por qué no decía nada. Los minutos seguían pasando y como él mismo había dicho, a la pobre muchacha se le acababa el tiempo.

El escocés se frotó la cara y la barbilla con evidente preocupación y de repente se subió al caballo.

—Ven —ordenó extendiendo la mano hacia Cecilia—. Tenemos que volver.

—¡No! —exclamó asustada—. Por favor, señor, no me entregue.

—¿Quieres mi ayuda? —preguntó con frialdad.

La doncella asintió repetidamente.

—Entonces harás todo lo que te diga sin protestar.

Ella miró a Augusta y ésta asintió.

—Haz lo que te dice —pidió.

La joven cogió la mano de Caillen y se sentó a su espalda.

—Agárrate bien. —Miró a Augusta—. Tendrás que seguir sola.

—No te preocupes por mí. ¿Qué vas a hacer?

—Brodie tenía que entregar un caballo en Pittendrich —dijo escueto—. Lo llevaremos nosotros.

—Déjala aquí conmigo y la recoges cuando tengas el caballo. Si te la llevas, alguien podría

verla. Tu hermano…

—Es demasiado peligroso para ti —negó él con firmeza—. Ve a casa, Augusta, obedece.

Sin más se dio la vuelta y se alejaron de allí al galope. Augusta comenzó a caminar lentamente, tenía la mente repleta de preguntas sin respuesta. ¿Para quién era el caballo que iba a llevar a Pittendrich? ¿Qué haría con Cecilia una vez allí? Volvió sobre sus pasos. No podía quedarse con tantas dudas. Pero él le había dicho que se marchara. Se lo había ordenado. Dio de nuevo la vuelta y se dirigió hacia su casa. Se envolvió bien con la manta, de repente tenía mucho frío. ¿De verdad pensaba que Carlton podía matar a Cecilia? Su rostro cambiaba de expresión con sus pensamientos. Se detuvo de nuevo. Iba a volverse loca si tenía que estar en casa preguntándose todo el tiempo qué había pasado. ¿Qué le había dicho él mientras comían tarta?

Estás muy bien aleccionada para hacer lo que los demás quieren de ti

Dio la vuelta hacia el castillo de los McEntrie y echó a correr. Por una vez iba a hacer lo que ella quería.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Brodie al verlo ensillar al Clydesdale—. ¿Para qué es la silla?

Caillen hizo un gesto y Brodie se fijó en una sombra medio oculta tras un montón de paja.

—Sal —ordenó Caillen y Cecilia obedeció temblando.

—¿Cecilia? —Brodie miró a su hermano interrogador—. ¿Qué hace ella aquí?

—Yo llevaré el Clydesdale —dijo y después le indicó a la criada que subiera al caballo.

—¿Por qué? ¡Caillen! —Agarró las riendas después de que su hermano se subiera a Donn sin responder—. Dime qué pasa, ¿adónde la llevas?

Caillen lo miró apremiante.

—Te lo contaré a la vuelta —dijo tajante—. Tú asegúrate de que nadie sepa que ella ha estado aquí o estaré en un lío de los gordos. —Se giró a mirarla—. Ponte la capucha, que no se te vea ni una brizna de cabello.

Cecilia obedeció tapándose hasta la cara. Salieron de las caballerizas y entraron en el sendero al galope. Augusta se apartó del camino cuando los escuchó acercarse. Caillen la miró ceñudo al ver que regresaba, pero no se detuvo. De momento ya tenía bastantes problemas.

Cuando Lachlan salió de su dormitorio se encontró a Augusta parada frente a la puerta.

—¿Qué…?

—¿Has visto mi nota? —preguntó ella en tono muy bajo.

El escocés asintió con la cabeza.

—La he dejado en…

—Dámela —pidió—. Por favor.

Lachlan frunció el ceño, pero volvió a entrar y salió con la nota en la mano.

—¿La has leído?

—Por supuesto que no.

—Bien —la rompió en varios trozos y sonrió—. Gracias.

Lachlan la vio dirigirse a su habitación sin comprender nada.

Caillen miraba hacia atrás de vez en cuando para asegurarse de que Cecilia lo seguía de cerca. No iba todo lo rápido que podía, Donn era mucho más veloz que el Clydesdale y lo dejaría atrás con poco esfuerzo. Cecilia montaba bien, la había enseñado su padre siendo muy pequeña

con los potrillos de la granja. Durante quince millas intercalaron el trote con el galope para no agotar demasiado a los caballos.

—Los animales tienen que descansar —dijo cuando estuvieron lo bastante lejos de Lanerburgh—. Aún nos queda mucho camino por delante. Baja.

Cecilia obedeció sin protestar y lo siguió hasta el río para que los caballos bebiesen.

—¿Adónde me lleva? —preguntó la joven que no se había librado de su expresión asustada.

—A la granja de Caelan Mackay.

—¿No podría ir a Finzean? Está mucho más cerca y allí tengo a mis primas. Estoy segura de que me acogerían unos cuantos días.

—Después de la casa de tu madre, ese es el sitio al que irán a buscarte. —Negó él con la cabeza—. Tenemos que esconderte en un lugar en el que nunca pensarían. No conoces a los Mackay y ellos no saben nada de ti. Están lo bastante lejos como para no estar al tanto de lo que pasa en Lanerburgh y, además, a Caelan le importa muy poco la vida de los demás.

—¿Y que le va a decir?

—La verdad… a medias. Que eres la hija de un buen empleado y que necesitas trabajo y alojamiento. En su granja hay mucho de las dos cosas. Maisie, su esposa, es una buena mujer. Tiene ocho hijos y toda ayuda es poca. —La miró un momento apoyado en una pierna mientras la otra permanecía relajada—. Pero antes de llegar tienes que quitarte esa cara de susto.

—Es que estoy muy asustada. Soy estúpida y merezco todo lo que me está pasando.

—Blanche te ha calado bien, por eso te pidió que hicieras eso.

La muchacha lo miró mortificada y Caillen suavizó una sonrisa.

—Eres demasiado ingenua, Cecilia. No podías hacer nada para evitarlo, Blanche te tendió una trampa.

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacer eso? La señora me aprecia.

—No estoy seguro del motivo —dijo encogiéndose de hombros—. No sé de quién quería deshacerse, si de ti o de su esposo, me inclino más por la segunda opción, pero de lo que no me cabe duda es de que era una trampa muy bien entramada.

—Su esposo es muy cruel con ella —dijo Cecilia—. Lo odia, si era una trampa seguro que era para él.

Caillen jugaba con las riendas pensativo, mientras los caballos comían para recuperar fuerzas. Esa era la posibilidad más plausible, Blanche debió dejar los documentos comprometedores sobre el escritorio para que ella los viese. Sabía bien la relación que la familia de Cecilia tenía con los McEntrie y debió suponer que, ante un problema tan grave, sería a ellos a los que acudiría pidiendo ayuda.

—Muy lista, Blanche —susurró.

—¿Qué? —preguntó Cecilia ansiosa.

Caillen la miró de lado.

—Tu señora te conoce muy bien —masculló—. Te tendió una trampa para comprometer a su esposo sabiendo que nos pedirías ayuda a nosotros.

—Creía que me tenía aprecio, no sé por qué me ha hecho esto. —Las lágrimas caían a borbotones de sus ojos.

—Ha sido ella la que te ha dejado escapar, ¿verdad?

Cecilia asintió, pálida y ojerosa, mientras las lágrimas se deslizaban imparables.

Capítulo 16



Mientras esperaban a ser llamados para la cena, Augusta miraba a Julia Cadman sin el menor disimulo. La americana no se percataba de su escrutinio porque estaba muy ocupada riéndole las gracias de Kenneth en el lado opuesto del salón. No podía dejar de preguntarse cómo una mujer soltera y de su posición podía tener la desfachatez de hacer lo que había hecho la noche anterior en la biblioteca con Caillen y estar ahora coqueteando con Kenneth y Brodie, sin el menor pudor.

—Deja de mirarla así —musitó Enid sentándose a su lado—. Parece que quieras estrangularla.

—Y es lo que quiero —susurró la otra apartando la vista para tratar de dar a su expresión cierta normalidad.

—¿Entonces la odiamos?

Augusta miró a Enid con una sonrisa. Era un gusto tener amigas como ella.

—Creía que le interesaba Caillen —susurró Enid—, pero está claro que es Kenneth.

No creo que tenga muchos escrúpulos, pensó Augusta para sí.

—Le interesa Caillen —dijo en voz alta y con rotundidad.

Enid abrió la boca asombrada y volvió a mirar a la invitada con más atención.

—Pero está coqueteando con ellos —dijo sorprendida.

—Al parecer es un juego para ella.

—¡Qué descarada! —dijo Enid bajando mucho el tono para que solo Augusta lo oyera—. Qué pena que Rowena no esté aquí.

Augusta la miró entonces con preocupación.

—¿Sabes algo de ella?

Enid negó con la cabeza.

—La cena con los Anderson no debió de ir muy bien o habría venido a vernos hoy para contárnoslo. Debe estar muy disgustada.

—Más motivo para venir —se lamentó Augusta—, podríamos consolarla.

—Tú la conoces mejor que yo, pero me da la impresión de que no le gusta que la vean cuando está en horas bajas.

—Así es. Se aparta siempre que tiene problemas. Odio que haga eso.

—Creo que Rowena es de esas personas que mantienen su fortaleza no dejando que nadie vea su debilidad.

Augusta asintió. Esa descripción sobre su amiga era muy exacta. Enid era una persona muy perspicaz. Y una buena amiga, allí estaba, a su lado contra cualquiera que supusiera un problema para ella. Como la perfecta y adorable Julia Cadman.

Como si pensar en ella la hubiese atraído, Julia arrastró una butaca para colocarla frente al sofá en el que estaban las dos sentadas.

—¿Les importa que las acompañe? Me apetece un rato de charla femenina.

Las otras dos sonrieron con amabilidad al tiempo que asentían.

—Los McEntrie son muy divertidos e interesantes… —bajó el tono para continuar—, pero también un poco aduladores, me temo.

—Ah, ¿sí? —dijo Augusta sin borrar su sonrisa—. Conmigo no, desde luego. Supongo que dependerá de si hay algo que adular.

Julia no disimuló su sorpresa ante el comentario.

—Estoy segura de que son así con todas las damas a las que tratan.

—Pues se equivoca —insistió la otra.

—Estoy hambrienta —dijo Enid tratando de rebajar la palpable tensión—. Esta criatura solo piensa en comer, al parecer.

—Por eso dicen que las embarazadas deben comer por dos, imagino —dijo Julia.

—Me despierto por la noche con ganas de comer. Hace dos noches Lachlan tuvo que traerme un trozo de tarta de madrugada.

—Pues yo no estoy embarazada y eso mismo me pasó ayer —dijo Augusta mirando a Julia —. Bajé sobre las cinco a la cocina y me comí un buen pedazo de tarta con una taza de café. ¿A usted no le pasa, señorita Cadman?

La otra varió levemente su expresión y su sonrisa se curvó suavemente.

—Ya lo creo que me pasa, aunque anoche no fue una de esas veces.

—Qué raro —dijo Augusta con cara de desconcierto—, me pareció oír su voz al pasar junto a la biblioteca.

La sonrisa de la americana se curvó un poco más.

—¡Oh! ¿Me oyó? ¿Por qué no entró a saludar?

—No quería molestarla.

—Al contrario, habría sido divertido.

Augusta sintió que sus mejillas se caldeaban y se maldijo por ello. Era Julia la que debería avergonzarse, no ella. Y, sin embargo, la otra la miraba con total placidez, a pesar de ser plenamente consciente de que había sido descubierta.

—¿Tiene problemas para dormir? —preguntó Enid que desconocía el suceso.

—Algunas veces, pero tengo una técnica infalible para relajarme.

—¿A usted también le da sueño leer? —preguntó Enid algo confusa con la conversación—. Ahora ya no me pasa, desde que me casé, mi marido me ha aficionado a la lectura y debo reconocer que se ha convertido en un gran placer.

—Para mí siempre es un placer —dijo Julia con un doble sentido dirigido exclusivamente a Augusta—. ¿Y usted, señorita O'Sullivan, cómo lidia con el insomnio? ¿Tomando café y comiendo tarta?

—Suelo dormir plácidamente, ayer fue un día muy agitado.

—Ya veo. ¿Sucedió algo malo? —preguntó con fingida preocupación.

—Nada que merezca la pena mencionar —dijo la otra, molesta al ver que su contrincante era mucho más certera que ella.

—Pues le aconsejo que pruebe a encerrarse en la biblioteca con un buen… libro. —Cerró los ojos un instante—. No hay placer que lo iguale, se lo aseguro. Ya sea recostada en el sofá, sentada en una butaca como esta o incluso de pie… ¡Oh! Delicioso pecado es ese.

Enid frunció el ceño. Hablaba de leer como si hablase de… ¡Oh! Miró a su amiga que tenía las mejillas tan rojas como si alguien hubiese encendido una fogata en su cara.

—¿Y suele dejar un libro sin acabar para empezar otro? —preguntó Augusta mirando a Kenneth que las observaba desde el otro lado del salón.

Julia siguió su mirada y sonrió perversa.

—Soy bastante inconstante, sí, será porque odio la monotonía.

—¿Cree en el amor, señorita Cadman?

Enid miró a su amiga admirada. ¿De verdad estaba hablando de… eso? ¿Y con semejante tranquilidad?

—Por supuesto —dijo la interpelada—. De hecho, espero que las generaciones futuras

aprendan el verdadero sentido de esa palabra y la despojen por completo de convencionalismos, corsés y prohibiciones absurdas.

—Deduzco por sus palabras que en lo que no cree es en el matrimonio, entonces.

—Si lo que quiere saber es si tengo intención de casarme… —Se encogió ligeramente de hombros—. Cuando disminuya mi exacerbada curiosidad, quizá el matrimonio sea una opción que me permita disfrutar de algunos beneficios. Así que, la respuesta sería que sí creo en el matrimonio, pero en el momento adecuado.

La sonrisa desapareció por completo del rostro de Augusta. No se esperaba una respuesta tan cínica.

—Caillen, ¡qué bien que has llegado! —exclamó Elizabeth poniéndose de pie al verlo entrar en el salón—. Falta muy poco para la cena.

Augusta estuvo a punto de levantarse de golpe, pero contuvo el impulso y rogó que la señorita Cadman no se hubiese percatado de su sobresalto.

—¿Dónde ha estado todo el día? —dijo la americana acercándose a él—. Se suponía que teníamos asuntos que tratar.

Augusta sintió un pellizco en el estómago al imaginar los «asuntos» que se traía entre manos.

—Tenía que entregar un caballo, ¿no se lo han dicho?

—¿Y dónde era esa entrega? ¿En Londres? ¡Ha tardado todo el día!

—Mi nieta lo ha echado de menos, Caillen, debería sentirse halagado, no suele demostrar su interés tan abiertamente —dijo Siobhan con sonrisa malévola—. Normalmente son los caballeros los que se interesan por ella, no al revés.

—Debo asearme un poco —dijo el escocés disculpándose—. Bajaré enseguida.

Augusta agradeció que Enid se hubiese encargado de que Julia y ella estuviesen bastante alejadas la una de la otra en la mesa.

—¿Por qué has ido tú? —preguntó Dougal a Caillen antes de sentarse.

—Luego hablamos. Ahora déjame comer, estoy hambriento.

La cena se desarrolló sin contratiempos y giró de nuevo alrededor de Julia. Augusta permaneció casi todo el tiempo callada y, si comentó algo, fue para que su mutismo no llamase la atención. Cuando hubieron terminado, Caillen se llevó a sus hermanos con la excusa de explicarles cómo había ido la entrega a los Mackay y, aunque a Craig aquello le sonó a mentira, no hizo ningún comentario a la espera de averiguar qué pasaba. Augusta apretó los labios muy disgustada porque la dejaran al margen.

—Señorita O'Sullivan —dijo Julia llamando su atención—. No se quede ahí tan apartada, venga aquí con nosotras, quiero hacerle unas preguntas.

Ella obedeció sin demasiado entusiasmo y se sentó en el sofá al lado de Emma que le sonrió con simpatía.

—No me ha dicho si está usted comprometida —dijo la americana con una expresión de lo más inocente—. ¿Es alguno de los hijos del señor McEntrie el afortunado?

Se puso visiblemente roja, como siempre, pero mantuvo una postura de lo más digna.

—No estoy comprometida —dijo zanjando la cuestión.

—¿De veras? ¿Cómo es eso posible? Es usted muy bonita y su familia está bien situada. Señor McEntrie, ¿cómo es que sus hijos permiten semejante despilfarro?

Craig se sintió incómodo por aquella pregunta, más después de lo sucedido el día anterior y cuyos detalles habría preferido no saber.

—Los jóvenes de hoy día no aceptan consejos, me temo, señorita Cadman —dijo pasando por encima de la cuestión como pudo.

—Usted tampoco está comprometida —intervino Emma con tono afable—. Así que la señorita O'Sullivan no debería preocuparse cuando una dama tan distinguida y bella como usted sigue soltera y sin compromiso.

Julia entornó ligeramente los ojos, pero su sonrisa era de lo más brillante.

—Y, además, no soy ninguna jovencita —añadió mirando a Augusta—. Ya lo ve, señorita O'Sullivan, no debería preocuparse, la señora Wilmot tiene mucha razón.

—No creo que mi nieta se case nunca —dijo Siobhan—, le gusta demasiado mandar.

—En eso me parezco a ti, abuela —respondió ella—. Pero tú encontraste un hombre al que no le importaba que le mandasen, quizá yo tenga la misma suerte. ¿Qué me dice, señor McEntrie? ¿Alguno de sus hijos se avendría a obedecerme?

—No lo creo —dijo el interpelado con expresión más incómoda aún.

Julia miró entonces a Elizabeth.

—¿Usted que piensa, Elizabeth? ¿Dougal es reacio a cumplir sus deseos?

—Oh, no, al contrario —dijo ella con una sonrisa—. Lo que ocurre es que casi siempre mis deseos coinciden con los suyos y, si no es así, los dos valoramos en primer lugar el bienestar del otro.

—¡Qué bonito! —dijo Julia riendo—. Eso es exactamente lo que yo desearía para mí.

Pero no para él, resonó en la cabeza de Augusta.

—Señorita Augusta. —Geillis, la doncella de Enid se acercó a ella—. ¿Podría venir un momento? He tenido un problema con uno de sus vestidos.

—Geillis, ¿qué ha pasado? —preguntó Enid con preocupación.

—Tranquila —dijo Augusta poniéndose de pie—, seguro que no es nada. Vamos, Geillis, veamos que sucede.

—¿Te acompaño? —preguntó su amiga haciendo ademán de seguirla.

—Por supuesto que no, volveré enseguida.

Salió del salón y una vez se hubieron alejado la doncella se detuvo y la miró con una sonrisa.

—El señor Caillen me pidió que la sacara del salón sin que los demás se percatasen. Él y sus hermanos la esperan en su despacho.

Abrió la boca sorprendida, y se apresuró a ir en esa dirección lo más rápido que pudo. Tocó a la puerta suavemente y escuchó que le daban paso, antes de entrar. Por la cara que tenía Kenneth estaba claro que no estaba de acuerdo en que ella estuviese allí.

—¿Por qué te has metido en esto? —la recibió severo—. Eres una inconsciente.

—Ya te ha dicho Caillen que no pudo evitarlo —le regañó Lachlan.

Augusta miró a Caillen interrogadora.

—Les he contado todo —dijo el escocés como respuesta a su silenciosa pregunta.

—¿Dónde está Cecilia? —preguntó entonces.

—La ha dejado con los Mackay —explicó Brodie—. Ayudará a la esposa de Caelan con los niños a cambio de comida y alojamiento.

—¿Eso es seguro? —preguntó con su mirada saltando de uno a otro.

—Es lo más seguro que se me ha ocurrido, dada la urgencia —respondió Caillen llevándose una mano a la nuca para tratar de relajar la tensión que se le acumulaba en esa zona.

—Como os decía —siguió Caillen mirando a sus hermanos—, está claro que Blanche sabía que Cecilia acudiría a nosotros. No creo que le interese que su marido sepa dónde buscarla, así que no le dirá nada a Carlton.

—Si se da cuenta de que es cosa suya, la molerá a palos —dijo Lachlan muy serio.

—Y ella hablará si lo hace —añadió Brodie.

—Solo tenemos que negar cualquier implicación, ¿no? —Ewan no veía cuál era el problema —. Si preguntan, con decir que no tenemos ni idea de nada…

—Hay dos jueces y un representante de la Cámara de los Lores implicados —le recordó Caillen—. Y esos son los que yo conozco, pero había más. No creo que sea tan sencillo.

—Ya ha pasado un día y aquí no ha venido nadie —dijo Kenneth—. Quizá Blanche haya sabido mantener el tipo.

—Confiemos en ello, pero, por si acaso, es mejor que todos tengamos clara la situación y cuál debe ser nuestra respuesta ante hipotéticas preguntas. —Caillen la miró entonces—. Tú debes volver a tu casa inmediatamente.

Augusta frunció el ceño.

—¿Quieres que me vaya ahora mismo?

—Deberías haberte ido cuando te lo he dicho, pero ahora ya es tarde. Es mejor que te quedes esta noche y regreses mañana a primera hora.

—No le hables así, se irá cuando ella quiera —dijo Kenneth retándolo con la mirada.

Caillen levantó una ceja.

—Creía que no querías meterla en esto.

—Pero de eso ya te has encargado tú.

—¡Parad! —exclamó Lachlan—. ¡Dios! Sois agotadores.

—Me iré mañana después de desayunar —dijo ella—. Sería extraño si me marchase a toda prisa y debemos actuar del modo lo más normal posible, si no queremos atraer la atención de los MacDonald. ¿Te parece bien?

Caillen asintió.

—Sigo pensando que deberías haberte quedado fuera de esto —masculló Kenneth mirándola.

—¿Creéis que Cecilia corre verdadero peligro? —preguntó Augusta mirándolos a todos—. ¿Qué Carlton sería capaz de… matarla?

—Es un tema muy grave —afirmó Dougal—. Si lo pillan, Carlton se enfrentaría a pena de prisión grave y su familia quedaría estigmatizada por traición. Por no hablar de lo que le harían los demás implicados, que se verían arrastrados con él. No llegaría vivo a prisión.

—Hará lo que sea para evitarlo —sentenció Kenneth.

Todos asintieron mirándola convencidos.

—Pero… —Se retorció las manos nerviosa—. ¿Y a vosotros? ¿Qué os hará si descubre que lo sabéis?

—Querrás decir que lo sabemos —apuntó Ewan.

Kenneth miró a su hermano con los labios apretados.

—¿Qué? Está metida en esto, es bueno que lo asuma para que tenga cuidado.

—Lo sé, Ewan, descuida —dijo ella antes de que Kenneth respondiera.

Caillen suspiró.

—Creo que ya hemos hablado suficiente —dijo y se apoyó en el escritorio visiblemente cansado—. Actuad con normalidad y esperemos a que todo esto se calme. Carlton tiene que darse cuenta de que Cecilia no es un peligro para él y eso lo tranquilizará. Ahora volved con los demás.

—¿Tú no vienes? —preguntó Augusta.

—No, me duele mucho la cabeza y no tengo ganas de socializar.

—Deberías irte a la cama —aconsejó Dougal dirigiéndose a la puerta.

—Solo —puntualizó Brodie siguiéndolo.

Kenneth cogió a Augusta del brazo y la guio fuera del despacho. Los demás los siguieron y Ewan cerró la puerta tras él. Caillen se quedó mirando a la nada durante unos minutos, la cabeza le dolía bastante y sabía que las preocupaciones no lo dejarían dormir. Fue hasta el sofá y se sentó aflojándose el pañuelo del cuello y a continuación se tumbó y fijó la vista en el techo.

—Maldito Carlton —susurró pensativo.

El único modo que tenía de ayudar a Cecilia y evitar posibles repercusiones para ellos era conseguir pruebas del contrabando. ¿Dónde podían esconder el material? ¿Hasta dónde llegaban los barcos? No debían llevar bandera americana, desde luego, no podrían acercarse a la costa sin despertar sospechas. No, debían ir camuflados con bandera amiga. Los botes llevarían los objetos a la playa durante la noche, eso podía imaginárselo, pero ¿luego qué hacían con todas esas cajas? Según Cecilia se trataba de un número elevado de ellas. Se puso el antebrazo sobre los ojos cerrados y trató de descansar un poco. Ojalá pudiera dormirse…

Al cabo de dos segundos quitó la mano y volvió a clavar la mirada en el techo con preocupación. Kenneth tenía razón, Augusta no debería estar metida en ese embrollo, pero no había podido impedirlo. Sonrió imperceptiblemente al recordar que había sido ella la que los había metido a los dos al decir que él ayudaría a Cecilia. Era única para meterlo en problemas, primero lo enredó para que entrenase a una yegua coja, después lo convierte en el hazmerreír de sus hermanos y ahora…

—Se tiene por cobarde, pero no ha dudado un instante al ver a Cecilia en peligro —musitó.

Lo mejor era que se marchara cuanto antes, pensó levantándose del sofá para ir hasta su escritorio. Todo se había solucionado por su rápida reacción y Cecilia estaba ahora lo bastante lejos como para que no la encontraran. Carlton se daría cuenta de que no tenía nada que temer de

ella y se olvidaría del asunto. Igual que pensaba olvidarse él. Suspiró al ver los documentos que tenía sobre la mesa, debía centrarse en solucionar los asuntos de Julia Cadman y encontrar el mejor comprador para sus propiedades. Trabajar lo ayudaría a despejar la mente de todo lo demás.

Una hora después Augusta entró llevando una bandeja.

—Te he traído té de jengibre por si no se te ha calmado el dolor de cabeza —dijo colocando la bandeja en la mesa de centro.

—Gracias, pero no hacía falta.

—Quería hablar contigo de algo y no iba a poder dormirme si no lo hacía antes de meterme en la cama.

La miró con cansancio y después de valorar sus opciones durante poco más de medio segundo, dejó la pluma en su sitio y se levantó para ir hasta el sofá frente al que ella se haba sentado. El toque picante del jengibre llegó hasta su nariz. Se sentó y cogió la taza llevándosela a la boca para dar un sorbo.

—Mmm —dijo con agrado.

—Le he puesto canela y miel —dijo ella sonriendo.

—Nunca lo había probado. —Dio otro sorbo y sonrío—. Muy bueno. ¿De qué querías hablarme?

—He pensado que podría hablar con mi padre.

—¿De qué?

—De todo esto.

—No. —Dejó la taza sobre la bandeja poniéndose serio.

—Él tiene muchos contactos, es amigo del presidente de…

—He dicho que no.

—¿Por qué no me escuchas al menos?

—No hay nada que escuchar, no quiero que metas a tu familia en esto. Bastante enfadado estoy con que tú estés metida.

—No podías evitarlo.

—Pero tú sí —dijo mirándola severo—. No deberías haberte empeñado en volver a casa a esas horas. Habrías estado tranquilamente en tu cama y Cecilia…

—Cecilia habría llamado a tu puerta.

—Pero no sería tu problema. Y seguramente, tampoco el mío, porque yo la habría enviado a tomar viento fresco.

—No finjas que te da igual —dijo burlona—. Sé muy bien cómo eres, Caillen.

—Ah, ¿sí? —Torció la sonrisa—. ¿Eso crees? ¿Que me conoces? No sabes lo equivocada que estás conmigo.

—No lo estoy, pero eso da igual. Lo que importa ahora es que mi padre conoce a gente muy importante dentro de la Corte Suprema, podría hablar con…

—¡Basta, Augusta! —dijo enfadado—. Te he dicho que no, ¿por qué sigues insistiendo?

Ella se puso roja y no de vergüenza, precisamente.

—¡Haré lo que me parezca! —dijo poniéndose de pie—. ¡Tú no eres nadie para prohibirme nada!

—Augusta, no me provoques —dijo él levantándose también.

—Me tratas como si fuera tonta y no lo soy. Deberías escuchar lo que tengo que decir antes de dar por sentado que será una tontería.

—A las pruebas me remito —dijo él con toda la mala intención.

Augusta lo miró dolida.

—No sabes cuánto me arrepiento de haberte dicho lo que te dije.

—Por eso es mejor pensar las cosas antes de decirlas en voz alta —dijo él con ironía.

—Pienso hablar con mi padre y le pediré ayuda, te guste o no.

—Si haces eso lo estarás poniendo en peligro también. —Se puso realmente serio. Estaba claro que no podía protegerla de la verdad—. Carlton es capaz de matar a cualquiera que se cruce en su camino, ¿lo entiendes? No se detendrá ante nada ni ante nadie. Tu padre tiene contactos, lo sé, pero Carlton también y esos contactos están metidos hasta el cuello en este asunto. ¿Crees que dejarán que nos vayamos de rositas cuando descubran lo que sabemos? No es una cuestión de influencias, Augusta, debemos actuar con la cabeza fría. Cuantas menos personas estén al corriente de esto, más probabilidades hay de que se quede en una anécdota y nadie salga herido.

—Se lo has contado a tus hermanos —dijo ella con cierto temblor en la voz.

—Brodie estaba metido y no iba a callarse, si quería que no saliese de aquí tenía que contarles el peligro que supone.

—Si se lo cuentan a Elizabeth o a Enid.

—No lo harán, jamás pondrían en peligro a sus esposas —dijo tajante.

Ella se mordió el labio con preocupación.

—¿De verdad crees que es capaz de…?

—Maldita sea, Augusta —masculló llevándose la mano al pelo para apartarlo con rabia—. No te trato como si fueras tonta, intento protegerte.

—No lo hagas, por favor. Solo dime las cosas tal y como son, de ese modo no cometeré una estupidez.

Se dejó caer en el sofá y suspiró como si se hubiese desinflado.

—No podemos dejar que encuentre a Cecilia —dijo ella.

—Y no la encontrará —la tranquilizó—. Solo nosotros sabemos dónde está, así que lo único que tenemos que hacer es continuar con nuestras vidas y olvidarnos de este asunto hasta que todo haya pasado.

Augusta asintió poniéndose de pie para marcharse y él la imitó.

—Te dejo trabajar. Mañana me iré después de desayunar.

—¿Podrías irte un poco más tarde? —pidió él y sonrió ante su expresión de sorpresa—. Me iría bien que vinieras al entrenamiento de Coiseachd. Hay algo que quiero probar.

Ella frunció el ceño desconcertada, pero asintió. Se dirigió a la puerta.

—¿Has tomado bastante tarta? —preguntó haciendo que se volviese antes de salir—. Esta noche deberías dormir profundamente.

Augusta sonrió divertida.

—Tranquilo, prometo no saquear la cocina.

Salió y cerró tras ella suavemente. Caillen volvió a su trabajo con una sonrisa en los labios.

Capítulo 17



A la mañana siguiente, Augusta se agachó para pasar por debajo de la cerca.

—Buenos días —saludó al acercarse.

El escocés se giró levemente para mirarla y después volvió a poner toda su atención en la postura de le yegua.

—Buenos días —respondió dando unas suaves palmadas en el lomo de Coiseachd—. No has madrugado mucho.

—He dormido sorprendentemente bien —dijo sincera—. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Parece que los sucesos de ayer me dejaron exhausta.

Caillen dijo algunas palabras en gaélico e hizo que Coiseachd se detuviera.

—Espera aquí, vuelvo enseguida.

Augusta lo vio regresar cargando con una silla de montar.

—Eso es una silla normal —preguntó sorprendida—. Creí que no era buena idea que la montaras. Tú eres mucho más grande que…

—No voy a montarla yo. —Colocó la silla y empezó a atar las correas.

—¿Y para qué es la silla entonces?

Caillen terminó de engancharla y le tendió la mano.

—Ven.

—¿Yo? —Se señaló.

—No hay nadie más.

Augusta negaba con la cabeza.

—Necesito ver cómo reacciona bajo tu peso.

—Ni siquiera llevo traje de montar.

Caillen sonrió divertido.

—¿Ese es el problema?

—Es una silla de hombre —respondió ella.

El escocés se cruzó de brazos y la miró imperturbable.

—¿Qué? —preguntó incómoda—. Deja de mirarme así.

Él no se movió.

—¡Caillen! —Se estaba riendo de ella.

—No puedo equilibrarla si la montas a la amazona.

—No voy a montarla de ningún modo.

—Augusta… Creía que ya habíamos decidido esto.

—Querrás decir que ya lo habías decidido tú. —Miró la silla y se mordió el labio—. Se me subirá el vestido.

—Te he visto las enaguas antes.

Ella abrió mucho los ojos y sus mejillas se colorearon.

—Sube, vamos. —Le hizo un gesto con la mano para que se acercara—. Ya has decidido que no dejarás que pase su vida encerrada en una cuadra. Ven.

—¿No puedes hacerlo con una silla de amazona? Yo no monto a horcajadas.

—Tú no montas.

—Pues eso —dijo, pero caminó hacia él rindiéndose.

—¿Sabrás montar a horcajadas? —preguntó el escocés cogiendo las riendas.

Ella negó con la cabeza para ver si así la dejaba.

—Es igual —dijo él y acto seguido la cogió de la cintura y la sentó de lado sobre la silla—. Ahora pasa la pierna por encima de su cabeza y ya está.

—¿Quieres que levante la pierna por delante? —Sus mejillas se sonrojaron un poco más cuando él asintió—. ¿Podrías… no mirar?

—Me da miedo que te caigas si no te vigilo —dijo él contendiendo la risa.

—No me caeré.

—No estoy seguro de eso.

—¡Caillen!

El escocés puso los ojos en blanco y giró la cabeza para no ver cómo levantaba la pierna.

—Qué incómoda estoy —dijo ella en tono quedo.

Caillen vio que la falda no le permitía estirar las piernas verticalmente y que le quedaban algo elevadas hacia delante. Sin poder contener ya la risa se acercó y tiró de la tela hacia arriba dejando a la vista sus pololos.

—¡Qué vergüenza! —dijo ella cubriéndose las mejillas ardientes con las manos.

—Tranquila, podré soportar tan indecente espectáculo —dijo burlándose.

Augusta habría querido responder, pero fue incapaz de decir una palabra.

—Ahora te iré dando indicaciones y, por favor, haz lo que te pida sin protestar, prometo no pedirte que me enseñes nada más. Ella asintió mientras rogaba porque sus mejillas recuperasen la palidez habitual. Caillen se situó a unos cuantos pies de distancia quedando frente a ella y comenzó a darle órdenes concretas y tajantes mientras ella se esforzaba en tirar de su falda para taparse sin éxito.

—¿Podrías concentrarte en lo que hacemos y dejar lo que sea que estás haciendo con el

vestido?

Augusta miró a su alrededor.

—Podría vernos alguien.

Él torció una sonrisa con una postura relajada.

—Todos están trabajando, no tienes de qué preocuparte.

—Lo dices tú que vas vestido —masculló.

—Te recuerdo que cuando eras niña te vimos con mucha menos ropa de la que llevas.

Ella abrió la boca abochornada.

—¡Era una niña!

Caillen siguió riéndose de ella. Lo cierto era que tenía un aspecto muy cómico con la falda arremangada, los pololos a la vista y aquella expresión asustada en la cara.

—¿Puedo bajarme ya? —pidió diez minutos después.

—No. Ahora llévala hacia la derecha. Mi derecha —aclaró al ver que se equivocaba.

—Sé más concreto.

Él levantó una ceja, pero no dijo nada.

—Intenta mantener una posición erguida.

Después de varios minutos más de tortura, las pruebas de Caillen terminaron. Sin preguntarle, la cogió de la cintura y tiró de ella para bajarla dejándola en el suelo con suavidad y sin aparente esfuerzo. Augusta trastabilló al tratar de apartarse demasiado rápido y Caillen tuvo que volver a sujetarla.

—¿Se te ha olvidado cómo mantener el equilibrio? —preguntó con una sonrisa.

—Muy gracioso —dijo atusándose el pelo cuando la soltó.

—Has sido de mucha ayuda —dijo él con voz sonriente.

—Me alegro, pero no volveré a hacerlo.

—Ya lo creo que sí.

—No sabía que fueras tan mandón —dijo sin pensar.

—Sí que lo sabías.

Ella respiró profundamente, pero no dijo nada.

—¿Ha servido para algo? —preguntó preocupada—. ¿Peso mucho para ella?

—Coiseachd está mejor de lo que pensaba. Con un poco de ayuda creo que podrás montarla sin problemas. Quizá podrías perder unas pocas libras… —Se burló.

—No pienso montarla —dijo para irritarlo.

Caillen la ignoró sonriente.

—Con ella es mejor usar la silla de amazona. Le haremos algunos arreglos y siempre montarás por el lado izquierdo. Su lado izquierdo.

—Lo he entendido.

—Prefiero asegurarme. Como ves, podrás seguir montando como toda una señorita.

—Repito que no pienso hacerlo.

—Como quieras —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Sabes disparar una escopeta? Lo mejor es un tiro entre ceja y ceja, aquí.

Vio cómo señalaba la estrella en la frente del animal.

—Ese comentario es más propio de Kenneth. Al final va a resultar que no sois tan diferentes, quizá por eso os lleváis tan mal.

Él levantó una ceja incrédulo.

—¿Pretendías molestarme? —preguntó burlón.

—Es tu hermano, no debería molestarte que te compare con él.

—Me resulta indiferente con quién me compares, Augusta.

Ahora fue ella la que se molestó.

—Llevaré a Coiseachd a su cuadra —dijo Caillen volviéndose hacia el caballo—, hoy ya hemos trabajado suficiente.

Lo siguió en silencio. En las cuadras ya había movimiento. Brodie y Dougal estaban trabajando y los mozos también, pero de los demás no había ni rastro.

—¿Kenneth sigue durmiendo? —preguntó Augusta con sorna.

—No —respondió Dougal—. Cuando íbamos a salir, la señorita Cadman ha mencionado que quería ir al pueblo a hacer unas compras. Elizabeth ha dicho que uno de nosotros debía acompañarla y…

—… Kenneth se ha ofrecido enseguida, por supuesto —terminó Brodie.

El deje burlón en su voz hizo que Augusta mirara con disimulo hacia Caillen, pero él no parecía estar atento a la conversación y continuó con lo que estaba haciendo.

—La señorita Cadman es muy agradable —siguió Brodie—, pero su abuela da mucho miedo. Y pensar que siempre me lamenté de no tener abuela.

—No quiero ni pensar cómo sería de joven —dijo Dougal pensativo.

—Caillen —intervino Augusta—, ¿no podrías llevar tú a la señorita Cadman? Kenneth quedó en acompañarme a casa.

El mencionado levantó la mirada y la posó despacio sobre ella, su expresión era una mezcla extraña de curiosidad y perspicacia y ella se vio obligada a sonreír como una boba.

—Yo te acompañaré —dijo con tono burlón.

—No voy a montar —respondió leyendo en sus ojos sus intenciones.

—Espérame en media hora frente a la entrada —ordenó.

Augusta lo vio dirigirse a las cuadras sin visos de continuar con la conversación. Miró a Dougal y a Brodie a la espera de que dijesen algo en su favor, pero los dos se habían enfrascado ya en sus tareas y no le prestaron atención. Apretó los labios y se sujetó la falda para ir tras él.

—Iré a buscar a Kenneth y le diré…

—Aprovecha para ponerte un traje de montar —la cortó mientras cogía la horca para esparcir la paja de la cuadra.

—Caillen, no estás escuchando.

Él detuvo la horca y la miró expectante lo que hizo que Augusta se pusiera repentinamente nerviosa.

—Kenneth ha decidido acompañar a la señorita Cadman cuando había quedado contigo en que te acompañaría a casa —dijo para que viera que sí escuchaba.

—Pero yo le recordaré su promesa y otro tendrá que acompañar a la señorita Cadman al pueblo —sonrió satisfecha—. ¿Lo entiendes ahora?

Caillen torció una sonrisa.

—Kenneth tiene muchos defectos, pero faltar a su palabra no es uno de ellos, así que sé que no ha quedado contigo para nada. ¿Qué pretendes, Augusta? ¿Que acompañe a la señorita Cadman o que te acompañe a ti? Si me lo dices todo será mucho más sencillo.

Sus mejillas se convirtieron en dos luminarias rojas.

—Creí que querrías acompañar tú a la señorita Cadman. Solo pretendía ayudarte.

—Es bastante ridículo que creas que necesito de semejante artimaña para atraer la atención de una mujer. Viniendo de ti es casi un insulto.

Augusta sintió una ráfaga helada que subía desde sus pies y se asentaba en su pecho.

—Te pido disculpas —musitó incómoda—. Creía que te ayudaba.

—Cuando necesite tu ayuda, te la pediré.

Ella asintió sin decir nada y se dio la vuelta para marcharse.

—Aun así, lo de acompañarte lo decía en serio y sería un buen ejercicio para trabajar tu miedo.

Su corazón se aceleró y no estaba segura de si se debía a la posibilidad de subirse a un caballo o a la de que Caillen la acompañase. Giró la cabeza para mirarlo, pero Caillen siguió trabajando como si hubiese terminado de hablar y no esperase respuesta.

—De acuerdo —dijo al fin y le pareció que las comisuras de los labios del escocés se curvaban ligeramente hacia arriba.

—En media hora frente a la entrada. Montarás a la amazona y prometo que será un caballo manso.

Augusta salió de las cuadras para dirigirse al castillo y despedirse. ¿De verdad había dicho que sí? Se retorció las manos y aceleró el paso. Ni siquiera escuchó que Brodie la saludaba.

—Siento haberte ofendido antes —dijo Augusta desde su montura.

Trataba de mantenerse relajada, pero sus manos sujetaban las riendas con demasiada fuerza.

—Relájate —dijo Caillen observando su postura.

—Lo intento.

—No lo intentes, simplemente suelta los músculos. Empieza por los de la nuca, deja de contraerlos, Augusta. Cuando sueltes la respiración concéntrate en esa parte de tu cuerpo e imagina que abres la mano que la aprieta.

Hizo lo que él decía y sorprendentemente su espalda se relajó. Sonrió mirándolo con

admiración y él se rio abiertamente.

—No me mires como si hubiese obrado un milagro, es un ejercicio muy sencillo.

Augusta miró a su alrededor y respiró hondo para seguir relajando sus músculos. Su caballo había sido entrenado para el trabajo en el campo y no parecía descontento con el tranquilo paseo.

—La señorita Cadman me ha preguntado por ti —dijo de pronto.

Caillen levantó una ceja como señal de advertencia.

—No pretendo ayudarte, es un comentario sin ninguna intención.

—¿Por qué os gusta tanto a las mujeres hacer esto?

—¿Hacer qué? ¿Transmitir un mensaje? —se burló ella.

—Emparejar a todo el mundo.

—Yo no hago eso.

—Ya lo creo que lo haces.

—No —dijo pensativa. *¿Lo hago?*

—La cuestión es que deberíais dejar que los hombres actuemos por iniciativa propia.

—Eso era lo que pretendía —dijo con menos seguridad de la que hubiese deseado.

—Pues se tienes que practicar, porque se te da tan mal como montar.

—¡Oye! —exclamó sorprendida—. Creo que deberías animarme, si quieres que siga intentándolo.

—¿Y quién dice que quiera? Es cosa tuya si montas o no —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues para ser cosa mía te metes bastante —dijo ella en el mismo tono de suficiencia.

El escocés sonrió abiertamente.

—Si quieres a alguien que te venda humo para engatusarte, no me busques a mí.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —la miró fingiéndose sorprendido.

—Te conozco bien, Caillen.

La sonrisa del escocés se congeló en sus labios y la miró confuso. Ella se había distraído con algo del paisaje y no se percató de su escrutinio. Algo en su voz, quizá el modo tierno e íntimo en el que había dicho que lo conocía le había provocado un estremecimiento y se preguntó a qué era debido.

—¿Qué estuviste haciendo en Irlanda? —preguntó repentinamente interesado.

—Oh, bueno, ya sabes, lo que hacemos las mujeres en cualquier parte: perder el tiempo de maneras más o menos imaginativas.

Caillen volvió a sonreír.

—No es muy edificante para vosotras.

—Desde luego que no. ¿Ahora entiendes de donde viene nuestra tendencia a hacer de casamenteras? ¡Del aburrimiento! Por suerte mi abuelo es de lo más divertido y el tiempo que pasaba con él compensaba todo lo demás. Y el pequeño Hayden también me daba bastante trabajo.

—Andrew se quedó con tu padre —dijo él refiriéndose a su otro hermano.

Ella asintió.

—¿Te he dicho que quiere ser arquitecto?

—Sí, me lo has dicho. Parece que te hace mucha ilusión.

—Me gusta que tenga iniciativa. Ojalá yo la tuviera. Andrew es… pura luz. En serio —dijo al ver que sonreía—, cuando él entra en una habitación es como si abrieras una ventana y entrase el sol a raudales.

—Lo quieres mucho.

—Muchísimo. A los dos. Hayden también es maravilloso, aunque mucho más travieso. Supongo que por ser el pequeño.

—Sí, Ewan siempre fue el más trasto. Tienen a quien imitar.

Ella lo miró un momento antes de decidirse a hablar de nuevo.

—¿Puedo preguntarte algo sin que me regañes? Si no quieres contestarme solo di que no quieres y me callaré.

—Otra vez Kenneth —dijo él siguiendo el hilo.

—Quiero mucho a tu hermano y también a… —No se atrevió a terminar la frase—. ¿Por qué os lleváis tan mal? Debe haber un motivo, más allá de las rencillas normales entre hermanos.

—No es cosa tuya.

—Vuestra enemistad es desagradable para todos. También para mí.

—Siento que te cause molestias que mi hermano y yo no nos soportemos, pero sigue sin ser cosa tuya.

—Él no es como tú pareces creer.

—No sabes lo que yo creo.

—Oigo lo que dices, Caillen.

Él levantó una ceja con ironía.

—Entonces habrás comprobado que jamás digo nada que no sea cierto.

—Kenneth hace cosas que no están bien, por supuesto, pero tú pareces ver solo la superficie y eso no es justo. Curiosamente en eso os parecéis.

—¿En qué?

—En ocultaros. Los dos mostráis solo lo que queréis que los demás vean.

—¿No es lo que hacemos todos?

—¡No! Claro que no. Yo soy lo que ves, no hay más —dijo sincera—. Pero Kenneth y tú…

—Kenneth y yo no nos parecemos en absoluto —dijo enfadado—. Yo jamás le habría hecho a Lachlan lo que él le hizo.

—Sabes tan bien cómo yo por qué actuó de ese modo, de no ser por él Lachlan estaría ahora casado con Aileen Sinclair.

—La hermana de tu mejor amiga —dijo Caillen con cinismo.

—Sí, por desgracia para Rowena, que ha tenido que sufrirla —dijo con tono de desprecio.

—Solo a Kenneth se le podía ocurrir hacer algo tan terrible para abrirle los ojos a alguien.

—¿Tú qué habrías hecho? Imagina que Aileen quiere… eso de ti. —El calor subiendo a sus mejillas la irritó—. Si hubieras estado en su lugar, ¿habrías dejado que Lachlan y Aileen se casaran igualmente?

—Habría buscado un modo que no le rompiese el corazón.

—Eso no era posible. Lachlan es demasiado bueno y leal para aceptar la maldad de Aileen si no se la mostraban sin ambages. Y Kenneth ha sufrido mucho por lo que hizo, no deberías ser tan duro con él por ello.

La tensión en el rostro de Caillen era más que evidente y Augusta podía sentirla en su propio cuerpo.

—Deberías casarte con él —dijo irritado—. Está claro que lo tienes en un pedestal.

Ella lo miró decepcionada por no conseguir nada.

—Siento que te lo tomes así. Solo quería ayudar.

—¡Ayudar! ¿Cómo no? La Santa Augusta, siempre ayudando a todo el mundo, aunque no se lo hayan pedido.

—Eso es cruel.

—¡Abre los ojos, Augusta! Kenneth no es el hombre que tú te empeñas en ver. Es un egoísta, un aprovechado y un… —Apretó los labios obligándose a callar.

Augusta lo miraba horrorizada.

—¿Qué te hizo? —preguntó ya sin poder contenerse—. ¿Qué fue lo que te hizo, Caillen?

Pero él no dijo nada, se encerró en un tenso mutismo y no volvió a abrir la boca más que para despedirse cuando llegaron a la casa de los O'Sullivan. Augusta lo vio marcharse con el corazón encogido y unas tremendas ganas de llorar.

—Estúpida —masculló—. Estúpida, estúpida, estúpida.

Capítulo 18



—¿Vas a cortejarla? —se sorprendió Dougal pasándole el taco a Lachlan que era su compañero de equipo.

—No es mi intención —afirmó Kenneth apuntando a la bola antes de golpearla.

Sus hermanos lo miraban expectantes.

—¿Y entonces? —preguntó Lachlan inclinándose sobre la mesa de billar—. ¿Qué estás haciendo, Kenneth?

Su hermano levantó una ceja como si la pregunta no mereciera una respuesta siquiera.

—¿Y su abuela qué opina de lo que pasa entre vosotros? —añadió Brodie que estaba sentado en una butaca con los pies apoyados en una mesita.

—No creo que sea asunto suyo.

—Pero seguro que tiene algo que decir —insistió Brodie.

—Y eso no es asunto mío. —Kenneth observaba a Ewan que tenía lista una buena carambola sobre la mesa.

—¿Que no es asunto tuyo? —Se burló Dougal—. Esa mujer te sacará los ojos con una cucharilla como hagas daño a su nieta.

—No parece sufrir mucho con lo que le hago —dijo Kenneth aplaudiendo la ejecución de su hermano. Se llevó la copa de drambuie a los labios satisfecho por cómo iba la partida.

—No estamos en nuestra casa —recordó Lachlan—, alguien podría oírnos, conteneos un poco.

Violet los había invitado a todos a almorzar, incluidas las americanas. Aquella era una época propicia para las reuniones familiares. La comida había sido agradable y mientras los demás charlaban tomando una copita en el salón ellos prefirieron jugar al billar.

Brodie y Caillen eran los que mejor jugaban y habían hecho una partida de uno contra el otro y ahora les tocaba esperar a que acabaran la de equipos. Brodie lo miró con curiosidad, no era normal que desaprovechase una oportunidad tan propicia para meterse con Kenneth y el tema daría mucho juego si quisiera. Se levantó de la butaca y fue hasta la ventana desde la que su hermano contemplaba el exterior.

—¿No te interesa la conversación? —preguntó sin mirarlo.

—No mucho.

—Eso me ha parecido —dijo Brodie y se llevó la copa a los labios.

Caillen lo miró con expresión burlona.

—A ti sí parecía interesarte y te estás perdiendo los detalles —dijo mirando de soslayo hacia el grupo que jugaba.

—Creía que te gustaba la señorita Cadman.

—Ah, ¿sí? —Volvió a prestar atención al paisaje.

—Eso me pareció la primera vez que la viste.

—Mmm —respondió el otro distraído.

Brodie lo miró frunciendo el ceño.

—No te hagas el tonto, hablamos de ello y lo reconociste.

—Más bien hablaste tú, yo me limité a responder a tus insistentes preguntas sobre su belleza.

—Se pasó toda la cena lanzándote indirectas el primer día que nos visitó, no finjas que no tengo razón.

Caillen se encogió de hombros y luego bebió un largo trago.

—Tuve mi oportunidad y no la supe aprovechar —dijo sonriendo burlón.

Brodie entornó los ojos.

—¿Qué oportunidad?

—Digamos que aquella noche me ofreció un asiento en su carruaje y yo lo rechacé.

Brodie frunció el ceño sin comprender. ¿Que le ofreció un asiento en…? ¡Pero si durmieron en el castillo!

—¿Estás diciendo que te invitó a su cama? —Miró hacia sus hermanos para asegurarse de que no lo habían oído—. ¿La primera noche? Vaya con la señorita Cadman.

—Un caballero no habla en esos términos de una dama.

—Dudo que la señorita Cadman se considere a sí misma una dama.

—Pero yo sí me considero un caballero. —Caillen terminó su copa y la dejó sobre una mesilla—. Voy a dar un paseo.

Enid miraba a Augusta con expresión desolada mientras que Rowena parecía aburrirse.

—Quita esa cara, Enid —pidió Augusta con tono calmado—. Acabarás haciéndome enfadar.

—Tu madre no debería haber invitado a las americanas —se lamentó Enid—. No entiendo cómo Caillen puede ser tan tonto para preferirla a ella antes que a ti, jamás lo habría dicho de él.

—No es tonto, está en todo su derecho de elegir a la mujer que quiera —dijo Augusta con severidad.

—No, si esa mujer no eres tú —dijo su amiga cruzándose de brazos.

—Dejad de comportaros así. Estoy perfectamente.

—A mí no me metas —dijo Rowena—. Yo no he dicho nada.

Augusta la miró con el ceño fruncido, y Enid sorprendida.

—Es verdad, no has dicho nada al respecto —dijo la embarazada—. ¿No estás molesta con Caillen?

—¿Por qué iba a estarlo?

—¡Porque fuiste tú la que la empujó a declararse!

—Eso no significa que tenga la culpa de nada. Me limité a decirle lo que yo haría.

—No discutáis —pidió Augusta poniendo los ojos en blanco—. Lo hecho, hecho está

Enid tenía una expresión tan compungida que parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento.

—¡Mujer, cambia esa cara! —la regañó Rowena—. Caillen no está interesado en Julia Cadman.

Enid la miró sorprendida.

—¿Cómo que no? Augusta dice…

—Augusta está cegada por el bochorno que pasó. Si mirarais bien os daríais cuenta de lo equivocadas que estáis.

—¿Por qué lo dices? —insistió Enid.

—Caillen se ha sentado al otro lado de la mesa y se ha pasado toda la comida hablando con Edward Wilmot. Se dirige a la señorita Cadman como un abogado a su cliente. No ha habido miradas furtivas, ni contacto de ninguna clase en todo el rato que hemos estado juntos en una habitación. —Movió la cabeza negando—. No le interesa.

Augusta frunció el ceño pensativa, pero no dijo nada.

—Va a resultar que ahora eres una experta —dijo Enid nada convencida.

—No soy ninguna experta, pero tengo ojos en la cara —dijo la otra.

—No nos has contado lo que vas a hacer con Caleb Anderson —se burló Enid por hacerla sentirse ridícula.

Rowena puso los ojos en blanco.

—No hay nada que hacer. Mi madre está decidida a que me case con él y al parecer sus padres son de la misma opinión, pero eso no va a ocurrir.

—Pues llegaste a planteártelo —dijo Augusta con mirada perversa.

—Es imposible —dijo su amiga mostrando su desgana al respecto—. No soy capaz de aguantarlo una noche, ¿cómo unirme a él el resto de mi vida?

—Pobre Caleb —dijo Augusta conteniendo la risa.

—¿Pobre Caleb? ¡Pobre de mí! —Rowena se levantó para pasearse ante ellas—. No os imagináis lo aburrido que es. No tiene conversación alguna y si yo saco un tema se limita a languidecer con algún monosílabo. De verdad, me dan ganas de abofetearlo para ver si reacciona, pero no lo haría, seguro que lanzaría uno de sus sonoros y largos suspiros y me haría sentir culpable.

Las otras dos lanzaron sendos suspiros sonoros y luego se echaron a reír a carcajadas.

—¿Cómo vas a hacer para que tu madre acepte tu decisión?

—No puede obligarme a nada, no tiene con qué amenazarme. Yo tengo mi propio dinero gracias a mi abuela y ya he cumplido los veintiún años. Soy libre como un pájaro y puedo hacer lo que me venga en gana. —Se dejó caer en el asiento de la butaca como si de repente hubiese perdido las fuerzas—. No os imagináis la tranquilidad que me da eso. Si no tuviera dinero podrían hacer conmigo lo que quisieran.

—Eso es cierto —afirmó Enid—. Tu abuela te hizo un grandísimo favor.

Rowena entornó los ojos.

—Y es raro —dijo—, porque ella también estaba empeñada en que me casara. No dejó de «ofrecerme» candidatos hasta el día de su muerte.

—Dòmhnall Baxter —recordó Augusta y Rowena asintió.

—Era su favorito. Pero mi madre… ¡Oh! —Se llevó una mano a la frente como si la agotara solo pensar en ella—. Se pasa el día diciendo que se quiere morir. No entiende qué ha hecho mal para tener una hija tan desagradecida.

Las otras dos asintieron. Conocían bien a su madre.

—No le hagas caso —dijo Augusta—, se le pasará.

—¿Tú crees? Ahora me doy cuenta de la suerte que tuve al vivir con mi abuela todos esos años. Ella no era nada cariñosa y me trataba con dureza, pero con respeto. Nunca me manipuló de ninguna manera. No soporto lo que hace mi madre, tener que oírla quejarse todo el día por no cumplir con su voluntad. Me despierto por la noche asustada por si de verdad se muere por mi culpa. Casi me da pena de mi hermana —musitó incrédula—, vivió con ella hasta que se casó, no me extraña que se volviese una arpía.

—Cásate y hazla feliz —dijo Enid—. Yo soy muy feliz.

—No pido un Lachlan, pero si hubiese un hombre mínimamente interesante que estuviese dispuesto a ello, os aseguro que me casaría hoy mismo solo por no oírla.

—También podrías irte de esa casa —apuntó Augusta—. Tú lo has dicho, tienes dinero y puedes gobernar tu vida. ¿Por qué no vives en Meiglethorn?

—Está muy lejos de vosotras —dijo Rowena—. ¿Qué haría allí sola?

—Busca una casa más cerca —dijo Enid.

Rowena entornó los ojos pensativa.

—No se me había ocurrido esa idea. Aunque… Soy demasiado joven para llevar sola una casa, ¿no os parece? Además, todos me tacharían ya de solterona, si lo hiciese.

—O quizá recibieses más «visitas» masculinas —dijo Enid con una pícara risita—. Tiene que haber un hombre que pueda haceros feliz a las dos.

Rowena y Augusta se miraron asustadas.

—¿Uno para las dos? —preguntó Augusta conteniendo la risa.

—¡No, tontas! —dijo Enid riéndose también.

En ese momento Julia entró en el salón con una enorme sonrisa.

—¡Oh, aquí están! Llevo un rato buscándolas. Creí que estarían con los caballeros. —Tomó asiento junto a Augusta—. Y, ¿de qué hablaban? Parecían estar pasándolo muy bien

—Enid se burlaba de nosotras —respondió ella.

—¡Eso no es cierto! —se quejó la otra—. No les haga caso, era una tontería.

—Ya veo —aceptó Julia consciente de que no querían compartirlo—. Señorita Sinclair, me ha alegrado poder conocerla al fin. Había oído hablar mucho de usted.

—Ah, ¿sí? ¿A quién? —preguntó la otra con una sonrisa falsa.

—Pues a varias personas… —dijo Julia pensativa—. A sus amigas, a Elizabeth, a Kenneth…

Rowena encogió la mirada. *Así que ya lo llama por su nombre…*

—Entonces tendrá una versión de mi persona bastante acertada ya que conocerá lo bueno y lo malo de mí.

—¿Hay algo malo? —dijo la otra con demasiada dulzura—. No he oído tal cosa.

—No hace falta que disimule, señorita Cadman, es de todos conocida la enemistad que nos une a ese caballero que ha mencionado y a mí.

—Qué curioso que lo diga de ese modo —siguió Julia en el mismo tono—, no sabía que la

enemistad también podía unir.

—¡Oh, sí, muchísimo! No desperdicio una ocasión de decirle lo que pienso de él y él me responde con la misma vehemencia. —Amplió su sonrisa.

—Tenga cuidado entonces, ya sabe lo que dicen sobre el odio y el amor.

—No tema por mí lo más mínimo, carezco del espíritu romántico que caracteriza a nuestro sexo. Mi abuela siempre decía que yo era un desperdicio porque tengo el cerebro de un hombre en el cuerpo de una mujer.

—La mía dice algo parecido de mí —apuntó Julia sin borrar su expresión perversa—. Aunque ella utiliza otros símiles.

El hecho de que no lo dijera despertó la curiosidad de Rowena. Quizá tenían más cosas en común de las que habría pensado. La puerta se abrió y Kenneth entró en el salón para su disgusto.

—Así que aquí os habéis escondido —dijo acercándose a ellas—. Nos preguntábamos dónde estaríais.

—¿Quienes? —preguntó Rowena mirándolo con frialdad.

—¿Quiénes?

—Sí, quiénes se lo preguntaban, porque antes de irnos del salón en el que están los demás dijimos que estaríamos aquí.

Kenneth sonrió, aunque sus ojos permanecían fríos como el hielo. Sin responder cambió su expresión por una mucho más agradable y posó sus ojos en Julia.

—Su abuela me manda a buscarla y ha sido muy tajante.

—¡Oh! Por supuesto. —Julia se puso de pie—. Mi abuela es siempre muy tajante en todo. ¿Me disculpan, señoritas?

Las otras asintieron como respuesta y Kenneth inclinó la cabeza para despedirse antes de abandonar también la habitación.

—Se pensarán que somos tontas —masculló Rowena.

Augusta y Enid la miraron interrogadoras y ella frunció el ceño sorprendida.

—¿De verdad no os habéis dado cuenta? ¿No habéis visto cómo tonteaban en el almuerzo? ¡Por Dios, lo vería hasta un ciego!

Las otras dos seguían con la misma expresión.

—Lo de su abuela era una sucia patraña —exclamó Rowena sin dar crédito a que sus amigas no se hubiesen percatado de ello—. Esos dos están liados.

Enid abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir que están juntos? ¡No! ¡Pobre Caillen!

—Estás equivocada, Rowena —dijo Augusta empalideciendo.

La otra se rio con cinismo.

—No me equivoco. Y, si Caillen tenía algún interés por ella, debió de perderlo cuando se dio cuenta de lo que sucedía. Y mejor para él que haya sido ahora y no cuando tuviesen fecha para la boda —dijo haciendo alusión a lo ocurrido con Lachlan.

—¡Rowena! —exclamó Augusta.

—¿Qué? ¿No estás de acuerdo? Os aseguro que ahora mismo no está con su abuela. ¿Queréis que vayamos a comprobarlo? —sonrió perversa—. Me encantaría ver sus caras cuando los pillemos infraganti. Kenneth no tendría más remedio que casarse con ella. —Se puso de pie de golpe—. ¡Vamos, por Dios! No desaprove…

—¡Qué mala eres! —la interrumpió Enid sin poder disimular su risa—. Me alegra que seamos amigas, como enemiga no tienes precio.

Augusta miraba la puerta como si ya estuviese viéndolos.

—¿De verdad crees que…?

—No sufras por él —dijo Rowena refiriéndose a Caillen—. Ya te he dicho que no tiene el menor interés por ella.

—Ni se te ocurra ir a contárselo —advirtió Enid a Augusta—. En estas cosas siempre se mata al mensajero.

La otra asintió no muy convencida.

Lo vio desde la ventana y salió corriendo de la casa envuelta en una manta. Cuando estuvo frente al roble del que colgaba el columpio en perfecto estado, se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de alegría. Entonces miró a Caillen con el corazón rebosante de amor.

—Lo has arreglado —dijo conteniendo el impulso de lanzarse en sus brazos.

—Le he preguntado a tu padre dónde lo había guardado. Solo había que cambiarle la cuerda y ponerle una protección para que la fricción no vuelva a…

Augusta ya se había subido al columpio y se balanceaba riendo como una niña.

—Pronto podrás traer a Coiseachd de vuelta —dijo—. Ya han terminado la silla y la verdad es que estaba mucho mejor de lo que me pensaba. Supongo que tus paseos a pie han dado buenos resultados.

Augusta sintió una punzada de tristeza y toda su alegría se evaporó por ensalmo. Ya no tendría excusa para verlo tan a menudo.

—¿No te alegras? —preguntó él como si se hubiese dado cuenta.

—Claro —dijo ella.

Caillen frunció el ceño desconcertado.

—Debes montarla desde el primer día.

—Lo haré.

—Es bueno que tenga una rutina, deberás seguir con el entrenamiento como te he explicado.

—Sí.

El escocés agarró las cuerdas del columpio y lo detuvo mirándola a los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada —dijo desviando su mirada.

—Augusta…

Ella se bajó del columpio y pasó por debajo de uno de sus brazos apretando la manta a su alrededor. Se sentía muy incómoda sabiendo lo que sabía sobre Kenneth y Julia Cadman. Era como ser partícipe de una traición y eso la mortificaba enormemente.

—Será mejor que regresemos, mamá quería…

—Pensé que te gustaría que arreglara el columpio.

Ella lo miró con tristeza.

—No sabes cuánto me ha gustado.

—Entonces, ¿por qué tienes esa mirada tan triste?

Augusta se mordió el labio, no quería hablar, no debía hablar…

—Kenneth… —musitó—. Él y la señorita Cadman…

Caillen la miró primero sorprendido, pero enseguida sonrió tranquilo.

—¿Estás decepcionada?

—¿Yo? —preguntó sorprendida—. Un poco.

—No creo que signifique nada para él.

Augusta frunció el ceño, ¿pensaba que le importaba por eso?

—Estoy decepcionada porque lo ha hecho sabiendo que tú… —Apartó la mirada, incómoda —. Estoy muy enfadada con él.

—En este caso no puedo alegrarme por ello —dijo él—. Kenneth me preguntó si estaba interesado y le dije que no.

—¿En serio? Yo creía… —Se puso colorada.

—Señor McEntrie —dijo una voz infantil a su espalda.

Caillen se giró para encontrarse con los hermanos de Augusta.

—¿Ha sido usted el que ha vuelto a colocar ese columpio? —preguntó Andrew con mirada severa—. Sepa que mi hermana está ya en edad de casarse y no de columpiarse como una niña. Le agradecería que volviera a dejarlo dónde estaba o yo mismo tendré que descolgarlo.

Caillen trató de contener la sonrisa que afloraba a sus labios. Cogió al muchacho de los hombros y se lo llevó aparte seguido por el pequeño Hayden a quién el columpio llamaba poderosamente.

—Verás, Andrew, las mujeres se rigen por patrones distintos a los nuestros —dijo en tono bajo—. Para nosotros está claro que balancearse en un columpio es una tarea bastante inútil, pero a ellas le produce una extraña satisfacción.

—Aun así —insistió el muchacho librándose de su agarre—. Mi padre…

—Tu padre me ha dado permiso para colgarlo de nuevo. De hecho, me ha asegurado que si lo descolgó fue por seguridad, no porque tuviese nada en contra de que tu hermana siguiese disfrutando de él.

El muchacho movió la cabeza mirándolo con superioridad.

—Usted no lo entiende, no tiene hermanas —dijo con voz de anciano—. No se imagina lo

inestables y superficiales que pueden llegar a ser.

—En eso tienes razón.

—Su castillo debe ser el lugar más confortable de la tierra, sin mujeres que le obliguen a lavarse a todas horas y a vestirse siempre pulcramente.

—Menudo suplicio —dijo Caillen con expresión aterrada—. No puedo ni imaginármelo.

—A mí me gusta bañarme —dijo Hayden.

Su hermano lo miró con irritación.

—Tengo entendido que vas a ser arquitecto —dijo Caillen llevando el tema por derroteros más satisfactorios para el muchacho.

El rostro de Andrew se iluminó.

—Así es. ¿Quién se lo ha dicho?

—Tu hermana, por supuesto. Está muy orgullosa, dice que es una profesión admirable.

El muchacho la miró ahora con una sonrisa.

—Las mujeres, ya sabe, exageran.

—Oh, pues tu hermana exagera mucho porque está convencida de que llegarás a ser un grandísimo arquitecto y que tus edificaciones se conocerán en el mundo entero.

Andrew se ruborizó sin poder evitarlo y se mordió el labio para tratar de contener una sonrisa boba. Miró a su hermana y luego el columpio.

—Quizá tenga usted razón, ¿qué mal puede hacerle jugar un poco? Lo importante es que esté contenta, ¿verdad?

—Eso pienso yo —afirmó Caillen.

—¿Yo puedo subirme? —preguntó Hayden abriendo mucho los ojos.

—¡Augusta! —la llamó su madre desde la ventana—. ¡Chicos, la tarta! ¡Venid, hace mucho

frío!

Los dos muchachos corrieron hacia la casa y Augusta esperó a Caillen para caminar juntos.

—Menuda mano izquierda —dijo ella sonriente.

—Son muchos años de experiencia.

Capítulo 19



—No, no, no te inclines tanto —la apremió—. Hacia la derecha, así, vamos un poco más.

—Esta postura no es muy cómoda —dijo Augusta riendo.

—Lo imagino —aceptó Caillen—. Pero ha valido la pena, lo has hecho perfecto. Ya puedes bajar.

Augusta saltó del caballo con gran agilidad y se arregló la falda del vestido.

—Enid me regaña por no querer montar a horcajadas —explicó—. Incluso me ha hecho probarme uno de esos horribles trajes de montar que tiene.

Caillen asintió.

—Le digo que se ponga pantalones directamente, pero no me hace caso.

—¡Y menos mal! —exclamó ella fingiéndose horrorizada.

Acarició a la yegua con cariño y le habló suavemente en gaélico, tal y como él le había enseñado.

—Mañana es la cena de Navidad —recordó él—. Este ha sido su último entreno.

Augusta siguió acariciándola sin volverse, no quería que viese su expresión desolada.

—Tú puedes seguir viniendo —dijo él sintiendo su decaimiento.

Augusta se obligó a sonreír y dio unas palmaditas en el lomo de Coiseachd.

—¿Has oído, campeona? Nos vamos a casa —dijo tirando de ella para llevarla hasta la puerta del cercado.

—Te acompañaré.

—No es necesario —sonrió sin ganas—. Conozco bien el camino.

—Prefiero acompañarte y más ahora que ya podemos ir a caballo. —Se alejó de ella para ir a buscar a Donn y regresó sobre su montura con expresión sonriente al ver que ella ya estaba sobre Coiseachd—. Vamos.

Avanzaron un rato en silencio antes de que ninguno se decidiese a hablar.

—Me ha gustado entrenarla —dijo él señalando a la yegua—. Se parece mucho a Ròs, no solo físicamente, también en actitud. La has cuidado bien y se sabe querida. Es la yegua perfecta para ti.

—¿Por qué es coja? —Augusta lo miró burlona—. No voy a enfadarme por más que lo intentes.

Caillen la miró un momento como si dudara si responder o no. Iba a decirle que era perfecta porque era una yegua fuerte, pero dócil y que no se alteraba nunca. Que parecía saber que ella necesitaba seguridad y quería dársela. Pero no dijo nada de eso, porque algo llamó su atención entre los árboles. Se detuvo y desmontó de su caballo.

—Espera aquí —ordenó dándole las riendas de Donn para que las sujetara.

Augusta lo vio dirigirse hacia una de las granjas abandonadas que salpicaban las tierras de los McEntrie y frunció el ceño sin saber qué había visto.

Caillen observó al viejo mendigo que estaba sentado tranquilamente disfrutando de su pipa.

—¡Señor McEntrie! —lo saludó afable mientras acariciaba la cabeza de su pequeño Border Collie—. Parece que ha descubierto mi secreto. ¿Qué ha sido? ¿Un ladrido? Rufus no ladra mucho, pero…

Caillen negó con la cabeza.

—Ha arreglado la ventana —explicó—. Siempre que pasaba por aquí escuchaba los goznes

quejumbrosos, pero hoy no.

—¿Quiere una taza de té? —preguntó sin moverse—. No puedo ofrecerle mucho más. Gavin, su cocinero, es de lo más generoso, si por él fuera tendría aquí una alacena, pero ya sabe que eso no me gusta.

—¿Qué ha sido de su deseo de libertad y de no querer ataduras? —se burló Caillen.

—Solo pensaba quedarme hasta que pase el invierno. —Miró al perro que descansaba apaciblemente a sus pies—. Lo encontré abandonado y muerto de hambre, le quedaban horas para estirar la pata. Si por mí fuera no habría vuelto sobre mis pasos, lo hice por él.

Caillen miró a su alrededor.

—Puede quedarse cuanto quiera —dijo.

—No abusaré de su generosidad, descuide —dijo y dio una calada a su pipa antes de continuar—. Solo cojo lo que les sobra y ya sabe que como poco.

—Podría habérmelo pedido, le habría dicho que sí.

El viejo lo miró durante unos segundos antes de decidirse a hablar.

—No quería que me abrumara con su generosidad.

—¿Cómo? —Caillen se echó a reír.

—No se ofenda, pero los que son como usted no saben dar con mesura. Entierran a sus protegidos bajo un montón de cosas que no necesitan ni quieren, pero sin las que después no pueden vivir.

—Vaya. Somos terribles —dijo sonriendo con humor—. ¿Cuánto hace que se instaló?

—Encontré a Rufus al día siguiente de abandonar sus tierras.

Caillen amplió su sonrisa.

—Un viaje corto, entonces.

Mungo sonrió también al tiempo que asentía.

—Si a usted de le parece bien, nos quedaremos hasta mayo.

Caillen se encogió de hombros y después asintió conforme.

—Puede ir y venir cuando guste. Si en invierno quieren volver, considere esta casa como suya.

—¿Quién vivía aquí?

—Drew Gordon y su familia. Se marcharon a Canadá hace ya unos años.

Mungo asintió pensativo.

—Voy a acompañar a la señorita O'Sullivan a su casa, está esperándome en el camino.

—¡Oh! —su rostro se iluminó—. Dele recuerdos y dígale que no olvido lo amable que fue conmigo.

Caillen se dio la vuelta para salir de la casa.

—Cuídela, señor —dijo Mungo—. No permita que le ocurra nada malo.

El otro lo miró un instante sorprendido por aquella intempestiva petición, pero al ver que no decía nada más, salió de la casa.

—¿Hay alguien en la granja de los Gordon? —preguntó Augusta cuando él subió al caballo sin decir nada.

—Mungo Fairweather.

—¿El mendigo?

—Sí, al parecer a su perro sí le gustan las comodidades. Se quedarán hasta primavera.

Ella sonrió con malicia.

—Pero le has ofrecido la casa para cuando vuelva el invierno, supongo.

Él la miró sorprendido y ella amplió su sonrisa.

—Ahora no lo atosigues.

—¿Atosigarlo?

Augusta soltó una risita muy graciosa.

—Si necesita algo ya te lo pedirá.

—No sé por qué decís esas cosas —dijo él ceñudo—. No pensaba venir siquiera.

Augusta siguió riéndose al ver lo mucho que le molestaba y él se encerró en un ofendido mutismo.

—No sé cómo sobrevivisteis sin una madre —dijo ella cuando se cansó de esperar—. Los McEntrie no sabéis gestionar vuestras emociones.

Él la miró sin comprender.

—Sois estoicos y fríos por fuera, pero por dentro…

Caillen levantó el mentón orgulloso.

—Por dentro somos una roca.

Augusta negó con la cabeza.

—No debió de ser fácil —dijo poniéndose seria—. Sobre todo, para Dougal y para ti, que erais los mayores.

—Dougal fue el que se llevó la peor parte.

—Yo no recuerdo nada de antes de los cinco años —dijo ella pensativa—, pero sé que hay personas que tienen recuerdos anteriores, aunque suelen ser malos recuerdos, así que me alegro de no tenerlos. ¿Sabes cuál es mi primer recuerdo?

Caillen la miró con curiosidad.

—El columpio —dijo ella con una brillante sonrisa—. Recuerdo la cuerda rugosa en mis manitas y el viento que me daba en la cara al balancearme.

—¿Cómo sabes que tenías cinco años? —preguntó él.

—Porque fue mi regalo de cumpleaños.

—¿Te regalaron un columpio?

—No cualquier columpio, ese en concreto, por eso no quería que desapareciera. Y ahora forma parte de este paisaje.

—Ya veo.

Ella lo miró con la cabeza ladeada.

—Noto cierta desaprobación en tu tono.

—Pues te equivocas. Me parece un detalle muy bonito. —Sonrió—. De hecho, recuerdo haberte empujado en ese columpio cuando eras muy pequeña. En mi cabeza tenías menos de cinco años.

—¿Cuál es el tuyo? —preguntó curiosa—. Tu primer recuerdo.

El rostro de Caillen se cubrió de una expresión que ella no habría podido describir. Se hizo un espeso silencio y el escocés desvió la mirada sin responder.

—Mis mejores recuerdos son de Daphne —dijo en lugar de responder a su pregunta—. Lo que más recuerdo de ella era el modo dulce en el que hablaba. Incluso cuando te regañaba lo hacía con esa voz suave y melodiosa que resultaba tan agradable de escuchar.

Se quedó de nuevo en silencio y Augusta percibía una creciente tensión entre ellos.

—Seguro que os quería mucho a todos —musitó.

Caillen volvió a mirarla y tuvo la impresión de que se habían oscurecido, aunque también estaba empezando a anochecer y las sombras se cernían sobre ellos rápidamente.

—Nunca me habían querido así —musitó él.

Aquellas palabras la atravesaron como una daga. Sintió deseos de abrazarlo, de decirle

cuanto…

—No pongas esa cara —dijo él recuperando la compostura—. Son cosas de niños.

—Yo… —carraspeó un poco para recuperar el tono normal de su voz—. Kenneth casi nunca habla de su madre, pero sé que Alana no fue… Que estaba…

—¿No puedes decirlo? —Torció la sonrisa—. Loca, estaba loca.

Augusta empalideció.

—Iba a decir enferma.

—Pues su enfermedad era la locura —sentenció—, aunque te aconsejo que no menciones esa palabra delante de Kenneth o dejarás de ser su querida amiga para siempre.

—Jamás haría tal cosa —dijo ella con preocupación.

—No, claro que no. Nunca molestarías a Kenneth —dijo cínico.

Augusta percibió un cambio en su ánimo. Se había vuelto ácido y temía que ocultase sus emociones tras esa capa corrosiva con la que se envolvía a veces.

—Mi madre dice que la ausencia de Constance fue demasiado dolorosa para tu padre y que no fue fácil para Alana sustituirla.

—¿Sustituirla? —La mirada de Caillen destilaba tal desprecio y ferocidad que su voz la hizo estremecer—. Alana solo quería destruir todo lo que tuviera que ver con ella. ¿Sabes que mató a su caballo? Dijo que no merecía vivir por haber causado el accidente y le pegó un tiro. ¡Ahí tienes mi primer recuerdo! Nos hizo mirar a Dougal y a mí mientras el pobre animal exhalaba su último aliento.

Donn relinchó como si quisiera calmar su malestar y él lo acarició perdido en sus pensamientos. Augusta apretó las riendas en su mano crispada con la espalda tensa y el corazón latiendo muy deprisa. Quería saber más, saberlo todo de él, pero no se atrevía a preguntar por

temor a provocar su rechazo y también porque sabía que, cuando alguien cuenta algo que no quiere decir, suele apartarse de la persona a la que le ha abierto su corazón. Ella no quería que él tuviese una excusa para apartarse, no estaba preparada aún para eso.

—Alana era pura sombra. Su mirada destilaba odio y sus manos te arañaban sin compasión. Solía empezar haciéndome cosquillas… —Ladeó la cabeza y sonrió con la mirada de un loco—. Luego me inmovilizaba y me hacía daño, mucho daño. Me golpeaba la planta de los pies con la fusta, me quemaba con el atizador…

Augusta se llevó la mano a la boca y la tapó para ahogar un gemido de angustia.

—¿Y tu padre no hacía nada?

—Tardó mucho en darse cuenta de lo que pasaba. Todo eran «accidentes».

—Pero ¿cómo es posible? ¡No eras tan pequeño! ¡Podías contárselo!

—Estaba muerto de miedo… —susurró avergonzado.

—¿Y Kenneth? —Tenía un nudo en la garganta, pero se prohibió llorar.

—Él siempre estaba allí —dijo con rencor—. Pero él era su amado hijo, nunca le hizo daño.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó sin poder aguantarse—. ¿Cómo pudo…?

Caillen la miró ceñudo.

—Pasó hace mucho tiempo, no me compadez…

Los sollozos de Augusta arreciaron y el escocés detuvo su caballo sin saber qué hacer. Ella se cubrió el rostro con las manos llorando agitada y Caillen temió que acabase cayéndose del caballo. Desmontó y la hizo bajar a ella que enseguida se refugió en sus brazos y lloró amargamente. Al principio él mantuvo los brazos a ambos lados de su cuerpo. Sentía el pecho en llamas y no entendía aquella extraña emoción que lo empujaba a abrazarla también. Se contuvo, no estaba bien. Ella era vulnerable, estaba llorando… Frunció el ceño confuso. ¿Lloraba por él?

Bueno, por él no, por el niño que fue. Sin darse cuenta sus manos subieron lentamente y se posaron en su espalda sin tocarla apenas.

—No pasa nada, Augusta —susurró en su oído—. Pasó hace mucho tiempo.

—Qué mujer tan horrible —sollozaba ella—, hacerte daño de ese modo… ¡Oh, no puedo soportarlo!

Caillen dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones y la apretó contra su cuerpo. Sus brazos la rodearon ahora con firmeza y Augusta lo sintió a su alrededor como una presencia imponente y cálida al mismo tiempo. Los sollozos se calmaron, pero su corazón golpeaba con tal fuerza que temía que él pudiera sentirlo contra su pecho. Sin apartarse levantó la cabeza para poder mirarlo.

Él tenía los ojos clavados en ella. Augusta tenía el rostro húmedo por las lágrimas, las mejillas rojas por el esfuerzo y su mirada… Nunca lo habían mirado así, como si pudieran verlo por dentro, como si la mirada tuviese manos y fuese capaz de acariciarlo, de envolverlo… Lo supo, supo que iba a arrepentirse de aquello, pero no pudo contenerse y la besó con pasión.

Augusta abrió los ojos asombrada y después volvió a cerrarlos para perderse en un laberinto desconocido y peligroso que la arrastró hacia lugares en los que no había estado antes. Sentía su lengua voraz, la presión de su cuerpo, el lugar exacto en el que estaban sus enormes manos, pero no tenía ni idea de adónde había ido su propia cabeza o donde se apoyaban sus pies.

¿Aquello era un beso? ¿Y ese fuego que ardía en su vientre de dónde nacía? ¿Podía alguien morir a causa de un beso? Se agarró a él apretando la tela de su chaqueta entre las manos. No iba a soltarlo nunca, jamás dejaría que sus labios se apartaran. Quería quedarse a vivir allí, en esa boca cálida y dulce.

Caillen se apartó muy despacio. Como si dudara. Como si doliera. Su cuerpo seguía pegado a

ella y sus ojos clavados en aquel rostro nuevo y distinto, pero tan familiar.

—Augusta… —musitó.

—Caillen… —respondió ella.

Y se miraron, durante mucho rato. La noche cayó y el cielo se llenó de estrellas y ellos seguían allí, mirándose. Una mano subía a la mejilla del otro y acariciaba su piel con sorpresa. Un dedo apartaba un mechón de pelo rebelde…

—Deberíamos…

Estaba seguro de iba a decir algo, pero ¿qué era? No podía pensar con claridad teniéndola tan cerca, era como si todo su mundo se hubiese vuelto del revés y no estaba muy seguro de querer volver a colocar las cosas en su sitio. Pero ¿debería?

Augusta sonrió al fin y asintió al tiempo que empujaba el sólido cuerpo del escocés para despegarlo del suyo.

—Mi madre se asustará si me ve llegar de noche y a caballo —dijo sin borrar aquella expresión confusa y feliz.

Caillen frunció el ceño, ¿por qué parecía feliz? No debería estar feliz, él la había besado y eso no estaba bien. ¡Por Dios si estaba bien! Había sido el mejor beso de la historia. Todavía sentía el contacto de sus labios y sus bocas estaban a más de un pie de distancia.

—Yo… No…

Augusta amplió su sonrisa al verlo titubear.

—Sube al caballo —dijo como si necesitara instrucciones para poder actuar.

Dio un paso hacia ella y la cogió de la cintura. Por un momento Augusta temió y deseó que volviera a tomarla entre sus brazos, casi anticipó el beso entreabriendo los labios sin pensar. Al ver la suavidad rosa de su lengua él gruñó algo incomprensible entre dientes y luego la elevó

para sentarla sobre Coiseachd. Después montó a Donn y agitó las riendas para colocarse delante de ella.

—Sígueme de cerca, Coiseachd ve mejor que tú y sabrá dónde pisar —ordenó con voz tensa.

Augusta frunció el ceño. ¿Estaba enfadado? No era esa la reacción que esperaba después de lo sucedido. Estaba claro lo que sentía, lo había visto en sus ojos. Se llevó la mano a los labios y suspiró. Él se giró a mirarla, pero ella solo veía sombras donde deberían estar sus facciones.

No volvieron a hablar hasta que se detuvieron frente a la casa de los O'Sullivan. Violet salió a recibirlos y regañó a su hija por llegar tan tarde.

—Quédate a cenar, Caillen —pidió.

—No, señora —dijo él con tono seco—. Debo regresar enseguida.

—Gracias por… todo —dijo Augusta con timidez.

Él respondió con un gesto huraño y después de despedirse de Violet dio vuelta a su caballo y regresó por donde habían llegado.

—¡Ten cuidado! —exclamó Augusta después de bajar del caballo, pero él no demostró haberla oído.

—¿Habéis discutido? —preguntó Violet temblando de frío, pero antes de que su hija respondiera le hizo gestos para que entrasen en la casa—. Vamos, nos quedaremos heladas aquí fuera.

—Maldita sea —masculló cuando ya había recorrido una milla de regreso.

No podía quitarse el beso de la cabeza. ¿Y qué había sido eso de después? ¿Cuánto rato habían pasado mirándose como dos…? Movió la cabeza al tiempo que se frotaba la nuca. Cuando la tensión se le acumulaba ahí, siempre acababa dándole dolor de cabeza.

—Maldita sea —repitió como si de un conjuro se tratase. Uno que pudiera hacer que el tiempo retrocediese justo hasta el punto en el que sus bocas…

Apretó los muslos y sacudió las riendas para que Donn supiera lo que quería y el caballo aceleró el paso consciente de la urgencia.

—¿No piensas venir a cenar? —Brodie se apoyó en la pared observándolo mientras él cepillaba el pelaje oscuro de Donn.

—No tengo hambre —dijo malhumorado.

—Tendrás que decírselo tú a Elizabeth, ya sabes cómo es con lo de saltarse las comidas.

—Ni que fuera mi madre —masculló el otro.

Brodie frunció el ceño.

—¿Estás así por lo de mañana? Sé lo poco que te gustan los bailes, pero tampoco es como para…

—He besado a Augusta —dijo al fin mirando a su hermano de frente—. ¡La he besado, Brodie! Está claro que soy imbécil.

Él otro hacía gestos con la cara tratando de encontrar las palabras que buscaba. Tenía que ser algo que mostrase su sorpresa, mezclada con mucha risa y poca empatía, pero no daba con la fórmula. Se asomó fuera de la cuadra para asegurarse de que Niall no podía escucharlos. Lo había visto en las cuadras de los Clydesdale, seguro que desde allí no los oía.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Caillen—. Que soy imbécil, por ejemplo.

—Eso ya lo has dicho tú, buscaba algo más original.

—¿Desgraciado? ¿Canalla?

Brodie inclinó la cabeza hacia los lados sopesando la oferta.

—Nah —negó arrugando la nariz.

Caillen resopló y lanzó el cepillo contra la pared, sin demasiada rabia, pero sí con un poco más de fuerza de la que el cepillo podía aguantar.

—Adiós, gracias por tus servicios —dijo Brodie al verlo roto sobre la paja.

Caillen salió de la cuadra y Brodie lo siguió hasta el exterior.

—Tampoco es para tanto —dijo, pero al ver la cara de su hermano cuando se giró hacia él decidió cambiar de tercio—. A ver, es terrible, no creo que ella pueda perdonarte nunca, pero… tampoco la has matado. Espero. ¿Te afeó el gesto? ¿Te dio una bofetada?

—Ella estaba encantada —masculló de nuevo—. Tenía esa mirada…

—¿Qué mirada? —preguntó Brodie ceñudo.

—¡Esa!

—¡Ah, esa! —exclamó sin tener ni idea de lo que hablaba.

Vio que Caillen iba directo hacia uno de los cubos de agua y metía la cabeza dentro.

Y no la saca. Dos segundos. Nueve. Treinta. Nada, que ahí sigue… Cuando consideró que ya era demasiado fue hasta él, lo agarró del pelo y tiró con fuerza provocando que lo salpicara.

—¡Hace mucho frío! —exclamó Brodie sacudiéndose el agua de la chaqueta—. Mírate, vas a coger una pulmonía.

El agua caía del pelo y la cara de Caillen empapando su ropa. Tenía un aspecto de lo más cómico.

—Pareces un gato salido de un cubo de agua —se burló Brodie.

—Qué ingenioso, ¿cómo se te ha ocurrido esa metáfora? —dijo el otro sintiendo que se le congelaban hasta los pensamientos.

—Tus ojos se ven incluso más verdes cuando estás furioso.

—No digas tonterías —dijo cogiendo un paño para secarse. No estaba muy limpio, pero serviría—. ¡Dios! Qué frío.

—Te lo he dicho —dijo el otro poniéndole un brazo sobre los hombros—. Vamos a casa, anda.

Caillen se zafó de su abrazo y lo miró amenazador. Brodie suspiró con cansancio.

—¿Qué es lo que te ha puesto así? La has besado y a ella le ha gustado, ¿cuál es el problema?

—Eres idiota.

—¿A qué viene eso? Si te gusta, pues…

—¡Es que no me gusta!

—Ah, ¿no?

—¡No! —exclamó Caillen aún más furioso.

—No sabía que ibas por ahí besando a mujeres que no te gustan.

—Es Augusta, Brodie.

Ahora sí que estaba confundido.

—¿Y qué que sea ella? Si te gusta.

—Que te he dicho que no. —Soltó otro de sus bufidos—. No es el tipo de mujer que me conviene.

—¿Y ese tipo existe? Porque deberías plantearte que a lo mejor no y por eso estás soltero.

—Tiene que ser alguien más…

Su hermano lo miraba expectante.

—Más… —¿Por qué no le salían las palabras?

—¿Más? —Brodie arrugó el ceño y echó la cabeza hacia atrás desconcertado.

—Que le gusten los caballos.

Su hermano levantó una ceja, empezaba a preocuparse por los deseos de Caillen.

—Y, desde luego, que no sea la única amiga de Kenneth.

—¡Acabáramos! —exclamó el otro soltando bufido—. ¡Es por eso!

Caillen temblaba de frío y si no hacía algo, Brodie acabaría teniendo razón y cogería una pulmonía.

—Vamos a casa —dijo apresurando el paso.

—¿Qué más da que sea amiga de Kenneth? —Lo siguió—. Es amiga de todos, en realidad. Su madre te adora, estoy seguro de que se alegará de que…

—Ni se te ocurra decirlo.

Se detuvo para señalarlo amenazador y su hermano levantó las manos en señal de rendición. Siguieron caminando y Brodie optó por no decir nada más, consciente de que no estaba para escuchar lo que otros tuvieran que decirle.

—Ni una palabra de esto a nadie o te juro que no vuelvo a contarte nada —le advirtió Caillen antes de entrar en el castillo.

—Mis labios están sellados —respondió con exagerada solemnidad mientras contenía la risa.

Su hermano levantó un puño sopesando la idea de estampárselo en la cara, pero finalmente se contentó con un bufido y entró.

Capítulo 20



Ya habían llegado unos treinta invitados y aún faltaban por lo menos seis más, calculó Caillen. Elizabeth se movía por el salón atendiendo a todo el mundo con tal simpatía y gracia que se preguntó si de verdad había algo innato en la mayoría de las mujeres que las hacía expertas en esos temas, tal y como afirmaba su padre. Bebió otro trago de su copa para evitar el gruñido que pugnaba por salir de su garganta. Bailes y fiestas, ¿había algo menos productivo y más estúpido? ¿Qué sentido tenía todo aquello? Vestirse de etiqueta, bailar sin ganas y charlar de temas insustanciales en el mejor de los casos. Lo único bueno de esas celebraciones era la bebida, pero no sería muy digno acabar borracho. Y tampoco podía escabullirse y desaparecer, Elizabeth se percataría de ello y enviaría a Dougal a buscarlo inmediatamente.

Miró hacia el grupo en el que estaba su hermano en ese momento. Los Wilmot y los Greenwood se marchaban en dos días siguiente, y las mujeres de la casa llevaban todo el día esforzándose en sonreír con tanto ahínco que habrían conseguido conmoverlo si su estado de ánimo no fuese el de un tigre enjaulado. En una jaula muy pequeña, por cierto, en la que iba a tener que compartir espacio con la culpable de su profundo y explosivo descontento.

Emma le sonrió y él le devolvió la sonrisa sin demasiado éxito. Cuando vio que se acercaba respiró hondo y después bebió otro sorbo, quizá la bebida suavizase su humor lo bastante como para no resultar antipático.

—Caillen, aprovechando que aún no están todos los invitados, ¿le importaría que hablásemos un momento a solas? Nos marchamos en dos días y no creo que tengamos mucho tiempo para

ello. Se trata de un asunto legal.

Él se mostró sorprendido pero aliviado. Fue su primera sonrisa del día.

—Por supuesto —accedió—. ¿De qué se trata?

—¿Sabe que soy escritora?

El escocés frunció el ceño desconcertado y negó con la cabeza y ella sonrió satisfecha.

—Elizabeth no revelaría una información que podría perjudicarme de algún modo.

—¿Perjudicarla? ¿Por qué iba a perjudicarla que se supiese que es escritora?

—No le contará a nadie nada de lo que yo le diga, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero si es algo delicado, quizá deberíamos hablarlo en mi despacho —ofreció.

Emma asintió sonriente.

—Sí, será lo mejor.

Él le hizo un gesto para que pasara delante y dejó su copa sobre una mesita antes de salir del concurrido salón. Una vez en su despacho, cómodamente sentados en los sillones, Emma pasó a exponerle sus dudas.

—Solo he escrito tres novelas hasta el momento. La primera se publicó por fascículos en *La Gaceta de Layton*. No la conocerá, por supuesto, pero en Londres todo el mundo la lee. —Sonrió con timidez—. Tuvo bastante éxito, la verdad.

Caillen asintió para animarla a continuar y Emma dejó de dar vueltas y le contó cómo había publicado su segunda novela, firmándola con el nombre de su ahora esposo, y que lo hizo para vengarse de él con muy mala cabeza.

—La novela tuvo una gran repercusión y muchas personas se sintieron reflejadas en mis personajes… Incluido Su Majestad, el Príncipe Regente.

Caillen entornó los ojos.

—Es usted la autora de «Escrita en tu nombre».

Emma abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Ha oído hablar de ella?

Caillen sonrió al tiempo que asentía.

—No solo eso, la he leído. Es un libro muy querido para Elizabeth, uno de los pocos que ella aportó a nuestra extensa biblioteca. Me entró curiosidad.

—Entonces no hace falta que le dé más detalles, sabrá lo complicado que fue todo para mí después de publicarla.

—Supongo que al Príncipe no le haría mucha gracia que lo retratase como superficial, casquivano y poco inteligente.

—¡Yo no…! —enmudeció consciente de que no tenía caso negarlo, ya que la había leído.

Caillen entornó los ojos escudriñándola con la mirada.

—¿Necesita ayuda legal? ¿Han descubierto quién se esconde tras ese falso nombre?

Emma negó.

—Nadie lo sabe, excepto unos pocos en los que confío plenamente, y el editor, que tampoco hablará jamás pues teme a mi marido más que a un dolor de muelas. Lo que sucede… —Se removió inquieta en el asiento.

—Quiere publicar otra novela —dijo él.

—¿Cómo lo ha sabido?

—No era difícil de deducir. Por supuesto no la publicará con el nombre de su marido, pero teme que puedan relacionar ambos textos y deducir que los ha escrito la misma autora.

Emma asintió.

—Ahora tengo un hijo, no quiero hacer nada que le perjudique, pero Edward insiste en que debo publicarla. Antes era tan reacio que me lo prohibió terminantemente, pero cambió de opinión. Luego dicen de las mujeres. —Sonrió con timidez—. Estoy divagando, perdóneme, es un tema… delicado. Al principio estaba decidida a olvidarme de ello. No iba a publicarla y arriesgarme a que me descubrieran, con lo que eso supondría para mi familia…

—¿El texto es comprometedor?

—¡Oh, no! He aprendido la lección, créame. Usando a un personaje histórico, un antepasado de mi esposo, he construido una trama creíble pero falsa. Ningún personaje de la historia vive ya, pues está ambientada en el siglo diecisiete.

Caillen lo pensó unos momentos antes de preguntar.

—¿Le encargarían la publicación al mismo editor?

—Es el único en el que confiaría, sí.

Caillen inclinó la cabeza, pensativo.

—¿Con qué nombre firmará la obra?

—«Una mujer».

—Ya veo —sonrió—. En este caso yo empezaría de cero. Buscaría un nuevo editor, alguien que no supiese que usted ya ha publicado antes. Lo vendería como el divertimento de una mujer casada con mucho tiempo libre…

—¡Yo no tengo tiempo libre! —Se rio ella.

—Podría buscar editor en Edimburgo —siguió él ignorándola—. Así la publicación no provendría de Londres. Nadie sospechará si hace tantos cambios, estoy seguro. Pocos lectores pueden reconocer un estilo si no les das el nombre del autor.

—Pero… el señor Reynard sí podría. ¿Y si se molesta al saber que le he dado mi novela a

otro editor en lugar de llevársela a él?

—No creo que le importe lo más mínimo. Por lo que me ha contado sobre las visitas que le hizo Edward, creo que estará incluso agradecido por ello.

—¡Hombres! —exclamó ella con severidad al recordar cómo lo había amenazado.

—Aun así —siguió Caillen—, en este caso, no estaría de más hacer que el señor Reynard firme un juramento de confidencialidad sobre la autoría de aquel otro libro. Yo podría redactarlo, si quiere.

—No creo sea necesario, ese hombre no hablará mientras Edward viva.

—La vida da muchas vueltas y no está de más anticiparse a posibles acontecimientos que no podemos ni imaginar. Yo redactaría ese documento y haría que lo firmase ante testigos. A poder ser, personas de buen nombre.

Emma mostró una enorme sonrisa divertida.

—Está bien, haremos ese juramento de confidencialidad del que habla. Pero no era esta mi consulta. En realidad, lo que quiero… Verá, he pensado que debería incluir un texto antes del prefacio. Una fórmula que indicara que todo lo que cuento en mi novela es ficción. Que me he basado en personajes reales, pero que he inventado la trama por completo para beneficio del lector.

Caillen frunció el ceño.

—Nunca he leído nada parecido.

—Yo tampoco lo he visto nunca, pero no veo por qué no puede hacerse. Tendría que ser un texto lo más serio posible. Sin florituras, nada de prosa poética.

—Un texto legal —dijo él.

—¡Exacto!

Caillen se levantó para dirigirse a su escritorio y Emma lo siguió. El abogado cogió la pluma y escribió un párrafo que luego secó antes de entregárselo para que lo leyera. Emma asintió.

—Es perfecto —dijo sonriendo ilusionada—. Exactamente lo que necesito.

Caillen sonrió.

—Puede incluir mi nombre, si así lo cree conveniente, de ese modo quedará constancia de su veracidad.

Emma sonrió agradecida.

—Espero no arrepentirme si finalmente la publico —musitó.

—Le trajo muchas cosas buenas —dijo él con simpatía.

—Cierto. No estaría casada con Edward si no hubiese hecho la tontería que hice.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —preguntó él poniéndose de pie.

Emma asintió.

—¿Por qué quiere publicarla? Quiero decir, nadie sabrá que la obra es suya y no podrá hablar de ello abiertamente en ninguna parte.

—Nada de eso me importa. Escribir me da la oportunidad de conjurar mis demonios. —Sonrió al ver cómo se fruncía su ceño y la miraba con enorme confusión—. Todos los tenemos: miedos, inseguridades, sucesos que nos hicieron daño en el pasado y que nos impidieron poder crecer de manera saludable. Cuando escribo conjuro esos demonios y los hago desaparecer.

—Pero eso habla de la escritura, no de su afán por publicar —dijo señalándole las butacas —. ¿Le apetece una copita de jerez?

Emma negó con la cabeza sin tomar asiento.

—No deberíamos entretenernos más. Edward se estará preguntando dónde estoy.

—Tiene razón, discúlpeme por tratar de retenerla. Es que odio los bailes.

Ella sonrió abiertamente.

—Yo también los odiaba. Muchísimo.

Sin pensar llevó una mano hasta su hombro y deslizó ligeramente la manga para dejar parte de sus cicatrices a la vista.

—Cuando era niña me cayó encima una olla de agua hirviendo. Durante años viví estas cicatrices como una tortura y, el desprecio de algunos de mis semejantes, como un castigo merecido. Lo que no sabía entonces era que yo era la única que me castigaba y que las peores cicatrices no estaban en mi cuerpo, sino en mi corazón.

Él asintió como si supiera a qué se refería.

—Le he observado mientras he estado aquí —dijo Emma con la sinceridad que la caracterizaba—, espero que no se moleste porque lo diga en voz alta. Las almas como las nuestras saben reconocerse cuando se encuentran.

Caillen frunció el ceño con expresión confusa.

—Usted y su hermano Kenneth también tienen cicatrices, aunque no estén a la vista. Los dos arrastran mucho dolor y es por eso que no pueden estar mucho tiempo juntos sin manifestarlo.

Emma vio que lo había molestado y sintió una profunda tristeza. Sabía lo que era estar ahí donde él estaba ahora mismo. Un lugar frío, solitario y aterrador al que no dejaba entrar a nadie. Lo miró fijamente a los ojos.

—Me ha preguntado porque quiero publicar mis novelas y voy a responderle: Saber que mis historias les sirven a otros para conjurar sus demonios me libera de los míos.

—¿Y cómo se hace eso si no eres escritor? —Se sorprendió a sí mismo.

—Deberá encontrar el modo —dijo con voz dulce—. Estoy segura de que no hay solo una

manera.

Su voz le recordó a la de Daphne.

—¿Por eso no hay una señora McEntrie para usted? ¿Por culpa de sus demonios?

—Probablemente —dijo él eludiendo su mirada. De repente tenía cinco años.

—Voy a contarle un secreto, pero, por favor que no salga de aquí —dijo ella enigmática—. No habrá nada que pueda hacer para evitarlo, si la mujer adecuada llega a su vida.

Él la miró confuso. ¿De qué estaba hablando?

—¿Piensa que Edward tenía el menor interés en enamorarse de su enemiga? ¿De la persona que más detestaba en aquel momento? ¿O que yo podía siquiera imaginar que moriría por el hombre al que había intentado dañar?

—Es como escuchar a Dougal y a Lachlan. Hablan del amor como si tuviera entidad propia. Son insufribles.

—Pues la tiene, se lo aseguro. Llegará a usted de manera súbita, sin avisar y sin darle tiempo a prepararse. Y entonces sus actos no obedecerán a su raciocinio. Le obligarán a hacer cosas que antes le habrían horrorizado. Oler una flor, escuchar el trino de los pájaros. Mirar cómo se agitan las hojas de un árbol. —Hizo una pausa sin dejar de mirarlo—. Besar a alguien a quien antes ni siquiera habría mirado.

El escocés empalideció.

—¿Cómo lo sabe? Brodie…

Emma amplió su sonrisa al tiempo que negaba con la cabeza.

—No lo sabía, pero veo que ya ha sucedido, así que sabe de lo que le hablo.

Caillen se quedó petrificado.

—¿Puedo preguntar quién es la afortunada?

—Querrá decir la desafortunada.

—Es Augusta O’Sullivan, ¿verdad?

La expresión de Caillen no dejaba lugar a dudas.

—No me sorprende, desde que llegué me di cuenta de los sentimientos que ella tenía por usted.

—Unos sentimientos que yo no comparto —dijo él con dureza.

Emma entornó los ojos mirándolo con atención.

—Y, aun así, la ha besado.

—Soy un hombre, los hombres besamos a las mujeres.

—¿A las que los aman sin ser correspondidas? No creo que usted sea de esa clase.

—Pues ya ve que se equivoca conmigo.

—No suelo equivocarme con las personas.

—Se equivocó con su marido —dijo el escocés seguro de haber dado en la diana.

—En absoluto. Solo estaba cegada por mis demonios, ¿recuerda? Cuando pude deshacerme de ellos vi a Edward tal y como supe desde el principio que era.

—Eso no es lo que me pasa a mí. Augusta no es esa persona para mí, de eso estoy seguro. No sé por qué la besé, pero no fue por lo que usted cree.

—¿Su hermano Kenneth tiene algo que ver en esto? Augusta y él están muy unidos.

—Deberían casarse —masculló el otro desviando la mirada.

—Entonces ella sería muy desgraciada. ¿Quiere que esa joven sea desgraciada?

Caillen sintió que se le retorcía algo dentro.

—Señora Wilmot, creo que ya hemos hablado demasiado. Como bien ha dicho, su marido debe estar buscándola y no quisiera que la encontrase aquí o me veré en serios problemas, como

el señor Reynard.

—Ha sido agradable charlar con usted, pero no quisiera dejarlo con la impresión de que me meto donde no me llaman.

—No me ha molestado, Emma —dijo suavizando el tono—. Es usted una persona con una gran sensibilidad y le agradezco lo que trata de hacer. Pensaré en lo que me ha dicho sobre conjurar mis demonios, tengo unos cuantos y son feroces.

Emma asintió y se dirigieron a la puerta.

—Redactaré el juramento de confidencialidad para que su antiguo editor lo firme —dijo Caillen antes de acompañarla hasta Edward, que los miraba ansiosos desde su lugar en el salón.

—¿Dónde te has metido? —preguntó ceñudo.

—Ahora te lo cuento. Gracias por todo Caillen. Veo que ya han llegado los invitados que faltaban.

El escocés se giró y su corazón dio un vuelco al ver a Augusta junto a sus padres.

—La señorita O'Sullivan está preciosa con ese vestido —musitó Emma, perversa—. Debería ir a saludar a sus amigos.

Caillen se encontró frente a ella sin saber ni cómo había llegado hasta allí.

—Buenas noches —dijo en tono neutro—. Señor O'Sullivan, señora O'Sullivan. Augusta.

Ella hizo una ligera reverencia sin borrar la serenidad de su rostro. No había sonrisas, ni comentarios jocosos, solo una calmada y tranquila expresión.

—Ese vestido… ¿es nuevo? —dijo torpemente.

No se percató de la mirada que le dedicaron los O'Sullivan ante semejante pregunta.

—No —respondió ella con timidez, al parecer había dejado de ser invisible.

—Bailemos —dijo él extendiendo la mano.

Ella asintió y apoyó la suya para acompañarlo hasta la pista de baile en la que sonaba un vals al que no le quedaba mucho para terminar.

—Quizá deberíamos haber esperado a la siguiente pieza —dijo ella sin mirarlo—. Es muy probable que sea una cuadrilla, sé que te resultan menos desagradables.

—Un vals es perfecto —dijo él y la mano en su cintura la trajo levemente.

—Nunca te ha gustado el vals.

—No me gusta bailarlos, la música en sí me parece hermosa.

—A eso me refería —dijo ella aún sin mirarlo, pero sintiendo cada pulsión de los dedos de Caillen en su espalda como hierro incandescente.

Aprovechó para mirarla con atención. Augusta O'Sullivan no era extraordinariamente bella. No tenía unas facciones perfectas, como lo serían las de Julia Cadman, ni su rostro era tan simétrico como el de la americana. Su nariz era demasiado pequeña y sus ojos no eran muy grandes. En cambio, su boca… Apartó la mirada y respiró hondo. No podía pensar si miraba su boca que era sin duda excesiva, con labios mullidos y suaves. Y una lengua dulce como la miel…

—He montado a Coiseachd como me ordenaste —dijo ella sacándolo de sus intrincados pensamientos.

—Espero que no hayas abusado.

—Una hora, tal y como dijiste.

Él asintió y fijó su mirada en Hayden O'Sullivan, que charlaba alegremente con Siobhan Forrester.

—Tu abuelo parece rejuvenecer por momentos.

Augusta siguió su mirada.

—Creo que se ha enamorado —dijo en tono divertido y enseguida se arrepintió—. Quiero decir…

—Fue un error —dijo él tajante—, no sé qué me pasó por la cabeza, pero no quiero que pienses que ese beso significó nada.

Augusta tuvo que hacer esfuerzos para no caer fulminada allí mismo. Se puso tan roja que su cara parecía haber sido presa de algún tipo de reacción alérgica.

—Me hago responsable de mis actos y aceptaré cualquier castigo que consideres que merezco, pero no quiero que malinterpretes mi estupidez tomándola por algo que no es. No estoy enamorado de ti, Augusta, de ningún modo podría estarlo. —Negó con la cabeza. Se sentía presa de una extraña fiebre que lo obligaba a hablar sin parar—. Soy un hombre y tuve un impulso animal, momentáneo y fugaz. No volverá a suceder, te doy mi palabra.

El vals terminó y ella soltó su mano inmediatamente dejándola caer como un peso muerto.

—Ha llegado Rowena, voy a saludarla. —Se alejó de él rápidamente.

Caillen tardó un momento en percatarse de que estaba estorbando en mitad del salón y que no podían colocarse las ocho parejas que compondrían la cuadrilla del siguiente baile. Saludó con un gesto de cabeza y se fue directo al bufé de las bebidas.

Capítulo 21



—Voy a reventar —dijo Rowena inclinándose ligeramente hacia su amiga—. En serio, no debería haber comido tanto, pero es que estaba todo delicioso. Ese Gavin tiene unas manos prodigiosas y… ¡Augusta! —La sacudió con disimulo—. No me estás haciendo caso.

—Claro que te hago caso, todo estaba buenísimo y vas a reventar. Cosa que no me extraña, lo que tú haces no es comer, es engullir. No entiendo cómo no estás gorda.

—Porque soy muy nerviosa, ya lo sabes.

—Pues qué envidia.

—Vas por buen camino —dijo su amiga señalando el plato intacto, que sostenía indiferente a lo apetecible que fuese su contenido—. Come algo, anda.

Augusta miró el plato con desgana y, después de dejarlo sobre el bufé, se giró para salir de allí.

—¿Qué te pasa? —dijo su amiga al alcanzarla—. Estás rarísima esta noche.

—No empieces, Rowena, déjame respirar.

La otra la agarró del brazo y tiró de ella.

—¿Qué haces? ¿Adónde me llevas? —preguntó Augusta sin intentar resistirse.

—A algún sitio donde podamos hablar tranquilas —dijo sin detenerse.

Cerró tras entrar en la biblioteca y se encaró a Augusta con expresión intimidatoria.

—Cuéntame ahora mismo lo que te pasa.

—No quiero hablar de eso. —Movió la cabeza y su rostro perdió toda hilaridad—. No me

obligues.

—Somos amigas desde niñas, Augusta, siempre nos lo hemos contado todo.

—Pero… Me muero de vergüenza, Rowena.

Su amiga frunció el ceño.

—¿Ha pasado algo más con Caillen? ¿Has vuelto a confesarle tus sentimientos?

—No es eso. —Se mordió el labio con expresión mortificada—. Me besó.

—¡¿Qué?!

Augusta comenzó a pasearse delante de ella.

—Me besó. Me besó —repitió nerviosa—. Ayer me acompañó a casa, charlamos… mucho, de todo… Y de pronto me cogió entre sus brazos y me besó. Pero no creas que fue un simple beso, ¡parecía que quería devorarme! Y yo… respondí. No sabía ni lo que estaba haciendo, pero no podía… no quería que parase. —Miró a su amiga asustada—. ¿Estoy loca? ¿Es eso? ¿Me he vuelto completamente loca?

—Caillen no es como Kenneth —dijo Rowena aún confusa—. Si te besó de ese modo, eso significa que tú…

—Ahora ha bailado conmigo —la cortó su amiga sin dejar de caminar a uno y otro lado como pollo sin cabeza—. ¡Un vals, Rowena! Creía que iba a decirme algo… ¡Y vaya si me lo ha dicho! Que no me haga ilusiones, eso me ha dicho. —Se detuvo frente a ella—. Que ese beso no significó nada, que yo no significo nada para él.

Se tapó la cara con las manos y gruñó con rabia.

—¿Cómo puede haberme dicho eso en mitad del salón? Cada año en la cena de Navidad recordaré sus palabras y me sentiré como una completa estúpida.

—Voy a matarlo —masculló Rowena apretando los puños—. Lo mataré.

Augusta la abrazó con fuerza y se quedó así un buen rato sin decir nada. Tratando de calmar sus nervios y aliviar su vergüenza. Porque estaba tan avergonzada que no sabía cómo podría superar aquella nueva humillación. Cuando recuperó la calma se separó de su amiga y la miró con cariño.

—Suerte que te tengo a ti —gimió con una sonrisa.

—No lo entiendo —dijo la otra y se limpió una lágrima que escapaba de su ojo sin su permiso—. No entiendo a Caillen. Debería sentirse afortunado de que hayas puesto los ojos en él.

—Pues te aseguro que afortunado no es la palabra que lo describiría. Parecía horrorizado ante la idea de que yo pudiera siquiera pensar que le intereso lo más mínimo. Solo le ha faltado decirme que soy espantosa y que doy asco.

—Nunca amaré a un hombre —sentenció Rowena negando con la cabeza—. Jamás me expondré a que me diga algo como eso.

—Harás bien —dijo Augusta sin tomarla en serio.

—Lo digo de verdad, Augusta, jamás voy a permitir que ningún hombre pueda menospreciarme de ese modo. Nunca amaré a un hombre.

La otra comprendió que hablaba en serio y negó con la cabeza mirándola con pesar.

—No podrás evitarlo.

—¿Por qué no? El amor no es más que una emoción, como puede serlo la tristeza o la alegría. Y las emociones pueden controlarse.

—No.

—Desde luego que sí. Te lo demostraré.

—No podrás.

—Por supuesto que podré y te lo demostraré —repitió.

—¿Te crees que no lo evitaría si pudiera? Sé que es el único hombre al que podré amar. —Negó con la cabeza—. Esto no puede controlarse.

—He dominado mis sentimientos muchas veces a lo largo de mi vida.

—Eso no es dominar, Rowena, eso es reprimir. Fingir que estás alegre cuando en realidad estás destrozada no es dominio.

—Claro que lo es —la cortó tajante—. Si la otra persona no sabe que estás en su poder, entonces no te tiene porque no sabrá que puede ejercerlo. Lo he experimentado muchas veces con mi hermana, te aseguro que puedo hacerlo con cualquiera.

—Pues yo no puedo —negó Augusta.

—Hazle creer que te interesas por otro —dijo Rowena cruzándose de brazos—. Brodie, por ejemplo.

—No digas tonterías —dijo Augusta alejándose.

—No digo tonterías. —Su amiga la alcanzó y la cogió por los hombros obligándola a mirarla —. Eres hermosa, Augusta, y una maravillosa persona que merece que la quieran. Caillen debería besar el suelo que pisas. —Hizo un gesto con la mano como si se quitara una pelusa del vestido con un dedo—. Cualquier hombre en el que tú pusieras los ojos debería sentirse afortunado. Brodie podría ser ese hombre, ¿por qué no? Es un McEntrie y está claro que tienes debilidad por ellos.

—Nunca habías sido la clase de persona que le dice a los demás lo que quieren escuchar.

—Y sigo sin serlo, lo que te digo es la verdad y si no lo ves es que eres tonta.

—Que pienses que puede interesarme otro McEntrie demuestra que no entiendes nada —dijo apenada.

Rowena sopló impaciente. Estaba claro que lo que estaba haciendo no funcionaba.

—Siempre has tenido muy mal gusto —dijo negando con la cabeza—. Insistías en que Kenneth McEntrie es el hombre más guapo del mundo cuando, en realidad, es feo como el demonio.

Augusta soltó una carcajada sin poder contenerse.

—¡Eres horrible! Aprovechas cualquier ocasión para insultarle.

Rowena sonrió con expresión inocente.

—¿Yo? Se me acaba de ocurrir.

—Pues hay una larga lista de mujeres que suspiran por él, incluida tu hermana.

—¡Augusta! —se rio su amiga—. Madre mía, antes nunca habrías hecho una broma de tan mal gusto.

—Antes no me habían avergonzado tanto. Creo que se me ha roto algo dentro —. Frunció los labios poniendo morritos.

—Cada vez que pienso que mi hermana cambió a Lachlan por ese…

—Te recuerdo que son hermanos. Se parecen mucho.

—No se parecen en nada.

—Ya lo creo que sí —insistió Augusta—. Y los ojos de Kenneth son incluso más verdes que los de Lachlan y tiene unas pintitas doradas que hace que brillen de un modo especial.

—Un demonio repugnante y malvado, eso es.

—Nunca me había importado no ser hermosa —dijo Augusta poniéndose seria—. De verdad. Soy agradable y creo que tengo una inteligencia respetable y también soy amable y considerada. Creía que con eso bastaba, pero hoy me he dado cuenta de que sí me importa no ser tan hermosa como tú, Enid o… Julia Cadman.

—¿Qué? Pero ¿qué estás diciendo? ¡Eres preciosa! Has tenido seis propuestas de matrimonio en los últimos dos años, lo que no está nada mal, teniendo en cuenta que yo no he tenido más que una, y las dos sabemos de quién. A mí me ha pedido matrimonio Caleb Anderson y a ti el futuro conde de Ardbrock, un caballero elegante, guapo e instruido por el que cualquier mujer se sentiría atraída.

—¿Te gusta el vizconde? —preguntó Augusta entornando los ojos.

—No ha pedido mi mano.

—La mía tampoco.

—Porque le advertiste que no estabas interesada —constató Rowena.

—Dòmhnall Baxter es un hombre peligroso —dijo Augusta—, ya sabes lo que dicen de él.

—¿Que nunca ha perdido un duelo y que ha matado a varios contrincantes? Pero eso no tiene por qué ser malo, sobre todo para su esposa. ¿O es que querrías quedarte viuda?

—Es un mujeriego, Rowena, ¿cómo me quieres tan mal?

—No he dicho que te cases con él, solo constataba que has tenido candidatos interesantes.

—Dòmhnall Baxter te estuvo rondando a ti el año pasado, se acercó a mí cuando tú le diste calabazas. ¿Por qué lo hiciste, por cierto, si tan buena opción te parece?

—No me interesa esa clase de hombre, ya lo sabes —dijo Rowena levantando una ceja.

—No, tú quieres un hombre tranquilo y hogareño que no se meta en problemas.

—Eso es. Y tengo al candidato perfecto, ya lo sabes.

—Liam Fraser, a mi madre también le parece un buen partido —reconoció Augusta con tono de burla.

—Porque lo es —dijo la otra con una pícara sonrisa—. Tiene buen carácter, es dócil y callado, ¿qué más se le puede pedir a un hombre? Además, físicamente no está nada mal, esos

hombros enormes y ese pelo rojo…

—Una señorita no debería hablar así.

—¿Por qué no? Estamos solas. Cuando me case quiero hacerlo con un hombre que no me moleste durante el día, pero me dé calor por las noches. Tu madre tiene toda la razón y si no escoges a Liam probablemente lo haga yo.

—¡Rowena! —Augusta sintió que le ardía de nuevo la cara, no podía dejar de pensar en los brazos de Caillen rodeándola.

Su amiga se echó a reír a carcajadas.

—Me encanta cuando te sonrojas, te ves aún más bonita.

—No me casaré si no es por amor —afirmó Augusta—. No después de ver lo que tiene Enid.

—Lo que le ha pasado a Enid pasa una vez cada cien años.

—¿Y Elizabeth?

—Bueno, dos cada cien años.

—Dices eso porque no has pasado mucho tiempo con Emma y su esposo —murmuró Augusta—. Y, por lo que dicen, sus hermanas también han tenido la misma…

—¡Oh, basta! No puedes derribar todas mis certezas de un plumazo, Augusta, ten consideración —se burló—. Prefiero seguir pensando que el amor es odioso y hace daño a todo el mundo; eso es mucho más cómodo y evitara que viva una vida de amargada cuando no encuentre ese amor del que hablas.

—En el fondo eres demasiado sentimental.

—No lo soy —rebatió sonriendo—. Y lo sabes bien. Mi madre y mi hermana destruyeron esa parte de mí y me convirtieron en una bruja insensible. Y mi abuela no ayudó mucho tampoco.

El rostro de Rowena se ensombreció y sus ojos mostraron una chispa de tristeza al recordar a

la anciana a la que quiso tanto.

—La echo mucho de menos —susurró.

Augusta se dejó caer en una butaca y Rowena se sentó en otra frente a ella.

—Olvida a Caillen —dijo sincera—. Ya le has dicho lo que sientes, no puedes hacer más. Si es estúpido, peor para él.

Augusta asintió y durante los siguientes minutos ninguna de las dos dijo nada. Cuando su ánimo se hubo calmado se puso de pie y se arregló el vestido.

—Deberíamos regresar a la fiesta. Enid se pondrá celosa si se da cuenta de que nos hemos ausentado sin decírselo.

—Ve —dijo Rowena cerrando los ojos—. Yo iré en un momento. Ahora no estoy de humor para ver a ese maldito McEntrie.

Augusta le dio un sonoro beso en la mejilla y se marchó.

Cuando la puerta se cerró, Rowena se dejó caer contra el respaldo y bufó con rabia.

—Maldito Caillen —masculló enfadada.

Todo sería tan sencillo y tan…

—Por una vez estamos de acuerdo en algo.

—¿Qué…? —Se puso de pie de golpe—. ¿Qué hace usted aquí?

—Esperaba el momento de poder salir —dijo Kenneth con expresión indiferente.

—¿Ha estado…? ¿Ha escuchado todo lo que…?

Él asintió y después se encogió de hombros.

—¿Por qué no ha dicho que estaba aquí?

—Pensaba hacerlo —dijo burlón—, pero la conversación se volvió de lo más interesante.

Rowena apretó los labios para evitar que salieran de su boca las imprecaciones que se le

acumularon en ella.

—Augusta es mi amiga —siguió Kenneth—, y cualquier cosa que le suceda me importa.

—¿Su amiga? ¿Cree que eso es lo que pensará cuando le diga que ha estado escuchando todo lo que hemos dicho? ¿Que es su amigo?

Él se encogió de hombros.

—Probablemente se enfade un poco conmigo, pero sabrá por qué lo he hecho y me perdonará.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Porque no me lo habría contado de otro modo.

—¿Y eso le da derecho…? ¡Oh! Querría… —apretó los puños.

—¿Quiere pegarme? —volvió a su tono burlón—. Reconozco que he escuchado algunas cosas también sobre usted, y eso sí que no es asunto mío.

Rowena temblaba de rabia mientras repasaba mentalmente toda la conversación para… ¡Dios santo, habían hablado de Dòmhnall Baxter! Y también de…

—¿Liam Fraser? —dijo él, adelantándose a sus pensamientos, mientras negaba con la cabeza —. Pobre hombre, se va a morir del susto cuando le diga que Rowena Sinclair ha puesto sus ojos en él.

—No se atreverá.

Kenneth levantó una ceja.

—¿Es un reto? Porque me gustan los retos.

Rowena se dio cuenta de que con su actitud le estaba dando carnaza y optó por cambiar de estrategia. Relajó los hombros y se cruzó de brazos.

—Habría preferido decírselo yo misma, pero adelante, dígaselo, lo importante es que lo sepa.

—Yo calculo que abandonará Lanerburgh dos horas después de enterarse. ¿Y usted?

—¿Tan cobarde le cree? Tenía entendido que eran amigos.

—Y lo somos, por eso lo conozco bien. Y no es que sea un cobarde, es que su nombre da mucho miedo. Todos sabemos de lo que son capaces las Sinclair.

La otra recibió la bofetada con estoicismo y contuvo el temblor de sus manos.

—¿Le apetece beber algo? —preguntó él antes de que ella dijese nada.

—¿Con usted? Me atragantaría.

—Entonces mejor vuelva al salón y déjeme beber tranquilo.

Rowena se dirigió a la puerta, pero la detuvo antes de alcanzarla.

—¿Por qué me odia tanto? —preguntó con un deje de curiosidad en la voz.

—A los hechos me remito —dijo ella.

—¿Qué hechos? —insistió él sin dar validez al gesto.

—¿De verdad quiere que haga una exposición de su falta de honorabilidad, su mezquindad y su total carencia de escrúpulos?

Kenneth la miró sorprendido.

—¿Tantas cosas tiene contra mí? Creía que su odio provenía del encuentro que mantuve con su hermana en aquella pensión.

—Es usted el culpable de que su hermano rompiera su compromiso y lo dice como si tal cosa.

—¿Yo soy el culpable?

—La sedujo.

—¿Yo la seduje? —siguió burlándose—. Sé que conoce bien a su hermana, no es necesario que finja que cree que le robé la decencia. Aileen fue hasta allí voluntariamente y sin ninguna

clase de coacción. De hecho, no fui yo el que la sedujo sino al revés. Y, para su información, tampoco fui el primero, se lo aseguro.

—Es usted un canalla y un…

—¿No le salen las palabras? Me sorprende. Normalmente tiene una sorprendente facilidad para los insultos.

—No son insultos cuando se refieren a usted.

Se acercó a ella y Rowena tuvo que obligarse a permanecer en el sitio, resistiéndose al impulso de dar un paso atrás. La mirada de Kenneth era distinta, había algo peligroso en ella y, desde tan cerca, llegaba a intimidarla.

—Sepa que no me arrepiento de nada de lo que hice, gracias a eso evité un mal mucho mayor y mi hermano está ahora felizmente casado con una mujer que se lo merece. Antes creía que eran los celos, pero ahora ya sé por qué se comporta como una bruja insensible.

—¿Celos yo? ¿De quién?

—De su hermana, claro.

—¿Celos de Ai…? —Soltó una carcajada, aunque sus ojos no se reían.

Kenneth levantó una ceja mirándola con fijeza.

—¿Toda esa amargura por no ser una niña querida? Pobre Rowena, ¿los mejores juguetes eran siempre para Aileen? ¿Ella era la niña de papá? ¿Su madre siempre pensó que no era lo bastante guapa al compararla con su hermana?

Rowena empalideció y sus ojos se tornaron de hielo.

—Supongo que se ha sentido ofendido al escucharme decir lo que pienso de usted.

—Sé muy bien lo que piensa de mí, lleva diciéndomelo mucho tiempo, aunque no recuerdo habérselo preguntado jamás.

—Por desgracia para usted, yo soy la mejor amiga de Augusta y eso no va a cambiar, por más que lo desee.

Kenneth apretó los labios y Rowena se irguió sintiéndose triunfadora.

—Una buena amiga, ¿verdad? —dijo enfadado—. Por eso la ha puesto en esta situación. ¿Disfruta viéndola sufrir?

Rowena empalideció.

—Será desgraciado…

—La empujó a los brazos de mi hermano sabiendo a ciencia cierta que no estaba interesado en ella. Ha provocado confusión y caos a su alrededor y ha conseguido que Caillen, que para todos es un dechado de virtudes, actúe como un canalla.

A Rowena le pareció que sus cuernos de demonio emergían del cráneo haciéndose visibles.

—Aconsejé a mi amiga tal y como querría que me aconsejaran a mí. Sé que desprecia a las mujeres, pero le aseguro que podemos ser sinceras y buenas amigas a la vez.

—Yo no desprecio a todas las mujeres, solo a las que lo merecen.

—Augusta no es tan manipulable como usted cree, pensaba que la conocía mejor, pero ya veo que su amistad consiste solo en utilizarla para tener a alguien que lo escuche. Alguien a quien no le provoquen arcadas sus bromas estúpidas y que tenga interés en saber si está bien o no. Porque está claro que ni en su propia casa puede encontrar a nadie a quien le importe. Casi me compadezco de usted, debe ser muy duro vivir en su piel.

Kenneth no parecía querer decir una palabra, ni siquiera daba muestras de haber oído nada de lo que había dicho, pero en su pecho se había desatado una tormenta que amenazaba con ahogarlo desde dentro.

—¿Ha terminado? —preguntó muy serio cuando consiguió recuperar el control de sus

emociones.

Rowena levantó una ceja completamente ajena a lo que había provocado.

—Sí, he terminado.

—Pues lárguese antes de que…

Ella entornó los ojos mirando con más atención. Parecía realmente afectado por algo que ella había dicho y lamentaba no saber qué había sido exactamente.

—Antes de irme me gustaría que respondiera una pregunta. La señorita Cadman y usted están teniendo un romance, ¿verdad?

—No sabía que tuviese usted interés en mis actividades románticas.

—Y no lo tengo —dijo ella con firmeza—. Las «actividades románticas» que me interesan son las de la señorita Cadman, pero entenderá que a ella no puedo preguntárselo.

—No veo por qué no, tengo entendido que ya son amigas —dijo de nuevo burlón.

—Esa señorita y yo estamos muy lejos de ser amigas y estoy segura de que usted lo sabe perfectamente.

—Sigo sin entender el hilo de sus… —Se detuvo y entornó los ojos—. Ahora caigo, lo que le interesa en realidad es confirmar que soy tan despreciable como para hacerle a Caillen lo que, según usted, le hice a Lachlan.

Rowena sonrió malévola.

—¿Según yo? Es de dominio público lo que le hizo a Lachlan. Pero lo que me interesa es despejar las dudas sobre la honorabilidad de su hermano Caillen, la suya me trae sin cuidado.

—Puede estar tranquila, Caillen no está interesado en la señorita Cadman. Y yo me encargaré de averiguar qué narices pretende con Augusta.

—¡No! —se asustó ella—. No debe intervenir.

Kenneth la miró confuso.

—Ya sé que los hombres piensan que todo se arregla con un par de puñetazos, pero le aseguro que en este caso lo empeorará todo. No se meta.

—¿Cree que voy a dejar que mi hermano…?

—¡Oh! —exclamó para que se callara—. Deje su falsa hombría para causas mejores y no se meta.

—¿Falsa hombría?

Ella movió la cabeza como si estuviese frente a un niño que no sabe nada de la vida.

—Los hombres están hechos para luchar en guerras y cuando están ociosos, su hombría se trastorna.

Kenneth abrió la boca para decir algo, pero no le salían las palabras.

—Si se pelea con Caillen él sabrá que Augusta le ha contado… Bueno, debería decir que «creerá que le ha contado», porque no ha sido así, ¿verdad? —Lo miró con su habitual desprecio —. No se meta, por favor, deje que ella maneje este asunto a su manera.

—¿Usted hará lo mismo? —preguntó él al fin.

Rowena asintió vehementemente con la cabeza.

—Entonces, trato hecho —dijo él—. Y ahora…

Rowena lo vio señalarle la puerta y levantó el mentón con actitud altiva. Masculló algo ininteligible y salió de allí. Kenneth se sirvió un poco de whisky e hizo girar el líquido en el vaso mirándolo con fijeza. Ya no le cabía la menor duda: le gustaba Rowena Sinclair. Bebió hasta apurar el contenido del vaso y lo dejó sobre la mesa con demasiada contundencia. Por suerte hacían esos vasos muy resistentes y no se rompió. ¿Dòmhnall Baxter? ¿Liam Fraser? Sacudió la cabeza con rabia y dejó escapar el aire con un sonoro suspiro.

—Te esperan malos tiempos, Kenneth McEntrie —musitó.

Capítulo 22



La tierra se encontraba cubierta por un manto de nieve aquella mañana, dos días después de la cena de Navidad. Elizabeth permanecía apoyada en el alféizar de la ventana observando el paisaje con expresión lánguida y triste. Llevaba allí desde que el sol había asomado tímidamente y sus pensamientos habían revivido cada uno de los días que Emma había pasado en el castillo como si quisiera retener cada detalle. Dio un pequeño respingo al sentir los brazos que la rodeaban desde atrás, pero enseguida sonrió y se recostó en el pecho masculino sintiendo la calidez de su esposo como una caricia.

—¿Desde cuando estás despierta? —preguntó besándola en el pelo.

—Desde antes del amanecer.

—¿Por qué no me has despertado? —dijo él dándole la vuelta entre sus brazos para mirarla —. ¿Es por la partida de Emma?

Su esposa asintió mientras sus dedos jugueteaban con el vello rojo en el pecho del escocés.

—¿Vas a llorar? Porque como llores no voy a poder soportarlo.

Ella lo miró con una sonrisa triste.

—No lloraré delante de ti, lo prometo.

—Eso es peor. Cuando no te vea pensaré que estás llorando.

Elizabeth le rodeó el cuello con los brazos mirándolo con ternura.

—¿Por qué me quieres tanto?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —La pegó a su cuerpo.

—Es que no deja de maravillarme.

—Pues voy a maravillarte el resto de tu vida, así que deberías ir acostumbrándote.

Ella sonrió al fin despojándose de la tristeza de un manotazo.

—Me da mucha pena que Emma se marche, he pasado unos días maravillosos, y querría que no acabasen tan pronto.

—Tienen un hijo, me sorprende que hayan aguantado tantos días lejos de él.

—Es cierto —asintió ella.

—Sé que quieres mucho a Emma y te prometo que iremos a visitarlos en cuanto podamos. Eso sí, yo no iré a ninguna parte sin nuestro hijo.

—Estoy de acuerdo —dijo ella con una enorme sonrisa—. Así podremos quedarnos más tiempo. Tendremos que visitarlos a todos. A mi hermano y su mujer, a Elinor, a Harriet, a…

Dougal mudó su expresión por una circunspecta.

—Te preocupa Joseph —dijo ella bajando los brazos.

Su esposo se sentó en la cama y la miró contrariado.

—Edward me contó algunas cosas que… —Movió la cabeza—. Tiene demasiados enemigos en el negocio, gente afín a su padre que no está de acuerdo con la deriva que ha tomado la empresa. Estaban acostumbrados a recibir mucho y le están poniendo las cosas difíciles.

Elizabeth se sentó junto a él mirándolo con atención.

—Eres su amigo, es normal que te preocupes.

—Es un hermano para mí.

—Lo sé.

—Pasamos mucho juntos, estuvimos a punto de morir más de una vez, pero siempre estábamos ahí para el otro. Ahora no puedo ayudarlo.

Elizabeth asintió.

—¿No hay nada que podamos hacer? ¿No conoces a nadie en quien pueda confiar? La tripulación de vuestro barco…

Dougal negó con la cabeza.

—No puedes meter a esos hombres en un negocio como el de Joseph. Sacarían la espada para rebanarle el cuello a quien lo molestase.

—Henry es su socio —dijo refiriéndose al marido de Elinor—. ¿No puede ayudarlo?

Dougal sonrió con ternura.

—Henry está construyendo un puente —dijo como si eso lo explicase todo—. En realidad, su socia es Elinor y no querrás que ella interceda en estos asuntos.

—Bastante se expone ya —asintió Elizabeth.

—No hay nadie, Elizabeth, llevo dándole vueltas desde que me contaste lo de Bethany. —Se puso de pie y se alejó de ella visiblemente molesto—. No me creo que lo abandone para irse con ese… ese…

Elizabeth lo miró severa.

—Bethany tiene derecho a tener su propia vida, bastante ha sacrificado ya por su apellido.

—Pero ¿William Bertram?

Su mujer frunció el ceño al acercarse a él.

—Dougal McEntrie, ¿qué tienes tú en contra de William? ¿Estás celoso, acaso?

—¿Celoso yo? —Levantó el mentón orgulloso—. ¿Por qué iba a estar celoso?

Ella le rodeó la cintura con sus brazos mirándolo con una sonrisa bailando en sus ojos.

—William y Bethany tienen derecho a ser felices.

—Nadie dice lo contrario. —La abrazó también eludiendo su mirada.

—Dougal…

Él la miró al fin y Elizabeth creyó ver cierto rubor en sus mejillas.

—Ojalá puedan disfrutar de un amor la mitad de poderoso que el mío —dijo sincera—, eso sería suficiente para tener una vida plena y feliz.

—¿La mitad? —preguntó él enrollando un mechón de pelo en uno de sus dedos—. Con un pedacito del mío podría ser feliz toda Escocia.

Elizabeth apoyó la mejilla en su pecho y escuchó sus latidos. Cerró los ojos al sentir cómo él apretaba su abrazo.

—Algo se te ocurrirá para ayudar a Joseph —musitó con dulzura—. Pero no quiero que te preocupes demasiado, amor mío.

Él la acunó en sus brazos sin decir nada.

—Lo hemos pasado muy bien —dijo la duquesa tras despedirse de los McEntrie—. Han sido unos días maravillosos.

—Vuelvan a visitarnos pronto —dijo Craig sincero—. Consideren *Slioscreige* como su casa en Escocia.

—Me ha decepcionado un poco el asunto de los fantasmas —dijo el duque sonriendo—. Esperaba algún que otro susto.

—Seguro que se han contenido por ser la primera vez que nos visitaban —dijo Dougal muy serio—, pero le aseguro que haberlos, haylos.

Enid agarró a sus padres del brazo, uno a cada lado y caminó con ellos hasta el carruaje para despedirse de ellos.

—Muchas gracias por su ayuda, Caillen —dijo Emma mientras Edward charlaba con los

demás sobre los caballos—. He hablado con mi marido y está de acuerdo en que es muy buena idea cambiar de editor. No sé si será en Edimburgo o en el propio Londres, lo que me resultaría mucho más cómodo, pero desde luego, es la mejor idea.

—Me alegra haberla ayudado y ya sabe que puede utilizar mi nombre para suscribir la adenda legal.

Elizabeth se acercó a ellos, impaciente por disfrutar de un último momento con su sobrina. Las lágrimas no tardaron en aparecer.

—Cuídate mucho, Elizabeth —dijo Emma abrazándola—. Me gustaría poder quedarme hasta que nazca el bebé, pero Robert…

—No hace falta que lo digas siquiera —la calló su tía—. No te preocupes por mí, sé que todo va a ir bien.

Emma se apartó para mirarla y las dos se rieron al imaginar la estampa que hacían llorando y riendo a la vez.

—La próxima vez iremos nosotros —dijo Elizabeth—. Y nos quedaremos una buena temporada.

—¡Oh, sí, por favor!

—Estaré muy atenta a las novedades literarias —dijo su tía bajando el tono para que solo ella lo escuchase—. Estoy deseando incorporar un nuevo tomo a nuestra extensa biblioteca.

Emma asintió emocionada.

—Echaba de menos tus consejos —musitó agradecida—. Nadie me conoce como tú.

Elizabeth miró a Edward de soslayo y sonrió.

—Me parece que alguien ya me ha desbancado en eso.

—…lo haré, descuidad —decía Edward en ese momento a una petición de Kenneth—. Y os

escribiré para contaros mis impresiones sobre vuestros caballos en las carreras a las que asista.

—Serías un buen entrenador —dijo Lachlan sincero—. Se te da francamente bien.

El otro sonrió orgulloso y a Emma le pareció que había crecido unos pocos centímetros desde que estaban allí.

—Deberíamos irnos —dijo Emma con pesar. No podían alargar la despedida infinitamente.

—Abraza a todos de mi parte —dijo Elizabeth acompañándolos hasta el carruaje—. Diles que los echo muchísimo de menos, pero que soy muy feliz.

Emma asintió y las lágrimas siguieron fluyendo sin que el pañuelo pudiese impedir que sus mejillas estuviesen mojadas todo el rato.

—Me voy contenta de verte tan feliz —dijo cogiéndola de las manos.

La otra asintió emocionada.

—Soy muy afortunada —musitó.

Emma subió al coche y Edward lo hizo tras ella. Elizabeth se giró para mirar a los duques que se despedían de su hija.

—Mi niña… —La duquesa abrazaba a Enid con ternura—. No hagas excesos y nada de montar a caballo.

—No, mamá, no te preocupes, ya has visto cómo me cuidan todos.

—Y este muchacho es un bendito —dijo mirando a Lachlan que estaba junto a su esposa—. Haces bien en vigilarla, es muy cabezota.

—No se preocupe, no le quitaré el ojo de encima.

—Dale muchos besos a Alexander, Katherine y los niños. Diles que me acuerdo mucho de ellos. Y a Marianne —su voz se quebró—, cuídala mucho, mamá, que no se sienta sola.

—Tú estás muy bien atendida —dijo el duque visiblemente emocionado—. No te falta de

nada, ¿verdad, hija?

—Nada, papá —afirmó ella limpiándose las lágrimas—. Os quiero muchísimo. No os preocupéis por mí, estaré muy bien y os escribiré en cuanto nazca la criatura.

—¡Ay, mi niña! —sollozó su madre—. ¿Por qué te enamorarías de un escocés?

Lachlan sonrió sin acritud.

—Está en buenas manos —dijo el duque dándole una palmada en el hombro.

—Cuidaos mucho —deseó la duquesa.

Se despidieron de Elizabeth y Dougal, que se había acercado para consolar a su mujer, y subieron al carruaje ante la atenta mirada de todos los McEntrie.

—Han sido unos días maravillosos —dijo la duquesa desde la ventanilla.

Emma no dejó de saludar con la mano hasta que el coche se perdió de vista. Los dos matrimonios se dirigieron a la casa y los demás los siguieron.

—¿Podemos hablar un momento? —le dijo Kenneth a Caillen en el vestíbulo.

—¿Ahora?

—¿Tengo que pedir audiencia? —se burló el otro.

Los demás los miraron expectantes intentando discernir si sería necesaria su intervención o podían dejarlos solos.

—¿En mi despacho? —preguntó Caillen.

Kenneth asintió y se alejaron juntos.

—¿Vamos? —preguntó Ewan a Brodie.

—No, creo que quieren hablar de verdad. Vamos a trabajar.

—¿Un drambuie? —preguntó Caillen con el vaso en la mano.

—Whisky mejor —respondió Kenneth mientras hojeaba los documentos que había sobre la

mesa.

—Son ofertas para las propiedades de Nathaniel —dijo entregándole su bebida—. Tengo que valorarlas bien antes de enseñárselas a la señorita Cadman, pero de momento no me convence ninguna.

—Mmm.

—¿De qué querías hablarme?

Kenneth lo miró un segundo con fijeza.

—¿Nos sentamos? —preguntó.

Caillen asintió y le indicó la zona de los sofás.

—¿A qué viene tanto misterio? —preguntó y luego bebió un sorbo de drambuie mientras esperaba la respuesta.

—Besaste a Augusta.

Caillen no se inmutó, esperando que continuara, pero Kenneth le hizo un gesto para que respondiera.

—¿Es una pregunta o una afirmación? Si es una pregunta, la respuesta es sí. Si es una afirmación… —Se encogió de hombros—. En ambos casos, no entiendo qué tiene esto que ver contigo.

Kenneth bebió otro trago de su vaso y en su rostro empezó a percibirse cierta tensión.

—Es Augusta, Caillen, creo que no has valorado la situación como merece —dijo con tono excesivamente calmado.

—¿Te lo ha dicho ella? —Ladeó la cabeza mirándolo con atención—. No, no ha sido ella, si te lo hubiese contado no estarías aquí.

—Ah, ¿no?

—No. Te lo habría prohibido. Augusta no quiere que nos peleemos.

—Cierto.

—Y esto va a ser una pelea.

—Desde luego. —Kenneth apuró el contenido de su vaso y lo dejó sobre la mesita—. He pensado darte una oportunidad antes de partirte la cara.

Se puso de pie para quitarse la chaqueta.

Caillen apartó la mirada con una sonrisa irónica.

—¿No podríamos habernos peleado fuera? —preguntó poniéndose de pie también—. Aquí hay muchas cosas que podrían romperse.

Kenneth empezó a doblar las mangas de su camisa y Caillen tiró su chaqueta sobre una butaca antes de imitarlo.

—Augusta no, Caillen. Ella es mi amiga.

—Fue un impulso —dijo el otro deteniéndose un momento—. No sé por qué lo hice.

—No fue un beso cualquiera, la besaste «como si quisieras devorarla».

Caillen lo miró con fijeza.

—¿Qué?

—Eso dijo.

—¿Entonces sí te lo ha contado ella? —Su perplejidad era absoluta.

—No.

—No entiendo nada.

—Lo escuché —dijo Kenneth apartando la mesilla. Sabía lo valiosa que era y no quería que acabase hecha trizas.

—¿Que lo escuchaste? —Caillen tenía las manos en la cintura y lo miraba incrédulo.

—Estaba en la biblioteca y entraron Augusta y Rowena. Ya sabes cómo son las mujeres, se lo cuentan todo.

Caillen frunció el ceño.

—¿Qué más oíste? —preguntó.

Kenneth sonrió cínico.

—¿Quieres que te cuente lo que dijo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Cuéntamelo —insistió.

—Pueees… —Lo pensó un momento—. Algo de que se ha vuelto loca por devolverte el beso y también mencionó que tendrá que recordar el resto de su vida que la despreciaste la noche de Navidad. Algo así.

Caillen apretó los labios.

—Maldita sea… —masculló.

—¿Ahora la maldices? —Kenneth lo tomó como una provocación y lanzó un puñetazo que el otro esquivó con acierto.

—No lo decía por ella —dijo Caillen dando saltitos hacia atrás—. Maldigo la situación.

—¿Qué situación? ¿La que tú mismo provocaste?

Esta vez hizo amago de dar con la derecha y cuando lo tuvo donde quería le acertó de lleno con la izquierda.

—Buen golpe —gimió el otro sujetándose la mandíbula para aliviar el dolor—. ¿Estaba muy disgustada?

—Nooo —se burló Kenneth—. Estaba muy contenta de que le dijeras que te importaba una

mierda.

Esta vez no le sirvió el truco y Caillen consiguió zafarse sin problemas.

—Yo no le dije eso —masculló el abogado—. No quería que se hiciese ilusiones.

—¿Ilusiones? —Le acertó de lleno en las costillas del lado derecho y sonrió al verlo doblarse de dolor—. ¿No vas a devolverme los golpes? Si te crees que por eso voy a parar…

—Me los merezco —dijo el otro irguiéndose de nuevo—. Todos los puñetazos que me des me los he ganado a pulso.

Kenneth bajó los brazos de golpe.

—Así no vale —dijo apoyando el peso sobre una pierna—. Si te dejas no puedo pegarte.

—Me comporté como un imbécil. Sí, la besé, ya lo creo que la besé y te juro que nunca había besado a ninguna mujer de esa manera. Pero luego me di cuenta de que era Augusta, la hija de Violet, tu amiga…

—¿Luego te diste cuenta?

—Desde que me dijo lo que sentía ha puesto mi mundo patas arriba. —Dejó escapar el aire con un bufido y bajó los brazos consciente de que no iba a pegarle más—. Me gustaba Julia Cadman. Pensaba que nos divertiríamos juntos…

Kenneth frunció el ceño.

—Dijiste que no te interesaba.

—¡Ya te lo he dicho! Augusta me puso cabeza abajo. Cuando Julia me ofreció que nos encontrásemos en la biblioteca, le dije que no. —Se llevó las manos a la cabeza y tiró del pelo hacia atrás con saña—. Fue el mismo día que Augusta… No pude hacerlo y no lo entendía porque tenía muchas ganas de acostarme con Julia, puedes estar seguro. Pero ¡es Augusta! No puede ser ella.

—Pues para no ser ella te altera mucho los nervios.

—No me la saco de la cabeza. Y, cuanto más pienso, más cuenta me doy de que no es la persona que necesito. No es como Enid y Lachlan, ellos tienen mucho en común y comparten su gran pasión por los caballos. ¿Qué comparto yo con Augusta? ¡Nada!

Kenneth frunció el ceño. En eso estaban de acuerdo.

—¿Qué comparten Dougal y Elizabeth? —Se maldijo por hacer esa pregunta.

Caillen frunció el ceño. Trató de encontrar algo, pero después de unos segundos tuvo que reconocerse a sí mismo que no había nada que esos dos hubiesen compartido antes de entregarse el uno al otro.

—Eso es distinto —dijo, porque tenía que decir algo.

—Estoy de acuerdo —asintió Kenneth—. Dougal no es imbécil, él sí es capaz de ver lo que tiene delante de las narices.

Caillen lo miró sin entender su actitud.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó al fin—. Deberías estar intentando quitármela de la cabeza a golpes.

—Lo he intentado, pero me temo que no funciona. —Se dejó caer en el asiento masajeándose los nudillos—. Admítelo, está claro que estás enamorado de Augusta.

—¡No! —Se dejó caer en el sofá y gimió llevándose la mano a las costillas.

—Es ella, por más que te empeñes en negarlo.

—He dicho…

—Ni te molestes. Vamos a tener que asumirlo, aunque que me pese —masculló malhumorado.

Caillen enterró la cabeza en las manos inclinándose sobre sus rodillas. El corazón le latía

desbocado.

—Tienes que decírselo.

—No puedo —dijo con menos fuerza.

—Tienes que decírselo antes de que haga una tontería. Cuando la escuché hablar con Rowena, esa bruja trataba de convencerla de que Dòmhnall Baxter es un buen partido.

—¿Qué? —Levantó la cabeza y lo atravesó con ojos de loco—. ¿El vizconde de Ardbrock un buen partido? ¡Pero si es un crápula peor que tú!

Kenneth levantó una ceja con elocuente expresión, pero Caillen no le hizo caso. Se puso de pie y comenzó a pasearse nervioso.

—¿Augusta con ese… ese desgraciado? ¿Pero qué tiene Rowena en la cabeza? ¿Está loca o qué le pasa?

—Creo que no tiene nada en la cabeza. Su cabeza es una cáscara vacía. Un desolado yermo. Un…

—No puedes permitirlo —dijo Caillen poniéndose delante de él—. Tienes que hablar con ella seriamente y decirle que ese hombre no le conviene.

—Estaba pensando hacer eso, sí —dijo Kenneth con ironía—. Justo después de decirle qué vestido ponerse y cuantas zanahorias debe comer al día.

—¡Kenneth! Deja de burlarte que esto es muy serio.

—Muy serio y culpa tuya, hermano, así que tú deberás solucionarlo.

—¿Cómo? —preguntó mirándolo con fijeza.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? —preguntó Kenneth torciendo la sonrisa—. Mira, consiste en hincar la rodilla en el suelo, hablar con sus padres, ponerle un anillo en el dedo… Creo que se hace en ese orden, aunque no estoy muy seguro.

Caillen lo miraba perplejo.

—¿Me estás diciendo que me case con Augusta?

Kenneth suspiró con cansancio y se encogió de hombros.

—Me temo que no hay más solución que esa. Por inexplicable que me parezca, Augusta está enamorada de ti. Desde hace años, por cierto.

—Tú también lo sabías —afirmó incrédulo—. Está claro que el único que no se había percatado era yo.

—Nunca perdí la esperanza de que se le pasase y parecía bastante posible, hasta que regresó de Irlanda. Me di cuenta enseguida de que estaba distinta. Supongo que esa diferencia obró el milagro. La bruja la empujó a dar el paso, se puso en ridículo frente a ti y todo estuvo perdido.

—No se puso en ridículo —dijo Caillen muy serio—. Estaba adorable con las mejillas rojas como tomates y esa expresión tan dulce en sus ojos…

—¡Oh, Dios, no! —exclamó Kenneth poniéndose de pie—. ¡Otro igual!

Caillen enmudeció y empalideció casi a la vez. ¿Acababa de hablar como Dougal?

—Debes ir a verla cuanto antes —urgió Kenneth poniéndose de pie—. Y, por favor, ni se te ocurra volver a hablarme de Augusta en los términos en los que acabas de hacerlo o te juro que… ¡Por Dios!

Salió de allí dando un portazo.

Capítulo 23



En los días que siguieron a esa conversación Caillen no habló con Augusta y ella no visitó a los McEntrie. Él necesitaba tiempo para asimilar lo que le estaba pasando. Quería asegurase de que no cometía un error que luego no pudiese arreglar. Pensaba en ello, porque ya nunca pensaba en otra cosa, mientras cabalgaba hacia las tierras de Nathaniel para hablar con Julia. Lo había citado urgentemente.

Bajó del caballo y se lo dejó al mozo para que se ocupase de él antes de dirigirse a la entrada de la mansión Forrester. Seguía sintiendo aquella amarga tristeza por la pérdida de su amigo, pero poco a poco ese sentimiento se iba acomodando en un lugar más sereno y plácido, allí donde viviría con él para siempre.

El mayordomo lo acompañó hasta el saloncito en el que crepitaba el fuego de la chimenea y Julia no tardó en aparecer con su habitual frescura y belleza.

—Buenos días, Caillen.

—Buenos días, Julia.

—¿Le apetece algo caliente?

—No, gracias.

—Sentémonos, entonces.

Ella lo miró un momento antes de empezar a hablar, como si necesitara encontrar las palabras exactas.

—He conocido a Bhattair MacDonald.

—Lo siento mucho —dijo torciendo una sonrisa.

—Me han hablado mucho de la enemistad entre los McEntrie y los MacDonald.

—Es casi un deporte —dijo él sin borrar su sonrisa.

—El señor MacDonald quiere quedarse con parte de la propiedad, pero no le interesa la casa. Al parecer quiere tener un coto de caza.

—Como no.

Julia levantó una ceja con mirada interrogadora.

—Es un viejo deseo mal alimentado —explicó él.

—La cuestión es que me ha hecho una oferta y es la mejor que he recibido hasta el momento, pero quería saber su opinión al respecto. —Le entregó el documento que Bhattair había redactado tras hablar con ella—. Si acepto deberá encontrar un comprador para la casa y los caballos.

Caillen levantó la vista del papel.

—Ya le dije que los caballos los compraré yo.

—Por supuesto.

—Por supuesto quiere las mejores tierras —dijo después de revisar la oferta por encima—, pero estas incluyen a un buen número de granjeros.

—¿Y eso supone un problema?

—Nadie quiere granjeros en un coto de caza.

—No voy a ponerme quisquillosa con las intenciones de mis posibles compradores. Lo que hagan con las tierras no es cosa mía. Espero que, como mi abogado, anteponga mi beneficio al de cualquier otro.

Él la miró con curiosidad.

—No soy su abogado.

Ella no disimuló su sorpresa.

—Creía…

—Soy el abogado de Nathaniel y él jamás accedería a esto —dijo devolviéndole el documento—. Si le vende sus tierras a Bhattair MacDonald, no cuente conmigo.

Ella lo escrutó con atención.

—Realmente se odian —dijo pensativa—. He de decir que me pareció un hombre de lo más… peculiar.

—Se me ocurren adjetivos mucho más acertados que ese para describirlo.

—Es un zorro con piel de cordero —dijo ella.

—Una serpiente más bien. Una rata.

Julia parpadeó varias veces haciendo que sus largas y rizadas pestañas aletearan como mariposas. Después se humedeció ligeramente el labio con un tímido y estudiado gesto que el escocés ya conocía bien.

—Me ha decepcionado, Caillen —dijo con un mohín de renuncia—. No diré que nunca me hayan rechazado, no soy tan vanidosa y no me gusta mentir. Pero, no me lo esperaba de usted.

Él sonrió afable.

—Me consta que no quedó desatendida —dijo sabiendo de lo que hablaba.

Ella se llevó un dedo a los labios y mordió la uña con expresión divertida.

—Kenneth es un buen…

—No necesito los detalles, gracias —la cortó.

Julia suspiró y se encogió de hombros.

—Lo cierto es que al principio de conocernos tuve la impresión de que le interesaba y tengo

curiosidad por saber qué fue lo que le hizo perder ese interés —dijo sincera.

Caillen lo pensó un momento sin desviar la mirada. No quería contarle lo ocurrido con Augusta, así que se centró en otros motivos.

—No me gustó que ridiculizara a la señorita O'Sullivan.

Julia frunció el ceño.

—¿Cuándo he hecho yo semejante cosa?

—Después de oír nuestra conversación durante un baile. Supo que tenía miedo a los caballos y la puso en evidencia delante de todos.

—¿Yo la puse en evidencia? —preguntó desconcertada.

—Lo sabe perfectamente.

La americana acabó por despojarse de aquella falsa máscara de inocencia y soltó una carcajada.

—Me comporté como una arpía, ¿verdad? Pobre Augusta, no estaba muy cómoda aquella noche. Me di cuenta de que había ocurrido algo en cuanto entré en el salón y no me costó mucho averiguar quién había sido la víctima.

Caillen endureció su expresión.

—¿Y le pareció buena idea ahondar en su malestar?

Ella se encogió de hombros con expresión relajada.

—Ya le conté cómo era mi abuelo conmigo. No soy de las que consuela a la gente, suelo golpearlos si caen, es el mejor modo de que se levanten —dijo con una sonrisa—. Señor McEntrie, no sabe mucho de mujeres. La señorita O'Sullivan no necesitaba que la mimasen esa noche, necesitaba que alguien la sacudiese un poco.

Él frunció el ceño sin comprender.

—Las mujeres suelen debilitarse cuando las hacen sentir débiles —siguió ella al ver que el escocés no decía nada—. Resultaba evidente que Augusta había sufrido algún tipo de… sobresalto, y todos la trataban como si fuera a romperse. —Movió la cabeza—. No hay nada que debilite más que ver que aquellos a los que queremos nos creen débiles.

Caillen no movió un músculo, pero Julia sonrió satisfecha como si pudiera ver lo que no mostraba.

—¿Me traerá una buena oferta para que no tenga que aceptar la de ese MacDonald? No me gustaría tener que buscarme otro abogado.

—Espero poder darle buenas noticias pronto —afirmó él poniéndose de pie—. Ahora debo marcharme.

—Lo sé —dijo como si supiese exactamente adonde iba.

La vio recortada contra el cielo, montada en su yegua coja y observando el mar desde lo alto de los acantilados de Moorleigh. Se quedó unos minutos en la distancia, quería asegurarse de que no había perdido la cordura y que lo que iba a hacer era algo que tenía alguna lógica, aunque por más vueltas que le diese no se la encontrase. Movió la cabeza y dirigió a su caballo con paso lento.

—Estás en tierras de los MacDonald —dijo colocándose a su lado.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vengo de Forrester House.

Augusta frunció el ceño mirando hacia el camino y luego asintió volviendo la mirada hacia el

mar.

—Lo sé —dijo refiriéndose a su primer comentario y curiosamente Caillen la entendió

Aquí te vi llorando cuando yo tenía quince años.

Se acercó al borde dejando a Coiseachd atrás. Caillen hizo lo propio y se colocó junto a ella.

—He estado pensando mucho —dijo él tras un tenso silencio—. En ti.

Augusta no lo miró, pero sus manos se entrelazaron nerviosas.

—Creo que estoy empezando a sentir algo… —siguió él.

Escuchó un largo y sentido suspiro y la vio girarse hacia él con una extraña expresión en sus ojos.

—¿Algo? —preguntó como si necesitara oírlo otra vez para entender el mensaje que contenían esas palabras.

Él asintió mirándola también de frente.

—Sí. No lo entiendo. Te conozco desde siempre. Eres… Augusta —dijo riendo al tiempo que la señalaba con las manos—. Te he visto en pañales. Siempre has estado ahí, no sé por qué ahora…

Las palabras no estaban saliendo ni en el orden ni con el sentido que él quería darles y percibía una rechazo visceral por parte de ella, casi podía escuchar el rumor agrio de sus pensamientos.

—Augusta, tú tampoco debes estar segura de lo que sientes, para ti también debe ser algo confuso e inesperado…

Ella negó con la cabeza con una expresión tan sincera en sus ojos que lo conmovió.

—Yo no estoy confusa. Estoy muy segura de lo que siento. Sé incluso el momento exacto en el que me di cuenta. —Sonrió señalando el suelo que pisaban—. Fue aquí, en este lugar.

Caillen frunció el ceño siguiendo su mirada.

—¿Aquí? —preguntó dejando que su confusión emergiera hasta sus labios.

—Tú tenías veintiún años —dijo esperando que eso fuese suficiente, pero el escocés seguía con la misma confusa expresión—. Kenneth se cayó del caballo…

Ahora sí pareció recordarlo, sus ojos se abrieron como platos y su mirada se perdió en los recuerdos de aquel funesto y terrible momento de su vida.

—¿Me… viste? —preguntó con cierto temor.

Augusta asintió lentamente. Recordando al joven que arrodillado en el suelo lloraba como un niño.

—Temías que muriese —musitó ella.

Él asintió.

—¿Por qué viniste aquí? —preguntó Augusta.

—Ya lo sabes —dijo él con voz ronca.

Augusta asintió comprensiva y luego volvió a mirar hacia el mar. Al fondo del acantilado estaba la cueva en la que Alana lo abandonó. Por eso siempre iba allí cuando quería romperse en pedazos.

—Te quitó dos cosas muy valiosas —dijo pensativa y luego lo miró con tanto amor que a él se le derritió el hielo del alma—. Te robó la confianza y destruyó tu inocencia. Tú no tuviste la culpa.

Él no dijo nada, se había quedado sin voz. Augusta sonrió con aquellos ojos pequeños, que brillaban como dos soles.

—Tienes suerte de que las maldiciones de los McEntrie no se cumplan.

—¿Las maldiciones de los McEntrie? —preguntó él recuperando el habla.

—Kenneth decía que el día que una mujer te besara enamorada te convertiría en piedra.

Caillen levantó una ceja.

—¿Crees que eres la primera mujer que me ha besado?

Ella abrió la boca como si se sorprendiera de ello y luego se rio.

—Debo regresar ya, salí temprano de casa y no quiero que mamá se preocupe.

Caillen frunció el ceño.

—No hemos acabado de hablar —dijo él deteniéndola—. Yo no he acabado al menos.

—¿Qué más quieres decirme?

—Deberíamos casarnos —dijo sin más.

—¿Qué? ¡No!

—¿No estás de acuerdo? —preguntó confuso—. Creí que era lo que querías.

—¿Por qué «deberíamos» casarnos?

Caillen sabía que no le gustaría esa conversación, pero estaba siendo mucho más difícil de lo que había imaginado.

—Pues es evidente. Te deseo y eres la hija de Violet O'Sullivan, no quiero hacer nada que ponga en peligro la relación de ambas familias.

—No «deberías» casarte con alguien a quien no amas —dijo ella haciendo hincapié en el verbo que él no había dejado de utilizar en aquella extraña y desoladora conversación.

—Te he dicho que siento algo por ti.

—«Algo» —dijo saboreando la palabra—. Sientes «algo». Que gratificante palabra.

—Augusta… —Se acercó a ella con expresión condescendiente—. Llámalo como quieras.

—Tú lo has llamado «deseo» y «algo» —asintió—. Está bien, son dos buenas palabras para definir tus emociones. Pero eso no es amor, ¿verdad?

Caillen la vio tirar de las riendas de su yegua coja y alejarse de él sin más. Frunció el ceño confuso y cuando se libró de la parálisis momentánea que su respuesta inesperada le había causado corrió hasta ella y la detuvo sujetándola del brazo.

—¿No vas a casarte conmigo?

—Pues no, la verdad —dijo sin más y se encogió de hombros para seguir su camino.

—¿Es alguna clase de juego? —dijo él elevando el tono—. ¿Pretendes que te persiga?

Ella se detuvo en seco. Permaneció unos segundos inmóvil y después soltó las riendas y regresó para encararlo.

—No, Caillen, no se trata de ninguna clase de juego. No me casaré con un hombre que no es capaz de decir que me ama, que piensa que ese «algo» que siente por mí es un absoluto incordio y al que no le gusto lo más mínimo. Siento no ser tan bella ni tan divertida ni tan… —Se puso roja antes de decir la palabra—. Seductora, como la señorita Cadman. Por suerte, la tienes a ella, no te hacen falta sucedáneos.

El escocés frunció el ceño y volvió a agarrarla del brazo para impedir que se diese la vuelta y se marchase, como era su intención.

—No me interesa la señorita Cadman.

—Oh, ya lo creo que te interesa.

—¿Crees que miento?

—Os oí —dijo con las mejillas ardiendo—. En la biblioteca.

—¿Que… nos oíste? —preguntó entre confuso y burlón.

—Sí, os oí. No era mi intención, pero es que… ella hacia muchos ruidos.

—¿Muchos ruidos? —Se cruzó de brazos observándola como si lo que decía fuese la mar de interesante—. ¿Qué clase de ruidos? ¿Podrías repetirlos para que me haga una idea clara de lo

que hablas?

—Por supuesto que no —dijo ella levantando el mentón—. Eran *esa* clase de ruidos.

—No sé a qué *clase* te refieres —dijo frunciendo el ceño

—Gemidos —musitó—. Eso.

—¿Gemidos? —Abrió los ojos con preocupación—. ¿No serían de dolor?

—¡Oh, no, no eran de dolor en absoluto! Todo lo con…

Se dio cuenta de que él contenía su risa y apretó los labios enfadada. Sin decir nada más trató de irse, pero él no estaba dispuesto a permitírselo y volvió a sujetarla.

—¿Quieres dejar de agarrarme así?

—Cuando tú dejes de intentar irte.

—Quiero irme.

—Antes debes responder a mi propuesta —dijo él.

—No.

—¿No quieres responder?

—Esa es mi respuesta: No me casaré contigo, Caillen McEntrie.

Él abrió los ojos sorprendido.

—¿Me estás rechazando? No entiendo nada.

—Lo sé —afirmó rotunda—. Es evidente que no entiendes nada. Solo así se explica que creyeras que venir aquí y decirme esto me haría feliz.

—No pensaba decírtelo aquí, precisamente. —*¿Solo se te ocurre eso, imbécil?* —. Perdóname, Augusta, sé que estas cosas requieren de cierta ceremonia. Kenneth me advirtió que debía arrodillarme, pero…

—¿Kenneth? —Lo miró asustada—. ¿Has hablado de esto con tu hermano?

Caillen sentía que el agujero en el que se había metido era cada vez más profundo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella anonadada—. ¿De verdad habéis hablado de…? ¡Pero si siempre estáis discutiendo! ¿Ahora os contáis vuestros asuntos?

—En realidad pretendía darme una paliza —dijo llevándose una mano a la mandíbula que todavía le dolía un poco.

—¡Oh, por supuesto! —Lo señaló con el dedo—. Ni se te ocurra volver a sujetarme. No quiero seguir hablando. Olvida todo este asunto y déjame en paz.

Caillen la dejó ir consciente de que en ese momento era lo que más le convenía.

Capítulo 24



—¿Se puede ser más estúpido? —decía Augusta en voz alta mientras se desahogaba con Coiseachd.

De vez en cuando miraba hacia atrás temiendo verlo aparecer, pero Caillen debía haberse ido por otro camino o seguía en los acantilados de Moorleigh.

—La estúpida soy yo en realidad. ¿Cómo he podido enamorarme de ese trozo de carne con ojos? ¡No tiene sentimientos ni sensibilidad alguna!

La yegua relinchó como si quisiera darle ánimos y ella la acarició agradecida. Caminaba a su lado y se sintió reconfortada por su compañía.

—¿Ya has descansado suficiente? ¿Crees que puedo montarte?

La yegua movió la cabeza como si estuviese dándole permiso. Augusta buscó una piedra en la que poder subirse a modo de escalón y montó con bastante elegancia.

—Ya no se me da tan mal, ¿verdad? —sonrió satisfecha.

No se detuvo a saludar a los McEntrie al pasar por Slioscreige y siguió el camino hacia su casa. Lo último que necesitaba era encontrarse con Kenneth, no podría mantener las formas si lo veía.

—Señorita O'Sullivan —la saludó Mungo.

—Señor Fairweather —sonrió al verlo.

—La he visto esta mañana y la he saludado, pero no me ha visto.

—Iba a Moorleigh —aclaró.

—Ah, sí, está en esa dirección, pero tengo entendido que está en tierras de los MacDonald.

El mendigo se había acercado a acariciar a la yegua y su perro correteaba por entre sus patas.

—¿Quiere tomarse un té con este viejo solitario? Iba a prepararme uno ahora mismo.

Ella asintió agradecida, le iría bien charlar un rato con alguien ajeno a sus pensamientos. Sacó a Coiseachd del camino y ató sus riendas a un árbol.

—Si tiene un cubo con un poco de agua para mi yegua, se lo agradeceré.

—Por supuesto —afirmó el anciano y fue a buscarlo mientras ella entraba en la casa.

La había limpiado y, aunque no había muchas cosas, le pareció un lugar agradable.

—Siéntese —dijo él cuando regresó—. A su yegua no parece desagradarle mi Rufus, han hecho muy buenas migas. Está coja.

Augusta sonrió.

—Sí, ya me había dado cuenta.

El anciano se rio y comenzó a preparar el té.

—¿A qué ha ido a Moorleigh? —preguntó para darle conversación.

—Suelo ir cuando necesito pensar. —Observó la estancia—. ¿No le gustarían unas cortinas para esa ventana?

—¡Oh, no! Me gustan así. Supongo que le parece un cuchitril. Lo cierto es que cada día me siento más a gusto aquí. No sé si eso es bueno para mí, pero le aseguro que es muy bueno para Rufus. El pobre está encantado de tener una casa y de comer todos los días.

Augusta asintió comprensiva.

—Caillen me dijo que lo encontró abandonado.

El viejo asintió y puso la tetera de lata sobre la mesa. A continuación, colocó dos rústicas tazas y un azucarero descascarillado.

—No tengo muchos utensilios —se disculpó el hombre y luego se sentó al otro lado de la mesa mirándola con una tímida sonrisa—. No contaba con tener invitadas de su categoría.

Augusta sonrió afable.

—Pues pienso volver a visitarlo, si me lo permite —dijo mirando a su alrededor—. Me gusta ese sitio.

—A mí también. ¿Conoció usted a los Gordon?

—Sí —afirmó—. Eran una familia muy agradable. Finlay, el hijo mayor, era muy amigo de Dougal.

—Eso me han dicho. Y que tuvieron que marcharse a Canadá. Son buena gente esos McEntrie. El mayor fue amigo del hijo de uno de los arrendados de su padre y el segundo acoge a un mendigo con gran generosidad.

Ella asintió con la cabeza.

—Le irían bien unos cuantos muebles nuevos. Ese sillón se cae a pedazos.

El viejo siguió su mirada y se encogió de hombros.

—Tampoco es que vaya a caerme desde muy alto, ¿verdad? —se rio.

En pocos minutos el humor de Augusta cambió.

—¿Me dejaría que lo dibujara? —preguntó.

Mungo la miró como si hubiese dicho algo incomprensible.

—Hago retratos de la gente —dijo ella llevándose la taza a los labios—. Me gusta mucho dibujar y no se me da mal.

—¿Y quiere dibujarme a mí?

Ella asintió y luego señalo a Rufus.

—Y a él también, si me deja.

—¡Oh! —Se rio emocionado—. Claro que le dejamos, ¿verdad, Rufus? Será un honor que nos dibuje si usted quiere.

Cuando Augusta salió de la granja su ánimo era mucho más liviano que al llegar.

—Le traeré algunas cosas —dijo ya en su montura—. Nada de cortinas ni adornos, pero creo que puedo conseguirle una tetera y unas cuantas tazas mejores que las que tiene. También le traeré algunas conservas y fermentados que podrá conservar sin problemas.

El viejo la despidió con la mano con expresión alegre y Rufus ladró un par de veces como saludo de despedida.

—Es una buena mujer —le dijo su amo cuando volvieron a quedarse solos—, espero que no nos llene esto de flores. ¿Te gustan las flores, muchacho?

Augusta volvió varias veces en la siguiente semana y, como Mungo se temía, al tercer día le llevó un ramo de flores que se empeñó en colocar en un cesto en mitad de la mesa.

—Queda muy bonito, no sé de qué se queja —se burló ella ahuecando las hojas para que quedasen bien puestas.

El viejo mendigo suspiró con resignación y comenzó a preparar el té como siempre que ella iba a verlo. Augusta había llevado una cajita con pastas, a las que Mungo ya se había aficionado, y un par de frascos de compota de manzana. Como había ido caminando no había llevado nada más.

—Mi madre cree que estas son las pastas preferidas de Caillen, pero en realidad a él no le gustan demasiado. No se lo dice para no entristecerla —explicó antes de morder una que había mojado en el té.

Mungo la miraba con el ceño fruncido como hacía siempre que la veía hacer eso. Ella sonrió

y volvió a hundirla en el humeante líquido.

—Así están deliciosas, debería probarlo.

—¿Galletas mojadas? ¿Y por qué iba a querer probar semejante cosa?

—Mmmm —dijo ella poniendo los ojos en blanco para indicar lo buenas que estaban.

El viejo frunció el ceño y finalmente cayó en la tentación probándolo, pero la mantuvo demasiado rato sumergida y la pasta se desmenuzó estropeando la infusión.

—¡Lo sabía! —dijo ceñudo—. Es una absoluta estupidez.

Augusta se rio al ver su enfado. Su abuelo era igual, gruñón y quejicoso la mayor parte del tiempo. Se llevarían bien.

—Hay té de sobra —dijo poniéndose de pie para vaciar el contenido de su taza y volver a llenarla—. Ya está. No hay que agobiarse por cosas que tienen solución. Debe mojar la pastita así, ¿ve? La hunde y la saca dos veces, nada más. Pruébelo.

—¿Otra vez? —Negó con la cabeza—. Deje que me coma las galletas como yo quiera.

Ella aceptó encogiéndose de hombros.

—Me está malcriando —dijo Mungo mirándola con expresión lastimosa—. Anoche me disgusté porque no me quedaba col fermentada. Nunca me había importado lo que comía, simplemente me alimentaba. Pero ahora me ilusiono pensando en lo que voy a comer.

—¿Y eso es malo? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—¡Claro que es malo! Si quieres vivir como yo, sin depender de nadie, es muy malo.

—¿Y por qué quiere vivir así? Ahora tiene un lugar donde quedarse, los McEntrie no lo van a echar de aquí y puede tener una vida más confortable y feliz.

—¿Feliz? —Negó con la cabeza—. Esta vida trae muchas complicaciones consigo y es estúpido no verlo cuando ya lo has vivido.

Ella lo miró ahora con más atención.

—Nunca me ha hablado de su familia.

Mungo suspiró recostándose en el respaldo de la silla mientras su mano daba vueltas a la cucharilla del té.

—Mi padre era granjero. —Señaló a su alrededor con la otra mano—. Vivíamos en una granja muy parecida a esta. Siempre estaba amargado. Que si no había bastante dinero, que si la vida era solo trabajar… Mi madre era una buena mujer, que trataba de darle alegría a su familia, pero mi padre nunca tenía suficiente. ¿Ha conocido a alguien así?

—Hay personas que no pueden ser felices, tengan lo que tengan —dijo con pesar.

—Usted no es así —dijo rotundo.

Augusta sonrió aliviada.

—Me alegra que lo piense.

—No hay más que verla para darse cuenta de que es usted de esas personas que siempre encuentra un motivo para sonreír.

—Lo intento. ¿Le incomoda hablarme de su familia?

—¿Incomodarme? —Se encogió de hombros—. No, la verdad. Todo eso es pasado y ya nunca pienso en ello.

—¿No ha vuelto a verlos? Ahora que está en Lanerburgh podría…

—No hay nadie en quién pensar. Hubo un incendio en la granja y murieron todos —dijo sin expresión alguna—. Me quedé solo de la noche a la mañana.

—¡Oh! —Augusta empalideció y sus ojos se hicieron más grandes por la conmoción—. Lo siento muchísimo. ¿Cuántos años tenía?

—Iba a cumplir quince. Ha pasado una vida entera —murmuró sorprendido—. Me maravilla

lo rápido que pasa el tiempo.

—¿Y qué hizo usted?

—Los vecinos me dieron ropa y comida, hice un hatillo y me marché para siempre. Tuve que buscar trabajo allí donde iba. He viajado mucho —dijo pensativo—. Durante un tiempo fui soldado, aunque no lo crea tengo muy buena puntería y no se me da mal el manejo de la espada, pero no me gustó nada. ¿Por qué tenía que matar a aquellos hombres que no me habían hecho nada?

—Parece que ha tenido varias vidas.

El mendigo asintió de nuevo y sonrió afable.

—Solo hay una cosa que no he hecho: casarme. Es difícil para alguien que no quiere vivir en un sitio fijo que una mujer quiera acompañarlo. Conocí a unas cuantas, no crea que he sido un santo, pero ninguna aceptó esa vida.

—¿Y le sorprende? No sería nada fácil.

—Desde luego, no me sorprende en absoluto. Es el precio que he tenido que pagar por vivir como he querido. Y tampoco se crea que me arrepiento, si volviese a nacer, lo haría todo exactamente igual a como lo hice. Lo único que no quería era ser como mi padre y como hay Dios que lo he cumplido —se rio.

—Tiene razón en que su padre malgastó su vida lamentándose por lo que no tenía.

—Podría haber sido muy feliz, tenía una buena familia y un techo sobre su cabeza. Las posesiones no son tan valiosas como cree la gente. Si tienes un plato de comida y una buena cama, lo demás solo es la añadidura —dijo citando La Biblia.

Al ver la expresión en el rostro de Augusta sonrió.

—No soy creyente, si es lo que está pensando. No profeso ninguna fe, pero las conozco

todas. Dios será uno solo, pero hay que ver la cantidad de nombres que tiene.

Lo miró con suma curiosidad, aquel anciano vagabundo que había detenido su peregrinaje en tierras de los McEntrie era todo un personaje. Le gustaba mucho ir a visitarlo y charlar con él de cualquier tema.

—Debería conocer a mi abuelo —dijo de pronto.

—¿Se refiere al viejo gruñón que casi me echa a patadas de su casa la primera vez que la vi?

—¡El mismo! —se rio ella—. Se le va toda la fuerza por la boca, en el fondo es un hombre maravilloso. Me lo recuerda algunas veces.

—Tráigalo un día, le prepare té y azuzaré a Rufus para que le muerda —se burló.

Augusta se acabó su bebida y sacó el cuaderno de dibujo.

—El del otro día ya está acabado —dijo mostrándoselo.

Mungo lo miró admirado.

—Es usted una artista, es un dibujo magnífico.

—Que va —negó ella con la cabeza—. Las proporciones no son del todo correctas y la luz aún no la domino como quisiera.

—¿Puedo ver el resto? —pidió el cuaderno.

Augusta se lo dio con cierta turbación y el anciano pasó las hojas una tras otra. En cada dibujo se le oía suspirar, exclamar o hacer algún comentario alabándola. Cuando acabó se lo devolvió con una sonrisa burlona.

—Está claro cuáles son sus preferencias a la hora de dibujar: hombres aguerridos y de buena presencia.

Augusta sonrió y sus mejillas se colorearon.

—Tengo otros cuadernos con retratos femeninos. Creí que usted encajaba mejor en este.

—Desde luego. Ha dibujado a todos los McEntrie, incluido el padre, pero… —Movió la cabeza al tiempo que se reía—. Está claro que tiene predilección por uno.

Ella desvió la mirada arrepintiéndose de no haber empezado un cuaderno nuevo con él.

—A partir de ahora solo dibujaré a Rufus —dijo sacando los lápices para empezar el trabajo.

Desde ese momento se hizo el silencio en la granja. Mungo se fumó su pipa sentado en la entrada, mientras Augusta dibujaba a Rufus, que se estuvo sorprendentemente quieto todo el rato. El viejo tarareaba una cancioncilla que ya le había escuchado muchas veces. Hablaba de una ballena y de un joven cazador que la perseguía porque creía que era su amada, que había sido víctima de un maleficio.

—Me la cantaba mi madre cuando era un niño —explicó cuando Augusta le preguntó por ella.

—Es una extraña historia de amor.

—Así es. El cazador la perseguía para matarla, porque creía que así recuperaría a la mujer que amaba, pero siempre ocurría algo que impedía que le clavase su arpón.

Cuando llegó el momento de irse el anciano se plantó delante de ella con expresión lastimera.

—No me traiga más cachivaches, señorita Augusta, se lo pido por favor.

Ella asintió sonriendo con timidez.

—¿Puedo seguir trayendo comida?

—Sin abusar, piense que aquí solo comemos Rufus y yo y él se conforma con las sobras. ¿O soy yo el que se come lo que él deja? —Fingió pensarlo para hacerla reír.

—No me acompañe —dijo Augusta cuando vio que salía tras ella—. No olvide guardar la compota en la tinaja para que se conserve fresca. El próximo día vendré con Coiseachd y le traeré col fermentada y un guiso de Gavin de esos que tanto le gustan.

—Disfrute del paseo, Augusta.

—Gracias, Mungo. Volveré a verlo la semana que viene.

—Aquí estaremos —dijo él acariciando a Rufus que se había pegado a sus piernas—. Di adiós a la señorita, Rufus.

El perro ladró y Augusta sonrió saludando con la mano.

Capítulo 25



Caillen se puso de pie en cuanto la puerta del salón se abrió. Había escuchado la voz de Augusta y su impaciencia lo hizo adelantarse a su entrada.

—Mamá, he… —Se detuvo al verlo—. Caillen.

—Hola, Augusta.

—Has tardado mucho, niña, cada día te entretienes más en esos paseos —dijo su madre—. Has vuelto a ir a casa de ese Mungo, ¿verdad? ¿Qué le has llevado esta vez?

—Buenos días, Caillen —saludó ella antes de responder a su madre—. Solo comida, mamá. Ya solo me deja llevarle eso.

—¿Has ido caminando? —dijo Caillen entornando los ojos—. No llevas traje de montar.

Ella asintió y unas pequeñas arruguitas aparecieron en la frente del escocés.

—Caillen ha venido a traer esos documentos que tenía que firmar el abuelo y estábamos hablando del baile de los condes de Sutherland. Elizabeth y Enid no van a ir.

—Lo sé —dijo Augusta sentándose en el sofá con el cuaderno de dibujo en su regazo. No pensaba que hubiera nadie, de haberlo sabido lo habría dejado fuera—. Enid me lo dijo la otra tarde.

—¡Oh, claro! —recordó Violet mirando a Caillen—. Vino a ver a Augusta.

—Es que hace días que no nos visita —dijo Caillen fijando la vista en el cuaderno que ella parecía tener mucho interés en ocultar—. Todos la echamos de menos.

—Ha estado muy ocupada con ese mendigo al que alojaste en la granja de los Gordon. Se

pasa el día yendo y viniendo con cosas. Cualquiera diría que es ella la que lo ha acogido y no tú.

—Al final no querrá irse —dijo él en el mismo tono serio—. ¿Asistirás al baile, Augusta?

Su madre la miró también y al ver que se limitaba a asentir entornó los ojos escrutadora.

—¡Claro que iremos! No se le dice que no a los condes de Sutherland —sonrió—. Además, pensamos asistir a todos los eventos que se produzcan este año. Mil ochocientos catorce será un año magnífico, estoy segura. La guerra tiene que acabar y las cosas volverán a su lugar. ¿Sabes cuánto tiempo van a quedarse las inquilinas de Forrester House?

—Probablemente hasta la primavera. Hasta ahora no he encontrado un comprador factible

—Es una casa magnífica —dijo Augusta sorprendida—. No debería ser difícil venderla.

—Pues lo está siendo —afirmó él suavizando la voz—. Yo también opino que es una casa extraordinaria.

—Andrew y él han estado hablando de eso antes de que llegaras —le explicó su madre—. Tendrías que haberlos visto, Caillen parecía tomarlo en serio y tu hermano ha disfrutado de lo lindo.

—Y es así, Violet, lo tomo muy en serio —afirmó él sonriendo—. Creo que va a ser muy buen arquitecto.

—Paparruchas —dijo la mujer moviendo la mano—. Eso son cosas de niños. Ahora quiere ser arquitecto y antes iba a ser médico. Este muchacho tiene mucha imaginación y grandes ideas, pero al final será como su padre.

—No digas eso, mamá —la regañó su hija—. Andrew estudia mucho desde que supo lo que quería ser.

—No voy a decírselo a él, descuida, no soy esa clase de madre. Pero tampoco quiero que lo animéis demasiado.

Augusta y Caillen se miraron y sonrieron sin poder evitarlo.

—Sé que has estado caminando y quizá no te apetezca, pero ¿me acompañarías al menos hasta las cuadras a ver a Coiseachd? —preguntó él aprovechando que había bajado la guardia.

—¡Claro que irá! ¿Verdad, hija? —se adelantó Violet. Fuese lo que fuese lo que les pasaba a esos dos, tenían que solucionarlo cuanto antes—. Trata a esa yegua como si fuera de la familia. Cualquier día la sienta a comer a la mesa.

—Tendrán que comprar sillas más grandes —dijo Caillen y Violet se rio ante la ocurrencia.

Él se puso de pie sin apartar la mirada de Augusta y ella lo imitó reticente.

—Vamos —dijo caminando hacia la puerta, donde esperó a que él se despidiera de su madre antes de salir.

—¿Podemos hablar? —dijo Caillen cuando estuvieron a unos cuantos pasos de la casa.

—Creía que…

—Era una excusa. Tu madre se ha dado cuenta de que nos pasa algo, solo faltaba que dijera que quería hablar contigo.

Ella apretó los labios y elevó ligeramente el mentón, pero asintió.

—Vayamos hacia las caballerizas —sugirió ella—, es posible que mi madre esté en la ventana. Saldremos por detrás si no has acabado de decirme lo que sea que quieres decir.

—No habré acabado.

Ella asintió y se dirigieron hacia las cuadras.

No hablaron hasta que estuvieron en el sendero que llevaba a Glenwherry.

—Si estás cansada podemos sentarnos en algún sitio —dijo él mirando a su alrededor y señaló hacia unas piedras fuera del camino.

—Prefiero caminar, si no te importa.

Dieron unos cuantos pasos más en silencio.

—Augusta, ¿cuánto va a durar esto? —preguntó al fin deteniéndose.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Cuánto va a durar el qué?

—¡Esto! Que no vengas a vernos. Que no me… hables.

—Te estoy hablando.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Cuánto más vas a castigarme?

Ella respiró hondo.

—No estoy haciendo semejante cosa.

—Ya lo creo que sí. —Sus ojos la miraban con firmeza—. Entiendo que te enfadaras, no estuve muy acertado en mi declaración, pero ¿no puedes quedarte con lo importante del mensaje? ¡Quiero casarme contigo!

—Ya veo. ¿Y se supone que tengo que estar agradecida por ello? —dijo sin acritud.

—Agradecida no es la palabra, pero tampoco entiendo esto. —La señaló.

—¿Me amas, Caillen?

Él se movió inquieto y bajó la mirada hasta sus pies.

—No me amas, es evidente —dijo ella con el mismo tono calmado—. Y lo cierto es que me digo que no debería importarme, que debería coger lo que me ofreces y alegrarme de que el hombre al que amo sea mío.

Él levantó la mirada y clavó sus ojos verdes en ella. Escucharla hablar así le alteraba el pulso.

—Es más de lo que muchas mujeres tienen —dijo él con voz ronca.

—Lo sé. —Retomó el paseo y él la siguió.

—Podemos ser felices juntos.

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees?

—Sí, estoy convencido. Nuestras familias están muy unidas. Tendrás a Enid cerca…

Ella bajó la mirada y la posó en sus manos.

—Debería conformarme con eso —musitó.

Él se detuvo de nuevo, pero ella no lo imitó. La alcanzó y la hizo detenerse sujetándola del brazo.

—Augusta, ¿qué quieres de mí?

Ella lo miró de un modo que hizo que él soltara su brazo, turbado.

—¿Y si te arrepientes? —preguntó sincera—. ¿Qué pasará si una vez casados te arrepientes? ¿Buscarás en otra lo que no encuentres en mí?

—Yo jamás haría eso —dijo visiblemente ofendido.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes? ¿Crees que tu padre lo pensaba?

—No me compares con él.

—Es tu padre, ¿cómo no voy a compararte? Y él amaba a tu madre.

—Augusta…

—La amaba y aun así buscó en otra lo que…

—¡Basta!

Su mirada habría amilanado a cualquier otra, pero no a ella. Lo conocía demasiado bien para saber que no tenía nada que temer.

—¿Y tú? —le espetó él de pronto—. ¿Cambiarás tú de opinión?

Augusta no se lo esperaba y su sorpresa fue más que evidente.

—¿De qué estás hablando?

—¿Estás segura de tus sentimientos por Kenneth? ¿O tendré que estar siempre vigilando?

Ella abrió los ojos y la boca sin encontrar las palabras que querría escupirle a la cara. Hizo ademán de regresar, pero él la agarró impidiéndoselo.

—¡Suéltame inmediatamente! —dijo ella furiosa.

—¡Deja de huir de mí!

—¿Cómo te atreves a decirme algo tan… tan...? ¡Oh, maldita sea! —dijo y le dio un empujón con todas sus fuerzas que lo obligó a dar un paso atrás.

A Augusta se le cayó el cuaderno al suelo y lo miró sorprendida. ¿Qué hacía allí? Hizo ademán de cogerlo, pero él se le adelantó.

—Devuélvemelo —ordenó ella extendiendo el brazo hacia él.

Pero Caillen ya lo había abierto y pasaba las páginas con expresión abrumada. Reconoció los rostros de sus hermanos. Pero al verse a sí mismo el corazón le dio un vuelco. Había muchos retratos suyos. Montando a caballo, de pie, sentado, distraído, riendo, enfadado, pensativo…

Ella se lo arrancó de las manos y lo apretó contra el pecho. Tenía una mirada fiera, como una madre protegiendo a su cría. Caillen la miró un momento, intentando qué era lo que le pasaba a su corazón que no se calmaba.

De repente fue hacia ella y la rodeó con sus brazos. La tuvo abrazada un momento, sintiendo sus brazos doblados contra su pecho como una barrera.

—Lo siento —dijo con dulzura—. Siento haber sido tan… insensible.

Se apartó para mirarla y sus ojos desprendían tanto amor que no tuvo ya ninguna duda.

—Tengo que besarte o te juro que me volveré loco.

Y la besó. Un beso profundo y sentido que fue creciendo en intensidad a medida que su lengua exploraba su boca. Ella gimió y el cuaderno cayó al suelo. Cuando lo rodeó con sus

brazos él la pegó más a su cuerpo, quería que lo sintiese, que supiera lo mucho que la deseaba.

—Te deseo, Augusta, con cada fibra de mi ser. He estado recreando este beso cada día y cada noche desde la última vez que te vi. Mi cuerpo arde y la cabeza me va a explotar. ¿No puede un matrimonio sustentarse sobre esto? Yo creo que sí, que puede, y voy a convencerte como sea de que te cases conmigo.

Ahora fue ella la que lo besó poniendo el corazón en ello. Lo amaba y lo deseaba. Ni siquiera sabía lo que era desear a otro ser humano hasta que él la tomó en sus brazos por primera vez. Aquel ansia en su vientre, aquella certeza de que su corazón languidecería hasta morir, si no podía tenerlo. Lo besó con todo el amor que había alimentado en secreto durante años.

—Augusta… —musitó contra su boca y luego volvió a tomarla con ansia, como si no pudiera respirar si no era su aliento.

Después de mucho rato ella consiguió separarse y lo miró a los ojos con temor.

—Deberíamos… Estamos en mitad del camino.

Él tenía la mirada brumosa y miró a su alrededor con expresión confusa. La soltó despacio, como si le supusiera un esfuerzo titánico.

—Dios mío… —musitó apartándose el pelo y respirando con dificultad.

Si alguien de la casa los viese… Se paseó a un lado y a otro tratando de recuperar la calma.

—Te casarás conmigo —dijo rotundo deteniéndose frente a ella—. Esto es inaceptable. Nos casaremos cuanto antes.

—¿No deberías pedírmelo primero? —dijo sintiendo la amenaza de las lágrimas. De ningún modo quería llorar, no ahora.

—Ya te lo pedí y ahora acabas de responderme.

—No he hecho tal cosa.

—Has metido tu lengua en mi boca —le recordó—, para mí eso es un sí.

Ella se puso tan roja que sintió el calor salir por las orejas.

—¿Vas a hacer que te obligue? —dijo con mirada severa—. Porque estoy dispuesto a hacerlo.

—No puedes.

—Ya lo creo que puedo. Solo tengo que seguir y acabar lo que he empezado.

—No es propio de ti hablar de ese modo —dijo decepcionada.

—Haré lo que tenga que hacer para que entres en razón. Tú me quieres y yo quiero casarme contigo. No hay más que hablar. Si sigues empecinándote en castigarme…

—¡No estoy haciendo eso! —gritó furiosa—. ¿Es que no te importo ni un poco?

La miró sorprendido.

—¡Claro que me importas! Si no me importarás no estaría aquí.

—Entonces deberías saber que me haces daño, mucho daño. —Movió la cabeza amargada, allí estaban las malditas lágrimas—. No entiendes nada, Caillen. No sé si podré vivir sabiendo que no me amas. Temiendo que acabes amando a otra. No podré soportarlo.

Él se acercó y la miró fijamente a los ojos.

—Eso no ocurrirá.

—¿Cómo lo sabes? No puedes saberlo.

—Óyeme bien: jamás, pase lo que pase, te engañaré. Te doy mi palabra.

—No sabes lo que es este sentimiento, Caillen. Moriría por ti. Mataría por ti —Sollozó—. Si alguna vez amas a una mujer nada ni nadie podrá impedir que tú…

La cogió por los hombros.

—He dicho que jamás y cumpliré mi palabra. Te casarás conmigo y seremos felices juntos.

La atrajo hacia su cuerpo y la abrazó dejando que empapara su chaqueta con sus lágrimas.

Capítulo 26



Carlton miraba a su esposa desde una prudencial distancia. Hablaba con la condesa fingiendo una simpatía que él sabía bien que no sentía. Era muy ladina y manipuladora, lo sabía bien. La había visto manejar a su madre con gran maestría y conocía sus dotes para el engaño mejor que nadie. A él mismo lo engatusó para casarse utilizando su cuerpo como herramienta. Torció una sonrisa de desprecio al recordar cómo la deseaba entonces, de un modo casi enfermizo. La condesa de Sutherland era amable con ella, pero también sabía que los Sutherland detestaban a su familia. Los toleraban, porque no podían ignorarlos, pero no los soportaban.

—No te fíes de las mujeres —dijo Bhattair detrás de él—, sobre todo de la tuya. La mayor traición suele venir de quien duerme en tu cama.

Cuando los ojos de Blanche se cruzaron con los de su marido, sintió un estremecimiento ante la certeza de que, si no estuviesen en mitad de un salón repleto de gente, su noche no habría acabado bien. Estaba agotada, sus fuerzas mermaban cada día que pasaba y cada vez le resultaba más difícil interpretar el papel de esposa feliz. De un tiempo a esta parte tenía pensamientos muy oscuros, deseos inconfesables que temía acabarían por materializarse si no encontraba el modo de librarse de él. Por eso sentía aquella desesperación impaciente al ver que nada sucedía. Los McEntrie no habían hecho nada y Cecilia había desparecido sin dejar rastro.

La anfitriona se alejó de ella en cuanto tuvo ocasión y desde ese momento nadie volvió a acercársele. Buscó un lugar estratégico donde sentarse. Lejos de los MacDonald y bien situado para poder observar a todo el mundo sin llamar la atención. Se fijó en cada uno de los McEntrie

y enseguida se dio cuenta de que Caillen y Augusta llevaban mucho rato juntos. Los había visto hablar desde que entraron en el salón y seguían allí una hora después. No pudo recordar si los había visto bailar, aunque diría que no. Ella no parecía muy feliz y él estaba un poco tenso. Buscó a Kenneth y lo vio junto a su padre, charlando relajado. Qué extraño, siempre había pensado que esos dos se casarían, pero ahora ya no lo tenía tan claro. Entornó los ojos con malicia. La señorita O'Sullivan tenía fama de ser una persona accesible y con un gran corazón. Pobre ingenua, debía pensar que la vida era algo agradable y maravilloso. Ya descubriría la verdad cuando se casara y su marido dejase de verla como un bonito objeto nuevo y reluciente al que…

—¿Qué haces tan apartada de todos?

La voz de Carlton le hizo dar un respingo. Levantó la mirada y se encontró con una de sus más seductoras sonrisas. Bajó la mirada hasta su copa deseando que esa noche no bebiera más de la cuenta.

—Me duelen los pies —dijo.

Su marido se sentó a su lado observando a los que bailaban.

—Estás engordando, deberías hacer algo de ejercicio.

—Gracias, querido esposo —dijo ella con ironía.

Él la miró de soslayo, pero ignoró su comentario.

—Te he visto mirando a ese McEntrie, ¿hay algo entre esos dos?

Blanche se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? No es que los McEntrie nos cuenten sus planes. A la única que toleran es a Bonnie. ¿Has sabido algo de ella? —preguntó tratando de desviar el tema.

—¿Crees que nos escribimos cartitas contándonos nuestras vidas? No sé más que lo que dice

mi madre, que está bien y que volverá a casa para pasar los meses de verano.

—¿No se quedará con los McEntrie?

Él la miró con desprecio.

—¿Acaso es una de ellos? ¡Es una MacDonald!

—Pero ahora Elizabeth es su protectora, ella corre con todos los gastos de esa escuela.

—¿Y qué tiene eso que ver? Sigue siendo una MacDonald, le pese a quien le pese.

Pasaron unos segundos en los que Blanche siguió observando a todo el mundo con atención mientras su esposo la miraba a ella con fijeza.

—¿Has oído algo sobre Cecilia?

Su esposa tuvo que hacer acopio de toda su contención para no temblar de miedo.

—Nada en absoluto. Seguramente se ha ido del país para que no la encierren.

Carlton entornó los ojos sin apartarlos de ella.

—¿Tú crees?

—Estoy segura —trató de sonreír—. Después de lo que hizo sabía que no la perdonarías.

—La muy tonta se pensaba que me engañaría diciéndome que tú le habías ordenado buscar un documento en mi despacho —se rio.

—Todos en la casa saben que en tu despacho no se entra sin que tú estés —dijo con voz tranquila—. Dijo lo primero que se le ocurrió, pobre tonta, como si yo tuviera documentos.

—Eso creo yo —dijo taimado—. Supe que mentía cuando me dijo que había encontrado los documentos encima del escritorio, cuando los tenía bien guardados. —Sonrió—. Jamás dejaría documentos como esos a la vista de nadie.

—No es muy lista, ¿verdad? —dijo ella tratando de sonreír—. Pero no tienes nada que temer de ella. No se atreverá a decir nada.

—Eso creo, sí, pero, aun así, voy a encontrarla. —Bebió un trago de su copa en actitud falsamente relajada—. No dejo de pensar que había alguien más metido en el asunto. Si hubiese tenido tiempo se lo habría sacado a golpes. Aún no me explicó cómo logró abrir el candado que le puse a la reja.

—Ese hombre horrible que trabaja para ti se dejó la barra de hierro que ella usó para forzarlo, ya lo oíste.

Carlton frunció el ceño mirándola muy serio.

—Lo que dijo fue que la dejó apoyada en la esquina y que era imposible que Cecilia la alcanzase desde dentro de la celda.

—¿Y qué querías que dijese? ¿Que se la había dejado cerca y que se escapó por su culpa? Si no confesó fue para que no lo mataras. Que se pudra en la cárcel, por incompetente —murmuró.

Carlton sonrió perverso.

—La traición es lo único que no perdono —dijo mirándola con fijeza.

Blanche sintió un escalofrío, pero se mantuvo impertérrita a sus ojos.

—Parece que por fin Caillen va a bailar con la señorita O'Sullivan —anunció Carlton antes de beber otro trago—. Siempre pensé que Kenneth sería su elección, pero al parecer me equivoqué de hermano.

—Mañana iré a hablar con tu padre —dijo Caillen mientras bailaban.

Augusta miró hacia su madre que hablaba con la condesa de Sutherland.

—¿No quieres? —La voz del escocés sonó insegura y Augusta lo miró sorprendida.

Casi parecía que le importase de verdad.

—Mañana estarán cansados después del baile, mejor el viernes —dijo ella en tono quedo.

—Si lo dices mirándome así voy a pensar que te estoy obligando a casarte conmigo.

Ella se esforzó en sonreír, aunque no tuvo demasiado éxito.

—Quiero… hablar con mi madre antes.

Él asintió conforme.

—Haremos lo que tú quieras —concedió.

—¿Tú se lo dirás a tus hermanos?

—Pensaba pedir antes tu mano, pero si vamos a retrasarlo… —asintió—. Es mejor que lo sepan, sí. Les parecerá raro vernos bailando juntos.

Augusta sonrió ahora de verdad.

—¿De qué te ríes?

—No me había dado cuenta de que estás bailando.

—Pues eres mi pareja de baile —se burló.

—Sueles esconderte en alguna parte, siempre lejos de donde suena la música.

—No sabía que era tan evidente.

—Eres un McEntrie, siempre se nota cuando desaparecéis de un salón de baile. Lachlan también lo hacía.

—Lo sé, a veces nos escondíamos juntos. Lo echo de menos —dijo con una sonrisa divertida —. A partir de ahora te esconderás conmigo.

—No pienso hacer tal cosa —dijo ella conteniendo la risa.

—¿Qué no? Ahora mismo —dijo y tomándola de la mano tiró de ella para salir del salón.

—¡Caillen! —musitó sorprendida—. ¿Qué haces?

Una vez fuera en el pasillo echó a correr llevándola tras él.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella riendo.

—Ya lo verás.

Augusta miró hacia atrás para ver si habían llamado la atención de alguien, pero al parecer todo el mundo tenía cosas mejores que hacer que fijarse en ellos. No se detuvieron hasta llegar a la galería que conectaba la casa con el invernadero. La condesa de Sutherland era muy aficionada a la botánica y tenía flores y plantas de lo más exóticas. Caillen cerró las puertas acristaladas y la arrastró hasta un lugar umbrío y oculto a miradas indiscretas.

—Aquí no nos verá nadie —musitó muy cerca de sus labios.

—Esto no está…

El beso la enmudeció y paralizó al mismo tiempo, y durante un segundo, o quizá fuera una eternidad, no pudo pensar ni moverse. Hasta que algo le estalló dentro y la hizo reaccionar aferrándose al calor de sus labios. Él se estremeció al sentir que respondía y la empujó suavemente hasta encontrar un lugar contra el que detenerse. Se oyó el ruido de algo que caía y percibió que la resistencia de la estantería cedía un poco, pero no se paró a pensar en ello, estaba demasiado ocupado tratando de no perder el control de la situación. Augusta enredó la lengua con la suya y su corazón se desbocó. Sentía una urgencia inesperada entre las piernas, en un lugar que no se atrevería a mencionar y que él parecía buscar de manera inconsciente con su cuerpo.

Caillen enterró una mano en su pelo mientras la otra bajaba el hombro de su vestido. Sus labios abandonaron su boca y se deslizaron hambrientos por su cuello, deteniéndose para morder suavemente la delicada piel de su hombro. Augusta gimió extasiada y ese sonido fue música para sus oídos y un acicate para su deseo. Continuo el recorrido bajando hasta la sedosa piel de un incipiente seno y allí volvió a usar su lengua y sus dientes con mesura.

—¡Ay, Dios! —musitó ella desesperada.

Caillen volvió a su boca y pegó su cuerpo al de ella con tanta fuerza que Augusta sintió su erección a través de su ropa.

—¿Lo sientes? —preguntó él sin apartarse más que lo imprescindible de manera que sus labios la acariciaban al hablar—. ¿Sientes lo mucho que te deseo?

Ella respiraba con dificultad y asintió aprovechando el gesto para torturarlo con su lengua.

—Me duermo cada día pensando en el momento exacto en el que te haré mía. —Ella gimió de nuevo y él la hizo enmudecer con su lengua.

Y, de pronto, se separó de ella gimiendo como si le costase la vida. Augusta tenía las manos apoyadas en la superficie de madera contra la que la había acosado y su pecho subía y bajaba con evidente esfuerzo.

—Casi puedo imaginarte desnuda —dijo con una mirada peligrosa y sin pensarlo puso una mano en uno de sus pechos, sobre el vestido.

Ella lo apartó con decisión y se recompuso el vestido respirando agitada.

—Necesitaría un espejo o algún sitio donde poder verme para arreglar mi peinado.

La cogió de la mano y la llevó hasta una de las vidrieras que reflejaba la luz. Ella se arregló como pudo y también colocó su vestido de manera adecuada. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos brillantes, además de los labios un poco hinchados.

—Tenemos que casarnos cuanto antes —dijo él abrazándola por la espalda.

Ella sintió la calidez de su cuerpo y una extraña sensación de pertenencia. Se recostó en él sin pensar y Caillen se meció suavemente con ella.

—No me digas dónde está tu habitación —advirtió con una sonrisa—. No me pongas a prueba, por lo que más quieras.

Augusta sonrió perversa.

—¿Y si tú eres lo que más quiero? ¿No habría un conflicto en eso?

El escocés sintió un punzada en el pecho y cerró los ojos un instante.

—Te haré feliz —musitó sincero—. Te juro por Dios que te haré feliz, Augusta.

Ella se giró dentro de sus brazos y le rodeó el cuello con los suyos sin dejar de mirarlo.

—Yo te amaré por los dos —dijo al fin—. Tendrá que ser suficiente.

Apoyó la mejilla en su pecho y se dejó acunar con la mirada perdida en algún lugar de sus pensamientos.

Augusta se sentó en la cama de golpe. Alguien lloraba, estaba segura. Bajó los pies al suelo, se puso las zapatillas y corrió hasta la butaca en la que había dejado la bata. La abrochó y salió al pasillo. Mientras avanzaba escuchó un golpe y esta vez el gemido fue más fuerte. Se detuvo y pegó la oreja a la puerta de la que parecían provenir esos sonidos.

—Hablarás, aunque tenga que matarte a golpes.

—¡Mátame! —sollozaba una voz femenina—. ¡Mátame de una vez y acaba con esta tortura!

Augusta abrió los ojos horrorizada y puso una mano en el pomo de la puerta. Todo su cuerpo temblaba cuando miró a uno y otro lado, pero nadie más parecía estar oyendo lo que sucedía. ¿No dormía nadie en la habitación de al lado? El corazón le latía acelerado y su cerebro le decía que no abriese, que buscase ayuda. Un grito sordo y agónico tomó la decisión por ella. Giró el pomo y abrió la puerta dejándola escapar con un golpe seco.

—¿Qué? —Carlton se giró sorprendido y sus ojos la miraron furiosos—. ¿Qué hace entrando en mi habitación?

Augusta inclinó la cabeza para poder ver lo que él trataba de esconder con su cuerpo y vio a

Blanche hecha un ovillo en el suelo. Volvió a mirarlo a él y vio que estaba tan borracho que a duras penas podía mantenerse en pie.

—¡Lárguese! —gritó él dando un traspiés.

—Será mejor que baje a tomarse un café —dijo extrañamente calmada—. Parece que a su esposa le ocurre algo. Yo la atenderé, pero usted salga, por favor.

—¿Qué salga? ¿Cómo se atreve?

Augusta dio un paso atrás, pero sin abandonar el cuarto.

—Tendré que avisar a la condesa y estoy segura de que no le gustará nada lo que está pasando en su casa.

—¿Y qué está pasando? Esta es mi esposa y estoy en mi cuarto. Nadie ha de inmiscuirse en lo que pasa dentro del dormitorio de un matrimonio, señorita, debería usted saberlo —dijo con voz pastosa y gesticulando demasiado cerca de su cara.

—Señor MacDonald, si no sale inmediatamente iré a buscar a la condesa. —Hizo una pausa para dejar que las palabras atravesasen la capa de alcohol que estaba segura que dificultaban su entendimiento—. Y también avisaré a su padre.

Eso tuvo un efecto instantáneo en él y, apretando los puños, levantó uno amenazante hacia ella, pero no la tocó. Después masculló palabras ininteligibles mientras salía del cuarto. Augusta no se movió hasta estar segura de que se había ido y cerró la puerta antes de correr a atender a Blanche. La ayudó a levantarse del suelo y la tumbó en la cama procurando no hacerle daño.

—Iré a buscar a alguien —musitó—. Tiene que verla un médico.

Blanche la agarró del brazo y gimió por el esfuerzo de retenerla.

—No… se lo he… contado.

Augusta se inclinó para escucharla mejor.

—Avíseles. Él irá… a por… los McEntrie.

—¿Quiere que avise a los McEntrie?

Blanche asintió levemente. Apenas podía abrir los ojos y se le estaban hinchando de un modo espantoso.

—Alice —pidió—, busque a Alice.

—¿Dónde duerme?

—Al… lado…

Augusta abrió los ojos sorprendida.

—Iré a buscarla.

Golpeó con los nudillos suavemente. Alice MacDonald abrió con la bata puesta y sin decir nada salió y fue hasta la otra habitación. Cuando Augusta iba a entrar con ella le hizo un gesto para que se detuviese.

—Es mejor que nos deje solas, señorita O'Sullivan. No se preocupe, vuelva a la cama y no le diga nada a nadie, por favor.

Le cerró la puerta en las narices y Augusta se quedó allí perpleja y estremecida por la impresión. ¿Qué clase de monstruo podía hacerle eso a una mujer indefensa? Las náuseas la golpearon entonces con saña y buscó el apoyo de la pared para recuperar el aliento. Miró hacia el pasillo y pensó en ir a la habitación de su padre para contárselo. ¿Qué haría? ¿Avisar a los Sutherland para que los echase de su casa? Eso no ayudaría en nada a Blanche. Cerró los ojos para contener las lágrimas. Estaba claro que no era la primera vez, estaba acostumbrada a ello. ¿Y Alice? No hubo sorpresa ni preguntas, sabía perfectamente lo que pasaba y aun así no había salido a socorrerla al escuchar aquellos gemidos agónicos.

—¿Qué hace ahí todavía? —preguntó Alice saliendo del cuarto—. Váyase a su habitación.

—¿Cómo está?

La otra levantó una ceja con ironía.

—Le han dado una paliza, ¿cómo cree que está? Tiene suerte de que no le haya roto ningún hueso.

—¿No debería avisar al señor MacDonald? Debería saber lo que ha hecho su hijo.

Alice soltó una carcajada e inmediatamente se tapó la boca.

—Qué inocente es usted, señorita O'Sullivan, como se nota que vive en otro mundo. ¿Quién cree que les enseñó el modo de tratar a sus mujeres? —Movió la cabeza—. Márchese, hágame caso. Si Carlton sube y la ve aquí le pegará más solo para molestarla a usted.

—¿Por qué? —dijo horrorizada.

—Porque puede, mujer, porque puede. Voy a hacerle una tisana para el dolor. Vuelva a la cama.

Le hizo gestos para que se marchara dando a entender que no se movería de allí hasta que lo hiciese. Augusta obedeció para que Blanche no se quedara desatendida y cuando estuvo en su cuarto se quedó pegada a la puerta sin poder moverse. Sabía que había hombres que pegaban a sus mujeres, pero nunca había visto una escena semejante. Ni su padre, ni su abuelo ni ninguno de los McEntrie sería capaz de algo tan vil. Una vez Rowena le insinuó que su abuelo maltrataba a su abuela, pero no quiso darle detalles y ella tampoco los quiso. No le gustaba saber esas cosas. Le iba a resultar muy difícil mirar a ningún miembro de la familia MacDonald a la cara después de esto.

A la mañana siguiente Caillen escuchó su relato con semblante serio.

—¿Te hizo algo?

—No, no me tocó, tan solo fue antipático, pero se marchó en cuanto le dije que avisaría a los condes de lo sucedido. Bueno, en realidad pareció darle más miedo que avisara a su padre.

—Bhattair lo habría matado por dar un espectáculo aquí. Su peor pesadilla es que dejen de invitarlo a esta casa.

—¿A qué crees que se refería Blanche con lo de que irá a por vosotros?

Caillen se frotó la barbilla pensativo mientras la otra mano descansaba en su cintura.

—Debió golpearla para sacarle información sobre Cecilia.

—Ella dijo que no se lo había contado.

—Si lo hubiera hecho no sé si estaría viva.

—No sabe que estamos metidos.

—Sabe que Cecilia nos pediría ayuda, de eso no hay duda, pero no puede tener la certeza sin una confesión de Blanche. Lo único que puede hacer es preguntarnos directamente. No sé si se atreverá a eso.

—Craig no sabe nada —dijo ella—. Debéis hacerlo partícipe de este asunto. ¿Y si alguien menciona a los Mackay?

—Hablaré con él en cuanto regrese. —Sonrió con ternura y le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Y en unos días iré a ver al tuyo.

Temió que se le derritiesen los huesos cuando lo vio inclinarse para besarla. Y no pudo emitir sonido alguno cuando él se alejó para salir del salón, dejándola con el corazón temblando.

Capítulo 27



Dos días después de que los condes de Sutherland pidiesen a los MacDonald amablemente que abandonasen su propiedad, Carlton se presentó en el castillo de los McEntrie con mirada asesina y una rabia difícil de controlar. Caillen, en cambio, sonreía ufano, al ver en su cara el reflejo de la opinión de su padre respecto a su actos de aquella noche. Los moretones en sus ojos y su mandíbula no eran ni de lejos comparables a los que él le provocó a su esposa, pero aliviaban un poco su ansiedad por tenerlo delante. Cada vez que pensaba en Augusta enfrentándose a esa situación le hervía la sangre.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros? —decía Craig con expresión tensa mientras Caillen cruzaba los brazos frente al pecho con una ceja levantada.

—Cecilia le pidió ayuda a sus hijos, estoy seguro.

—¡Estás seguro! —se burló Craig—. ¿Y que tú estés seguro tiene algún valor, acaso?

—Ya veo. —Carlton apoyó el peso en una pierna y lo miró con expresión cínica—. Va a negar lo evidente. ¿Cree que eso va a ayudar a sus hijos cuando todo esto explote? Encontraré a Cecilia y hablará, se lo aseguro. ¿Qué pasará entonces? ¡Van a ir todos a la cárcel por ayudarla a esconderse!

Caillen dio un paso hacia él, pero su padre estiró el brazo y lo detuvo.

—Tú no te metas, hijo —le advirtió.

Ya le había avisado cuando insistió en estar presente en aquella conversación. Se volvió de nuevo hacia el MacDonald.

—Mira, Carlton, he accedido a recibirte porque me gusta dejar las cosas claras desde el principio. —Dio un paso hacia él y su imponente figura se convirtió en una silenciosa amenaza a tan corta distancia—. No sé dónde está Cecilia, pero tienes razón al pensar que, aunque lo supiera, no te lo diría. Ni a ti ni a nadie que lleve tu apellido. ¿Responde esto a tu pregunta?

Carlton enrojeció de ira y sus puños se cerraron amenazadores. Craig endureció su expresión, ya no quedaba nada de su sonrisa inicial ni de su buen talante.

—Es una ladrona y una…

—No me creo una palabra de lo que has dicho —lo cortó Craig—. Es más que evidente que esa muchacha debió meterse donde no debía y ahora la buscas para arreglar cuentas con ella y salvar tu cuello, pero si quieres un consejo: déjala en paz. Y, sobre todo, ni se te ocurra meterte con nosotros. No estás a la altura, Carlton. Te hundiremos y no dejaremos de ti ni el recuerdo. Limítate a seguir con tu vida, eso sí, sería bueno que dejaras de beber para que no te pase lo que te ocurrió en la mansión de los condes de Sutherland, adonde no creo que inviten a tu familia durante una buena temporada.

—Maldito… —enmudeció al ver a Caillen acercarse también.

—Un hombre que pega a su mujer no merece llamarse hombre y así se lo hice saber a los condes yo mismo —masculló Caillen.

El otro abrió los ojos furioso.

—¡Fuiste tú! Maldito desgraciado, tú les contaste lo sucedido. Creía que había sido esa zorra de Augusta O’Sullivan, pero veo que te usó a ti para ese cometido. Me las pagareis los dos, lo juro por mi honor.

—¿Tu honor? —Caillen se rio en su cara—. Tú no tienes honor, imbécil, eres una rata, una sucia y asquerosa rata y a las ratas se las aplasta, no se las invita a cenar. ¿Quieres vengarte de

mí? ¡Hazlo!

—Dalo por hecho —dijo el otro temblando de rabia. Miró a Craig para que supiera que estaba incluido y después se dio la vuelta para salir del castillo.

—No deberíamos haberlo dejado entrar siquiera —dijo Caillen sin apartar la mirada de la puerta.

No había pasado del vestíbulo, pero aun así le parecía que había corrompido el aire que respiraba.

—Lo de mantener la calma no se te da muy bien, ¿verdad? —dijo su padre mirándolo con severidad—. A un animal furioso no se le fustiga, hijo.

Caillen lo miró sin un ápice de arrepentimiento.

—Te aseguro que he mantenido la calma. De no ser así no habría salido caminando de esta casa. Tendrías que haber visto cómo dejó a su mujer. Tuvieron que sacarla en volandas. No se le veían los ojos y apenas podía respirar. Los condes tenían que saber lo que había pasado, la clase de desgraciado que es Carlton.

—¿Tienes algo que decirme de Augusta? —dijo su padre sonriendo taimado—. Cuando la ha mencionado me ha parecido que ibas a lanzarte a su yugular.

—Voy a casarme con ella.

—¡¿Qué?! —exclamó Ewan cuando oyó la noticia—. ¿Augusta O’Sullivan?

—¿Ella lo sabe? —preguntó Kenneth con ironía.

—¿Cómo no lo va a saber? —le espetó Lachlan.

—¿Es que soy el único al que le sorprende? —volvió a preguntar Ewan.

—No te enteras de nada, hermanito —le dijo Brodie riendo—. Desde que sabes que te vas a ir a Londres, es como si ya no estuvieses aquí.

—Eso no es cierto —replicó—. Claro que estoy aquí, pero vosotros siempre me dejáis fuera.

—Voy a pedir su mano ahora —siguió Caillen ignorando las quejas de su hermano pequeño.

—La madre de Augusta te adora —dijo Dougal—, no tendrás problemas con eso.

—¿Qué pasa con la señorita Cadman? —dijo Ewan confuso—. Creía…

—¡Cállate, Ewan! —dijeron Dougal y Brodie a coro.

—Vale, vale… —respondió el otro con expresión de enfado.

—Kenneth se ocupa de la señorita Cadman —le susurró Lachlan y luego dio una palmada en el hombro de su despistado hermano.

—¿Bebemos para celebrarlo? —preguntó Kenneth.

Todos lo miraron expectantes.

—¿Qué? No me miréis así. Si es lo que Augusta quiere, tendré que aceptarlo, por mucho que me desagrade la idea de perder a una amiga.

—No pierdes una amiga —dijo Elizabeth entrando en el salón en el que se habían reunido—, ganas una hermana.

Dougal la recibió con una sonrisa cómplice y se acercó para cogerla de los hombros.

—No seas idiota, Kenneth —advirtió—. Compórtate como ella espera o te moleré a palos.

Su hermano sonrió burlón, pero no dijo nada más.

—Enid quiere verte antes de que vayas a casa de los O’Sullivan —dijo Elizabeth explicando su inesperada entrada en aquella reunión fraternal.

—Va a leerte la cartilla —se burló Brodie.

Lachlan lo miró con una advertencia en los ojos y el otro cerró la boca. Caillen se dirigió a la

puerta.

—Suerte con ello, hermano —le deseó Dougal con semblante serio.

—¡Suerte! —gritaron lo otros a excepción de Kenneth.

Caillen lo miró un segundo consciente del profundo disgusto que había tratado de disimular con su habitual cinismo.

—La haré feliz —dijo para él.

—Más te vale —advirtió Kenneth antes de que saliera.

Enid le indicó el asiento a su lado para que se sentara y él obedeció con una sonrisa entre tímida y divertida. Le parecía gracioso que su cuñada, mucho más joven que él, fuese a «leerle la cartilla» como había dicho Brodie.

—¿Cuáles son tus intenciones? —preguntó poniéndose muy seria.

—Casarme con Augusta.

—Bien. Pero, ¿qué ha motivado esta decisión con tanta urgencia? Ella no ha querido decirme si tú… si te has…

Caillen frunció el ceño. No podía ser que le estuviese preguntando…

—Caillen McEntrie, ¿te has propasado con ella? Si es así, dímelo ahora mismo para que pueda organizar vuestra boda inmediatamente. Avisaré al reverendo Campbell, él sabe de estas cosas y hará que todo…

—No me he propasado con ella, Enid —la tranquilizó sorprendido de sentirse avergonzado ante su cuñada.

Ella soltó el aire que se le había acumulado en el pecho y sonrió aliviada.

—Menos mal. Augusta no paraba de suspirar y ponerse roja cuando le pregunté, pero no fue

capaz de responder con un simple no, como has hecho tú. —Frunció el ceño pensativa—. ¿Estás seguro de que no ha pasado nada?

—Estoy bastante seguro, sí —dijo él y se mordió el labio para contener la risa.

—Supongo que Augusta no lo está tanto. Me temo que no sabe… En fin, me alegro de que la boda no tenga que ser precipitada y urgente como la mía. —Abrió los ojos asustada por lo mal que había sonado eso—. No es que nosotros… Por supuesto, Lachlan no se propasó conmigo, no vayas a pensar que…

—Sé por qué os casasteis precipitadamente, Enid —la tranquilizó.

Enid volvió a sonreír aliviada.

—Vale, ahora la otra cuestión.

—¿Hay otra cuestión?

Ella asintió repetidamente.

—¿La amas?

Caillen frunció el ceño.

—Te quiero, Enid, pero no creo que debas preguntarme algo tan íntimo.

Ella suspiró decepcionada.

—Solo si la respuesta es «no» dirías algo así. De ser sí lo habrías dicho entusiasmado y con ojos brillantes.

—Le tengo cariño.

—¿Cariño? ¡Oh, Dios mío! —Movió la cabeza con pesar.

Caillen frunció el ceño.

—¿Preferirías que hubiese dicho que no se lo tengo?

—Pues creo que sí. Si no sintieras nada por ella, podrías enamorarte, pero no estoy segura de

que se pueda pasar del cariño al amor apasionado. —Negó con la cabeza—. No, creo que no se puede.

—Vaya —dijo él pensativo.

—¿Cómo vas a sentir pasión por alguien que te inspira cariño?

—¿Cuando hablas de pasión te refieres a… eso? —dijo él sin saber cómo hablar con ella de algo tan delicado.

—Me refiero a la intimidad de vuestra alcoba.

—¡Oh! —asintió al ver que iba bien encaminado—. Por eso no tienes que preocuparte, irá muy bien.

Enid entornó los ojos.

—¿Como lo sabes?

—Porque… lo sé.

Enid abrió los ojos asustada.

—¡Has dicho que no te habías propasado!

—No me he propasado, pero no ha sido por falta de ganas —dijo y sonrió al ver que ella se ruborizaba—. En ese aspecto no vamos a tener el menor problema, puedes estar tranquila.

—¿Ella lo sabe?

—Apostaría a que sí.

—¡Oh! —Sus mejillas se colorearon un poco más—. Ahora entiendo su turbación…

—¿Quieres decirme algo más? Debería irme.

—¿Vas a pedir su mano ahora?

Caillen asintió. Enid le cogió la mano y lo miró emocionada.

—Me alegra muchísimo, hermano, no se me ocurre nadie mejor que tú para Augusta.

Rowena no sé si pensara lo mismo —dijo soltándolo pensativa—. Estaba bastante enfadada contigo por cómo te comportaste cuando Augusta se confesó. Pero, bueno, se le pasará cuando vea que vais a casaros. Espero, porque Rowena es muy suya y con ese carácter que tiene. De momento no tienes que preocuparte por ella, está en Meiglethorn arreglando unos asuntos de la herencia, aunque eso ya lo sabes…

—Enid…

Lo miró de nuevo y sonrió.

—Tienes razón. Ve. Mucha suerte —dijo mirándolo con cariño.

Caillen salió del salón y rezó por no encontrarse con nadie más.

Se detuvo antes de enfilar el camino que llevaba a la entrada de la casa de los O'Sullivan y se recordó allí mismo unos cuantos años atrás. Desde ahí podía ver el roble con el columpio y a Augusta balanceándose armonizando el paisaje con su vestido blanco y sus rizos al viento. Entornó los ojos como si de verdad pudiera verla y sonrió. Si pudiera volver atrás se acercaría y la ayudaría a subir a lo más alto.

—Vamos, Donn, tenemos algo que hacer —musitó arriando al caballo.

Los padres de Augusta lo miraban expectantes, pero fue su abuelo el que habló.

—Di de una vez lo que has venido a decir, muchacho —le gruñó.

—Señor O'Sullivan, señora O'Sullivan…

—¡Oh, por favor! —estalló el viejo—. Así nos pasaremos aquí toda la tarde. En mis tiempos…

—Padre… —lo interrumpió su hijo—, por favor, deja que Caillen acabe.

El viejo balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Quiero pedirles la mano de su hija…

—¡Aleluya!

—¡Padre! —exclamó Violet perdiendo la paciencia.

—Ya me callo.

Caillen no pudo evitar una sonrisa al ver que Augusta se tapaba la boca intentando que no se oyera su risa.

—Me gustaría hablar contigo a solas —dijo Thomas O'Sullivan poniéndose de pie.

Caillen lo imitó y salieron juntos del salón. Violet miró a su hija para ver su rostro de felicidad.

—¿Estás contenta? —preguntó para oírlo de sus labios.

Augusta asintió.

—Es el mejor de los McEntrie —dijo el abuelo convencido—. El mejor, sin duda.

—Abuelo, siempre le has dicho a Kenneth que él era el mejor —se burló su nieta.

El anciano sonrió burlón.

—Quería tenerlo contento por si se decidía a pedir tu mano, pero está claro que el mejor es Caillen.

—Habría dicho eso de cualquiera que hubiese pedido la mano de su nieta —dijo Violet.

—Cierto, es que esa es la prueba de que es el mejor. El que no sea capaz de darse cuenta de lo mucho que vale esta niña, no merece ese calificativo.

Augusta fue hasta él y lo abrazó con cariño.

—¿Le quieres? —preguntó el abuelo.

—Sí, abuelo, mucho.

—Pues entonces no se hable más, te casarás con él.

—Eso tendrá que decirlo su padre, ¿no cree? —dijo Violet fingiendo severidad.

—Su padre es mi hijo, así que dirá lo que yo diga —sentenció serio y después sonrió al mirar a su nieta—. Nadie va a hacer desgraciada a esta niña mientras yo viva. Si dice que quiere a ese muchacho, pues no hay más que hablar.

Augusta esperaba junto al columpio retorciéndose las manos con un insoportable nerviosismo. ¿Y si su padre no daba su consentimiento? ¿Le preguntaría si la amaba o lo daría por sentado? Si se lo preguntaba quizá no aceptase la boda. Caillen jamás le mentiría y reconocer que no amaba a su hija no sería plato de gusto para su padre. Lo vio salir de la casa y tuvo que contenerse para no correr a su encuentro.

—¿Me esperabas? —preguntó él sin expresión.

Ella asintió. Caillen miró el columpio y luego de nuevo a ella.

—Hace frío para estar aquí. Deberías haber esperado dentro.

—Necesitaba que me diera el aire —dijo apretando la manta con la que se había envuelto.

Caillen se acercó al columpio y le hizo un gesto para que se sentará en él. Augusta frunció el ceño confusa, pero hizo lo que le decía agarrándose a la cuerda. El escocés la empujó suavemente haciendo que se balanceara. Los nervios de Augusta se fueron relajando y pronto una sonrisa apareció en su rostro.

—Te ha dicho que sí —dijo convencida.

—Me ha dicho que sí —corroboró él.

Augusta cerró los ojos un instante y se le formó un nudo en la garganta.

—Agárrate bien —dijo risueño—, porque voy a hacerte llegar muy alto.

Ella se echó a reír al notar el impulso y ayudó con sus pies. Nunca se había sentido tan feliz.

Cuando llevaban un rato caminando la cogió de la mano y ella lo miró con timidez.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó Augusta.

—Le he pedido a tu padre que sea cuanto antes y está de acuerdo. Hemos acordado que en un mes. Así habrá tiempo de…

—¿Un mes? —preguntó con ojos muy abiertos—. Pero no tengo vestido y habrá que preparar mi ajuar. ¿Dónde viviremos?

—En *Slioscreige*, por supuesto.

—¿Por supuesto?

—¿Quieres vivir aquí? —Sonrió burlón—. Si es por el columpio te instalaré otro enseguida. Hoy mismo. Dos, si quieres.

—No es por eso, tonto. Pero será raro vivir allí.

—¿Raro por qué?

—Está Kenneth. Y Enid…

Él frunció el ceño sin comprender.

—¿Cuál es el problema?

—Que estarán.

Caillen se detuvo y la miró de frente.

—Si vamos a casarnos deberías hablarme con total franqueza.

—Ya sabes.

—No, no tengo la menor idea de lo que tienes en esa cabecita.

—Dormiremos juntos.

—Por supuesto.

—Y ellos estarán… allí.

—En nuestra habitación no, desde luego.

—No te burles de mí. Sabes perfectamente de lo que hablo.

La cogió de la cintura y la atrajo peligrosamente hacia su cuerpo. Ella perdía por completo el control de sus actos cuando lo tenía tan cerca y la casa estaba demasiado…

—Enid está casada. Y en cuanto a Kenneth, te aseguro que sabe perfectamente lo que ocurre entre un hombre y una mujer que yacen juntos. Más que perfectamente.

Ella se ruborizó tanto que sus ojos brillaron con mayor intensidad.

—Que suceda en una habitación del castillo o en una de esta casa no cambiará nada, *mo speur*.

—No soy tu cielo —dijo ella frunciendo los labios.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo lo digo.

Él la apretó un poco más.

—Pues lo eres.

—No lo soy.

—Me veré obligado a besarte, si sigues negándome el derecho a decir cómo llamo a mi prometida. Y, si tu padre nos ve, voy a tener serios problemas. —Se acercó despacio sin apartar la mirada de sus labios.

—¡Está bien! —dijo ella antes de que la besara—. Puedes llamarme como te plazca, pero prométeme que nunca me llamarás *mo ghràdh.*

Él la miró con fijeza y asintió lentamente.

—Te prometo que no utilizaré ninguna expresión que no refleje exactamente lo que siento, *mo speur*.

Ella aceptó segura de que «mi amor» no entraría nunca dentro de esas expresiones. Se había prometido no engañarse, disfrutar de las cosas buenas que le pasaran sin esperar aquellas que su tembloroso corazón ansiaba. Una vida de frustración acarrearía mucho sufrimiento, no solo para ella, también para él y para sus futuros hijos. Había aceptado casarse con él porque creía que podía hacerlo feliz a pesar de todo. No se convertiría en una amargada y triste sombra. No lo torturaría como hizo Alana. Pero de ningún modo permitiría que la engañara fingiendo sentir lo que no sentía, eso la destruiría. Podía aceptar ser «su cielo», pero no dejaría que la llamase «amor mío» sin sentirlo. Sonrió sincera y con tanto amor que el escocés sintió un estremecimiento en los huesos.

—Te haré feliz —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos—. Te lo prometo.

Se puso de puntillas y lo besó poniendo en esa caricia todo su corazón y Caillen sintió que el suyo se detenía un instante, como si hubiese perdido el paso y necesitase un momento para recordar cómo era su latido. Nunca nadie lo había besado del modo en que Augusta lo hacía. No eran sus labios. No era su lengua. Era algo profundo e intenso que lo partía en dos mitades, una ausente y otra cuya presencia resultaba casi dolorosa. Dos mitades que parecían no querer juntarse porque si lo hicieran sería uno con ella y no estaba preparado para pertenecer a otra persona. Cuando se separó de él los ojos de Augusta parecían felices y él se sintió de pronto el hombre más desgraciado del mundo. Nubes de tormenta oscurecieron sus ojos y la apartó suavemente. Ella asintió como si pudiera leerle el pensamiento.

—Debería irme —dijo él con una extraña voz.

Cuando ya estaba en su caballo la miró desde lo alto con expresión ausente y ella le hizo un

gesto de despedida con la mano. Lo vio alejarse consciente de la profunda tristeza que anegaba su espíritu. Sus ojos se llenaron de lágrimas preguntándose si se podía borrar en el adulto el dolor causado al niño que fue.

—*Mo ghràdh* —susurró y se limpió las lágrimas para volver a casa.

Capítulo 28



—¿Van a casarse? —Mungo los miraba alternativamente con gran alegría—. ¡Pero eso es maravilloso!

Caillen le mostró la botella de drambuie que le había llevado y Augusta puso en la mesa las pastitas.

—Hemos venido a celebrarlo —dijo risueña.

El hombre miró el festín y asintió sonriente.

—¡Celebrémoslo, pues!

Después de tres copas el ánimo del viejo decayó y empezó a decir cosas que despertaron el interés de Caillen.

—Siempre estoy donde no debo —decía—. Y no sé irme cuando todavía es tiempo.

—No diga eso —dijo Augusta que no podía dejar de sonreír—. Usted es bienvenido aquí, ¿verdad, Caillen?

—Uno ha de saber cuándo está escuchando de más, pero yo soy un tarugo que bastante tiene con no olvidarse de respirar.

—¿Qué es eso que oyó y no quería oír? —dijo Caillen rellenándole la copa.

El mendigo apuró el contenido enseguida y lo miró con ojos de cordero.

—Yo no quería, no los estaba espiando, se lo juro. Me gusta madrugar y me gusta pasear…

Caillen se forzó a sonreír, aunque sus ojos eran demasiado fríos para resultar creíble. Hacía rato que notaba el aliento del peligro en la nuca.

—Oí cómo esa muchacha lo llamaba y acudí sin pensar.

—¿Se refiere a Cecilia? —preguntó Caillen y Augusta lo miró asustada. Él le hizo un gesto para que no interviniese—. ¿Nos escuchó hablando con ella?

El mendigo asintió.

—¿Oyó todo lo que dijimos?

El mendigo volvió a asentir.

—Entonces, ¿sabe dónde está? —Caillen quería asegurarse.

—En Pittendrich —dijo.

Augusta se tapó la boca para ahogar un grito y los dos la miraron muy serios.

—Debemos mantener la calma —dijo Caillen.

—No se lo he dicho a nadie y no lo haré, aunque me muelan a palos —aclaró Mungo.

Caillen no estaba muy seguro de eso.

—Tiene que marcharse —dijo con firmeza.

—¿Marcharse? —Augusta lo miró con preocupación—. ¡No!

—Me iré mañana mismo —afirmó Mungo—. Debería haberme ido enseguida.

—No puede irse —insistió ella mirando a su alrededor—. Esta es ahora su casa. Mire, tiene una butaca para leer frente al hogar y le traje un cesto para que Rufus esté cómodo y calentito. No puede irse por…

—Augusta —dijo Caillen cogiéndola del brazo—. Si permanece aquí, todos correremos peligro. Él también.

—¿Peligro? ¿Qué peligro?

—Carlton podría averiguar que sabe algo y…

—¿Como va a averiguarlo Carlton? ¡No diremos nada! —Miró al mendigo—. Usted no debe

hablar de esto con nadie.

—Podría escapársele —insistió Caillen—. Es demasiado peligroso.

—No se preocupe por mí, señorita Augusta. Nunca tuve intención de quedarme. Es lo mejor para todos, me marcharé lejos y no volveré…

Los ojos de Augusta se llenaron de lágrimas y los dos hombres se miraron compungidos.

—Me gustaba venir a charlar con usted —dijo entre sollozos—. Y parecía feliz aquí.

—Y soy feliz —dijo él emocionándose también—. Nunca se había preocupado nadie tanto por mí como lo ha hecho usted. Pero no quiero meterlos en problemas.

Augusta se limpió las lágrimas, pero no dejaban de fluir y Caillen suspiró dándose por vencido.

—No puede irse —dijo tajante mirando al anciano.

—Pero…

—Nadie tiene por qué saberlo, Augusta tiene razón. Si no nos lo hubiese contado ni siquiera nosotros lo sabríamos. No beba, eso sí, está claro que beber le suelta la lengua.

—No beberé —dijo llevándose la mano al pecho—. Le doy mi palabra.

Miró a Augusta que no dejaba de llorar en silencio.

—No llore, señorita, que me va a hacer llorar a mí.

Ella sonrió y su rostro se vio aún más adorable.

Cuando regresaron a casa de los O’Sullivan lo hicieron en silencio, Caillen con la preocupación en la mente y Augusta sin despojarse aún de la pena que había sentido al pensar que Mungo se marchase para siempre.

—Eres demasiado sensible —dijo Caillen mirándola con ternura—. Quieres demasiado a la

gente.

—¿Se puede querer demasiado? —preguntó sin doblez—. Yo creo que no. Las personas que se ganan tu cariño, lo merecen.

—¿Y Mungo es una de esas personas?

Ella asintió sonriendo.

—Me gusta estar con él. Es bueno.

—Lo sé.

—Ha tenido una vida extraordinaria. Pero, aunque también ha vivido cosas malas, no ha perdido la inocencia y es capaz de ver las buenas cualidades en los demás. En ti, por ejemplo.

—Cree que soy agobiante —dijo él con expresión irónica.

—Porque cuando alguien te importa, te preocupas por su bienestar.

—Ah, ¿sí?

Augusta asintió.

—Te pasa hasta con los caballos.

—Es que los caballos me importan más que muchas personas.

—¿Más que yo?

Él entornó los ojos mirándola divertido.

—Por supuesto que no. Al menos no todos. Donn… —Movió la cabeza como si sopesara las dos opciones y ella lo miró con inquina.

—Ríete a gusto, no te reprimas —dijo ella cuando estalló en carcajadas.

Metieron a Coiseachd en su cuadra después de quitarle los aperos. También le dieron comida y agua, ya que Toby, el mozo de cuadras no estaba en ese momento para encargarse de él. Después salieron para ir a por Donn, al que habían dejado en el abrevadero.

—No quiero verte triste nunca más —dijo él acariciándole la mejilla.

Ella la frotó contra su mano con los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —susurró el escocés acercando sus labios.

Ella asintió y recibió el beso con deleite.

—Debería irme —musitó él separándose sin ganas.

—No tengas miedo —dijo ella—. Mungo no se lo contará a nadie y menos a Carlton. Es feliz en la granja de los Gordon, no creo que se marche nunca.

—Es un mendigo, Augusta, se irá.

—No, no se irá, ya lo verás.

Ahora fue ella la que lo besó y Caillen contó de nuevo los días que faltaban para la boda. Se subió al caballo y la miró desde lo alto con ojos hambrientos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó él.

—Pintaré un rato —sonrió enigmática—. Tengo un cuadro a medias.

—Ah, ¿sí? ¿Salgo yo en ese cuadro?

—Ya lo verás.

—¿No es un dibujo?

Ella negó con la cabeza.

—No, es una pintura.

—¿Para el castillo?

—Si te gusta lo suficiente, sí.

—Me gustará —dijo él con mirada cómplice.

—¿Tú vuelves a *Slioscreige*?

—No, voy a Forrester House.

La mirada de Augusta tembló, pero mantuvo su sonrisa imperturbable.

—Ven —dijo Caillen.

Ella obedeció y cuando estuvo a su alcance, él se inclinó, la agarró por la nuca y la besó profunda y posesivamente.

—Es trabajo —dijo sin separarse apenas.

—Mmm.

Él se irguió y maniobró con el caballo para enfilarlo hacia el camino sin dejar de mirarla. Después hizo un gesto de saludo y se alejó al galope mientras Augusta regresaba a casa con el corazón tembloroso y la mente en un torbellino.

Toby salió de la cuadra donde se había escondido para hacerse una paja. No había salido al escucharlos porque le daba vergüenza que la señorita se percatase de lo que tenía entre manos. La observó alejarse con el ceño fruncido. ¿Quién sería ese Mungo del que hablaban? ¿Un vagabundo viviendo en una granja? Sacudió la cabeza como si no lo entendiera. Habían hablado de un tal Carlton, ¿sería Carlton MacDonald? ¿Tendría eso algún valor para él? Todo el mundo sabía que Carlton MacDonald pagaba muy bien por cualquier información que considerase útil. Se encogió de hombros.

—Tampoco tengo nada que perder —dijo volviendo al trabajo.

—¿Y bien? —Carlton lo miraba expectante.

Todavía se percibían en su rostro los efectos de la paliza recibida a manos de su padre una semana antes.

—He oído algo que no se si le interesará —dijo Toby retorciendo su gorra entre las manos y

tratando de no mirar aquellas manchas en su cara.

—Tú dime lo que es y yo te diré lo que vale.

—He oído hablando al señor Caillen McEntrie con la señorita O'Sullivan sobre un mendigo.

Carlton frunció el ceño.

—¿Un mendigo?

—Sí. El señor Caillen le deja dormir en la granja abandonada de los Gordon.

El MacDonald abrió los ojos sorprendido y le hizo un gesto para que continuase.

—Dijeron que ese mendigo no le contará algo que sabe a nadie, sobre todo a Carlton. Yo no conozco a otro Carlton por aquí, aparte de usted. Parecían preocupados.

—¿Tiene nombre ese mendigo?

—Mungo.

Carlton entornó los ojos. Así que aquel patán no se había marchado como parecía. ¿Cómo es que no se habían enterado ninguno de sus empleados? ¿Para qué les pagaba? Miró al mozo de cuadras, un simple crío le había dado una información muchísimo más importante de la que le habían conseguido ellos, que era ninguna. ¿Sabría el mendigo dónde estaba Cecilia? ¿Qué otra cosa podía interesarle a él que el McEntrie no quisiera que él supiese? Miró al muchacho con fijeza.

—¿Algo más? ¿Qué hacían esos dos juntos?

Toby se rascó la cabeza.

—Se besaban.

—Van a casarse, eso no es ninguna noticia. Te pagaré por lo otro —dijo poniéndose de pie y sacando su cartera del bolsillo—. ¿Te parece bien una libra?

El muchacho asintió rápidamente.

—Si escuchas algo más no dudes en venir y recibirás otra como esa.

Toby se inclinó varias veces para darle las gracias antes de salir de allí a la carrera.

Rowena miraba a su amiga con expresión desolada.

—¿No te alegras por mí? —preguntó Augusta desconcertada.

—Creía que sería la primera persona a la que se lo contaras y resulta que lo saben todos antes que yo.

—Estabas en Meiglethorn —dijo Augusta con expresión preocupada—. Has llegado hace…

—¡Hasta se lo has contado a ese mendigo antes de venir a verme! —dijo Rowena haciéndola sufrir un poco más, pero no pudo aguantar su expresión mortificada—. ¡Menuda cara! Es broma, tonta. Sabes que me alegro muchísimo.

Se abrazaron emocionadas.

—¿Eres feliz?

—Soy muy feliz.

Rowena volvió a abrazarla.

—Entonces yo también.

La arrastró hasta el sofá y se sentaron frente a frente.

—Y ahora, cuéntamelo con todo lujo de detalles. ¿Cómo te lo pidió? ¿Qué dijo tu padre?

Augusta lo pensó un momento y después de tomar aire lo soltó de un bufido. Empezó a hablar y durante un buen rato solo se escuchó su voz en aquel salón. Rowena escuchó sin interrumpirla una sola vez, fijándose en cada gesto y en cada sonrisa de su amiga. Parecía feliz de verdad.

—En esto sí serás la primera —dijo una vez acabada la narración—. De hecho, la única, pues

no he hablado de ello con nadie.

—¿Con nadie? ¿Ni siquiera con tu madre o con el propio Caillen?

—Con nadie.

Rowena sonrió satisfecha.

—Soy toda oídos.

—Sabes que al principio no quería casarme con él. Me resultaba humillante y doloroso aceptarlo. Pues de pronto sentí que él me necesitaba tanto como yo. Incluso más.

Rowena levantó una ceja para demostrar la poca fiabilidad que daba a su criterio.

—Caillen siente algo por mí —siguió Augusta ignorándola—. Estoy segura, Rowena. Sus ojos me lo dicen cuando…

La otra desvió la mirada consciente de por dónde iba la conversación.

—Por eso acepté casarme con él. Y, si me equivoco, no importa, voy a amarlo sin esperar nada a cambio. —Su voz se quebró emocionada—. Tampoco puedo hacer otra cosa. Sin él sería muy desgraciada.

Rowena sintió que los ojos se llenaban de lágrimas y la abrazó para esconderse.

—Eres la persona más buena y generosa que conozco, te mereces ser feliz y lo vas a ser.

—Eres mi amiga —musitó la otra apoyando la barbilla en su hombro—. ¿Qué vas a decir?

—Debe ser hermoso poder amar así —dijo Rowena ignorando su comentario—. Supongo que la carencia afectiva a la que me sometió mi madre desde niña me hizo inmune a esa clase de sentimientos. Pero, aun así, te envidio.

Augusta se apartó para mirarla con atención.

—¿Me envidias? ¿Ya no es el amor una herramienta al servicio de la esclavitud?

—Lo sigo pensando. Pero también pienso que sería maravilloso un mundo en el que todo el

mundo pudiese sentir un amor como el tuyo. Amar sin esperar nada a cambio. —Le cogió la mano—. Pero tú eres un bicho raro, así que no hay esperanza.

La otra se rio consciente del cariño de su amiga, al tiempo que se limpiaba las lágrimas.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó limpiándose las mejillas.

—El treinta de enero.

—¡El treinta! —exclamó sorprendida—. Pero hay mucho que hacer…

—Eso mismo pienso yo —Augusta se mordió el labio con preocupación.

—¿Sabes cómo va a ser tu vestido?

Augusta asintió.

—Ya han empezado a hacerlo —dijo sonriendo.

—Dime que no será blanco —dijo Rowena que la había oído muchas veces decir que ese sería el color con el que se casaría.

—Será blanco —dijo la otra dando palmadas nerviosas.

—¿No prefieres azul? ¿O rosa? De blanco parecerás una debutante.

—Va a ser blanco, acéptalo. Y quiero que tú me hagas un tocado de flores.

—¿Yo? ¡Pero si soy una negada para esas cosas?

—Rowena… —la miró sin dejarle escapatoria.

La otra suspiró al tiempo que asentía.

—Está bien. Pero a Enid tienes que pedirle también algo muy difícil.

—Enid está embarazada.

—¿Y eso que tiene que ver? Sus manos funcionan perfectamente.

Augusta la cogió de la mano mirándola a los ojos.

—Voy a ser muy feliz, ¿verdad? —dijo con temblorosa.

Rowena asintió despacio.

—Lo vas a ser. Porque si no mataré a ese escocés con mis propias manos.

—¿Tú has visto bien a Caillen? —le dijo la otra muy seria.

—Es demasiado grande, ¿verdad?

—Podría inmovilizarte con una sola mano.

—Quizá no pueda matarlo sin ayuda, pero encontraré el modo de hacerlo si no es bueno contigo.

—Lo será —musitó distraída.

—¿Vivirás en el castillo de los McEntrie? —preguntó Rowena tratando de borrar los negros pensamientos que esa idea le provocaba.

—Sí.

—Será raro vernos allí.

—Te acostumbrarás.

—Enid vivirá contigo… —abrió mucho los ojos—. ¡Vais a ser hermanas!

Augusta sonrió con cariño.

—Mira que bien, porque tú y yo lo somos desde hace mucho.

—Ahora en serio —dijo Rowena apretando sus manos—. Sabes que te deseo toda la felicidad del mundo. Y creo que Caillen es un hombre magnífico. Casi tan bueno como Lachlan.

Augusta se rio.

—Esto no lo repitas delante de él.

—De acuerdo —afirmó asintiendo—. Y ahora me toca a mí, yo también tengo algo que contarte.

Augusta la miró expectante y levantó una ceja al ver que sonreía de oreja a oreja.

—Voy a comprar Forrester House.

—¿Qué?

—He ido a Meiglethorn para hablar con los abogados de mi abuela. Quería saber si tengo dinero suficiente para comprar la casa de Nathaniel sin tener que vender mi propiedad.

—¿Tanto dinero tienes? Quiero decir…

—Antes de irme hablé con Julia Cadman para que me dijera por cuánto estaría dispuesta a venderla. Me pidió diez mil libras.

—¡Eso es muchísimo dinero! —Augusta frunció el ceño—. Aunque creía que la casa de Nathaniel valdría mucho más.

Rowena asintió.

—Y así es, pero no está recibiendo ofertas aceptables por ella y quiere irse antes de la primavera. En otras circunstancias se marcharían y dejarían que Caillen se encargase de venderla sin prisas, pero estando en guerra… Además, me da la impresión de que tienen problemas de dinero.

Augusta asintió.

—Yo también lo creo por algunos comentarios de su abuela respecto al aserradero.

—La cuestión es que diez mil libras puedo pagarlas sin que mis finanzas sufran un gran descalabro y sin tener que vender nada.

—Si vendieras las tierras y la casa de tu abuela, como quiere tu madre, tendrías dinero más que suficiente para comprar toda la propiedad Forrester.

Rowena asintió con la cabeza.

—No sé por qué, pero cuánto más insiste mi madre en que la venda, menos ganas tengo de hacerlo.

—Lo cierto es que no vas a vivir allí —dijo la otra encogiéndose de hombros.

—¿Tú también?

—Es que lo veo un desperdicio. Si nadie va a ocupar esa casa y tú quieres comprar otra…

—Mi abuela se revolvería en su tumba.

—¿Temes que te maldiga desde el más allá? —Se burló su amiga.

—No deberías hacer broma con esas cosas —dijo Rowena—. La miedosa eres tú. Quizá mi abuela te visite a ti por animarme a vender tan alegremente.

Augusta puso cara de susto y la otra soltó una carcajada.

—¡Mira que eres miedosa!

—Y tú perversa.

—Forrester House siempre me gustó, desde niña. Y no está lejos del castillo de los McEntrie, como Meiglethorn.

Augusta amplió su sonrisa.

—Ya no vives en Meiglethorn, vives en casa de tus padres —dijo mirando a su alrededor.

—No me lo recuerdes —dijo poniendo los ojos en blanco—. Tengo que salir de aquí cuanto antes o acabarán volviéndome loca. Ahora que vas a casarte, mi madre ha recurrido a todo su arsenal. Me extraña que no esté aquí ahora mismo azuzándote contra mí.

—Lo siento. —Augusta tenía en los ojos tal expresión de felicidad que resultaba cómico oírla disculparse con aquella voz apenada.

—Das un poco de repelús aguantándote la alegría.

—Voy a ser una McEntrie y aún no puedo creérmelo.

—¿Me dejarás opinar sobre el vestido?

—Siempre que no insistas en que le ponga adornos de color.

—Es que el rosa y el azul te favorecen tanto…

—Rowena.

—Está bien, será un insulso y aburrido vestido blanco. Menudo desperdicio.

Capítulo 29



—¿Vas a ver a ese mendigo otra vez? —Violet miró la cesta que llevaba su hija en la mano y sonrió—. ¿Tengo que preocuparme por lo que escondes ahí?

—Solo es comida, mamá, te lo prometo —dijo Augusta sonriendo también—. Ya te dije que Mungo no me deja llevarle nada más, aunque sigo pensando que unas cortinas quedarían perfectas en esa casa.

—¿Estás feliz, hija? —preguntó acercándose para acariciarle la mejilla.

—Muy feliz, mamá. ¿Es que no se me nota?

—Tus ojos brillan, pero a veces, cuando estás distraída, tienen un velo de tristeza. Una madre sabe esas cosas, hija. Mírame —le cogió la cara como cuando era niña—. ¿De verdad quieres casarte con Caillen? No tenéis por qué precipitaros, un año de noviazgo no es mucho tiempo y os dará la oportunidad de conoceros bien.

—Mamá, es Caillen —sonrió tratando de tranquilizarla—, ¿qué más necesito saber?

Violet ladeó la cabeza mirándola con atención.

—¿Qué es lo que no me cuentas? Parecéis enamorados, pero sé que hay algo…

Su hija la abrazó con emoción, pero no dijo nada más al respecto. Luego, la soltó para marcharse y antes de salir se giró a mirarla.

—Te quiero mucho, mamá.

Violet se llevó la mano al corazón y suspiró cuando la puerta se cerró tras ella.

—Ay, Constance… —musitó—, cómo me gustaría que estuvieses aquí.

Hacía un día precioso, el cielo despejado permitía que los débiles rayos de sol lucieran brillantes. El frío intenso coloreó sus mejillas, pero no le importó. En una semana sería la esposa de Caillen McEntrie y esa certeza se repitió en su mente a cada momento provocándole una oleada de felicidad inquieta y turbadora que colocaba en su rostro una estúpida sonrisa.

—¿Se lleva a Coiseachd? —preguntó Toby al verla entrar en las cuadras.

—Sí —dijo sonriente—. Será más cómodo para llevar esto.

El muchacho la ayudó a meter las cosas de la cesta en las alforjas y ella le dio uno de los dulces para que se lo comiera.

—Muchas gracias, señorita.

Augusta subió al caballo y se fijó entonces en sus pies.

—Bonitas botas —dijo señalándolas—. Parecen de buena calidad.

—¿Le gustan? —preguntó ocultando cierta vergüenza.

—Mucho —dijo contenta de que pudiese comprarse algo tan bueno con el sueldo que sus padres le pagaban.

Tiró de las riendas para sacar a la yegua de las caballerizas.

—Hasta luego, Toby.

—Hasta luego, señorita Augusta.

El muchacho se miró las botas con cara circunspecta y movió la cabeza. Al parecer era cierto eso de que el dinero no daba la felicidad.

—Vamos Kenneth…

—No voy a presentártela. Rowena Sinclair no te conviene, Liam, hazme caso.

Su amigo lo miraba mientras él aireaba la paja pasándola de un montón a otro.

—Has dicho que le intereso.

Kenneth detuvo la horca con la que trabajaba y lo miró con cansancio.

—No he dicho que le intereses, sino que «ha puesto los ojos en ti», que es como decir que hay fuego en la alfombra que pisas. No era esta la reacción que me esperaba, creía que huirías como alma que lleva el diablo para no salir chamuscado.

—No sé por qué dices eso, es un buen partido. Y más después de heredar la fortuna de su abuela.

—No creo que eso compense por todo lo demás.

—Que a ti te odie no tiene nada que ver conmigo. —Liam se cruzó de brazos.

Liam Fraser era un *highlander* en toda regla: pelo rojo y rizado, musculoso y de aspecto fiero, pero con el corazón de un cachorro. Y esto era lo que más le preocupaba a su amigo, era demasiado inocente para su edad y propenso a dejarse engañar. Desde que se conocían, Kenneth había sido su guardián y protector, y su familia se había evitado unos cuantos disgustos gracias a su rápida intervención.

—Hazme caso —insistió el McEntrie—, mantente alejado de esa mujer. Es una Sinclair, esas se comen a un hombre para desayunar y se quedan con hambre.

—Tú hablas de ella y a mí me dan ganas de correr a buscarla —se burló su amigo moviendo el trasero para acomodarse mejor en lo alto de la valla.

—Imbécil.

—¿Por qué le tienes tanta manía? Has conocido mujeres mucho peores que esa. Su hermana, sin ir más lejos, y bien que te la beneficiaste.

—Esta no es como su hermana, Liam. Esta se queda con todo.

El otro frunció el ceño y saltó de la valla.

—¡Te gusta!

Kenneth lo miró con una expresión peligrosa.

—Como la picadura de una víbora.

Liam se reía a carcajadas.

—¡No me lo puedo creer!

—Para.

—¿Ella lo sabe? Como lo sepa estás perdido.

—¿Te acuerdas de aquella vez cuando te lancé desde lo alto del granero de los MacIzan?

—¡Menudo porrazo me di! —recordó con expresión disgustada.

—Pues lo de ahora te dolerá mucho más si no dejas de tocarme los…

—A ella no le interesas —lo cortó—. Le intereso yo.

—Muy bien, que seáis muy felices.

—Pienso cortejarla.

—Adelante, toda tuya —dijo y siguió pasando la paja de un montón a otro.

Liam se reía a carcajadas y Kenneth se estaba calentando.

—Lo entiendo, no creas, por lo que yo sé es la única mujer que no ha caído rendida a tus pies.

—Todas las mujeres que han caído rendidas ante mí cumplían una premisa —dijo él otro con mirada cínica—: que yo tenía interés en ellas.

—¿Cómo puedes ser tan cínico? Me maravilla, en serio. No tendrías ninguna posibilidad con ella, Rowena Sinclair no puede ni verte.

Kenneth movió la cabeza con expresión cansada y dejó la horca apoyada en la pared

—Si de verdad te interesa, adelante, ve a por ella. Pero cuando te deje el corazón hecho jirones, no vengas llorando —dijo muy serio.

—¿De quién habláis? —preguntó Brodie que llegaba con Ruairí.

—De na…

—De Rowena Sinclair —dijo Liam y sonrió a su amigo con burla.

—¿Rowena te interesa? —Brodie miraba a Liam—. A mí me cae bien, pero si fuera tú ni lo intentaría.

—Ya se lo he dicho, pero no escucha.

—Lo que pasa es que os molesta que yo le interese.

—¿Que tú…? —Ahora fue Brodie el que se echó a reír a carcajadas.

—¡Oye! —exclamó el pelirrojo, ceñudo—. ¡Que se lo ha confesado a tu hermano!

Kenneth lo miró sin dar crédito.

—Yo no he dicho semejante cosa, ella no me… ¡Oh, lárgate y déjame en paz!

Se sacudió las manos y la ropa antes de ir a por Meallan, con el que pensaba entrenar el resto de la tarde.

—Blair no debería correr así —dijo Brodie señalando al lacayo que se dirigía hacia ellos con muy poca traza—, se va a tropezar y acabará con los dientes rotos.

—Pasa algo, parece asustado. —Kenneth fue hacia él para acortar distancia—. ¿Qué ocurre, Blair?

—Su padre quiere… —Se dobló para recuperar el aliento—. Dice que vayan.

—¿Quién? —preguntó Kenneth.

—Todos… Que vayan todos —dijo elevando el tono.

Caillen asomó la cabeza desde la cuadra en la que estaba y Brodie le hizo gestos para que se

acercase.

—Es la señorita Augusta —explicó el criado—. El señor O'Sullivan está con el señor McEntrie, la señorita ha desaparecido.

Caillen echó a correr y los otros lo siguieron de cerca.

—No creo que yo sea de mucha utilidad —dijo el lacayo y se sentó en una banqueta para recuperar el aliento.

—¿Sangre? —Caillen miró a Thomas O'Sullivan con rostro pétreo.

El hombre mantenía una fingida entereza, pero el temblor de sus manos lo delataba.

—Había ido a llevarle comida a ese mendigo. Esta niña… —Movió la cabeza abrumado—. Siempre tiene que estar ayudando a todo el mundo.

Caillen respiró hondo varias veces mientras intentaba mantener a raya sus propias emociones.

—¿Y se percibían rastros de que hubiese habido lucha? —Kenneth no era capaz de atar los hilos.

—No tengo ni idea ni de lo que he visto —reconoció Thomas—. Ahora mismo sería incapaz de sumar dos más dos, hijo. Solo sé que Augusta no llegó al almuerzo por lo que salí a buscarla y me encontré con lo que os he contado. He venido inmediatamente a pedir la ayuda de vuestro padre —dijo mirando a Craig con una nueva preocupación—. Violet estará muy preocupada…

—Iré a buscarla —dijo Lachlan.

—No —dijo su marido—, alguien tiene que estar en casa por si Augusta vuelve.

Craig miró al mayordomo.

—Ian, manda a alguien a hablar con la señora O'Sullivan para tranquilizarla. Que sepa que

nos estamos ocupando de todo.

—Ian… —Lo detuvo Caillen—. Que no mencionen la sangre.

—Pierda cuidado, señor.

Thomas se dejó caer en la butaca a punto de perder las fuerzas. Caillen miró a Kenneth y luego a los demás.

—Hay que salir a buscarla.

—Vosotros dos deberíais ir a la granja —dijo Dougal—. Y nosotros recorreremos los caminos desde allí en todas direcciones.

Lachlan se dirigió a la puerta para salir, pero antes de hacerlo miró a su padre.

—Es mejor que Enid y Elizabeth no sepan nada, de momento.

—No van a poder ocultárselo —dijo Dougal.

—Tranquilos —dijo Craig—, hablaré con ellas y trataré de que se asusten lo menos posible. Id y encontradla.

Caillen observó la estancia desde la puerta. Sillas y comida por el suelo. Reconoció las tazas que Augusta le había regalado a Mungo, por el adorno que mostraban los pedazos. Vio el cuaderno de dibujo y se agachó a cogerlo con manos temblorosas. Kenneth no recordaba haberlo visto temblar así.

—Hubo alguna clase de enfrentamiento —dijo tratando de mantener él la calma—. Esa sangre podría ser del perro.

—Es demasiada para eso. —La voz de Caillen era cortante.

Kenneth se movió por toda la casa buscando el cadáver del perro y al no hallarlo salió fuera con el mismo resultado.

—El perro no es —dijo.

—Quizá han dejado que se lo llevaran —musitó Caillen.

—Un robo no ha sido. ¿Para qué quieren a un mendigo y a…? —No fue capaz de decir su nombre.

—No lo entiendo —musitó Caillen—. Quizá Augusta conocía a los asaltantes. Quizá se la han llevado para que no pueda decirnos quiénes son.

—¿Y adonde la han llevado? ¿Y a sueldo de quién trabajan?

Caillen frunció el ceño. Las preguntas se le agolpaban en el cerebro e iban a chocar contra la visión del cuerpo de Augusta ensangrentado en mitad de aquella minúscula estancia. Su corazón aceleró los latidos y el estómago se retorció inclemente. Se tambaleó inestable y tuvo que apoyarse en la pared un momento para recuperarse. Kenneth lo miró con preocupación.

—Augusta nos necesita —masculló irritado—. Deja de comportarte como si estuviese muerta.

Caillen cerró los ojos un instante y la vio tan nítidamente que casi percibió su aroma dulce y afrutado, tan delicioso y tan… suyo. Salió de la casa para subirse a su caballo, tenía que encontrarla, no podía quedarse ahí sin hacer nada. Kenneth no lo siguió, convencido de que Caillen ahora mismo no le servía para nada. Dio un último vistazo a la granja y salió de allí para ir en busca de los demás.

—Debería haber cogido a Gaoth —gruñó Caillen entre dientes.

Cabalgó durante horas, yendo y viniendo por los caminos con un batiburrillo de pensamientos inconexos que solo buscaban volverlo loco. Al atardecer Donn estaba agotado y tuvo que parar para que descansara un poco antes de continuar con su búsqueda. Estaban en los acantilados de Moorleigh y se paseaba de un lado a otro buscando respuestas a las imparables

preguntas que no había dejado de formularse.

—¿Por qué? ¿Por qué Mungo? ¿Había algo que no les había contado? ¿Tenía algún enemigo en Lanerburgh? Soy un maldito desgraciado —musitó con las manos en la cabeza—. Yo la he metido en esto. Es culpa mía. Debería haberlo echado. No debí permitir que ella se acercase a él. No debí confiar, soy estúpido ¡Maldita sea! —gritó furioso.

Estaba agotado mentalmente y muy cansado físicamente. Se sentó en el suelo y contempló el paisaje con la última luz del día. Escondió la cabeza en sus manos y después de unos segundos frotó su cara y sus ojos con rabia. Debía despejarse, aclarar las ideas. Tenía que haber una explicación y el terror no lo dejaba pensar con claridad. No la ayudaría si no recuperaba el control. Estaba a punto de anochecer y sabía que estaría asustada. Tenía que encontrarla, maldita sea.

Piensa, Caillen, piensa. No es momento de lágrimas, debes entender lo que pasa para saber dónde buscar. ¿Quién era Mungo? Un mendigo al que conoció el día que Carlton trataba de… Se irguió alerta.

—Carlton —masculló.

Se puso de pie siguiendo el hilo.

—Iban a por Mungo y se encontraron con Augusta —dijo en voz alta—. Ella reconoció al que lo atacó y por eso se la llevaron. Mungo nos escuchó hablar con Cecilia… Pero solo nosotros lo sabíamos. —Se detuvo en seco—. ¿Y si alguien nos oyó hablar con él? Quizá nos espiaban fuera de la casa… No —negó—, Rufus habría ladrado si hubiese un intruso cerca. No fue allí. ¿Dónde, entonces?

Se apartó el pelo de la cara y paseó durante unos segundos repasando sus movimientos una vez Augusta y él abandonaron la granja. Se detuvo en seco.

—Hablamos junto a las cuadras. ¿Dijimos algo de Cecilia? Juraría que no la mencionamos. A quien sí mencionamos fue a ese hijo de perra de MacDonald. —Frunció el ceño. Había un mozo nuevo en casa de los O'Sullivan, Toby se llamaba.

Corrió hasta el caballo y se subió de un salto.

—Lo siento, muchacho, pero se acabó el descanso —dijo y lo arreó poniéndolo al galope.

Toby los miraba asustado.

—Yo no he hecho nada —dijo con voz temblorosa.

Caillen torció una sonrisa y dio un paso hacia él con evidentes intenciones.

—Verás, tal y como yo lo veo tienes dos opciones: decirnos la verdad y que no te demos la paliza de tu vida o salir de aquí con los huesos rotos. Escoge, que no tenemos toda la noche.

—Solo le conté lo que había oído, pero no era nada importante —dijo buscando una escapatoria, pero la única puerta estaba blindada por dos de aquellos enormes escoceses que daban mucho miedo.

—¿Qué le dijiste exactamente?

El mozo explicó punto por punto la conversación, sin olvidarse el más mínimo detalle.

—Eres un despojo —dijo Liam con enorme desprecio—. ¿Los O'Sullivan te han tratado mal acaso?

Toby se encogió temiendo recibir un golpe, pero Liam se apartó de él como si le diera asco.

—Está claro quién la tiene —dijo Lachlan.

—Maldito hijo de perra, lo voy a matar. —Caillen fue hacia la puerta.

Dougal se interpuso en su camino y lo miró con fijeza.

—Si la tiene hay que actuar con cautela. De nada servirá que te presentes en su casa y le

pidas que te la entregue. Si ha llegado tan lejos no va a echarse atrás fácilmente.

—Necesitamos ayuda —dijo Brodie—. Alguien que odie tanto a ese desgraciado como nosotros.

Kenneth no había dicho nada desde que escuchó la historia de Caillen y su teoría, que al final había sido acertada. Estaba en un rincón del establo y observaba la escena como si no fuera con él.

—¿Qué? —le preguntó Caillen mirándolo con visible urgencia—. ¿Qué hacemos?

Kenneth sonrió de esa manera tan suya, que no era ni sonrisa ni mueca sino las dos cosas a la vez.

—Tengo un plan.

Capítulo 30



—¡Qué sorpresa más desagradable! —dijo Carlton al llegar al vestíbulo, después de que el mayordomo fuese a buscarlo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Bhattair mirando a su hijo.

—No tengo ni la menor idea —respondió el otro sin dejar de sonreír—. ¿Se os ha perdido algo?

—Maldito desgraciado, te voy a… —Kenneth sujetó a su hermano antes de que lo golpeara.

—Tenemos que encontrarla primero —le recordó.

Bhattair miró a su hijo con preocupación.

—¿Qué pasa aquí, Carlton?

—Ya te he dicho que no tengo la menor idea, padre —respondió con expresión inocente. Y después le hizo un gesto a uno de los lacayos.

—Trae a los otros criados —ordenó—, estos McEntrie tienen la costumbre de ponerse violentos y necesitamos testigos.

Kenneth lo miró con desprecio.

—¿Necesitas que te cubran las espaldas?

—Mejor prevenir que curar —dijo Carlton sin inmutarse.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Bhattair enfrentándolos.

—Augusta O’Sullivan ha desaparecido.

—¡Dios Santo! —exclamó Carlton con expresión anonadada—. ¿Cómo es eso posible? ¿Qué

quiere decir que ha desaparecido? ¿No la habrán raptado?

Caillen tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no arrancarle la cabeza. Kenneth, por su parte, observó con disimulo que las mujeres MacDonald acudían a los gritos de Carlton. O quizá las había avisado Fionna, el ama de llaves, esa mujer le ponía los pelos de punta. El único que no apareció fue Duncan por lo que dedujo que no estaba en la casa, nunca se perdería una fiesta como aquella. Un imbécil menos del que preocuparse.

—Augusta había ido a visitar a un amigo y alguien entró en la casa y se los llevó a los dos por la fuerza —dijo Caillen mirando a Blanche.

—¿Ese amigo no tiene criados que puedan daros explicaciones? —Bhattair los miraba confuso—. ¿Qué tiene esto que ver con nosotros?

Carlton indicó a los lacayos con un gesto que se colocaran detrás de los McEntrie, pero Kenneth se acercó a ellos con expresión amenazadora y dieron un paso atrás asustados.

—Tendrás que buscar protección en otra parte —dijo el McEntrie riéndose del MacDonald —, estos no te librarán de recibir la paliza de tu vida.

Caillen tenía la mirada fija en su adversario.

—Solo te lo preguntaré una vez —dijo con tono inexpresivo—, y de tu respuesta dependerá que vivas o mueras. ¿Dónde está Augusta?

Bhattair sabía bien que los McEntrie no amenazaban en balde y miró a su hijo con preocupación. Unos cuantos lacayos no iban a impedir que esos dos cumplieran su amenaza.

—Si sabes algo díselo ahora mismo —ordenó.

—Lo único que sé de esa señorita es que va a casarse con uno de los McEntrie. No tengo claro con cual —dijo mirándolos a ambos alternativamente—. Dicen que Caillen, pero todos sabemos cómo es Kenneth, ¿verdad? Solo falta discernir si se apropiará del lugar de su hermano,

antes o después de la boda.

Ahora fue Kenneth el que se fue a por él y lo agarró de la chaqueta para darle un puñetazo.

—Si quieres volver a verla, ni se te ocurra —masculló Carlton con tono helado.

Kenneth lo soltó inmediatamente y Caillen tiró de él para que volviese a donde estaba.

—No hace mucho yo os hice una visita, ¿lo recuerdas, Caillen? —dijo ya sin disimulos—. En esa ocasión era yo el que necesitaba urgentemente encontrar a alguien. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Yo te lo diré, me llamaste sucia rata. La vida es algo muy curioso, ¿verdad? Deberíais haberme tratado con más respeto, quizá no estaríais ahora en esta situación.

—Así que confiesas que has sido tú —dijo Caillen entornando los ojos—. No es que lo necesitáramos, pero de este modo tu padre también es testigo de hasta qué punto llega tu estupidez.

Bhattair trataba de mantener la compostura. ¿Secuestrar a Augusta O'Sullivan? Eso era demasiado incluso para él.

—Marchaos ahora —dijo—. Yo hablaré con mi hijo y…

—Padre —lo interrumpió con una sonrisa perversa—, esto es asunto mío, no se preocupe, los tengo exactamente donde quería. No se olvide de todas esas veces que los McEntrie nos han provocado, ninguneado y humillado. Ha llegado el momento de resarcirnos y voy a disfrutar con ello, no lo dude.

—¿Qué quieres? —dijo Caillen de pronto—. Dime lo que quieres y te lo daré.

Kenneth lo miró sorprendido y Bhattair también, pero Carlton no mostró la mínima expresión.

—Arrodíllate.

Un silencio atronador inundó aquel vestíbulo. Todos miraban expectantes a Caillen

conscientes que el McEntrie no aguantaría semejante afrenta.

—Si no te arrodillas no escucharé nada más —dijo Carlton dándose la vuelta.

La expresión en el rostro de las mujeres lo hizo girarse. Caillen tenía una rodilla en tierra y en ese momento dejaba caer la otra.

—¡Bravo! —exclamó el MacDonald satisfecho mientras Kenneth miraba a su hermano sin dar crédito.

—¡Levántate! —le gritó furioso.

—Ya estoy de rodillas, Carlton. ¿Qué más quieres?

—¡Caillen! —gritó Kenneth.

—¿Dónde está Cecilia? —preguntó Carlton.

—Eso no voy a decírtelo, porque la matarías. Pero confieso que yo la ayudé a escapar.

—¡Dios Santo! —masculló Kenneth llevándose las manos a la cabeza—. ¡Conseguirás que te detengan!

—¿Estás confesando un delito? —Carlton miró a Bhattair—. ¿Has oído, padre?

—Lo he oído.

—Deja que Augusta regrese con sus padres y yo me entregaré al alguacil.

—¿Y qué mentiras contarás cuando te detengan? —preguntó taimado—. ¿Que esa sucia zarrapastrosa te dijo que había visto algo?

—Diré la verdad, que Cecilia me pidió que la escondiera y yo lo hice.

—¿Y de las patrañas que ella te contó?

—Eso es cosa suya. Sin pruebas no hay delito —dijo Caillen sin parpadear siquiera.

Carlton lo miraba con atención buscando la trampa en aquella oferta.

—¿Qué sabes del asunto?

—Sé quién está detrás de todo y quién la ayudó a escapar —dijo Caillen sin dudar.

Con su visión periférica vio cómo Blanche caminaba hacia atrás hasta las escaleras y desaparecía.

—¡Basta! —gritó Kenneth mirando furioso a su hermano—. Te condenarán por esto y nadie podrá salvarte.

—¡No me importa! —gritó el otro perdiendo los nervios también—. No quiero justicia, solo quiero que ella esté a salvo. ¿No lo entiendes?

Los dos McEntrie se retaron con la mirada durante unos segundos. Después Caillen volvió a fijar su mirada en Carlton.

—No voy a perseguirte por esto, lo juro por Dios. Si ella vuelve sana y salva a su casa, no te pediré cuentas por esto.

—Carlton… —Su padre lo miró con una seria advertencia en los ojos—. Te está dando lo que querías, no creo que se te presente otra oportunidad como esta.

El MacDonald miró a Kenneth con expresión más que elocuente.

—Él no ha prometido nada.

Kenneth apretó los dientes y lo miró como un loco.

—Voy a matarte, ¿te parece bastante promesa?

Carlton se encogió de hombros.

—Con esta actitud no hay trato.

—Kenneth, mírame —pidió Caillen con voz tensa—. Júrale por tu honor que no harás nada contra él por haber secuestrado a Augusta.

—No.

—Kenneth… ¡Júraselo!

El otro apretó los dientes y los puños dispuesto a aguantar.

—He dicho que no.

—No seas imbécil.

—¿Yo soy el imbécil?

—Sí, tú eres el imbécil.

—¿Vais a estar mucho rato así? —dijo Carlton con las manos en la cintura.

—Kenneth… —Su hermano lo miró ahora suplicante.

—No puedes creerte a esta sabandija —dijo el otro—. A este desgraciado, hijo de una serpiente y un…

—Padre, creo que quieren ofenderte —dijo Carlton mirando a Bhattair.

Y entonces Caillen pareció perder la paciencia y miró a su hermano con una seria advertencia en los ojos.

—Si le pasa algo a Augusta por tu culpa, te juro por Dios que no te lo perdonaré mientras viva.

—¿En serio quieres hacer un pacto con él? —preguntó su hermano con evidente desprecio.

—Ahora mismo pactaría con el mismísimo demonio.

Kenneth sopesó sus posibilidades y finalmente miró a Carlton con fuego en los ojos.

—Tienes mi palabra. No iré a por ti por haber… secuestrado a Augusta.

Bhattair miró a su hijo.

—Diles dónde está —ordenó.

—¿No puedo torturarlos un poquito más?

—¡Carlton! —gritó su padre con voz atronadora.

—Está bien —dijo haciéndoles un gesto con la mano—. Volved a casa y esperad. Os enviaré

una nota con el lugar exacto adónde tendréis que ir a recogerla. ¡Y ahora largaos de mi casa, sucias ratas!

Kenneth lo miró un momento antes de seguir a Caillen que ya atravesaba la puerta del castillo.

—Cuando la veas, despídete de ella —dijo Carlton en tono jocoso—. No creo que acepte casarse con alguien que va a pasar una larga temporada en prisión.

Los McEntrie caminaron con paso decidido hasta sus caballos, montaron a la vez y se alejaron de allí al galope.

—Tienen toda la razón. ¡Eres imbécil! —gritó Bhattair mirando a su hijo cuando se quedaron solos.

—¿Tú crees? Acabo de derrotar a los McEntrie y pronto uno de los queridos hijos de tu enemigo estará entre rejas gracias a mí. Deberías felicitarme no insultarme.

Bhattair movió la cabeza sin dejar de mirarlo con desprecio.

—¿No conoces a esos hermanos? No pararán hasta hacerte pagar por esto. ¿Has ganado ahora? Es posible, pero ¿a qué precio? No lo sabrás hasta que te llegue la hora y me temo que ese día te arrepentirás. —Lo señaló con el dedo—. Como le hayas puesto un dedo encima a esa O'Sullivan te echaré de esta casa sin miramientos. Me importa una mierda lo que consigas de los McEntrie, no se me cerrarán las puertas de este país por culpa tuya. Estás advertido.

Carlton lo vio marcharse con el corazón en la garganta. Volvió a mirar hacia la puerta con temor, pero enseguida recuperó la sonrisa. ¿Qué iban a poder hacer? Él tenía a Augusta y ellos habían dado su palabra…

Unos minutos antes…

Blanche corrió a su cuarto en cuanto estuvo segura de que no podían verla. Si Carlton hacía un trato con el McEntrie estaría perdida. Caillen le iba a contar que había sido ella…

—Tengo que hacer algo —dijo paseándose por la habitación con ojos vidriosos—. Me hará daño, mucho daño… Me tiraré por la ventana, juro que me mataré si…

—Hay otras cosas que puede hacer mejores que matarse —dijo Brodie levantándose de la butaca en la que se había sentado a esperarla.

Blanche lo miró horrorizada y habría gritado si no fuese porque los que estaban abajo le daban más miedo que él.

—He venido a salvarla —dijo el escocés con una sonrisa brillante—. No me mire como si fuese el demonio. Ese es mi hermano Kenneth —dijo bajando el tono.

—¿Qué… quiere? ¿Cómo ha… entrado?

—Ha sido bastante fácil. La obra de teatro que se ha montado en el vestíbulo tiene a todos los habitantes del castillo muy entretenidos.

Blanche tenía una mirada desquiciada y Brodie temió que no aguantase mucho más lo bastante cuerda para serle útil. La miró muy serio.

—Estoy aquí para que nos ayudemos mutuamente. Ya ha oído que su marido ha secuestrado a Augusta O’Sullivan. Por supuesto vamos a hacer lo que sea necesario para liberarla, pero también podemos hacer lo mismo por usted. ¿Qué me dice? ¿Quiere librarse de él para siempre?

Blanche asintió sin pensárselo.

—Pues para eso necesitamos unos documentos que usted conoce muy bien…

La mujer abrió los ojos asustada y Brodie apretó los labios asintiendo.

—Sé que tiene mucho miedo, pero es el único modo. Tenemos poco tiempo, ya que la obra no puede durar eternamente.

—El despacho está abajo, en la parte de atrás —dijo ella temblando—. Yo le diré dónde los guarda. Los ha cambiado de sitio, se cree que no lo sé. —Sonrió perversa y a Brodie le dio un escalofrío—. Yo lo sé todo. Todo. Le diré dónde está y usted puede ir a buscarlos. Yo no. No. Tengo miedo. Si me descubre me hará mucho daño. No me da miedo la muerte, ojalá me matara de una vez.

—Iría yo solo, pero si no los encuentro no conseguiríamos nada —dijo Brodie caminando hacia la puerta.

—No puedo ir —negó con la cabeza repetidamente—. No puedo, no puedo, no puedo.

Brodie volvió hasta ella y le cogió la cara con las manos para obligarla a mirarlo.

—Confíe en mí, no voy a dejarla. Se lo juro, Blanche. Si nos pillan no la dejaré aquí, me la llevaré conmigo.

—¿De verdad?

—Le doy mi palabra.

Ella lo besó inesperadamente y Brodie abrió mucho los ojos por la sorpresa, pero no se apartó. Después la cogió de la mano y salieron juntos de la habitación.

—¿Te besó? —Lachlan lo miraba divertido mientras jugaba con un mechón de pelo de su esposa, que no se había separado de él desde que regresaron.

—Creo que está completamente loca —explicaba Brodie mientras cogía un pedazo de pan y le daba un mordisco—. Estoy hambriento.

—El pollo está buenísimo —dijo Ewan que iba por el tercer trozo.

—Yo no sabía cuántos «imbécil» más podían ser creíbles para Carlton, pero al parecer se lo tragó todo sin masticar siquiera —dijo Kenneth sirviéndose un dedo de whisky.

—Cuando escuché el silbido de Brodie estuve a punto de gritar «aleluya» —confesó Caillen que permanecía junto a la ventana sin poder probar bocado.

—Lo del beso no estaba en mis planes —siguió Brodie—. Pero después de eso pareció recuperarse y se portó como una valiente.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Craig.

—Hay que esperar a que mande la nota con la ubicación —dijo Caillen nervioso—. La dejarán en algún sitio donde podamos recogerla.

—¿Y no habéis pensado en seguirlo? —preguntó Elizabeth.

Su marido la miró con una tierna sonrisa.

—Sí, lo pensamos. Esperar hasta ver salir a cualquiera del castillo y seguirlo a donde fuese, pero Caillen no lo permite.

—No pondré a Augusta en peligro. Seguiremos el plan que ideó Kenneth y luego continuaremos con el mío. Ya le llegará su hora, descuida —dijo mirando a su cuñada.

—Deberías comer algo. O beber —dijo Kenneth mostrando su vaso.

—Kenneth tiene razón en lo de comer —dijo su padre—. En prisión no lo pasarás bien en ese aspecto.

—No entiendo por qué tienes que ir a prisión —dijo Enid con preocupación—. Te aseguro que a Augusta no le va a hacer ninguna gracia.

—Necesitamos ganar tiempo para Brodie —dijo Lachlan acariciándole la mejilla con ternura —. Aquí no hay nadie en quién podamos confiar para entregarle esos documentos.

—¿Por qué a Edimburgo? —preguntó Enid confusa, no había entendido nada de lo que

habían dicho antes, estaba demasiado asustada por Augusta.

Todos miraron a Thomas O'Sullivan.

—Tengo un muy buen amigo en la Corte Suprema —explicó—. Confío plenamente en él. Brodie le entregará los documentos que prueban los delitos de contrabando y una carta, de mi puño y letra, en la que le pido que los custodie en lugar seguro.

—Pero entonces… —Elizabeth se irguió en el asiento con expresión asustada—. ¡Os mataran!

—¿Cómo van a matarlos si están presos? —le preguntó Enid confusa.

—El alguacil es uno de ellos. Y hay varios jueces, enviarán a alguien a matarlos. —Miró a Dougal aterrada—. No podéis mostrar vuestras cartas.

—¿Habéis visto lo inteligente que es? —dijo su marido orgulloso—. Caillen, explícale tu plan, anda.

—Los documentos irán en una caja cerrada. El amigo del señor O'Sullivan no los leerá, tan solo tendrá que guardárnoslos.

—¿Entonces cómo saldrás de la cárcel? —preguntó Enid.

—Cuando Brodie regrese de Edimburgo —siguió Lachlan—, pasará por la casa del juez Brogan MacLeod para entregarle una nota que Caillen ha escrito para él.

—¿Y qué pondrá en esa nota? —preguntó Enid.

—Pues… —intervino Kenneth—, que lo sabemos todo y que tenemos las pruebas.

—Que dichas pruebas —explicó Brodie—, están a buen recaudo en manos de alguien que puede acabar, no solo con la carrera, sino con la vida de todos los implicados, si no liberan a Caillen inmediatamente.

—Y para demostrar que no es un farol, adjuntaré una hoja de los documentos que Brodie y

Blanche nos consiguieron —terminó Caillen.

—Carlton se verá en serios problemas cuando sus amigos sepan que le sustrajimos dichos documentos —dijo Lachlan—. Es muy probable que tenga que seguir los pasos de Gilleasbuig.

—¡Qué tristeza! —exclamó Craig—. La familia MacDonald se desmorona.

—¿De verdad no hay una fecha exacta para el principio de esta enemistad? —preguntó Enid.

Todos empezaron a dar sus versiones y Caillen se alejó de nuevo para ir hasta la ventana. Kenneth se acercó con dos vasos de whisky y le ofreció uno.

—Vas a estar unos días sin beber —dijo mirando hacia el exterior.

—Hasta que no la vea sana y salva no podré respirar tranquilo.

—Ni yo —dijo el otro y los dos se miraron cómplices—. Lo de arrodillarte no entraba en el plan.

—Haré lo que sea por traerla —musitó—. Lo que sea.

Siguieron mirando al exterior cada uno perdido en sus pensamientos.

Capítulo 31



Augusta temblaba como una hoja, pero ninguno de aquellos hombres se percataría de ello.

—No iré a ninguna parte, si no me dicen adónde me llevan —dijo encarándose con el que parecía llevar la voz cantante—. Y tampoco iré si él no viene conmigo.

Su raptor la miró con expresión perversa.

—Mire, señorita, nosotros recibimos órdenes. Si yo digo que se viene conmigo, usted se viene conmigo. Puede hacerlo con esos dos piececitos tan pequeños que tiene o este se la carga al hombro y listos —dijo señalando a uno de los que lo acompañaban.

La cueva estaba muy oscura, la iluminación de las pocas antorchas que colgaban de las paredes era escasa y las sombras que se veían en aquellos rostros hacían que pareciesen realmente peligrosos. Hasta el momento no les habían hecho más daño que el que sufrieron en la granja cuando Mungo trató de impedir que se la llevasen a ella también. El viejo tenía un buen corte en el brazo, pero habían dejado que ella se lo lavase y se lo vendase, por lo que no corría peligro.

No sabía la hora que era, pero estaba convencida que aquel pedazo de pan con jamón que los habían llevado hacía ya mucho había sido la cena. Sus padres y su abuelo estarían desesperados por su ausencia. Se sintió horriblemente mal al darse cuenta de que había pensado más en Caillen que en ellos. Tenía que haberse enterado, sus padres la buscarían en *Slioscreige* antes que en ninguna otra parte.

—¿No pueden decirnos adonde la llevan? —preguntó el anciano colocándose delante de ella

—. Tenga consideración, hombre, es una mujer y está asustada.

—Tú calla, viejo —dijo uno de los bandidos empujándolo de mala manera.

Mungo cayó sobre la manta en la que había estado sentado y se golpeó la cabeza contra la roca de la cueva.

—¡Bruto! —le gritó Augusta corriendo a auxiliar a su amigo—. ¿Está bien?

—Mírala cómo se preocupa por el viejo, ni que fuese su abuelo —dijo el que lo había empujado.

—Pues tiene uno —dijo el que quería que lo acompañase—. Podríamos traerlo también a ver si así nos hace más caso la señoritinga esta.

—Yo puedo hacer que te haga caso sin abuelo ni hostias. ¿Quieres verlo?

El que había empujado a Mungo la agarró del pelo y tiró de ella hasta que su cara estuvo tan cerca de su boca que Augusta sintió el fétido aliento entrando a bocanadas por sus fosas nasales.

—¿A que se viene conmigo sin protestar?

Augusta no lo pensó, levantó la rodilla con toda la fuerza de que fue capaz y fue a dar en la entrepierna del malcarado delincuente que lanzó un aullido de dolor y cayó de rodillas frente a ella.

—Sin protestar no iré a ninguna parte —dijo fingiendo mucha más seguridad de la que sentía.

El que estaba al mando le hizo una seña a otros dos y estos la agarraron de los brazos y la levantaron en volandas. Por más que ella pataleaba no conseguiría nada.

—¡Ni se te ocurra moverte! —advirtió otro de los bandidos apuntando a Mungo con su arma.

El viejo los vio alejarse impotente y las lágrimas cayeron por sus arrugadas mejillas como si fuesen las de un niño.

—¡Señorita O’Sullivan! —exclamó Carlton al verla en la entrada de la cueva—. ¿Cómo se encuentra? ¿La han tratado bien? Espero que estos brutos no la hayan asustado demasiado.

Augusta lo miraba anonadada.

—¿Señor… MacDonald? —preguntó tiritando.

—Venga, sentémonos ahí —dijo señalando un banco pegado a la pared—. Hace mucho frío, ¿verdad? ¡Traed una manta, imbéciles! ¿Es que no veis que tiene frío?

Uno de aquellos hombres le tendió una que no olía demasiado bien, pero Augusta no le hizo ascos y se envolvió con ella rogando porque no tuviese chinches.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó sin que la sorpresa se borrase de su rostro.

Carlton suspiró y después chasqueó la lengua varias veces antes de responder.

—He venido a sacarla de este embrollo. Esto es lo que pasa cuando uno se relaciona con personas poco adecuadas. ¿Qué hacía usted con ese mendigo?

—Es… mi amigo.

—¿Amigo? —Se echó a reír a carcajadas.

—Bueno, en realidad eso no es asunto mío. La cuestión es que he hecho un trato con su prometido… Bueno, creo que es su prometido, aunque no lo tengo muy claro. ¿Se va a casar con Caillen o con Kenneth?

—Con Caillen —dijo procurando que no le temblase la voz.

—Me parece que no —dijo el otro con una enorme sonrisa—. Verá, hemos hecho un trato como le he dicho, yo la dejo a usted libre y Caillen cambia de vivienda durante los próximos años.

Augusta juntó las manos para que no viese que estaba temblando, a pesar de que ya no tenía

frío. Carlton esperaba que preguntase, pero al ver que no decía nada, siguió con su discurso.

—Ha confesado que él ayudó a Cecilia a huir de la justicia y eso es un delito grave en estas circunstancias. Voy a ocuparme, personalmente, de que no salga en mucho tiempo. —Hizo una pausa para que la idea germinase en su mente—. Además, cuando esté en manos del alguacil este se encargará de sacarle la ubicación de esa zorra. Ese hombre es de lo más efectivo interrogando, ¿sabe? Tiene unos métodos de lo más imaginativos para hacer daño. Claro que alguna vez se le ha ido la mano y el preso ha muerto antes de hablar, pero Caillen no tendrá tan mala suerte.

Los ojos de Augusta se llenaron de lágrimas, pero seguía sin decir nada.

—Supongo que tiene miedo de decir algo y meter la pata, no se preocupe, no será necesario interrogarla a usted. De hecho, voy a liberarla, así que sonría, mujer, y quite esa cara de funeral. ¿No ve lo generoso que soy? —Sonrió—. No me gustó nada lo que hizo en casa de los condes de Sutherland, no está bien entrar en los dormitorios ajenos. Pero la perdono porque usted no dijo nada, fue ese odioso McEntrie el que se fue de la lengua.

Augusta se limpió las lágrimas y lo miró decidida.

—Lo denunciaré —dijo al fin—. Mi padre tiene muy buenos contactos, las autoridades sabrán que me ha secuestrado y me ha tenido rete…

Carlton volvió a chasquear la lengua negando con la cabeza.

—Maaaal, muy mal, Augusta. ¿Ni siquiera la he liberado aún y me amenaza? ¿Es que no ve que podría matarla y lanzarla al mar para que nadie supiese nunca lo que pasó con usted? Caillen, tendría que lidiar con la ausencia de su prometida el resto de su vida, además de ir a la cárcel, claro, de eso no se libra.

—Por favor… —suplicó ella—. Se lo ruego. Haré lo que quiera, pero no le haga daño.

Carlton entornó los ojos para mirarla con atención.

—¿Lo que quiera?

Ella sintió un escalofrío temiendo lo que le pediría, pero asintió con la cabeza y Carlton sonrió.

—No hay duda de que la suerte me sonríe. Bien, dígame dónde está Cecilia.

Augusta empalideció.

—Eso no puedo decírselo. La matará.

—Oh, desde luego y puede estar segura de que antes la haré sufrir. Pero ese es el pago si quiere salvar a su futuro esposo.

Augusta no pudo contener un sollozo y la voz se le cortó por las lágrimas cuando negó con la cabeza.

—Como quiera. —El otro se encogió de hombros—. Lo cierto es que tengo a dos personas para sacarles esa información. No creo que ese Fairweather aguante una tanda de golpes de uno de estos sin decirme lo que necesito saber.

Augusta miró a sus hombres con expresión aterrada.

—¿Qué va a hacerle?

—Señorita Augusta, ¿qué clase de pregunta es esa? Haré lo que haga falta para saber dónde está Cecilia. Esa muchacha no se va a ir de rositas después de haberme traicionado como lo hizo. Me lo diga usted o me lo diga uno de esos dos, me da lo mismo. Lo importante aquí es que yo soy el que sostiene el cuchillo en el cuello de mis enemigos.

—No se saldrá con la suya —musitó con voz rota.

—Ya lo creo que sí.

Carlton se levantó para marcharse, pero pareció recordar algo y regresó hasta ella.

—Hay algo que sí va a hacer por mí. Nada, no tiene importancia. En cuanto regrese a casa,

romperá su compromiso con Caillen, no es de recibo que una señorita bien esté emparentada con un recluso. Sus padres me lo agradecerán.

Ella levantó los ojos anegados en lágrimas y apretó los labios con firmeza al tiempo que negaba con la cabeza.

—No pienso hacer tal cosa.

—Creía que le tenía aprecio a ese viejo vagabundo y a su perro, pero veo que le dan igual.

Augusta se puso de pie temblando.

—Haré que los lancen a los dos desde lo alto de los acantilados el día de su boda —sonrió con maldad—. ¿No le parece una maravillosa idea? Cada año tendrá que recordar que ese pobre hombre y su perro pulgoso murieron por su egoísmo.

—Es usted un monstruo —gimió ella.

—¿A qué sí? —se rio—. Yo mismo me sorprendo de lo malo que soy.

Se dio la vuelta para marcharse, pero ella lo detuvo.

—¡Lo haré! —dijo limpiándose las lágrimas—. Anularé el compromiso.

—Antes de que lo encierren —puntualizó él.

Ella asintió.

—Buena chica —sonrió—. Ah, y si le cuenta esta conversación a alguien, lo sabré. No lo dude, yo me entero de todo. Y entonces no habrá trato, ese Fairweather morirá igual. No lo olvide, señorita O’Sullivan.

Cuando Carlton salió de allí, Augusta se dejó caer en el banco sin fuerzas, se cubrió la cara con las manos y lloró con desesperación.

Hacía mucho frío cuando la sacaron de la cueva con los ojos vendados. La arrastraron un buen rato en el que ella trastabilló sin parar por lo accidentado del terreno.

Caminamos por zona rocosa. Puedo notar el sabor de la sal en la lengua y el viento huele a brezo de un modo… He estado aquí antes, reconozco este olor y el sonido me resulta tranquilizador y me recuerda a… Caillen. Frunció el ceño y siguió analizando cada detalle de su recorrido en completa oscuridad. Sus captores no decían nada, solo oía sus respiraciones agitadas por el esfuerzo y sus pasos rápidos y contundentes. Estaban subiendo, la cuesta era muy empinada. Caminaron aún un buen rato antes de detenerse. La brisa le daba en la cara y el rumor de las olas rompiendo contra las rocas estaba frente a ella. *Estamos en lo alto de los acantilados.*

Alguien tiró de la venda y se la quitó sin miramientos. Augusta parpadeó y miró al cielo, a juzgar por la posición de la luna era mucho más tarde de lo que ella pensaba. *No podían habernos secuestrado con luna llena. Con esta luz no veo lo que hay a más de un metro de distancia.* Tal y como sospechaba estaban en lo alto de los acantilados. Debían pensar que era una completa estúpida que no se percataría de la dirección que llevaban sus pasos. En cuanto pudiese ver dónde estaba sabría de donde había venido.

—Siéntese en esas rocas a esperar y no se mueva de ahí —ordenó el que mandaba—. No queremos que se caiga por accidente y nos meta en un lío.

—¿Van a dejarme aquí sola en plena noche?

El que mandaba se giró y la encaró con muy mala expresión.

—Mire, señorita, vuelva a donde le he dicho y no me toque más las narices o al final voy a tener que enseñarle de muy mala manera a estarse quieta y callada. —Esto último lo dijo a voz en grito y Augusta dio un paso atrás asustada—. Y vigile donde pisa.

Los hombres se alejaron de ella y pronto dejó de verlos en la distancia.

—Regresan, ¿debería seguirlos? ¿Y qué hago cuando llegue allí? —se movió inquieta con las manos en la cintura—. No voy a quedarme aquí esperando a que amanezca. Tengo que encontrar ayuda cuanto antes. ¡Dios, qué frío hace! Se arrebujó dentro de la asquerosa manta y entornó los ojos, que se iban acomodando a la escasez de luz. Con dificultad veía el borde del acantilado. Era arriesgado moverse, pero solo tenía que caminar en dirección contraria al precipicio, ¿no?

—Me siento estúpida por tenerle miedo a la oscuridad. La oscuridad no va a hacerme nada. Esos hombres sí podían hacerme daño. —Sonrió repentinamente orgullosa al recordar el rodillazo que le había propinado a uno de ellos—. Les he plantado cara, aunque no haya servido de mucho. De nada, en realidad.

De nuevo la angustia por Mungo atenazó su garganta y su corazón se aceleró. Comenzó a dar pasos muy cortos y entonces se dio cuenta de su error. Si caminaba sin saber hacia dónde se dirigía luego no podría identificar desde donde la habían llevado hasta allí. Regresó sobre sus pasos, o al menos eso esperaba, no se había alejado tanto.

Tropezó con una piedra y cayó de bruces. La humedad del suelo traspasó su ropa.

—¡Lo que me faltaba! —Se arrebujó en la mata y se sentó en las rocas que le habían indicado—. Solo tengo que esperar a que se haga de día. Nada más.

Debía pensar muy bien lo que iba a hacer y cómo. Lo primero era saber dónde estaba la cueva en la que los habían tenido retenidos. Liberar a Mungo antes de que encerrasen a Caillen era ahora su prioridad. De no conseguirlo debería romper el compromiso y, aunque no creía que eso le importase demasiado al escocés teniendo en cuenta que lo iban a llevar preso, a ella sí le importaba. No tenía nada para ayudarlo a él, nada. ¿Por qué había confesado?

—¡Maldito, tonto! —dijo entre sollozos—. No deberías haber dicho nada.

Aún no amanecía cuando alguien llamó a la puerta del castillo de los McEntrie. Todos estaban despiertos o adormilados en los sofás del salón esperando noticias, pero fue Caillen el que volvió con la nota.

—*Monadhachan Aodh* —dijo.

—¡Las piedras sagradas! —exclamó Enid.

—Iré a por tu caballo —dijo Brodie y salió de allí a la carrera.

—Voy contigo —dijo Kenneth.

—No —lo detuvo estirando el brazo—. Voy solo.

La expresión en su rostro no dejaba lugar a dudas y su hermano comprendió que tenía algo que hacer antes de traerla de vuelta.

Subió a su caballo y se alejó de allí al galope con el ánimo tembloroso y un gran peso en su corazón. Aquella había sido la noche más larga de su vida. Pensar en lo que le podrían haber hecho, en el miedo que ella estaría pasando, lo volvía loco. Los minutos se arrastraron lentos y espesos. No había podido comer y tenía los músculos agarrotados. Pero ahora, galopando sin freno hacia ella recuperó la fuerza y el ánimo. Lo único que quería era abrazarla, abrazarla fuerte y decirle…

Augusta vio la silueta de las piedras sagradas y parpadeó emocionada.

—¡*Monadhachan Aodh!* —Exclamó.

Miró entonces a su alrededor con las primeras luces del alba. Calculó por dónde habían llegado y señaló en una dirección.

—¡Las cuevas de Moorleigh! ¡Claro! Están en tierras de los MacDonald.

Frunció el ceño pensativa. Habían vuelto hacia atrás varias veces, tratando de despistarla,

pero estaba segura de que esa era la dirección de la que venían. Tenían que ser esas cuevas. Además, ella no conocía otras por allí.

—Estamos en tierras de los Sinclair —murmuró—. No conozco bien esta zona, quizá también haya cuevas por aquí y en realidad sí han logrado confundirme.

Ahora ya podía ir hacia el camino y caminó presurosa dispuesta a correr si hacía falta. Cuanto antes llegase a Slioscreige más posibilidades tenía de ayudar a Mungo. Tropezó varias veces por las prisas, pero finalmente alcanzó el sendero y aceleró el paso. Llevaba unos minutos caminando a buen ritmo cuando escuchó el retumbar de los cascos de un caballo y su corazón se aceleró. Se apartó del camino.

El enorme corcel negro y su jinete, vestido del mismo color, aparecieron ante ella. En cuanto lo reconoció, gritó su nombre casi con desesperación. Caillen tiró de las riendas y el caballo levantó las patas delanteras con tal violencia que a punto estuvo de tirarlo al suelo. Augusta lanzó un grito de terror y se tapó la cara. La visión de Mòrag, el padre de Cecilia, con el cuello roto se mostró ante ella con total nitidez. El terror y la angustia minaron las pocas fuerzas que aún le quedaban y se desplomó, pero Caillen, que había saltado de su montura antes de que Donn pusiera las patas de nuevo en el suelo, llegó justo a tiempo de sostenerla.

La sacó del camino y se sentó delante de un árbol sin apartarla de su pecho. Dejó que la cabeza de Augusta se apoyara en su brazo para poder mirarla a gusto. Repasó cada una de sus facciones y se preguntó cómo podía ser tan perfecta y no haberse dado cuenta antes.

—Despierta, *mo ghràdh,* despierta y dime que estás bien —susurró junto a su boca.

Ella abrió los ojos y lo vio allí, tan cerca y tan él. Sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Has venido.

Los ojos de él también tenían lágrimas.

—Dios —gimió enterrando la cabeza en su pelo—, he pasado tanto miedo…

Ella sintió las sacudidas que provocaban sus sollozos y se incorporó para abrazarlo entre emocionada y perpleja.

—Amor mío —susurró besándolo primero en las mejillas, luego en los ojos…

Cuando sus bocas se unieron él sintió que se le deshacían los huesos y la pasión lo arrolló. La necesitaba tanto que le dolía el alma, necesitaba sentirla muy hondo, entrar en ella. Perderse en cada uno de sus recovecos, que le arañase el alma y lo volviese del revés.

Le levantó la falda y la sentó a horcajadas sobre sus piernas. Augusta sintió su erección dura y contundente.

—*Mo ghràdh* —dijo él buceando en sus ojos.

—Te pedí que no…

—Te amo, Augusta, te amo con cada fibra de piel y con cada porción de hueso. Te amo como nunca pensé que podría amar. —Sus ojos la miraban de un modo distinto—. Tenía tanto miedo de que te hiciesen daño. Me estaba volviendo loco…

Echó la cabeza atrás y la golpeó varias veces contra el tronco del árbol tratando de recuperar el control de sus emociones.

—No me han hecho daño —susurró ella desviando la mirada.

Aquella declaración lo complicaba todo. Se levantó apartándose de él, que trató de retenerla sin éxito.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te apartas de mí?

—No es momento de… esto —dijo dándole la espalda—. Tienen a Mungo y le harán daño si no lo encontramos. Creo que están en una de las cuevas de Moorleigh. No estoy segura, porque se han esforzado mucho en confundirme, pero deberíamos ir a…

—¿Deberíamos? Tú no irás a ninguna parte, te llevaré a casa ahora mismo y no volverás a salir de casa hasta que todo esto esté solucionado. Después de eso, iré a esas cuevas y…

Ella lo encaró con urgencia.

—No irás solo —le espetó—. Tus hermanos tienen que acompañarte. ¡Prométemelo!

Él asintió consciente de que le ocultaba algo. Le había dicho que la amaba y ella… no había reaccionado.

—¿Qué ocurre, Augusta? —Se acercó, pero ella dio varios pasos hacia atrás—. ¿Por qué me rehúyes?

—He tenido una experiencia horrible, Caillen, no me presiones.

Él respiró hondo para calmarse y asintió.

—Está bien. Tienes razón, lo primero ahora es llevarte a casa.

—A *Slioscreige* —puntualizó ella—. Llévame allí, después iré a casa. Tienes que pedirle a tus hermanos que te acompañen. Cuanto antes, Caillen.

—Tranquila —dijo asintiendo.

Subió al caballo y después se inclinó para agarrarla a ella y la sentó delante de él.

—A horcajadas —le susurró al oído.

Ella obedeció sin protestar y él la pegó a su cuerpo con gesto posesivo.

—Iba a tomarte ahí mismo —dijo cuando el caballo inició la marcha—. Gracias por detenerme.

Ella no dijo nada.

—Fue Carlton —dijo él tanteándola.

—Lo sé.

Su voz sonaba a lágrimas.

—¿Lo has visto?

Ella asintió.

—¿Te ha dicho algo?

Ella volvió a asentir y se limpió la cara intentando que él no la viera, pero no lo consiguió.

—Has confesado que ayudaste a Cecilia.

¡*Mierda*!

—Van a detenerte —añadió al ver que él no decía nada.

—No tuve más remedio.

—¿También les dirás dónde está escondida?

—No.

—Entonces dejarás que te maten a golpes.

Él detuvo el caballo y le giró la cara para obligarla a mirarlo. Masculló algo al ver su rostro mojado por las lágrimas.

—¿Es por eso? ¿Por eso te comportas así? Te he dicho que te amo y no has respondido.

—¿Qué quieres que diga? ¿Gracias?

—Augusta…

—Ahora no es momento de hablar de esto —dijo muy seria volviendo a mirar al frente—. Mungo podría estar sufriendo ahora mismo a manos de esos desgraciados. ¡Por Dios, Caillen, llévame a casa de una vez!

Él se sorprendió de su vehemencia y sacudió las riendas poniendo a Donn al galope.

Capítulo 32



—¿Y Brodie ha llevado esos documentos? —preguntó Augusta con la mano de su madre entre las suyas y su padre también a su lado en el sofá.

—Salió en cuanto Caillen fue a buscarte —explicó Craig.

Se había bañado y cambiado de ropa y también la habían obligado a comer un poco. Además de sus padres, la acompañaban Enid, Elizabeth y Craig. Los demás habían ido a buscar a Mungo en cuanto Caillen y ella llegaron al castillo. En las explicaciones del plan que habían llevado a cabo los McEntrie, evitaron mencionar el detalle de que el escocés debería ir a prisión y ella no comentó que lo sabía para no desmoronarse. Debía mantenerse fuerte, al menos hasta que hubiesen liberado a Mungo. Si regresaban con él le pediría a Caillen que se casara con ella inmediatamente, antes de ser detenido. Y si no, rompería el compromiso.

Violet miró a su hija con ojos de madre y su corazón le dijo lo que necesitaba hacer.

—¿Podríais dejarnos a solas? —pidió mirando a los demás.

Augusta la miró, no quería que la interrogase. Pero los demás abandonaron el salón sin protestas y en un momento estuvieron las dos solas.

—¿Qué ocurre?

—Mamá, no —pidió bajando la vista hasta sus manos.

—Hay algo que te reconcome. ¿Es porque van a detenerlo?

Ella asintió aliviada y su madre ya no tuvo dudas.

—No es por eso —dijo rotunda—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué no nos has contado?

—Nada, mamá. Os lo he contado todo.

—¿Tan malo es que eres capaz de mentirme mirándome a la cara?

Augusta cerró los ojos y se mordió el labio. Si lloraba estaría perdida.

—He tenido mucho tiempo para pensar y me he dado cuenta de que no estoy preparada para casarme.

—¿Qué? ¿Es por la boda? ¡No te preocupes, hija! Podemos posponerla hasta que nos hayamos olvidado de todo esto.

—No voy a posponerla, mamá —dijo mirándola—. Quiero cancelarla.

Su madre abrió la boca sorprendida.

—¿Del todo? ¿Quieres romper el compromiso con Caillen?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—Va a ir a la cárcel.

Su madre frunció el ceño, eso sí que no se lo esperaba.

—¿Quieres darle la espalda en un momento así? Hija… sabes por qué lo ha hecho.

—Sí, lo sé, por eso estoy así —dijo mostrando algo del dolor que sentía—. Me mata dejarlo en estas circunstancias, pero no puedo casarme por lástima. Él hizo lo que creyó mejor y yo debo hacer lo mismo.

—¿No lo amas?

Augusta negó con la cabeza repetidamente. Ninguna de las dos se había percatado de que la puerta de salón se había abierto y Caillen las miraba expectante.

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó Dougal empujándolo.

Violet cerró los ojos con pesar al darse cuenta de que las había oído.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Augusta pálida como una muerta.

—No —respondió Dougal sin que su hermano se hubiese movido del sitio.

—Tenías razón —dijo su aún prometido—. Os llevaron a una cueva de Moorleigh, pero lo han sacado de allí y se lo han llevado a otra parte.

—Debieron marcharse en cuanto te dejaron ir.

—Dougal, señora O'Sullivan, ¿podrían dejarnos solos? —pidió Caillen.

Violet miró a su hija y ella asintió. Augusta se quedó de pie, pero evitaba mirarlo mientras se retorcía las manos. El escocés tardó un momento en moverse, necesitaba recuperar la calma antes de afrontar la situación. Se acercó y Augusta lo sintió imponente frente a ella.

—Siento que lo hayas oído así —musitó.

—¿Sientes que lo haya oído? —Su voz no era dura, como ella esperaba, sino más bien incrédula.

Lo miró al fin.

—No voy a casarme contigo —dijo rotunda.

—¿Por qué?

Ella desvió la mirada.

—Me he dado cuenta de que… tenías razón. Estaba… confundida.

—Mírame cuando me hables —ordenó él.

Ella lo hizo.

—Ahora dime que no me amas.

—No te amo —dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Él sonrió con tristeza.

—No sabes mentir.

—No voy a casarme contigo, Caillen, estoy rompiendo el compromiso.

—No pienso aceptarlo.

—No tienes más remedio.

—¿Qué no tengo…? —La agarró de la cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—No tardarán en venir a buscarte —dijo ella temblando—. Te van a llevar preso.

—Sabes que todo forma parte del plan. En pocos días estaré libre.

—Van a torturarte. ¿Crees que se necesita mucho tiempo para romper a un hombre en pedazos?

—Puedo aguantar unos cuantos golpes —dijo burlón—. No van a dejarme lisiado, descuida.

—No voy a arriesgarme.

Él levantó una ceja.

—¿Aceptas a una yegua coja, pero no me aceptarías a mí?

Ella trató de zafarse, pero él no se lo permitió.

—Serán tres o cuatro días. Cinco a lo sumo. No temas por mí, amor mío, podré soportarlo.

Augusta apoyó la frente en su pecho, el dolor la estaba matando.

—No puedo casarme contigo —musitó—. Caillen, por Dios te lo pido, ayúdame.

La abrazó con fuerza contra su cuerpo.

—¿Qué te dijo?

—Matará a Mungo si nos casamos. Y lo matará también si sabe que te lo he contado. —Lo miró suplicante—. No puedo cargar con su muerte, no podría soportarlo.

Él asintió con expresión dolida.

—Lo entiendo.

Ella lo abrazó entonces y se agarró a él con tanta fuerza que quedó exhausta en poco tiempo.

Se sentó por temor a desmayarse y él se arrodilló frente a ella.

—Encontraremos a Mungo, no temas. Romperemos el compromiso y nos casaremos cuando él esté en libertad.

Ella asintió nada convencida.

—¿No confías en mí? —preguntó sonriente—. Es un poco decepcionante que la mujer que amo no confíe en mis capacidades.

—Ese hombre está loco, Caillen —dijo pesarosa—. Piensa torturarlo para sacarle la información sobre Cecilia. Mungo es un hombre viejo, no podrá soportarlo.

—Hablará al primer golpe —dijo Caillen sonriendo.

—No lo hará.

—Ya lo creo que lo hará. Es demasiado listo como para no saber que yo ya habré tenido eso en cuenta.

Ella frunció el ceño desconcertada.

—Brodie pasó por Pittendrich antes de ir a Edimburgo —dijo orgulloso—. Cecilia ya no está con los Mackay. La ha llevado a otra ubicación segura. Cuando Carlton envíe a alguien a buscarla, no la encontrará.

—¿Adónde?

—No lo sé. Nadie lo sabe, solo Brodie —dijo encogiéndose de hombros.

Augusta lo miró asustada.

—Pero entonces…

—Me será más fácil aguantar los golpes porque no tendré nada que decirles.

—¡Caillen! —exclamó asustada.

—Augusta, va a pasar, no hay más remedio que asumirlo.

—No puedo permitirlo —dijo ella pensativa.

—Ni se te ocurra intentar nada.

Él la cogió de la barbilla y la obligó a mirarlo de nuevo.

—Confía en mí, por favor, Augusta.

Ella lo miró con la misma fijeza.

—¿Puedes tú confiar en mí? Por una vez.

Él se echó hacia atrás sorprendido.

—¿Por una vez? Siempre confío en ti.

—Demuéstralo. No soy de porcelana, no me rompo tan fácilmente.

Caillen la miraba completamente desconcertado. ¿Quién era esa mujer que tenía delante?

—Le di un rodillazo a uno de esos matones.

—¿Qué? —preguntó asustado.

Ella levantó la barbilla orgullosa.

—Y le dolió bastante. Al parecer es cierto que es una zona muy sensible.

—Doy fe de ello —dijo poniéndose de pie.

—No me amilané ante ellos, de hecho, los he sacado de quicio bastante a menudo y no me han puesto una mano encima.

Él no quiso explicarle que el motivo por el que no la habían tocado no tenía nada que ver con lo que ella hiciese, sino con las órdenes de Carlton y con que era más valiosa si estaba intacta.

—Le daré a Brodie un día —dijo decidida—. ¿Estará lo bastante lejos para que Carlton no pueda alcanzarlo?

—¿Bastante lejos para qué?

Ella se puso de pie y paseó frente a él con las manos juntas y expresión reflexiva.

—Para que yo vaya a ver a Carlton y le diga que he roto el compromiso y que no vamos a casarnos.

—¿Y eso que…?

—Luego le contaré vuestro plan.

—¿Qué? ¡No!

—Sí —dijo rotunda deteniéndose a mirarlo—. Le diré que tenéis las pruebas y que Brodie las ha llevado a un lugar seguro. Que la persona que las custodia no hará nada con ellas a no ser que a ti te suceda algo. Pero que si sufres el menor percance, esas pruebas llegarán a manos de la Corte Suprema y estará acabado.

—No puedes hacer eso. Hay demasiadas cosas que podrían salir mal.

—Nada saldrá mal. Yo no sé quién es la persona que va a custodiar esas pruebas, mi padre, muy sutilmente, olvidó mencionarlo. Así que no puedo poner en peligro la operación, pase lo que pase.

—¿Pase lo que pase? ¿Te crees que me he vuelto loco? No permitiré que te pongas en peligro, antes…

—Antes, ¿qué? ¿Me podrás una cadena al cuello? ¿Me encerrarás en una celda? Porque solo así conseguirás que me quede de brazos cruzados.

—Ese hombre ya te ha secuestrado una vez, si vas a verlo…

—Haré que vaya a mi casa. Allí no podrá hacerme nada.

Caillen seguía negando con la cabeza.

—Escúchame, Caillen. Dices que me amas.

—Y te amo.

—Imagina que las cosas fueran al revés.

—No puedo imaginar eso, jamás permitiría que te llevaran presa

—¿Y por qué yo tengo que permitirlo?

—No es lo mismo.

—¿Recuerdas lo que hablamos una vez? Aquello de que los hombres lo tenéis mejor que las mujeres.

Él asintió molesto.

—Augusta, esto no…

—Voy a hacerlo, puedes apoyarme o no, es tú decisión, pero haré lo que esté en mi mano para ayudarte y nadie va a convencerme de lo contrario.

La miró de un modo que hizo que a ella le temblasen las piernas.

—Deja de mirarme así.

—No puedo. Ahora mismo estoy utilizando toda mi fuerza para mantenerme alejado de ti.

—Te llevarán a Scone, aquí no tenemos prisión —dijo ella con expresión solemne—. Iré a verte y te contaré lo que…

—No harás semejante cosa. Envía a Kenneth.

—He dicho que iré a Scone —sentenció mirándolo muy seria—. Donn me llevará.

—¿Montarás a Donn por mí?

—Montaría a un perro del infierno por ti.

Caillen no pudo contenerse más y la abrazó. Augusta arrugó los labios molesta.

—¿No me crees capaz?

—Claro que te creo capaz. Le diste un rodillazo a ese patán.

—Y le dolió mucho.

—Lo imagino.

Lo besó dejándolo sin aliento. Entregándose completamente. Quería que los sucesos de los últimos días se evaporasen fulminados por otro mucho más vívido e intenso. Uno de piel y huesos, de fuego prendiendo en sus cuerpos. De dolor y placer. Lo quería todo. Caillen gimió contra su boca, haciendo acopio de todas sus fuerzas para no tumbarla sobre el sofá y poseerla allí mismo.

—Quiero ser tuya —dijo cuando él se separó.

—Lo que quieres es matarme.

—No esperaremos a la boda —insistió ella.

—¿Algún día me perdonarás por haber estado tan ciego?

—No.

El escocés sonrió desconcertado.

—¿No? ¿Jamás?

—Jamás. Tendrás que amarme mucho para resarcirme o te lo haré pagar muy caro.

—¿Es una amenaza?

—Una terrible —afirmó ella muy seria—. Y espero que, solo en este caso, se comporte usted como un absoluto cobarde, señor McEntrie.

Caillen iba a responder como merecía, pero el sonido de un carruaje hizo que se dirigieran a la ventana.

—Ya están aquí —dijo tranquilo.

La miró con preocupación, no quería que ella estuviese allí cuando se lo llevasen, pero había calculado mal sus opciones.

—Todo irá bien —dijo Augusta y sonrió con ternura poniendo una mano en su mejilla.

La puerta del salón se abrió y apareció Kenneth.

—Caillen…

—Lo sé —lo interrumpió su hermano—. Quédate con Augusta.

—No —dijo ella rotunda—. Te acompañaré fuera.

Él vio la determinación en sus ojos y se preguntó adonde había ido la temerosa e insegura muchacha que él había creído conocer.

Capítulo 33



—¿No va a invitarme a que me siente? —preguntó Carlton cuando Augusta y él se quedaron solos.

—Lo que voy a decirle no me llevará mucho tiempo.

Carlton miró hacia la puerta.

—¿Sus padres no van a acompañarnos?

—Usted me advirtió que nadie debía saber nada del pacto que hicimos. Prefiero que estemos solos para asegurarme que no oyen nada de eso. Pero mi padre está cerca.

El MacDonald se paseó por la estancia tocando los valiosos objetos que adornaban los muebles.

—He sabido que han roto su compromiso. —La miró sonriente—. De hecho, vengo de Scone ahora mismo. Me lo ha contado Caillen y no parecía saber que se trataba de un trato entre nosotros. Es fuerte ese McEntrie, no había visto a un hombre recibir tantos golpes con tan buen aguante.

Augusta sintió que las piernas se le deshacían y apretó los puños conminándose a ser fuerte. Carlton, en cambio, se estaba divirtiendo.

—Yo he cumplido mi parte. ¿Mungo sigue… vivo?

El otro asintió.

—Sí. Ya me ha dicho lo que quería saber y he enviado a un par de hombres a buscar a Cecilia. Pronto todo esto no será más que un mal recuerdo. Al viejo lo tengo encerrado, por

supuesto, pero tranquila, no le harán daño. De hecho, mis hombres parecen llevarse bastante bien con él.

Augusta respiró, momentáneamente aliviada, antes de abordar el tema por el que lo había convocado.

—Cuando acabemos esta conversación quiero que regrese a Scone y se asegure de que nadie vuelve a ponerle un dedo encima a Caillen.

Carlton la miró entornando los ojos.

—Claro, iré inmediatamente. ¿Eso es todo lo que quería decirme? Quiero acatar sus órdenes cuanto antes.

—Los McEntrie robaron sus documentos —dijo muy seria.

El rostro del MacDonald se endureció.

—¿Qué ha dicho?

—El día que Caillen y Kenneth estuvieron en su casa, Brodie entró en su despacho y le robó los documentos que prueban el contrabando. Incluida la lista de sus colaboradores y de todas las personas a las que ha estado sobornando.

La sangre abandonó el rostro del hombre que la miraba paralizado.

—Esos documentos están ahora mismo camino de Edimburgo para ser entregados a una persona que los hará públicos si no deja salir a Caillen inmediatamente.

Se mantuvo impertérrita tratando parecer segura. Había dicho que lo usaría para evitar que le hicieran daño, pero temía que si apuntaba bajo no sacaría nada. ¿Por qué no pedir la luna para luego poder fingir que se conformaba con una estrella? Carlton recuperó la compostura y carraspeó antes de hablar.

—Parece haber olvidado ya a su pobre amigo. —Chasqueó la lengua negando con la cabeza

—. Se lo haré saber antes de empujarlo al mar, descuide.

—¿No me cree?

—No, no la creo. ¿Para qué iban a hacer eso los McEntrie? Si fuese cierto el que estaría preso sería yo.

—Brogan McLeod, Ivar Ferguson, Leith McFarlane... ¿Quiere que siga?

El MacDonald la miró con expresión cínica.

—Eso se lo contó esa zorra.

—Es posible —afirmó ella sin moverse de donde estaba—. Si quiere arriesgarse puede hacerlo. Pronto sus amigos sabrán que esos documentos obran en nuestro poder y entonces irán a por usted por haberlos puesto en peligro.

—Vuelvo a repetir, ¿por qué iban a guardarlos en lugar de denunciarme?

—Esos documentos serán mucho más útiles cuando todos los implicados sepan que están en nuestras manos. Podremos usarlos cuando nos plazca.

Una sombra de duda cruzó por delante de sus ojos.

—¿Tiene alguna prueba?

Augusta comprendió que estaba en el filo de la navaja y si daba un paso en falso perdería su posición ventajosa.

—No, no la tengo —negó rotunda—. De hecho, esta información debía llegar a usted en último lugar. Me he adelantado.

Carlton sonrió burlón.

—Digamos que es cierto, sigo teniendo a Mungo Fairweather en mi poder y le aseguro que no soltaré a ese viejo por mucho que me amenace.

—Lo sé y por eso he roto nuestro compromiso, tal y como me exigió.

—¿Entonces? ¿Quiere arriesgar la vida de ese hombre amenazándome?

Augusta entornó los ojos y lo miró como si sopesara sus opciones.

—Está bien, no lo saque de la cárcel, pero haga lo que tenga que hacer para que no vuelvan a ponerle un dedo encima. Le aseguro que cuando sus amigos le den la espalda, tener a alguien que abogue por usted le será muy útil.

—¿Usted abogará por mí? —se rio burlón.

Augusta asintió.

—Y, si no se aviene a razones, tendré esta misma conversación con su padre hoy mismo.

El otro apretó los dientes y la miró furibundo.

—No me provoque, señorita, no sabe de lo que soy capaz. Si hace eso…

—¿Matará a Mungo? Esa será su última baza, si hace daño a ese pobre hombre no habrá quién lo salve.

Carlton no las tenía todas con él. Podía ser un farol, pero ¿y si era cierto? Seguirle el juego podía darle tiempo para resolver el asunto, preparar su huida…

—Está bien —dijo después de unos segundos de incertidumbre—. Regresaré a Scone y me aseguraré de que Caillen no sufra ningún daño, pero no voy a dejarlo libre.

Augusta evitó suspirar aliviada y mantuvo una expresión taciturna.

—Está bien —dijo—. Me conformaré con eso.

—Y recuerde su promesa —dijo él burlón—. Ha dicho que abogará por mí.

—Siempre cumplo lo que prometo.

Doce días después…

—El juez está reunido y me ha dicho que no puede atenderle —dijo su secretario mirándolo con desprecio.

Brodie apretó los labios pensativo y después de unos segundos de incertidumbre apartó al hombrecillo que lo miraba desde veinte centímetros más abajo y entró en el despacho sin llamar. Se sorprendió al ver que realmente estaba reunido con otros dos caballeros de aspecto sobrio.

—¿Cómo se atreve a interrumpirnos? —dijo Brogan McLeod, poniéndose pie con mirada furiosa.

—Lo que me trae hasta aquí es muy urgente y no puedo irme sin hablarlo con usted.

—Pues lo siento mucho, pero no me importa lo más mínimo.

—Ya lo creo que le importa —dijo Brodie y a continuación sacó el documento de Carlton, lo llevó hasta el escritorio tras el que se sentaba y lo puso delante de él con un contundente gesto.

El juez bajó la mirada un instante y su rostro cambió. A Brodie le pareció que más que blanco se ponía amarillo.

—Señores… —dijo tapándolo rápidamente con otra hoja de papel—, me temo que este caballero tiene razón y este tema no puede esperar. Si me disculpan, nos reuniremos en otro momento para hablar de este asunto. Yo les avisaré.

Los acompañó a la salida sin darles opción a protestar y cerró la puerta con llave para que nadie los interrumpiera. Cuando se volvió hacia Brodie este estuvo convencido de que habría sacado su espada, de haber llevado alguna en el cinto.

—Maldito desgraciado. —Señaló hacia la puerta—. Esos hombres de ahí son jueces.

—Fíjese que curioso, igual que usted. Ah, no, igual que usted no, ellos no son corruptos y podrían denunciarlo por contrabandista. No lo había entendido, discúlpeme, llevo horas sin dormir y estoy muy cansado.

El juez apretó los labios y fue a sentarse frente a su mesa.

—¿Qué quiere?

Brodie frunció el ceño como si no se acordase.

—Sí, la carta… —La sacó de su chaqueta y se la entregó.

El juez la leyó con atención y su rostro pasó del enfado al temor, terminando en una rabia sin disimulo.

—Maldito hijo de…

—Si va a insultar a una de nuestras madres yo le aconsejo que se contenga —advirtió afable.

—Me refería a ese MacDonald.

—Ah, entonces no se corte, estaré encantado de oírlo. Y a él también puede insultarlo todo lo que quiera —sonrió.

—¿Usted sabe lo que pone en esta carta?

—¿Se refiere a lo del contrabando y que tenemos pruebas? —Asintió—. Todos lo sabemos. De hecho, no solo nuestra familia lo sabe. Hemos tejido una red bastante amplia, la verdad.

—Pero eso es… inaceptable —dijo asustado.

—Pues no le va a quedar otra que aceptarlo. La cuestión —dijo paseándose por delante de su mesa—, es que lo importante ahora es que tiene que acompañarme para sacar a mi hermano de la prisión en la que ese hijo de la gran puta lo ha metido.

—No puedo hacer eso.

Brodie se detuvo y lo miró con una sonrisa malévola.

—No tengo don para las leyes, ese es Caillen, que es el que está entre rejas. Ya ve, bromas del destino. —Apoyó el trasero en el escritorio después de apartar lo que le estorbaba, sin miramientos—. ¿Ha oído lo que he dicho de que tenemos pruebas? ¿Y lo de qué me parece

importante y qué no? El modo en que usted va a sacar a mi hermano de prisión es uno de los que no me importa, ¿ve? Es fácil, eso significa que tiene que centrarse en lo importante: sacarlo. Solo eso.

Se apartó y le hizo un gesto para que lo acompañase.

—¿Ahora? —dijo el otro con expresión inquieta—. No puedo presentarme en esa prisión y sacarlo sin más. Estas cosas tienen un proceso y…

—*Na leig air màireach an obair a chur an gnìomh an-diugh* —dijo Brodie en gaélico, transmitiéndole la idea de que no hay que dejar las tareas para otro día.

El juez apretó los labios y se resignó. Caminó hasta la puerta, pero antes de salir se acordó de que había dejado el documento sobre la mesa y volvió para romperlo.

—Bien hecho —dijo Brodie cuando estuvo de nuevo junto a él—. Los más comprometedores ya están a buen recaudo.

Caillen se sacudió la ropa con las manos cuando estuvo fuera de la prisión, pero el olor que desprendía exigía una buena fogata para quemarla. Kenneth lo esperaba montado con las riendas de Glenfyne en una mano y las de Donn en la otra.

—¡Dios Santo! —exclamó asombrado cuando el otro estuvo sobre su caballo—. Hueles a pescado podrido.

—Yo también me alegro de verte —dijo Caillen torciendo una sonrisa.

—Augusta quería venir, no sabes lo que me ha costado convencerla de que te esperase en casa. Si no hubieseis roto el compromiso ya te aseguro que lo haría hoy, nadie en su sano juicio se casaría contigo haciendo esta peste.

—¿Cómo está? —preguntó con preocupación.

—Bien —sonrió su hermano—. Ansiosa, pero bien. Brodie se entretuvo un poco más de lo esperado.

—¿Qué pasó?

—El amigo del señor O'Sullivan estaba de viaje y Brodie tuvo que esperar una semana en Edimburgo hasta que regresó. Por suerte el hombre reaccionó estupendamente en cuanto supo que iba de su parte.

—McLeod, en cambio, no estaba muy contento —dijo Caillen mirando el cielo. Dejó escapar el aire en un silencioso suspiro de alivio. Aquellas casi dos semanas habían sido bastante desagradables. Sobre todo el primer día.

—¿Quieres tomarte unos días antes de la boda? En casa todos están preparados para que te cases inmediatamente.

Caillen lo miró y sus ojos fueron más elocuentes que ninguna palabra.

—¿Habéis encontrado a Mungo? —preguntó esperanzado.

Kenneth negó con la cabeza.

—Entonces no habrá boda.

—No pierdas la esperanza, hermanito, no sabes cómo se las gasta Augusta.

Caillen sonrió y apretando los muslos contra su caballo, agitó las riendas y lo puso al galope. Kenneth no lo siguió, Donn era mucho más rápido de Glenfyne y habría ido a su grupa.

—No pienso ir respirando esa peste todo el camino —dijo arrugando la nariz.

Capítulo 34



Carlton miraba a Brogan McLeod con falsa seguridad.

—No dirán nada —aseguró.

—Serás desgraciado —masculló el otro y a continuación miró a Bhattair con fijeza—. ¿Cómo has podido criar a un insensato tan estúpido como este?

Bhattair hubiera querido decirle que él se asoció con ese insensato estúpido, pero se contuvo consciente del peligro que corrían.

—Los McEntrie mantendrán su promesa —dijo.

—¡Estamos en sus manos! —exclamó Duncan furioso—. Esa espada penderá siempre sobre nuestras cabezas.

—Encontraré el modo de revertir la situación —dijo Carlton—. Si hace falta secuestraré a otra de sus mujeres y…

Su padre se fue hacia él y le dio una sonora bofetada.

—¡Cállate, imbécil! Atacando a sus mujeres solo conseguirías que su empeño por destruirnos sea aún mayor. ¿No has aprendido nada?

—Déjanos a padre y a mí —dijo Duncan mirándolo con desprecio—. Hay que descubrir un secreto sobre su familia tan poderoso como el que ellos tienen contra nosotros. Solo así podremos librarnos de su amenaza.

—Nunca me he buscado enemigos porque sé que es el mejor modo de caer, sin importar lo alto que te encumbres —dijo Brogan muy tranquilo—. Nosotros no caeremos contigo, ya le he

dicho a esos McEntrie que nos pondremos de su parte en cualquier cuestión, si nos dejan al margen. Todo esto es por tu culpa y solo tú pagarás por ello —dijo señalando a Carlton.

El juez abandonó la habitación y Bhattair y Duncan clavaron sus ojos en Carlton.

—Vas a hundir a esta familia —dijo su padre con rabia.

—Se han reído bien de vosotros —dijo Duncan mirándolos a ambos—. ¿Cómo no os distéis cuenta de que todo era una trampa? ¿Y cómo supieron donde guardabas esos documentos?

—No sé cómo dieron con ellos.

—¿No lo sabes? —Su padre lo miró con desprecio—. ¡Tu mujer, imbécil!

—¿Blanche? No se atrevería —dijo perverso—, me teme demasiado como para atreverse a traicionarme. Además, no sabe dónde los escondí, los cambié de sitio cuando esa zorra…

—En el cajón debajo de la estantería… —empezó su padre.

—…donde tienes los libros de Historia Natural —terminó Duncan.

—¿Cómo lo sabéis?

—Eres más tonto que las piedras, hijo. El juez tiene razón, no sé cómo he podido tener un hijo como tú. Me quejaba de Chisholm, pero él te da cien patadas.

—No me compares con ese desviado —dijo el otro con asco.

—¿Y en qué me afecta eso a mí? En cambio tu estupidez puede costarme una fortuna. O la cárcel.

—Estuviste de acuerdo en lo del contrabando. Bien que has cogido el dinero que he ganado…

—Creí que al menos serías capaz de encargarte de algo tan simple, pero está claro que te juzgué mal.

—Harías bien en asegurarte de que Blanche no tiene nada que ver en esto —dijo Duncan con

mirada cínica.

—Como haya sido ella, la mato. Juro que la mato.

Cuando entró en el cuarto de su esposa la encontró haciendo el equipaje.

—¿Qué narices haces? —preguntó.

—Me marcho. Vuelvo a casa de mis padres.

—¿Qué? —Se acercó a grandes zancadas y la agarró por el brazo para sacudirla.

Ella cogió una carta que había dejado sobre la cama y se la entregó.

—Toma, es de Caillen McEntrie. He tenido la deferencia de dártela aquí para que tu padre y tus hermanos no sepan lo que pone en ella.

La soltó con rabia y cogió la nota. La leyó atentamente y su rostro enrojeció de tal modo que Blanche pensó que su cabeza explotaría. Pero no iba a tener tanta suerte.

—Solo tienes que dejarme en paz, nada más. Nunca diré nada ni me meteré en tus asuntos.

—¿Vas a abandonarme? —De pronto pareció importarle.

—Nunca te he querido, me casé contigo porque creí que así tendría una buena vida, lujos y fiestas. Quise darte hijos, pero no pude y perdí el poco ascendente que tenía sobre ti. Ahora solo quiero vivir tranquila, sin que me peguen o me insulten. No es que mi madre me quiera mucho, pero con ella estaré mejor que contigo. Además es vieja y le irá bien tener a una hija cerca. —Siguió con el equipaje—. No quiero humillarte, por eso diremos que ya no me quieres aquí. Te ocuparás de darme una asignación anual para que no tenga carencias, tampoco quiero lujos. Solo quiero vivir en paz.

Carlton la observaba llenar el baúl pensando que podría meterla en él y hacerla desaparece

para siempre. Podría estrangularla fácilmente o golpearla hasta matarla. Después la metería con esos vestidos y encontraría a alguien dispuesto a lanzar el baúl al mar por un módico precio.

—Caillen quiere que sepas que, si me pasa cualquier cosa, habrás incumplido el trato —dijo ella que era capaz de leer en sus ojos—. Cualquier cosa, Carlton. Así que yo, si fuera tú, me aseguraría de que no sufro ningún accidente fortuito.

Su esposo perdió las fuerzas y tuvo que sentarse. Su vida pendía de un hilo y los McEntrie podían cortarlo cuando quisieran.

—¿Podrías quitarte de ahí? —pidió ella—. Me estás estorbando.

Se levantó y se apartó hasta quedar en mitad de la habitación mientras Blanche continuaba guardando sus cosas. De pronto su mujer empezó a tararear una cancioncilla que hablaba de una ballena y de un cazador que la perseguía por los mares sin descanso. Le resultaba familiar, pero no conseguía recordar dónde la había escuchado.

—¿Qué estás cantando? —preguntó mirándola como si se hubiese vuelto loca.

Blanche se encogió de hombros y elevó el tono de voz. Carlton salió de allí lo más rápido que pudo, pero esa canción continuaría sonando en su cabeza durante mucho tiempo, antes de que se diese cuenta de dónde la había escuchado antes.

Augusta se abrazó al viejo que le daba palmaditas en la espalda.

—Estoy bien, estoy bien —aseguró—. Esos hombres me trataron bien. Les dije lo que querían saber y me dejaron en paz. Luego me llevaron al castillo de los MacDonald y me encerraron en el sótano.

—Por Cecilia no se preocupe —dijo Augusta apartándose—. La llevaron a otro lugar.

—Lo imaginaba, no iban a ser tan tontos de dejarla allí, una vez nos capturaron. ¿Quién es la mujer que me sacó de ese sótano?

—Blanche, la mujer de Carlton.

—Ya veo. No está muy bien de la cabeza —dijo tocándose la suya—. Me hizo cantarle la canción de la ballena y el cazador hasta que consiguió aprendérsela. Y luego me abrió la celda y me dejó salir.

Augusta miró a Dougal interrogadora.

—Kenneth le pidió que mirase si lo tenía encerrado en el mismo sitio en el que había metido a Cecilia. Carlton es realmente estúpido —dijo llevándose una mano a la cabeza.

—¿Me he perdido la boda? —preguntó el viejo.

Augusta negó con una enorme sonrisa.

—Lo estábamos esperando —dijo ella y el viejo sonrió también.

Capítulo 35



Julia Cadman miraba a las tres amigas con una sonrisa divertida. Se habían sentado las tres juntas en el sofá mientras que a ella le habían indicado que podía ocupar la butaca al otro lado de la mesita de centro. Rowena y Enid actuaban como fieles escuderos a ambos lados de Augusta y ella luchaba contra el bochorno que sus amigas le estaban provocando.

—Le agradezco mucho que haya venido a interesarse por Caillen —dijo tratando de sonar relajada.

—Su futuro marido —sonrió Julia—, con el que se va a casar en dos días.

—Su abuela y usted están invitadas, por supuesto.

—¿Su abuela está bien de salud? —preguntó Enid al ver que había ido sola.

—Ha estado un poco acatarrada y por eso no me ha acompañado en esta ocasión. Quiere recuperarse del todo antes de la boda.

—No hacía falta que se molestase en venir —dijo Rowena con voz dulce—, sabemos que se alegra de que Caillen regrese a casa. Estará preocupada por su abuela, a su edad, ya se sabe que un resfriado puede complicarse muchísimo, ¿verdad?

Julia cambió de expresión y la miró con fijeza.

—También quería aprovechar el viaje para hablar con usted de cierto asunto.

Las otras miraron a su amiga con curiosidad.

—¿Qué otro asunto? —preguntó Enid.

Julia fue la que respondió.

—La señorita Sinclair ha hecho una oferta por Forrester House.

—¿Qué? —la otra la miró sorprendida—. ¿Es eso cierto?

—¡Oh, qué descuido! ¿Era un secreto? —Julia tenía una sonrisa perversa.

—Ahora ya no. —Rowena entornó los ojos consciente de que lo había hecho a propósito.

—¿Por qué has hecho una oferta? —preguntó Enid.

Rowena suspiró y miró a su amiga tratando de sonreír.

—Quiero vivir cerca de vosotras.

—Tus padres no viven lejos.

—No quiero vivir con mis padres.

Enid abrió los ojos con una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Vas a vivir allí sola?

—Esa es mi intención, sí.

—¡Qué alegría! —exclamó Enid sincera—. Podré ir a visitarte a menudo y tú podrás venir también. ¿Tú lo sabías, Augusta?

La otra asintió con expresión culpable.

—¿Me lo habíais ocultado? —Enid parecía muy decepcionada—. Está claro que siempre seré la tercera en discordia.

—No es eso, Enid —dijo Rowena—. No quería que te hicieras ilusiones antes de que todo estuviese fir…

—De hecho… —la interrumpió Julia—, hay otro comprador interesado.

Las tres clavaron sus ojos en ella.

—Quizá lo conozcan, es el vizconde de Ardbrock.

—¿Dòmhnall Baxter? —preguntó Enid sorprendida.

—Por eso quería ver a Caillen enseguida —musitó Rowena.

Julia sonrió con mirada inocente.

—Desde luego es la persona en la que más confío para mis asuntos legales y quería saber su opinión.

—Creía que habíamos llegado a un acuerdo —dijo Rowena frunciendo el ceño.

—Y así era, pero el señor Baxter se presentó en mi casa la semana pasada y me hizo una oferta muy tentadora. Además, él está dispuesto a quedarse con toda la finca. Usted solo quiere la casa.

—No dispongo de tanto dinero —musitó Rowena.

—Tengo entendido que posee una basta propiedad en Meiglethorn. Si no quiere vivir allí quizá debería plantearse venderla. De ese modo dispondría de dinero suficiente para trasladarse definitivamente. Piénselo bien, nuestra intención es emprender el regreso en primavera.

Rowena se mordió el labio sin poder disimular su disgusto. No contaba con aquella interferencia. ¿Por qué el vizconde se interesaba por esa propiedad? Él tenía una casa mucho mejor en Scone y nunca había mostrado el menor interés en vivir en aquella zona. Por un segundo se preguntó si se habría enterado de que ella la quería. Sonrió burlándose de sí misma. Aquello sucedió hace mucho, ella solo tenía dieciocho años y él era demasiado… arrogante. Aunque no pareció sentarle muy bien que lo rechazara. Hubo un tiempo en el que estuvo convencida de que cortejó a Augusta solo para estar cerca de ella. O para darle celos. Debió de cansarse al ver que no lo conseguía.

—¡Ya está aquí! —gritó Enid desde la ventana—. Creía que Kenneth estaba con él, pero Caillen viene solo.

Rowena se sorprendió al oírla, ni se había dado cuenta de que se hubiese levantado. Miró a

Augusta que se agarró las manos con nerviosismo.

—¿Estoy bien? —preguntó su amiga en un susurro apenas audible.

—Estás perfecta —respondió Rowena.

Pasó un minuto. Y luego otro. Y otro más. Augusta se puso de pie a punto de perder los nervios.

—¿Por qué no entra?

La puerta del salón se abrió y apareció Ian.

—El señorito Caillen me pide que le ruegue un poco de paciencia. Necesita urgentemente un baño.

Tom asomó la cabeza por debajo del brazo del mayordomo que sujetaba la puerta.

—Apesta, señorita Augusta —dijo tapándose la nariz—. Le aseguro que no querrá verlo hasta que se haya lavado.

—Será posible —el mayordomo le dio un empujón para sacarlo de allí.

Augusta se sentó de nuevo con expresión decepcionada.

—Ha estado dos semanas en prisión —dijo Julia—. Es normal que no quiera que lo vea así.

—Pues claro —dijo Enid volviendo a sentarse. Pero apenas llevaba un minuto cuando volvió a levantarse para ir a la ventana—. Ahora es Kenneth.

—¿No deberías estarte quieta? —preguntó Rowena.

—¿Tú también? Si Lachlan estuviese aquí ya me habría regañado. Cualquier día me ata a la pata del sofá para que no me mueva.

Kenneth entró en el salón sonriente.

—No lo habéis visto, ¿verdad? —preguntó mirando a su amiga.

—Ha subido a bañarse antes —dijo Enid.

—Menos mal —dijo quitándose los guantes.

—¿Cómo está? —le preguntó Augusta.

—Sucio y con aspecto cansado, pero bien. Nada que no solucione una boda.

Augusta le sonrió con cariño y el rostro del escocés mostró una calidez casi instantánea, hasta que se topó con la fría mirada de Rowena.

—Señorita Sinclair, qué alegría verla —dijo con ironía.

—Lo mismo digo, señor McEntrie.

Kenneth se giró ahora hacia Julia e intercambiaron sonrisas y miradas cómplices.

—¿Has venido a ver a Caillen o a mí?

—Ha venido a hablar con su abogado —dijo Enid—. Dòmhnall Baxter quiere comprar su propiedad.

Kenneth frunció el ceño.

—Vaya, con lo bien que estábamos viviendo lejos el uno del otro. —Miró a Julia—. ¿Es inevitable? Si puedo abogar por otro comprador…

—Rowena ha hecho una oferta por la casa —dijo Julia.

Kenneth se recostó contra el respaldo de la butaca estirando las piernas cual largo era.

—Salgo de las brasas para caer en el fuego —dijo mirando a Rowena.

Ella apretó los labios sin responder.

—Rowena es nuestra amiga —dijo Enid mirando a Julia.

—Debes apoyarla, te lo ordeno —añadió Augusta.

—Tengo entendido que había un comprador para las tierras —dijo Rowena mirando a Julia —. Quizá vender la propiedad a dos compradores le aporte mayor beneficio.

—El problema —dijo la americana inclinando la cabeza para mirar a Kenneth—, es que el

otro comprador es Bhattair MacDonald y Caillen me pidió que, si era posible, no lo tuviese en cuenta.

—Desde luego —dijo Kenneth.

—Por supuesto —añadió Enid.

—Antes véndasela al demonio —dijo Augusta con desprecio.

—¿El demonio tiene el dinero para comprarla? —preguntó Rowena.

Kenneth a punto estuvo de echarse a reír.

—¿Me preferiría a mí de vecino antes que a Bhattair?

—No seríamos vecinos, usted no tendría casa.

—Podría construir una.

—¿Para qué iba a querer hacerlo? —Señaló los muros a su alrededor—. Tiene esta.

—En eso tiene razón.

—En realidad suelo tenerla siempre en todo lo que respecta a usted —dijo con arrogancia.

Julia pidió referencias del vizconde y cada uno dijo su opinión al respecto. Lo único que le quedó claro a la americana es que ese Baxter no era santo de devoción en aquella casa.

La puerta del salón se abrió de golpe y apareció Caillen, con el pelo aún mojado goteando sobre la camisa, que se había puesto sin terminar de secarse, la chaqueta desabotonada y una expresión de absoluto anhelo al mirar a Augusta.

Ella se puso de pie y durante unos segundos se quedaron así, mirándose sin moverse del sitio mientras los demás esperaban alguna clase de expresión emocional. Kenneth frunció el ceño y se puso de pie frotándose la nuca.

—Creo que tengo que… —Caminó hacia la puerta y salió del salón sin mirar atrás.

Enid y Rowena se miraron y se hicieron gestos señalando con la cabeza la misma puerta por

la que el escocés se había escapado y Julia las siguió cerrando la puerta tras ella.

Caillen se acercó entonces despacio.

—*Mo ghràdh alainn* —susurró emocionado.

—¿Te parezco adorable? —preguntó ella sonriendo.

Él asintió.

—¿Estás bien? —preguntó ella con los ojos húmedos.

—Muy bien. Solo necesitaba un baño.

Ella estiró el brazo y tocó su pelo mojado.

—No te has secado —murmuró.

—Me moría por verte.

Augusta asintió dejando que su mano bajara hasta el hombro y se deslizase después por su pecho.

—¿Te has recuperado del todo de… aquello?

—No me han dejado lisiado —dijo burlón—. Todo sigue en su sitio.

—No hagas broma con eso.

Él llenó de aire sus pulmones, tarea que la tensión que sentía dificultaba enormemente. Las lágrimas cayeron de los ojos de Augusta y las limpió rápidamente mostrando su mejor sonrisa.

—No fui a verte.

—Gracias. Me habrías hecho muy desgraciado si hubieras ido.

—Estoy muy feliz, no sé por qué lloro.

Caillen estiró el brazo para agarrarla por la cintura y la atrajo despacio hasta tenerla entre sus brazos. Cerró los ojos aspirando su aroma, sintiendo que el calor volvía a su cuerpo. Estuvieron mucho rato abrazados. Ni siquiera se percataron de que la puerta se abría un par de veces.

Cuando tuvieron suficiente el uno del otro, al menos de momento, se separaron y se miraron de nuevo.

—Mungo está bien, Blanche lo dejó escapar antes de marcharse para vivir con su madre.

—Lo sé.

—Se quedará aquí con vosotros hasta después de la boda —dijo ella empezando a respirar agitada al ver cómo la miraba.

—¿Entonces va a haber boda? —preguntó él con la vista fija en sus labios.

Augusta asintió.

—Tus hermanos se han encargado de tu traje, aunque no me han dejado ver…

La besó suave y dulcemente, sin prisa, dejando que sus deseos hablaran sin palabras, que el contacto se asentase antes de profundizar y volverse más exigente. Su lengua se deslizó entre sus labios acariciándola y Augusta sintió un estremecimiento que recorrió su cuerpo de arriba abajo. La apartó para poder mirarla de un modo tan íntimo que la hizo enrojecer.

—He soñado contigo cada noche y pensado en ti cada día —dijo enroscando un mechón de pelo en su dedo.

Ella sonrió nerviosa sin que le importase que la despeinara. Él ladeó la cabeza mirándola con curiosidad.

—¿Qué?

—Yo también.

—¿Tú también?

—He soñado contigo cada noche.

Él amplió su sonrisa y se pegó más que para lo sintiera.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué soñabas?

—Te lo contaré en otro momento —dijo provocándolo.

Caillen abrió los ojos sorprendido de ese poder que lo encendía como una antorcha.

—Muchacha, vas a volverme loco.

—Bueno… —Dougal abrió la puerta con gran estruendo y dando voces para advertirles—. Ya tendréis tiempo de arrumacos la noche de bodas. Los tenéis a todos pisando huevos sin atreverse a entrar.

Los dos hermanos se abrazaron y el resto de la familia fue detrás. Kenneth se acercó a Augusta que permaneció en un segundo plano disfrutando de las vistas.

—Por fin seré tu hermana —dijo mirándolo a su lado.

—Eso parece.

—Debo advertirte de que a partir de ahora en vuestras discusiones me pondré de parte de mi marido.

El otro lo miró burlón.

—Nunca te pusiste del mío.

—Eso es cierto, pero es que nunca tenías la razón.

—Lo que pasa es que tú estabas enamorada de Caillen, por eso no querías ni oír hablar de casarnos. Y siempre haciéndome creer que era porque no querías perder nuestra amistad.

—Y no quería. —Lo miró con fijeza—. No quiero.

Kenneth sonrió y cogió su mano apretándola con cariño.

Capítulo 36



Caillen estaba tumbado en la cama con el brazo doblado debajo de la nuca y los ojos abiertos clavados en la ventana. Sus pensamientos pululaban de Augusta a la boda. De sus labios a sus ojos. Del miedo que pasó al temer perderla al ansia por volver a verla después de aquellos días en prisión. Una amalgama de pensamientos inconexos que no lo dejaban dormir. Alguien tocó suavemente a la puerta y él se incorporó apoyándose en los codos. Esperó y de nuevo aquellos toques suaves, casi imperceptibles. Bajó de la cama.

—No sabía si estarías dormido —dijo Augusta que lo miraba desde el pasillo envuelta en un tartán.

Sin esperar a que la invitara a entrar o a que saliera o a que se muriera del susto, ella se coló en su cuarto y entró hasta el fondo, quizá para asegurarse de que no la echaba o quizá para no tener tentaciones de irse. Caillen cerró la puerta y se quedó de espaldas a ella un momento. No llevaba la camisa puesta tan solo los pantalones que no se había quitado.

—He venido… —empezó ella y él se giró despacio—. Quiero un beso. No podré dormirme si no me besas y he pensado que podía venir a pedírtelo si estabas despierto.

Él no se acercó y tenía la mirada clavada en el suelo.

—¿Un beso? —preguntó con voz temblorosa.

Ella asintió, pero él no estaba mirando así que tuvo que usar el método habitual para comunicarse.

—Un beso —dijo rotunda.

—Augusta…, no deberías estar aquí.

—Vamos a casarnos pasado mañana, no creo que pase nada porque haya venido a pedirte un beso.

—No sabes lo mucho que te equivocas —musitó él desviando la mirada y soltando el aire de sus pulmones con un soplido.

—¿Querías dormir y te estoy molestando?

Caillen se llevó la mano a la cabeza para apartarse el pelo y luego siguió hasta la nuca y se la frotó como hacía siempre que algo lo ponía nervioso. Augusta bajó la mirada por su pecho musculoso, su abdomen duro y… Se sonrojó al ver el abultamiento en sus pantalones. Después de un sofoco inicial respiró hondo para darse coraje, había jurado no acobardarse. Tiró el tartán sobre una silla y Caillen la miró anonadado.

—Ese camisón es muy… fino —dijo adivinando sus curvas bajo la tela—. Por Dios, Augusta, ¿quieres que me dé algo?

En lugar de responder ella bajó las mangas y tiró de la tela hasta que cayó al suelo. La expresión en el rostro del escocés fue más que elocuente y Augusta sonrió nerviosa.

—¿Te gusto?

—Que si me… —Se acercó a ella muy despacio—. ¿Estás segura de lo que quieres?

—Muy segura.

—Has dicho un beso.

Augusta asintió sonriendo.

—Y luego otro y otro y…

La boca de Caillen la hizo enmudecer. Y aquel beso no fue como ninguno que él le hubiese dado porque ya no había retención ni control de ningún tipo. Fue un beso intenso, duro y caliente

que buscaba encenderla y prepararla para lo que esperaba de él. Su lengua la invadió posesiva y la hizo gemir de deseo. Un deseo que ella no sabía ni qué era, pero que sentía profundo entre sus piernas. Él cubrió uno de sus pechos con la mano y apretó para que lo sintiera poderoso y fuerte.

—No temas nada —musitó ronco contra su boca.

Quería que confiara en él, que supiera que podía dejarse ir porque él cuidaría de ella. La levantó del suelo agarrándola por las nalgas y acomodó sus piernas de manera que abrazase su cintura. Así la llevó hasta la cama y la depositó suavemente sobre las sábanas.

—¿Quieres ser mía ahora? Dilo para que no me quede ni un resquicio de duda.

—Quiero ser tuya ahora, Caillen.

Él se libró de la ropa y se quedó desnudo ante ella un momento, para que lo mirara sin pudor. Después se tumbó sobre ella y Augusta suspiró al sentir su peso aplastándola contra el colchón.

Caillen se incorporó sentándose a horcajadas y cogió uno de sus brazos. Comenzó a llenarlo de besos deslizándose desde su muñeca hasta su hombro. Allí se detuvo para morderla suavemente y continúo bajando hasta su pecho. Entonces ella se preparó pues sabía lo que había sentido cuando la tocó allí, ella se había tocado después de aquello buscando repetirlo, sin éxito. Pero en cuanto él puso sus labios alrededor del botón enhiesto, un estallido de sensaciones la recorrió como un rayo atravesándola de parte a parte. Gimió retorciéndose cuando usó los dientes para marcarla y a punto estuvo de estallar algo en su vientre. Pero entonces él se detuvo y la miró perverso.

—Más despacio —dijo al tiempo que su mano serpenteaba hasta llegar al vello rizado entre sus piernas—. ¿Te gusta?

Ella sintió que se quedaba sin aire, se agarró a las sábanas mientras él hacía círculos concéntricos en el punto más sensible de su anatomía. Deslizaba aquel dedo para humedecerlo

con sus propios fluidos y luego volvía a atacarla con aquellos maravillosos círculos que la volvían loca. Siguió así hasta que consiguió arrancarle el primer orgasmo de su vida y Augusta se quedó exhausta y devastada como si le hubiesen arrancado las fuerzas de cuajo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con ojos brillantes—. ¿Por qué no has…?

Señaló su miembro erecto y él sonrió con ternura.

—Aún no hemos llegado a eso —dio con voz profunda.

—Creía… que no querías.

—Ya lo creo que quiero, pero aún no.

Él amplió su sonrisa y ella lo vio perderse entre sus piernas.

—¡Oh, Dios!

La besó allí donde antes jugara su mano. Primero suave, leve, casi un suspiro. Después, cuando ella empezó a moverse, a buscarlo ansiosa, utilizó la lengua y los labios. Su sabor lo embriagaba y tuvo que hacer acopio de toda su resistencia para no tomarla de una estocada. Sonrió al ver que volvía a tenerla donde quería y supo que ya no había marcha atrás, esa noche sería suya. Subió arrastrándose hasta ponerse de rodillas en la cama.

—Dobla las piernas —susurró.

Ella obedeció y él metió las manos debajo de sus nalgas y tiró de ella para colocarla donde quería.

—Sentirás una molestia, pero no durará mucho. Si quieres que pare, dímelo y lo intentaré.

Empezó a entrar en ella sin dejar de mirarla y la expresión de anhelo, sorpresa y deseo que vio en sus ojos lo hizo todo mucho más difícil. Su cuerpo le exigía rudeza y el deseo en ella lo animaba a tomarla, pero él sabía que no le dejaría un buen recuerdo si la asustaba. Así que se controló penetrándola suave, pero sin detenerse. Atravesó la barrera y empujó hasta llegar al

final. Augusta desvió la mirada girando la cara hacia el lado para esconderle su dolor y el miedo.

—*Mo ghràdh* —susurró él con ansiedad—. No temas nada, amor, pronto no recordarás este dolor y solo ansiarás el placer que voy a darte.

Le acarició el vientre y subió hasta los pechos cubriéndolos con sus manos. Después pellizcó sus pezones, suavemente primero y, según se excitaba, fue aumentando la presión. Sintió como se contraría alrededor de su miembro y supo que había llegado el momento.

—Deja que me mueva —susurró—. Relájate, *mo ghràdh.*

Ella hizo lo que le decía y él comenzó un vaivén como el de las olas del mar cuando golpeaban las rocas en los acantilados. Primero lento y luego cada vez más fuerte. Se retiraba y la tomaba sin pausa mirándola con ojos vidriosos.

—Oh, Dios, cuánto te deseo —dijo entre dientes.

Augusta se llevó las manos a sus pechos mientras gemía incontenible. Caillen cerró los ojos y respiró profundamente sin dejar de moverse, debía aguantar, debía aguantar… El sudor perló de gotas su cuerpo y su respiración se hizo agitada e inestable. Ella lo miró, observó cómo se hacía pedazos dentro de ella y entonces lo sintió, una explosión mucho más violenta que la que había sentido antes con sus caricias y las contracciones que intentaban retenerlo y exprimirlo al mismo tiempo. Quiso gritar, gritar su nombre hasta desgañitarse, pero se contuvo y apretó las sábanas entre las manos al borde del paroxismo. Caillen se estremeció con la última sacudida y se tumbó a su lado sin dejar de mirarla.

Permanecieron mirándose en silencio durante mucho tiempo, tanto que no sabían si se habían dormido o estuvieron toda la noche despiertos.

—Debería irme a mi cuarto —susurró ella—. Está a punto de amanecer.

—¿Te arrepientes?

Ella negó con la cabeza.

—Tómame otra vez —pidió.

Se hundió dentro de ella y no paró hasta arrancarle el último gemido.

—No voy a subirme a Gaoth.

—Dijiste que te montarías en un perro del infierno por mí.

Caillen la miraba con las manos en la cintura en una postura relajada, pero sus ojos brillaban burlones y sus labios contenían una malévola sonrisa. Augusta lanzó un largo y sonoro suspiro, ¿quién le mandaría a ella decir semejante tontería? Se acercó al caballo, pero antes de tocarlo siquiera volvió a apartarse. De nuevo se acercó y de nuevo volvió a apartarse.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Kenneth llegando hasta ellos—. La fiesta no es aquí, lo sabéis, ¿verdad?

—Tu hermano se ha empeñado en que tengo que subirme a Gaoth.

—¿Vestida de novia? —Lo miró ceñudo—. No sabía que hubieses bebido demasiado.

—Es una prueba —respondió su hermano cruzándose de brazos.

—¿Una prueba? —Brodie se colocó entre los dos mirando a Augusta con expresión desconcertada—. ¿Vas a montar así vestida?

Ella negó con la cabeza mientras que Caillen asentía.

—Dijo que montaría un perro del infierno por mí.

—¡Caillen! —exclamó ella sintiendo que sus mejillas se coloreaban inmediatamente.

—No tenemos perros del infierno —añadió su ya esposo.

—Pero tenemos a Gaoth —sonrió Kenneth.

—Vamos, Augusta, tú puedes —la animó Brodie uniéndose a sus hermanos.

—Sois perversos. ¿Y si me caigo?

—No te caerás —afirmó Caillen.

—Se me va a ensuciar el vestido —un último intento.

—Le has puesto una silla de amazona —dijo Kenneth mirándolo burlón.

—No quería tensar demasiado la cuerda —respondió en tono bajo.

Su esposa apretó los puños y respiró hondo. Podía hacerlo. Ya no tenía el mismo miedo que antes. O eso pensaba hasta que estuvo lo bastante cerca de ese monstruo de cuatro patas.

—Le gusta correr —musitó.

—Ciertamente —afirmó Kenneth.

—Desde luego —corroboró Brodie.

Caillen se acercó a ella y agarró al caballo por el bocado.

—Estamos dentro del cercado, no irá a ninguna parte, mo ghràdh.

Ella sonrió con una cálida sensación recorriendo su cuerpo y decidida se subió a la banqueta que había colocado junto al animal. Los hermanos aplaudieron y la vitorearon al verla montar. Caillen guio al animal con suavidad y se pasearon por todo el recinto ante la mirada aburrida de los otros dos.

—¿Volvemos a la fiesta? —preguntó Kenneth.

—Sí —respondió Brodie saliendo del cercado—. No tardarán en hacerse arrumacos.

Unos minutos después Caillen la cogió de la cintura para ayudarla a bajar y la sostuvo entre sus brazos un momento antes de depositarla en el suelo. Augusta le rodeó el cuello con los brazos.

—Andrew ha traído mi columpio —dijo risueña.

—Lo sé. Yo se lo pedí. —Le rozó los labios con los suyos.

—Sé el sitio exacto donde quiero que lo cuelgues. Si a vosotros no os importa. Hay un roble junto a…

La besó y jugó con sus labios con actitud posesiva. Ahora mordía suavemente, ahora deslizaba su lengua…

—Deberíamos regresar —dijo ella apartándolo suavemente mientras su cuerpo ardía en llamas—. La fiesta es por nosotros.

—Si me miras así no voy a poder contenerme… —Miró hacia las caballerizas y Augusta abrió los ojos asustada.

—¿Qué? ¡No! ¡De ningún modo! —exclamó huyendo de él.

—Vamos, Augusta. Enid y Lachlan… —la siguió corriendo y dejaron a Gaoth en el cercado.

—No quiero saberlo —dijo mientras corría.

La alcanzó obligándola a detenerse. Ella se reía a carcajadas y acabó por contagiarlo.

—Pienso amarte en cada rincón de estas tierras —dijo muy serio.

—En las caballerizas, no, te lo aseguro.

—¿Me lo aseguras? —la apretó contra su cuerpo con mirada peligrosa mientras caminaba hacia atrás.

—Caillen McEntrie —dijo muy seria—, detente ahora mismo o…

—¿O?

Augusta levantó la mano mirando por encima de su hombro.

—¡Buenas tardes, Neill! —saludó.

Su esposo se giró con expresión de disgusto.

—Buenas tarde, señori… señora McEntrie —respondió el mozo—. Enhorabuena.

—Gracias, Neill. Pásate luego por la cocina, vais a tener una celebración también. Y díselo a Drew.

—Sí, señora, muchas gracias.

Caillen tenía una expresión tan irritada que Augusta soltó una carcajada.

—Tendrás que aguantarte las ganas —dijo y se dio la vuelta para regresar al castillo.

—No se irán en toda la noche —masculló caminando a su lado—. Ha venido todo el mundo.

—Es nuestra boda, ¿qué esperabas?

—Esperaba tenerte para mí solo debajo de las sábanas.

—Ya me tuviste la otra noche —dijo ella agarrándose a su brazo—. Y me tendrás todas las noches de tu vida.

Él gruñó aún un poco más, pero su corazón sentía tal calidez que sus labios acabaron por sonreír en contra de su voluntad.

—¿Vas a contarme ya adónde habéis llevado a Cecilia? —preguntó interesada.

—A Londres.

—¿A Londres? —Se detuvo sorprendida—. ¿Tan lejos de su familia?

Caillen asintió y siguieron caminando.

—Es lo más seguro para ella. Así ya no tendrá que preocuparse nunca más de los MacDonald, los contactos de Carlton no llegan tan lejos.

Ella apoyó un momento la cabeza en su brazo y suspiró.

—Soy muy feliz.

Él sonrió satisfecho.

Epílogo

—No seas imbécil, Kenneth —Liam lo agarraba de la pechera para obligarlo a que lo mirase—. Estás borracho.

—¿Tanto temes a ese cretino? Sabes que soy mejor que él. Nadie me ha ganado nunca al *Écarté* —dijo refiriéndose al juego de cartas francés

—Estás borracho, Kenneth, nunca bebes antes de una partida. Hoy no es un buen día.

—Hoy es un día como otro cualquiera.

—Es el aniversario de la muerte de tu madre, no me fastidies, Kenneth. Llevas todo el día insoportable y ahora te enfrentas a Dòmhnall Baxter…

—¿Yo me he enfrentado? Creía que había sido él el que me había buscado las cosquillas.

—No seas imbécil —insistió—. ¿A qué viene todo esto?

—Quiero desplumarlo —se rio—. No le quedará dinero para tocarle las narices a nadie.

—¿De qué estás hablando? —dijo interponiéndose en su camino al ver que su amigo trataba de zafarse para volver al salón—. Vámonos a casa. Ya lo desplumarás otro día.

—Será hoy —dijo dándole un empujón con una mirada de advertencia—. Quítate de en medio, estás empezando a cabrearme.

El otro levantó las manos en señal de aceptación.

—Como quieras. Luego no digas que no te lo advertí.

—Métete tus advertencias por donde te quepan y déjame en paz de una maldita vez. No eres mi padre, Liam.

Su amigo dejó escapar el aire en un suspiro de impotencia e hizo ademán de marcharse, pero no llegó a cruzar la puerta y regresó con él. Necesitaría a alguien que lo llevase a casa.

Tres horas después Liam lo ayudaba a bajar del caballo. Lo agarró por debajo de las axilas y lo llevó a duras penas hasta la entrada del castillo. Caillen tardó un rato en abrirles la puerta y los miró con severidad, pero se apartó para dejarlos pasar y una vez hubo cerrado ayudó a Liam a llevarlo hasta su cuarto.

—¿Qué haces levantado? —dijo Kenneth arrastrando las palabras—. Ahora siempre duermes como un bendito.

Se rio a carcajadas y Caillen lo hizo callar.

—Perdón —susurró, aún riéndose—. Liam, tienes que casarte cuanto antes…

—¿Y quién te traería a casa entonces? —preguntó su amigo.

—Tienes razón —asintió arrastrando los pies—. Tooooda la razón. Gracias, amigo. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Lo besó en la cabeza y el otro masculló algo ininteligible. Entraron en el cuarto y lo tiraron en la cama como si fuese un saco de patatas. Después los dos salieron y Caillen cerró la puerta tras él.

—Gracias por traerlo, Liam.

El otro se quedó mirándolo sin moverse y Caillen frunció el ceño interrogador.

—¿Es serio?

Liam asintió con evidente preocupación.

—Ha perdido veinte mil libras.

La sangre abandonó el rostro del escocés.

—¿Qué?

—Contra Dòmhnall Baxter.

Caillen se llevó las manos a la cabeza.

—¿A qué jugaban?

—Al *Écarté.*

—¡Casi nunca pierde!

—Hoy no era un buen día.

Caillen se tiró del pelo con expresión calculadora. ¿De dónde iba a sacar tanto dinero? No creía que tuviese ahorrado más de diez mil.

—Algo se le ocurrirá, no te preocupes —dijo Liam muy serio—. Traté de impedírselo, Caillen, te juro que lo intenté.

El otro negó con la cabeza.

—Conozco bien a Kenneth, nadie puede impedirle hacer lo que quiera. —Suspiró—. Tendremos que ayudarlo entre todos.

Lo acompañó hasta la puerta y se despidieron. Cuando se dio la vuelta miró hacia las escaleras por las que habían bajado.

—Ojalá algún día tú también puedas dormir o al final acabarás por perder algo más valioso que el dinero. —Se dirigió a su despacho para revisar las cuentas y ver de dónde podían sacar esa cantidad.

Kenneth tenía los ojos abiertos y clavados en el techo. Diez mil libras, le faltaban diez mil libras. Se frotó la cara y se sentó en la cama de golpe. El estómago se revolvió inquieto y él maldijo en susurros.

—¿De dónde voy a sacar el dinero?

Ni siquiera un caballo valía eso. Suspiró con rabia dejándose caer de nuevo sobre la cama.

—Estoy en un buen lío —dijo con voz pastosa—. Maldito imbécil.

Después de unos minutos más de tortura, se levantó y fue hasta la ventana para abrirla y que el frío de la noche lo golpeara fuerte, pero en realidad le resultó agradable y movió la cabeza con disgusto.

—Necesito una buena paliza, no una caricia, maldita sea.

Respiró hondo y sopló con fuerza para relajar los músculos que tenía contraídos.

—¿De dónde saco yo ahora diez mil libras? Nadie va a querer jugar conmigo durante una temporada, porque saben que solo pierdo una vez cada mucho tiempo. La última fue hace tres años. —Bufó tratando de descargar la tensión—. Además, no tengo dinero con el que apostar. No dejaré que mis hermanos pongan un penique, antes de eso me lanzo desde lo alto de los acantilados y desaparezco para siempre.

Se inclinó y golpeó el alféizar de la ventana con la frente. Dolió más de lo que esperaba y se irguió sintiéndose aún más estúpido, cosa que habría creído imposible.

—Seguro que hay un modo de conseguir dinero rápido. Jugar ha quedado descartado, pero habrá otras formas. ¿Cómo consigue la gente dinero en estos casos?

Frunció el ceño. No podía pensar con claridad, aún estaba borracho. Muy borracho. Miró hacia la cama.

—Debería dormir, es el único modo de que se me pase la borrachera. Y borracho es el único modo de que pueda dormir de verdad. Se tambaleó hasta la cama, se dejó caer en ella con los brazos en cruz y cerró los ojos.

Nota de la autora.



Ahora mismo suena en mi Spotify: Unstoppable, de Sia y me pregunto qué te habrá parecido esta nueva aventura de los hermanos McEntrie. Caillen era un personaje muy especial para mí. No era el mayor, pero ejerció ese papel durante el tiempo en que su hermano estuvo lejos. No es el preferido de su padre, pero siempre ha sido su apoyo incondicional. No es el más querido de sus hermanos, ese es Lachlan, sin duda. Ha vivido siempre a la sombra de los demás y no le pesa el cargo, lo acepta con espíritu optimista y trabajo duro.

Augusta creció bajo los miedos de su madre, aunque ella ni se ha dado cuenta. La muerte de Constance tras caerse del caballo hizo que Violet tenga un rechazo visceral, no declarado, hacia los caballos y de manera sutil e indirecta ha transmitido ese rechazo a su hija. Para colmo, la muchacha fue testigo de la caída del padre de Cecilia y eso acabó de asentar ese temor en su mente. Menos mal que ahora están estos hermanos para ayudarla a desprenderse de ese y de todos sus miedos. Solo cuando lo consiga podrá vivir plenamente.

El amor no tiene por qué aparecer al unísono entre dos personas, de hecho, casi siempre es uno el que se da cuenta primero. Y tampoco el primero en percatarse tiene por qué ser necesariamente el que más ama. En el caso de estos dos me da a mí que Caillen va a ser el que

más quiera en esta relación.

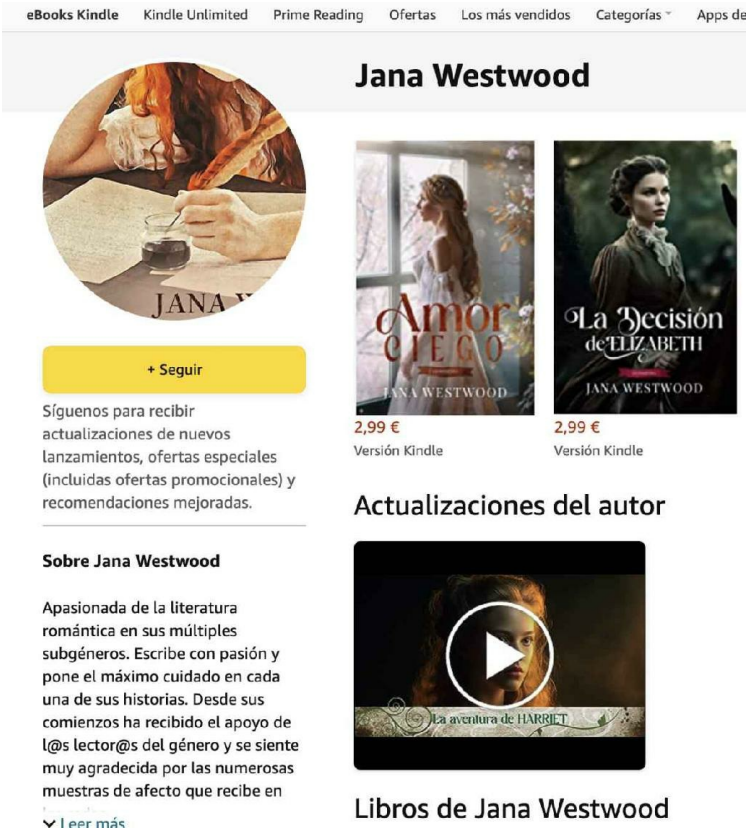
Y ahora hablemos de lo que viene. ¿Quién será el próximo hermano? Estoy segura de que ya lo has adivinado.

Te prometo historias muy distintas y con muchas sorpresas. Nos hemos reencontrado con unos personajes muy queridos, pero todavía quedan muchos regalitos por venir.

Quiero darte las gracias de corazón por acompañarme siempre. Gracias por leerme, por comentar, por compartir mis historias, por recomendarme. Gracias por darme la fuerza para seguir trabajando con ilusión y cariño.

¿Ya me sigues en Amazon? Así te enterarás la primera de cuándo saco novela o cuando hay alguna campaña promocional. Además, allí tenéis el listado de todas mis novelas.

Amazon: https://www.amazon.es/Jana-Westwood/e/B01NCPV4ZB



Y, como siempre, puedes seguirme en las redes para que estemos en contacto.

Facebook: https://www.facebook.com/WestwoodJana

Instagram: https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

Twitter: https://twitter.com/JanaWestwood

Tik Tok: https://tiktok.com/@janawestwood

Y mail: janawestwood92@gmail.com

Besos, Jana.